

MEMORIAS FANTASTICAS

DEL

BIBLIOTECA DE MEXICO.

PÁJARO VERDE

ENSAYOS PARA UNA NOVELA POR

MARIANO VILLANUEVA.

—Pedro, si esa aitiva muger desprecia mis amores, por ser lijo del pueblo, juro hacerla sentir la altivez de los de mi clase.

—Ángel, el pueblo no se venga sino que perdona aun á aquellos que lo engañan.—Estáme atento: Y contóte una verídica y terrible historia, en la que hizo figura la aristocracia, la democracia y la teocracia.***

—Tiempos vendrán, señores, en que despues de habernos destrozado unos á otros, vengan gentes extrañas á edificar sobre nuestras tumbas otra nacion con otras leyes y otras costumbres.—▲■■■■■

TOMO I

MEXICO
IMPRENTA DEL AUTOR
CALLE DE S. FELIPE NERI N. 14

1868.

ADVERTENCIAS.

Los párrafos anotados con números progresivos indican juicios ó aclaraciones que el autor se propone hacer por medio de un apéndice al final de la novela.

Los marcados con † indicarán revelaciones ó hechos no encontrados en el libro verde de las MEMORIAS FANTÁSTICAS DEL PÁJARO.

Esta OBRA es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó traduzca.



MAS DE DOS PALABRAS ANTES DE COMENZAR.



Sin pretensiones de novelista, y solo como un ensayo doy á luz el que comencé en 1861 y continué despues en mis horas de ocio.

Bueno ó malo, allá va: la crítica que de él se haga me servirá de leccion que sabré aprovechar.

El título que le he dado me recuerda mis primeros años.

Este título me trae á la memoria una primavera fantástica que se me antoja revivir hoy cuando empiezo á ser viejo y me encuentro rodeado de un enjambre de chiquitines.

¡Locuras humanas!

Mis padres me decian en aquella época feliz, y cuando algo malo sabian de mí, que el Pájaro Verde se los habia contado, y acto continuo me aplicaban el correctivo.

IV

El pícaro Pájaro tenía la costumbre de apuntar en un librito de memorias, también de color verde, todo lo bueno ó malo que hacíamos mis hermanos y yo.

De noche dormía debajo de nuestras almohadas, multiplicándose de una manera maravillosa.

Apénas despuntaba el alba, ponía, no sabemos de qué modo, el misterioso librito en manos de nuestros padres, que nos premiaban ó castigaban, según lo que el buen Pájaro tenía á bien informar.

Locos nos volvíamos por dar con tales memorias ó con su autor.

Después, cuando llegué á la edad en que el hombre necesita de trabajar para su familia y ser útil á la Iglesia y al Estado, invoqué aquel recuerdo, quién lo ha de creer, como el de un buen amigo de infancia, y como el intermediario entre mis travesuras de niño y mis aspiraciones de hombre.

Entonces fundé con su título, un diario político-religioso, quizá el primero que se haya visto en México de tal popularidad.

Tomé su nombre porque para mí envolvía un recuerdo moral-tradicional, y pocos han de ser los que no lo hayan oído salir de los labios de una consentidora abuela ó de los de una buena madre, con distinto nombre ó significación; pero que el fin que entrañase fuese el mismo.

Su color de paz y de esperanza, lo convirtieron por el de guerra.

¡Qué distante estaba yo de cavilosidades, y cuán ajeno del resultado que ellas me habian de dar!

La época en que lo hice aparecer, fué por desgracia asáz tumultuosa; y amigos de infancia que no supieron lo que hacian, ó que no perdonaron al Pájaro las malas pasadas que les jugó cuando niños, ó que lo olvidaron cuando hombres, lo calumniaron por el solo hecho de que no pensó como ellos pensaron y porque en vez de verde no fué rojo.

La época se prestaba, como se presta la iniciacion de cualquier reforma, y de ello resultó que mi empresa tipográfica naciente fuese invadida y arruinada.

Con ello me hicieron mucho mal.

A nadie me quejé ni he quejado.

El Pájaro no fué ingrato conmigo, ni cuando lo invoqué ni despues de invocado.

Tampoco lo he sido con él.

El reconstruyó lo que otros derribaron.

Y por eso lo sigo, con fidelidad y constancia,

Y por eso tambien he sido despues considerado de amigos y estraños.

Hé aquí, pues, la historia del título del Pájaro Verde, que tanto ruido ha causado en México, por la popularidad que supo merecerse.

Réstame solo asegurar, bajo mi palabra de honor, que ni ahora ni nunca quise encubrir con él, un apodo ni un anagrama que me rebajara á mí mismo, deprimiendo á los demas.

VI

Los que tal creyeron se equivocaron.

Los que me conocen, están convencidos de ello.

Como editor de un periódico político-religioso, y sin las exageraciones de los partidos, escojí ese título, que no tuvo otro significativo que el de paz y esperanza en el porvenir; hoy, como aspirante á escribir un ensayo para una novela, lo escojo por las razones que quedan espuestas.

Si otros quieren darle la significacion que no tiene, yerran.

Libre é independiente, jamas he recibido inspiraciones ni subvenciones de los gobiernos ni de los partidos, y jamas podrá echárseme en cara que debí á nadie lo que no admití ni solicité.

Y en esto fundo mi orgullo.

Lo que en esta vez sea el Pájaro Verde, sus memorias fantásticas lo dirán.

Pasemos á otra cosa.

El ensayo que acometo no es completamente original mio: no acostumbro engalanarme con vestiduras ajenas.

Como ensayo he tenido que buscar un modelo que imitar, y éste lo he encontrado en las MEMORIAS DE UN MEDICO por Alejandro Dumas.

En México, por fortuna ó por desgracia hemos contado en nuestras revoluciones á partir del plan de Ayutla á la caída del imperio, con todos esos episodios que con tanta maestría ha sabido Dumas poner en accion en sus MEMORIAS, desde que se inició

VII

en Francia la revolucion de reforma hasta la decapitacion de la infortunada María Antonieta.

Como él, no me meteré á comentar la revolucion; la seguiré paso á paso en sus principales episodios y quedaré contento si junto á la fábula que deleite, doy á conocer algo del pasado y del presente que instruya.

Del porvenir, que está en la mano de Dios, nuestros hijos escribirán.

Villanueva.

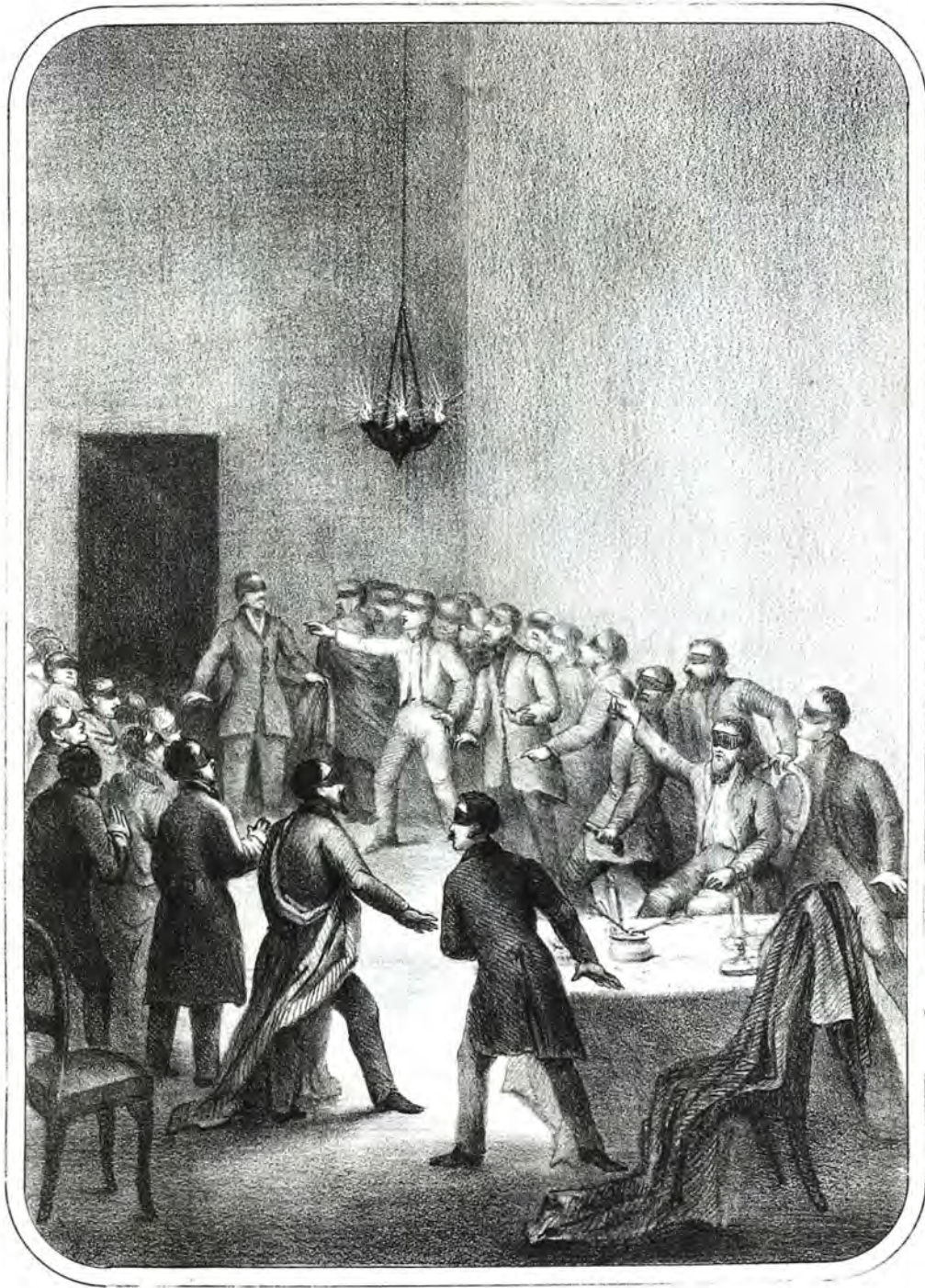
México, Octubre de 1868.

PRIMERA PARTE.



LA REPUBLICA Y EL TRONO





LOS CIUDADANOS DE CASA-ROJA.

PROLOGO.

PRIMERA PARTE.—EN AMERICA.

CAPITULO PRIMERO.

LOS CIUDADANOS DE CASA ROJA.

Al poniente de la bella capital del Nuevo-Mundo, y á un cuarto de legua fuera de garita, existe un pintoresco camino que conduce á un pequeño y aislado edificio de triste aspecto, que revela el abandono en que lo dejaron sus antiguos poseedores.

No ha mucho tiempo ese edificio era conocido por *La Casa-Colorada*: los moradores de sus cercanías contaban de ella mil absurdas consejas, debido á que siempre la veian deshabitada y al color de sus paredes rojizas que la daban un carácter lúgubre y sombrío que alejaba á ciertas horas de la noche á los transeuntes.

Desde sus altos se alcanza á ver el sorprendente cuanto variado Valle en cuyo centro asentó sus reales hazañas de cinco siglos el antiguo y soberbio imperio de

los Aztecas, primitivos fundadores de la hoy altiva México.

Un cielo puro y trasparente sirve de eterno toldo á este inmenso panorama, en el que los rigores de las estaciones no se conocen, porque quiso Dios formarlo á semejanza de su Paraiso terrenal.

Era, pues, el 30 de Enero de 185.....

En los momentos en que el sol estaba próximo á su ocaso, un hombre de mediana estatura y envuelto hasta las cejas en los anchos pliegues de una negra capa, atravesaba cuan largas y solitarias eran las rectas y espaciosas calles que conducen del convento de los Agustinos al árido paseo de Bucareli.

Su paso era acelerado: su recelosa mirada vagaba inquieta y brillante por todo cuanto pudiera ser causa de que fuera descubierto el riguroso incógnito que al parecer le importaba guardar.

Otro hombre, que parecia ser mas bajo que el primero y que como éste temia ser visto, seguia sus pasos á corta distancia en observacion de sus mas leves movimientos

Ambos continuaron así su camino, sin notar que por la acera opuesta iba en pos de ellos un tercer personage acompañado de un jóven de 20 años.

Entretanto, la noche se anunció con sus pardas sombras: favorecidos por ellas les fué fácil recatarse los unos de los otros, prosiguiendo así cada cual su camino, que sabemos era uno mismo.

A pesar de todo el cuidado que ponian los cuatro misteriosos viajeros para no ser vistos, y alejar de sí toda sospecha, cualquiera hubiera podido notar que el tercero no era lo que aparentaba ser.

Así era la verdad.

Bajo su sencillo trage de hombre ocultaba sus delica-

das formas de mujer: despreciando los riesgos á que se esponia, iba en seguimiento del segundo de nuestros caminantes, por quien se sentia atraida.

El primero de nuestros hombres hizo alto junto á la puerta de una miserable casucha: allí lo esperaba un venerable anciano, teniendo de la brida un fogoso animal que piafaba de impaciencia porque le montaran.

El segundo lo imitó desapareciendo á lo largo de una callejuela llena de inmundos pantanos, para volver á parecer montado sobre una mula blanca manchada de negro y de no mal caminar, sin tratar por esto de adelantarse al que habia constituido en su estrella polar.

El tercero, ó mejor dicho, la misteriosa dama seguida de su imberbe compañero, atravesó con él algunas palabras que le obligaron á acelerar el paso y desaparecer, dejando, no sin cierta inquietud, á la señora á quien parecia prestar ciega y misteriosa obediencia; y decimos misteriosa, porque al resonar en su oido la voz que le ordenaba, asomó en su juvenil semblante tal palidez y se apoderó de él tal temblor, que no parecia sino que la dama y su voz ejercian sobre su alma un poder extraño y desconocido, que le hacian mal y bien, á juzgar por las mutaciones de su semblante.—Sea de esto lo que fuere, el acompañante ó page de la disfrazada se apresuró á obedecer la orden que se le daba: no bien hubo andado unos cien pasos, cuando silbó de una manera significativa, que dió por resultado la aparicion de un niño vivaracho é inteligente que sin perder un momento fué á poner en sus manos las bridas de una juguetona yegua negra y las de un caballo quieto y sosegado que formaba un singular contraste con la primera.

Tomadas las bridas por el jóven, puso las de la yegua en manos de la disfrazada, que á la sazon llegaba á él fatiga-

da y jadeante, como no acostumbrada á semejantes faenas.

Al tocar el jóven las manos de su señora, bajó involuntariamente los ojos, sintiendo correr por sus venas un fluido que le hizo estremecer por segunda vez.

El anciano venerable que habia ejecutado la misma accion con el hombre de la capa negra, suspiró tristemente, y vió con dolor montar al que parecia ser su amo: éste al hacerlo se deshizo de la capa, y sin pérdida de tiempo metió espuelas al fogoso animal que partió impetuosamente á lo largo de la calzada de Bucareli.

Observado esto por el que lo venia siguiendo, aceleró la marcha de la mula, y tras ellos, con pocos minutos de diferencia, la dama y su acompañante.

Apénas hubieron desaparecido nuestros cuatro misteriosos personajes, cuando el anciano y el niño lo hicieron á su vez de los puntos en que habian aparecido: el primero revelando en su demarcado semblante cierta tristeza que no era fácil adivinar, y el segundo contento como unas pascuas y entonando una cancion que probaba la alegría de su alma infantil.

No así el viejo, que dominado cada vez mas por un presentimiento funesto, quiso hasta el último instante seguir con la vista al ginete que á su pesar se alejaba de él, y al efecto subió á los altos de su pobre morada, fiado en que aún podria gozar de la presencia del sér que le era tan querido, y por quien tanto temia y se affigia.

Su empresa era árdua por demas.

Sus cansados ojos se negaron á sus vehementes deseos.

Sesenta inviernos habian pasado sobre él, y en vano pedia á sus ojos le suplieran la luz que tanto anhelaba.

— ¡Los años . . . ! los años . . . ! decia en su desesperacion, al no poder ver nada, son el peor enemigo del hombre y apénas hubo pronunciado estas palabras, desapa-

reció del lugar que tan filosóficamente le había hecho raciocinar.

Miéntras, pequeñas nubecillas fueron formando variados grupos, que si bien en un principio y á primera vista parecían insignificantes, fueron no obstante tomando formas colosales y fantásticas que parecían remedar en sus evoluciones al embravecido mar alumbrado por la ténue luz crepuscular.

El aparato amenazador vino á desaparecer con la completa oscuridad de la noche, y á poco, en vez de un cielo rojizo y nebuloso, apareció otro diáfano que sustentaba en su inmensidad millares de estrellas, que armonizaban con la aparente tranquilidad de la tierra.

Nuestros cuatro viajeros continuaban su camino entregados á sus misteriosas cavilaciones.

Muy cerca se hallaba el primero de ellos del lugar de su destino, cuando se sintió fuertemente sacudido por el brusco movimiento que hizo su caballo al tropezar con algun obstáculo.

Sorprendido por tan inesperado acontecimiento, quiso buscar la causa que lo motivara; pero cuando en ello pensó, sintióse repentinamente asido por la atlética mano de un hombre que cubria su cara con un pañuelo, de la barba á la nariz, y que sin proferir palabra le hacia sentir en el pecho el frio cañon de una pistola amartillada.

No era esto todo.

El caballo del sorprendido jinete lo fué casi al mismo tiempo que su amo; y á no ser por la vigorosa mano de un segundo encubierto que lo sujetó del freno, dificilmente se hubiera doblegado el noble animal á la despótica voluntad de sus agresores.

—¡Quieto, Júpiter! le dijo su impaciente amo sin perder su sangre fria habitual.—Estos señores no pretenden ha-

cernos mal. Si nos han desconocido al pronto, en breve nos conocerán y seremos buenos amigos. ¡No es verdad, señores, que al fin nos entenderemos?

—¿Quién va?—dijo el primero de los encubiertos sin darse por entendido de la pregunta del ginete.

—¡Buena respuesta!—replicó el mohino caballero—quien quiere y puede ir á donde le convenga.

—¿De dónde vienes?

—¡Pues me gusta la llaneza! Del infierno, para tentar á los justos como vosotros.

—¿Sabes el camino para salirles al encuentro?

—Lo sé—contestó el caballero, que por mas esfuerzos que hacia para contenerse, no podia.

—¿Y á dónde conduce?

—A *Casa Roja*, de donde vienes por tu mala estrella.

—¿Vas á ella?

—Voy.

—¿No temes encontrar allí la muerte?

—Si lo temiera no iria.

—¿Estás iniciado en sus secretos?

—Mas de lo que tú puedes estarlo.

—¿Quiénes van allí?

—Los reformistas.

—Dí sus nombres.

—¿Y si no quiero?

El encubierto volvió á levantar la mano en que tenia la pistola amartillada, y que por un rasgo de generosidad habia desviado del pecho de su interrogado.

Impaciente éste y sin poder contener por mas tiempo la hiel que rebosaba en su alma, lanzó un grito atronador y significativo á su impaciente caballo, que comprendió lo que aquello queria decir.—Entónces el obediente bruto mordió el freno convulsivamente, y haciendo un supremo

empuje, dió un salto y partió tan veloz como la saeta que se escapa del arco del salvaje cazador.

Los agresores vinieron á dar por tierra, no obstante que el primero de ellos tuvo aún tiempo para hacer uso de su arma de fuego que produjo la detonacion ante la cual ba la bala que debia de matar al que en su concepto no podía ser otro que un enemigo de *Casa-Roja*, de quien él era el centinela avanzado.

Dos gritos dejáronse oír á la par.

El uno era de mujer, y el otro era el grito desgarrador del hombre á quien súbitamente arrebatan la existencia.

A la vez que esto acontecia, se vió pasar por detras de los arcos del acueducto que dividen el camino, un caballo con un ginete á todo correr y en la misma direccion del que iba en las alas del viento, libre ya de sus agresores.

Detras de ellos marchaban otros dos.

La persona que montaba el primero de estos dos últimos, apénas podia sostenerse en él, mas no por esto dejó de acelerar su marcha hasta perderse de vista juntamente con los dos primeros que les llevaban gran ventaja en el camino que pronto tocaba á su fin.

Dejémoslos llegar y veamos qué era de los dos hombres que habian sido arrojados por tierra en los momentos en que el sorprendido ginete debió su existencia á la fogosidad de su caballo, y á su irresistible fuerza de voluntad.

Repuesto un tanto el asaltante atleta de su sorpresa, reflexionó que lo acaecido era peligroso y de fatales consecuencias para los asociados de *Casa Roja*, si por desgracia eran sorprendidos por el fugitivo que parecia estar al tanto de sus secretos.

Casa Roja era el punto de reunion de los reformistas, así lo había dicho el fugitivo caballero, y en los momentos en que lo dijera estaba seguro el sorprendido centinela avanzado de que ninguno de sus miembros faltaban en ella. Preciso le era, pues, estorbar las miras que abri-gase al dirigirse á ella tan cautelosamente.

A ponerlo iba en planta, cuando al echar á andar tropezó con una gran masa, y por un instinto de repulsion quiso alejarse de ella, porque á su solo contacto se sintió aterrizado: no obstante esto, por su ardiente cabeza cruzaron multitud de recuerdos que lo obligaron á inclinarse hácia la tierra, y vió que la gran masa con que había tropezado era un ensangrentado cadáver.

Este cadáver era el de su infortunado compañero.

Entónces la confusion de sus ideas se multiplicó y un grito aterrado se escapó de su comprimido pecho al contemplar al que momentos ántes había sido sacrificado en aras de la fatalidad.

¿Qué podía haber pasado en tan cortos momentos? se preguntaba casi fuera de sí. ¿Qué mano traidora pudo haber derramado la sangre de aquel hombre tan inmediato á él, sin que le hubiera dado tiempo de escuchar el estertor de su agonía? ¿Quién era el fugitivo que aparecía y desaparecía tan siniestramente, dejando tras sí un cadáver sin que en su mano brillara el arma homicida?

Mas diremos nosotros.

¿Quién era aquel misterioso personaje que arrastraba en pos de él á tantos seres que fatigados y jadeantes creían no poder llegar á donde él llegara?

Esas y otras reflexiones pasaron como luminosos meteoros por la mente del que saliendo de su marasmo, se dijo:—¡A *Casa-Roja*!

Sin pensar ya en otra cosa, se alejó del lugar que

hubiera acabado con su razon, si los congregados de *Casa-Roja* no hubieran predominado sobre su espíritu.

El silencio sepulcral de la noche y el vientecillo refrescante que soplaba, le hicieron de nuevo percibir ciertos ruidos que no se escaparon á su penetrante imaginacion.

Temeroso sin duda de una nueva sorpresa, hizo alto, y para cerciorarse de lo que llamaba su atencion, pegó su oreja á la tierra y en direccion del lado en que creia venian.

En tal actitud permaneció algunos minutos; pasados los cuales se puso de pié y emprendió el camino que los demas personajes de esta escena habian tomado.

El primero de estos se encontraba á la sazón en los terrenos de *Casa-Roja*.

Se apeó de su fatigado caballo y fué a sujetarlo al tronco de un árbol. Despues desapareció del camino carretero y fué á ocultarse debajo del puentecillo que sirve de entrada á *Casa-Roja*.

El segundo de ellos llegó pocos momentos despues, evitando como siempre ser visto por el primero á quien siguió y procuró imitar en su modo de obrar.

Faltaba un tercer personaje que tampoco se hizo esperar por mucho tiempo, y que como los dos primeros iba sin duda á ejecutar lo que ellos; pero por desgracia no se sintió con ánimo suficiente para verificarlo.

Sus fuerzas se habian agotado; un copioso sudor bañaba su frente.

Inmóvil detras de los arcos del acueducto, que dan su frente á *Casa-Roja*, hacia por reanimarse, poniendo de vez en cuando su pálida y sudorosa mano sobre el corazon, para aquietar los fuertes latidos que le impedian tomar aliento.

—¡María! ¡María!—se decia el falso caballero—¿qué has

hecho?—y luego, como si persistiese en su idea dominante, continuaba;—Qué va á hacer á esa casa? ¿Qué nuevo amorío lo lleva á ella?—¡Señor! yo me siento morir: estoy celosa y no sé de quién, porque no puedo penetrar ahí, en donde él profana la lealtad que me jurara.

La hermosa yegua que montaba la bella disfrazada pareció haber adivinado su pensamiento, pues dió un paso adelante como para obsequiar los deseos de su ligera carga.

La dama la refrenó resolviéndose á esperar la salida del que habia venido siguiendo; no porque ella lo quisiese, sino porque no le era posible hacer mas de lo que habia hecho.

El page la contemplaba en silencio sin atreverse á desplegar los labios, no obstante que en su cerebro bullian mil pensamientos que lo mareaban, que lo hacian sufrir.

Así lo indicaba su tenaz silencio y lo vago de su mirada incierta.

A pocos momentos de la invariable resolucion de la dama, vióse pasar sobre el puentecillo á un hombre jadeante de fatiga, que aproximándose al gran porton de la *Casa-Roja*, tomó su pesado aldabon y dió tres fuertes aldabonazos que resonaron á muy larga distancia.

Los perros de los contornos con sus lúgubres aullidos contestaron á la metálica voz, y acto continuo se abrió la pesada y maciza puerta para volverse á cerrar tras el que con tanto estrépito habia interrumpido el silencio de la noche.

La encubierta dama permaneció quieta en el lugar que ocupaba, y con los ojos fijos en aquel porton que creia se le cerraba para siempre.

El page parecia un autómeta dispuesto á obedecer las impulsiones de su dueño: era una figura que mas tar-

de la veremos levantarse colosal ante la dama que en el egoísmo de su propio dolor no veía el de él.

II.

1 *Casa-Roja* está situada á la orilla derecha del camino que conduce al esbelto castillo de Chapultepec, residencia antigua de los emperadores indios y hoy propiedad de los gobiernos que se suceden unos á otros.

Sus flancos están defendidos por dos fosos que la dan la apariencia de los castillos feudales.

Su entrada se efectúa por medio de un puentecillo por debajo del cual pasan las aguas que en tiempo de lluvias se estancan en los fosos que la sirven de baluartes.

Debajo del puentecillo existe una compuerta que deja el paso libre, cuando la estacion lo permite, á los que desean penetrar por los bajos de la casa con el correspondiente permiso del que la cuida, pues de no ser así, se los impediría la reja de fierro que por lo regular permanece cerrada con doble candado.

Salvando nosotros todos estos inconvenientes, penetremos.

En una de sus salas principales, húmeda, sin otro adorno que treinta sillas rústicas, una mesa de igual calidad con su tapete de bayeta roja, sobre la cual hay esparcidos algunos útiles de escritorio, una vela apagada y puesta sobre un candelero, se ven á los escasos rayos de la luz de una lámpara que pende de la ennegrecida techumbre, treinta hombres enmascarados ocupando sus respectivas sillas, en las que parecen negros fantasmas envueltos en largos sudarios que ocultan sus formas y las ar-

mas que consigo llevan para defenderse de los vivos si estos se atreven á los que se juzgan muertos.

El mas anciano de ellos está de pié y les habla así:

—Salud, ciudadanos: el objeto que nos ha traído á este lugar, no es otro que el de deliberar sobre los destinos futuros de nuestra patria, sobre la regeneracion de nuestra infortunada madre comun combatida por tanto tiempo á causa de la guerra civil que la devora. Hombres ambiciosos y egoistas han olvidado lo que la deben, y preciso es que á toda costa pongamos un dique que contenga semejantes calamidades que acabarian por hacerla desaparecer del número de las naciones civilizadas.

Un prolongado murmullo de aprobacion acojió este pequeño exordio que fué escuchado con el mas grande interes.

El que así hablaba representaba tener unos cincuenta años: un mechoncito de cabellos entrecanos caía sobre su mascarilla, que formaba un singular contraste con la montera que lo sujetaba y lo diminuto de su estatura, un tanto cuanto encorvada.

2—Bien sabeis—decia—cuál es la causa de los males que nos aquejan. Desde el dia en que sacudimos el ominoso yugo de nuestros conquistadores y proclamamos nuestra cara y santa independendencia, un poder colosal vino á interponerse entre nuestra emancipacion y las leyes que nos debian de regir. Los derechos del hombre se pospusieron á los despóticos caprichos de una aristocracia insolentada con sus viejos pergaminos. Nos creiamos libres de nuestros dominadores, y venimos á ser esclavos de nuestros propios hermanos que recogieron la fatal semilla que aquellos sembraron. Desde entónces comenzamos nuestra lucha fratricida que atizó, ha atizado y atizará un poder colosal que creimos insignificante al prin-

cipio, y que despues de cuarenta años de luchas ha venido á darse á conocer, no con la piel de la oveja con que se encubria, sino con la de la raposa astuta y maligna que deja la huella de su paso por donde quiera que va. ¡Cuál ha sido ese poder, me direis, que se ha ocultado con la piel de la oveja? ese poder, ciudadanos, es ¡EL CLERO! El, como el cocodrilo que remeda el llanto del niño para atraerse á la víctima, nos llevó hácia sí, y en cambio de una independencia, que dice hubimos de él, se hizo árbitro de nuestras vidas y haciendas, y hasta de nuestras propias conciencias. Ese poder, que no es otra cosa que la imágen de lo falso, es el mismo que nos ha hecho la guerra desde la conquista hasta nuestros dias; el mismo que nos ha mantenido en el embrutecimiento, por convenir así á sus negras miras y ocultar de nuestros ojos la luz que disipa las tinieblas. ¡No es esto una verdad, ciudadanos?

Un aplauso lleno de entusiasmo resonó entre los veintinueve enmascarados de *Casa-Roja*.

El orador continuó:

—Por su sola culpa, se han derramado rios de sangre, y mantenídose encendida la tea de la discordia: esa hidra de siete cabezas ha desunido para siempre al esposo de la esposa, al padre del hijo, y lo que es mas todavía, al pueblo de sus verdaderos derechos.

—¡Es verdad!—repitieron á una voz los que le oian.

—Entretanto, ciudadanos, el pueblo, ese mártir pueblo, se ve sojuzgado, empobrecido, abatido por él y sin que pueda disfrutar por un momento de su cara independencia que tanto le ha costado. ¡Oh! . . . Dolor cuesta decirlo. ¡Dónde está, hermanos míos, la igualdad que le confiere la ley? Dónde sus prerogativas? . . . Dónde la proteccion que se merece? ¡En poder de ese clero que todo se lo absorbe! . . . Nada, ciudadanos, tiempo es ya de que rege-

neremos esa patria tan abatida y cortemos de raíz el mal que la devora. ¡Hagamos una revolucion que conmueva hasta en sus ejes el orden religioso y político! Seamos una vez siquiera grandes en nuestra obra, imitemos á los héroes de Roma y Esparta. Sean ellos nuestros modelos, y si la suerte nos depara el cadalso, no por eso dejemos de gritar ¡viva la república! ¡abajo el despotismo!

—¡Viva!—repitieron los circunstantes pudiendo apénas contener sus demostraciones de entusiasmo.

Un incidente vino á interrumpir la peroracion del que hasta entónces habia llevado la palabra.

Tres fuertes aldabonazos se dejaron oír en el porton de la casa, y á poco apareció un hombre con el semblante descompuesto y como si fuera nuncio de fatales nuevas.

Los treinta asociados se miraron atónitos, tratando en vano con sus miradas escudriñadoras de indagar lo que aquello queria decir.

—¡Han asesinado á Pedro el zapatero!—dijo por fin el recién venido despues de tomar aliento y de serenarse cuanto le fué posible, segun se lo prescribian los estatutos de la asociacion en lances como el que venia á anunciar.

Estas palabras produjeron entre los circunstantes el mismo efecto que produce el rayo al caer sobre la pólvora, y por un movimiento casi simultáneo vióseles desembarazarse de sus pesadas capas, quedando en actitud de defensa por si estaba próximo el peligro que los amenazaba.

El anciano orador mostró desde un principio mas serenidad que los demas; se dirigió al nuncio fatal y le interrogó.

—¿Quién ha sido el asesino de Pedro, Leiva? Cuál es el peligro que nos amenaza, y por qué tiemblas y te amilanas olvidando lo que nos debes y te debes á tí mismo?

El interrogado Leiva, de quien ya tenemos conocimiento, les espuso en pocas palabras los sucesos que habían tenido lugar á corta distancia de *Casa-Roja*. En su mano traía la pistola de que se había servido, y esta prueba, juntamente con la verdad de los hechos, causó un profundo disgusto en los ánimos de los que le escuchaban.

Inmediatamente trataron de evitar cualquiera golpe de mano, y al efecto amartillaron sus armas y se dispusieron á vender caras sus vidas.

La única puerta que tenía la sala se mandó cerrar por el anciano, que era mas previsor que todos; pero esta precaucion fué inútil, pues que miéntras lo ejecutaban, por el lado opuesto se presentó un nuevo personaje, cubierto el rostro con una mascarilla roja y como si hubiera caído del cielo.

Los asociados de *Casa-Roja* retrocedieron ante el aparecido, y dirigiendo sus espantados ojos hácia la puerta cerrada, los volvieron para mirarse unos á otros, y preguntarse por dónde había entrado aquel sér misterioso.

No eran nuestros hombres de los que creían en espantos; y sin embargo, el desconocido por alguna parte hubo de haber entrado.

Había mas.

A su intempestiva aparicion, y en los momentos en que los ánimos estaban sobrecogidos con la narracion de Leiva, la luz fluctuó y el canto de la lechuza dejóse oír; incidentes que, por insignificantes que para ellos fueran, no por eso dejaron de impresionarles en las altas horas de la noche en que se encontraban.

Sin embargo, esperaron á que el atrevido aparecido hablase, resueltos á no retroceder ante lo que fuese.

Este no se hizo esperar por mucho tiempo.

—Tomad asiento,—les dijo;—y no trateis de indagar cosas que á la verdad no están á vuestros alcances. Soy un hombre como cualquiera otro, que se presenta ante vosotros sin mas armas que su templada alma ni mas compañía que su tranquila conciencia. Sentaos y escuchad, que á vosotros busco para el bien de la patria.

La voz tranquila y suave del extranjero calmó un tanto los intranquilos ánimos de los asociados; excepto el de Leiva, que al escuchar su voz, perdió la poca tranquilidad que le quedaba.

—;Ese! ¡ese es el matador de Pedro!—dijo, sin poderse contener; y le iba á arrancar la mascarilla, cuando la mano de hierro del extranjero se lo evitó asiendo la suya con tal fuerza, que Leiva se dobló ante él, como la caña combatida por el huracán.

El extranjero, sin embargo, no mudó de posición.

Este nuevo incidente vino á confundir mas y mas á los congregados en *Casa-Roja*.

Supusiéronse que aquel hombre no podía ser otro que un delator que hacia alarde de los elementos con que sin duda contaba para perderlos; pero ellos estaban resueltos á morir ántes que á entregarse en manos de la justicia, si ella era la que así se presentaba.

El cadalso estaba en aquel entónces levantado para los conspiradores.

—;Quién sois?—dijo el interrumpido orador que hacia las veces de gefe de la asociación.

—Sí;—repitieron los indignados apóstoles de la libertad, que no podían permanecer ni un momento mas en semejante situación.

—Soy,—contestó el de la mascarilla roja, que conocía mejor que sus interrogadores su posición;—el que con una sola palabra puede deshacer vuestros raquínicos planes, y

haceros subir tan alto como lo permitan las gradas de la horca de Mixcalco. Aquietad esos movimientos convulsivos que no conducen á nada cuando se trata de un solo hombre, y dejadme deciros quién soy, quiénes vosotros y á que he venido á este lugar. Soy un hombre que desde niño os he seguido de cerca, ó mejor dicho, á la revolucion que vosotros y vuestros antecesores habeis sostenido desde que levantasteis un cadalso al que os dijera: "*á vosotros os toca el modo de ser felices.*" Desde entónces á acá os he seguido de cerca, y por espacio de algunos años he observado todos vuestros movimientos, estudiando todas vuestras pretensiones, y sin perder de vista á vuestros emisarios para saber quiénes erais, que es lo que queriais; cuáles eran vuestras intenciones, y á dónde ibais por último á parar. Una vez que os hube estudiado y que quedé satisfecho de lo que me propuse saber, me convencí al fin, de que no erais mas que unos pobres revolucionarios tan mezquinos é ineptos como los mil que os han antecedido y que os seguirán, si yo no os alumbro por el verdadero camino que hasta ahora os es desconocido. Y sin embargo, señores, hace que sosteneis la lucha cuarenta años, es decir, el tiempo suficiente para sacar del embrutecimiento otros tantos pueblos que de corazon hubieran deseado el engrandecimiento y la prosperidad de su patria. Teneis fuerza y no sabeis aprovecharos de ella; concebís un grandioso plan de regeneracion y no os atreveis ni aun á acercaros á su manifiesta solucion. Contais con los medios para llevar vuestra obra á cabo, y retrocedeis espantados de vuestros propios pensamientos; pero en cambio, y no os espante que os lo diga, señores, encontrais á vuestro paso un monton de oro, y allí en donde lo veis, os quedais encantados como el marino con el cantar de la Si-

rena. ¡Desgraciado el pueblo que cuenta con semejantes defensores! ¡Desgraciado de él!

—¡Tu nombre!—fué el grito general mezclado de rabia que articularon los treinta conjurados de *Casa-Roja*, pudiéndose apénas contener en sus asientos.—¡Tu nombre! repitieron casi ebrios de ira y en el colmo de la exaltacion, rebulléndose entre sí como las embravecidas olas del Océano.

—¡Mi nombre no hace al caso!—contestó con despreciativo tono el misterioso extranjero:—basteos saber que yo soy el que puede llevar á su desenlace lo que vosotros y otros habeis intentado inútilmente. ¡Qué podreis hacer con la fuerza fisica si os falta la moral? Nada. ¡Qué mas deseais saber, apóstoles de la libertad? ¡Mi nombre? y para qué? ¡los antecedentes de mi estraña aparicion? los sabreis, pero para ello es necesario ántes infundiros la confianza que no teneis, la tranquilidad que mal aparentais.

—Pues habla, Supremo Sér que penetras en las conciencias de los hombres: habla, dijo con tono sarcástico y burlon el que llevaba la palabra; habla, y nos darás prueba de que no eres un loco temerario que pretende intimidarnos con pomposos discursos, que por lástima te hemos dejado acabar; pero ántes de hacerlo, cuida cómo lo haces, porque si te has aparecido como un fantasma evocado de la tierra y con pretensiones de bíblico vaticinador, no será difícil que bajas á sus entrañas envuelto en el sudario que te preparen nuestras manos. Leiva —continuó el que así hablaba—vé y busca el ensangrentado cadáver de Pedro, condúcelo á esta sala y dí al ejecutor de la ley de asociacion, que venga acompañado de sus hermanos. Si por una fatalidad tu voz no fuere oida en el recinto de esta sala á poco de tu partida, será señal de que has si-

República. Anda pues, y que la gran misericordia del Sér Supremo vaya contigo.

Leiva salió de la sala en cumplimiento de la orden que se le daba, y tan luego como se alejó de ella, comenzó á entonar una cancion con la cual indicaba que el camino estaba franco y pronto volveria.

Las modulaciones de su voz se fueron perdiendo á medida que se alejaba, al grado de que apenas pudo percibirse despues el eco, que hizo desde luego desaparecer las sospechas que sobre el extranjero pesaban. Este los espiaba al traves de su rojo antifaz, y parecia notarse en sus reverberantes ojos, que allá en su interior se mofaba de ellos como lo hiciera desde un principio. Mas no pudiendo contener por mas tiempo las encontradas emociones que sentia en su interior, ni el mundo de ideas que se agolpaban á su viva imaginacion, les dijo:

—Cada vez me convenzo de que maldita la cosa para lo que servis. Sí, señores, la vida de uno ó mas hombres es poca cosa cuando se trata de la conservacion de ocho millones de habitantes. ¡No es verdad, apóstol de la libertad? A tí me dirijo, representante de los Estados del Sur; á tí que has derramado tu sangre por la independenciam de nuestra patria, á tí que eres el mas anciano de entre nosotros. Dejémonos de farsas y atiende á lo que te voy á decir para que tú mismo te encargues de darles á estos exaltados ciudadanos la respuesta que desean con tan belicoso ardor. ¡No es verdad, que si la esperiencia que tienes ahora la hubieras tenido allá por los años de diez, no te habrias apresurado á empuñar las armas, como las empuñastes entónces, para consumir la emancipacion de la imberbe jóven de la tutela de sus padres? ¡No es verdad que no? ¡Y por qué? Porque como el Hijo Pródigo ha derrochado su patrimonio, y sin esperiencia y sin guía ha camina-

do la primera víctima que has caído en la emboscada: te juro, Leiva, que si no la haces resonar, la cabeza de este hombre irá á anunciar á tus asesinos y al de Pedro que morís vengados y como buenos y leales hijos de la do desde entónces acá á su perdicion. La faltaban años y esperiencia, le sobran orgullo y necedad. ¿No es verdad, apóstol de la libertad?

—Es verdad —respondió el anciano que ya conocemos, levantándose de su asiento como impulsado por un resorte al solo recuerdo glorioso de aquella época.—Desde entónces acá, todo ha cambiado, todo. De verdaderos hombres libres que éramos, venimos á ser esclavos de nuestros propios caprichos; y si al brusco empuje de nuestras armas derrocamos á un tirano, en cambio nos dimos otros que fueron peores que el que arrojamos de nuestro suelo ó que el que decapitamos en Padilla. Entónces teníamos un ejército bravo y disciplinado, bien mantenido; los campos no eran estériles; el progreso y la civilizacion caminaban á pasos agigantados; las clases eran respetadas; los indígenas considerados en alto grado; el comercio floreciente y...pero perdona que los recuerdos de aquella época me lleven á no sé dónde... Los años que tengo y los desengaños que he sufrido me hacen á veces fluctuar entre mis convicciones de ayer y lo que hoy pasa. Si hice bien ó mal entónces, no lo sé; solo sí, creí que la hacia feliz emancipándola de la tutela de sus padres, y que no es justo que la abandone ahora en su desgracia hasta no verla próspera y feliz.—Y diciendo esto se quitó el antifaz que cubria su moreno y arrugado rostro; tal era la confianza que el extranjero le habia inspirado.

—Me has hablado al corazon—agregó—y con el corazon en la mano te contesto.

—Lo sé, respetable anciano, lo sé; y por eso te has pues-

to al frente del rico Estado que representas. ¿Qué dicen tus valientes surianos? ¿Hay todavía entre ellos algunos que recuerden las heroicas jornadas del año de 10?

—Muchos.

—¿Podrán tomar de nuevo las armas para combatir el mal que no nos ha dejado desde entónces acá consumir nuestra gran obra?

—Mientras corra por sus venas una gota de sangre que les impulse el corazon, pueden.

—Pues díles que se alisten para la pelea, que el día tan deseado se acerca.

—¿Pero quién eres, que en vez del desprecio que me inspirabas, me atraes hácia tí con sentimientos de respeto y veneracion? ¿Quién eres, que me haces olvidar hasta mis deberes?

—Soy un hombre á quien ha cabido en suerte poder llegar hasta aquí para el bien procomunal. Poseo el poder de atraccion, que como resultado infalible acabará por atraeros hácia mí. Y como prueba de lo que digo, permíteme, respetable anciano, que salude al digno representante del Norte que veo allí, evitando que como á tí le diga palabras que le lleguen al corazon, si no es que á lo profundo de su alma.—Y diciendo esto se acercó al que indicara como representante del Norte.

Era este un hombre de alta estatura, que a no ser por el surco que los años ó las vigiliás habian impreso en su rostro, podria haber pasado por jóven. Al oír que se trataba de él sintió subírsele la sangre al rostro, trató de permanecer en su asiento y no pudo, porque un poder extraño mas fuerte que su propia fuerza de voluntad lo hizo ponerse de pié y aun inclinarse ante aquel hombre que por lo mismo que lo conocia superior á él, ya no lo queria.

Pero hay seres que nacen con el don de la fascinación y el extranjero era uno de estos. Bastaba su actitud imponente para que la cosa se hiciera como la quería.

La asamblea no pudo menos que guardar silencio en todo lo que pasaba, y esperar que á cada uno de sus miembros le llegara su turno.

El extranjero daba con esto inequívocas pruebas de que valía tanto como decía, y de que su poder era mas grande que el de toda la asociación; así pues, y acercándose al fin que se había propuesto, prosiguió:

—Ciudadano representante de la frontera —le dijo—has bebido los alientos á tu vecina república del Norte, y Dios quiera que esta no te trague el día menos pensado, y te deje cuando menos lo pienses sin un palmo de terreno en que poder acampar á tus corpulentos fronterizos.

El representante de la frontera del Norte se quitó el antifaz con vivas muestras de disgusto, é iba á ocupar su asiento cuando la voz sonora é imponente del extranjero se lo estorbó.

—¿No respondes?

—Que el vaticinio no se realizará, ni es fácil que suceda mientras yo gobierne mis Estados.

—Creo que los gobernabas cuando para tomarnos los terrenos mas ricos de nuestra patria te asaltaban tus trincheras á punta de bayoneta y al frente de tus bravos leoneses, hasta poner el pabellon de las estrellas sobre tu palacio.

—Si en mi patria no hubiera habido traidores entonces, no hubieran llegado hasta allí.

—Es verdad, pero eso no quita que estés siempre sobre aviso y como centinela avanzada en las márgenes del Bravo.

El del Norte hizo poco caso del consejo y volvió á ocupar el asiento que hizo cruzir bajo su brusco peso.

—Largo me seria iros enumerando uno por uno—continuó el que hasta entónces llevara la palabra—pero basteos saber que á todos os conozco y que no todos me conoceis á mí. Así, pues, yo os saludo, dignos representantes de los Estados; yo os saludo porque sois mis hermanos y compañeros en la gran obra que vamos á comenzar. Mas para ello es necesario dar con la piedra de toque que yo solo poseo y que vosotros no habeis podido encontrar, sin embargo de lo mucho que la habeis buscado. Así que, llego á vosotros como un nuevo Colon que viene á ofrecer un nuevo mundo; pero en cambio teneis que dar-me el mando absoluto de las carabelas, convertiros en mis marineros y jurar ciega obediencia en el mando de mis maniobras. Si aceptais, abajo las caretas, y seamos francos una vez, tengamos confianza los unos en los otros, y os aseguro por mi nombre que la victoria será nuestra y que como aquel gran hombre gritaremos: *¡tierra!*

Habia tal conviccion en las palabras del que así hablaba, que persuadidos los asociados de que lo que decia no podia ser una farsa porque se esponia á morir entre sus manos que lo despedazarian, echaron abajo sus mascarillas dándose á conocer por sus propios nombres y Estados que representaban.

Solo seis personajes no daban señales de descubrirse, sin embargo de que estaban de pié.

—Vamos, ciudadanos representantes de las otras Américas—les dijo el extranjero—quitaos las mascarillas, que al fin y al cabo somos ya viejos conocidos. Proponéis ser nuestros buenos aliados, y acojemos con gusto vuestra honorífica cooperacion; pero esto se entiende siempre que no

nos pidais ni un palmo de terreno en compensacion de vuestros servicios, que os juro quedarán bien remunerados.

Las caretas de dos de ellos vinieron abajo como las de los demas.

—¿No es verdad lo que he dicho?—continuó dirigiéndose á los que aún faltaban por descubrirse.—Vamos, responded, dignísimo representante del clero católico, á tí te hablo, obispo de . . . (y se lo dijo al oído:) ó si no, tú, moralizador de las masas del pueblo: ó tú encarnacion de la democracia: vamos, diles que contesten, futuro interventor de los bienes de . . . (é hizo igual cosa que con S. S. el obispo.) Estais llamados á hacer un gran papel, y por nuestra patrona qué lo habeis de desempeñar á las mil maravillas.

Las demas mascarillas vinieron abajo, escepto la del último, que tuvo la suficiente osadía para á su vez preguntar al estrangero que por qué él no daba el ejemplo de quitarse la suya cuando los demas lo habian hecho.

Entónces este avanzó un paso hácia el reacio, y poniéndole la mano sobre el antifaz, se lo arrancó arrojándolo á corta distancia de los circunstantes.

Un rostro pálido se dejó ver entónces, y no pudiendo desahogar su rabia fué á ocultar su vergüenza á un rincón de la sombría sala de *Casa-Roja*.

El estrangero, aprovechándose de la sorpresa de los demas y del dominio absoluto que sobre ellos tenia, dijo:

—Juro por mi salvacion eterna, por los miembros mas caros de mi familia y por la preciosa sangre del primer liberal que se derramó en el Gólgota, sostener con mi vida é intereses la sagrada causa que nos ha traído á este lugar, sin que el perjurio, la mentira ó el engaño me hagan vacilar.

Acto continuo dejó ver su sereno semblante, y un nombre misterioso, pero conocido de todos, corrió de boca en boca de los asociados, produciendo el mismo efecto que el nombre del Mesías entre los profetas.

Y no podía suceder de otra manera.

Bajo ese nombre, que aún no nos es dado revelar, se ocultaba un sér que habia de producir mas tarde una revolucion completa en el órden social y religioso, y una conmocion que habia de hacer poner en movimiento á la Europa entera.

El se creia que habia sido esperado por espacio de cuarenta años entre los suyos, sin que estos hubieran podido dar con él, ni él con los hombres que buscaba.

Pero sea de esto lo que fuere, al fin llegó, y al reconocerlo la asamblea lo proclamó *Gefe Supremo* de la asociacion, jurando someterse en todo á lo que él dispusiera, con tal de que los llevara al Nuevo-Mundo que les habia prometido.

—Que el Sér Supremo—les dijo despues de que hubieron jurado obedecerle—os lo tome en cuenta, y si algun dia perjuraís, que nuestras severas leyes de asociacion caigan sobre vuestras cabezas como la langosta sobre la sembrera de los campos.

—¡Que así sea! ¡que así sea! repitieron los juramentados, todos de pié y estendiendo sus diestras hácia el que así les hablaba.

En los cortos intervalos que duró esta rápida ceremonia, y en los que trascurrieron á la toma de posesion del gefe supremo, no pudieron observar la trampa simulada que de un ángulo de la sala se levantaba sigilosamente, y por la cual aparecia un hombre que lijero como la ardilla fué á ocultarse debajo del tapete de la mesa, aprovechando

do los momentos en que todos juraban entusiasmados, formando desordenados grupos.

Después cada cual volvió á ocupar su lugar, y solo se dejó oír la voz del nuevo jefe, que calculando lo avanzada que estaba la noche no quiso perder tiempo.

—Inútil me parece deciros de lo que se trata—continuó.—A partir desde este instante, hermanos míos, debemos todos trabajar por la perfecta libertad de nuestro pueblo; por el derrumbamiento de la vana é insolentada aristocracia y autocracia; por la absoluta independencia del Estado y de la Iglesia; por la abolición del caduco ejército y de sus fueros: en una palabra, trabajar sin descanso por el verdadero engrandecimiento del pueblo, que es la imagen de Dios sobre la tierra. Echemos abajo, y de un solo golpe, ese antiguo orden político y religioso que no es ya del siglo de las luces en que vivimos. Proclamemos al resplandor de él los verdaderos derechos del hombre. Defendamos con nuestras propias vidas el renacimiento político de nuestra marcha regeneradora. Impartamos nuestra protección á todos los cultos que reconozcan á un mismo Dios y con esto protegeremos y facilitaremos la emigración de miles de pueblos extranjeros que vendrán á aumentar el número del nuestro, y por consiguiente los adelantos de nuestra patria que cada día la veremos florecer más y más. Demos á ese abandonado pueblo una carta que le sirva de guía en su nueva marcha social, y á la pobre patria en que ha de vivir lo que de derecho le pertenece, lo que le ha quitado la conquista y la sotana desde los tiempos de Torquemada acá.

—¡Sí!

—Imitemos, aunque seamos los últimos, que esto poco importa, á los hombres de 91. La Francia, la Bélgica, la España, la Italia y la América del Norte de entonces nos

servirán de modelos. ¡Por qué no hemos de contar en las páginas de nuestra historia épocas tan gloriosas como las de esas naciones?

—Os dije muy al comenzar—prosiguió el *divino jefe*, como dieron en llamarle sus correligionarios—que era necesario para consumir estos grandes principios, dar con la piedra de toque que inútilmente habiais buscado. Esa piedra yo os la traigo, su chispa eléctrica bastará para producir un incendio capaz de trastornar al mundo entero.

Acto continuo se apresuró á sacar de la bolsa de pecho de su levita gris, un manuscrito que estendió sobre la mesa, y el que entregó á la ávida curiosidad de sus subordinados que lo devoraban con la vista.

4 El manuscrito contenia un plan revolucionario perfectamente combinado en todas sus partes y acompañado de dos decretos en cuyos encabezamientos se leian estas significativas palabras que acabaron por hacer perder el juicio de los que al fin habian encontrado la solucion del problema por cuarenta años insoluto.

Todos pudieron leer clara y distintamente en sus primeras hojas el resúmen del gran programa:

DIOS, LIBERTAD Y REFORMA.

.....
DESAMORTIZACION DE LOS BIENES

DE MANOS MUERTAS.

.....
Intervencion de los bienes del Clero.

.....
Es decir, un nuevo código. Una nueva era. Una absoluta inversion del orden establecido. De no ser esto, como habia dicho al principio el extranjero, era luchar,

y luchar sin fruto: era pues necesario dar el golpe de gracia á la Hidra revolucionaria. Los fueros y los bienes del clero representaban esa Hidra de siete cabezas: si los unos y los otros desaparecian, la Hidra desaparecia para nunca jamas volver. Entónces entraba la era de reforma, libertad y progreso, el plan regenerador á que aspiraban.

Pintar el efecto que produjeron esas mágicas palabras en el ánimo de los corifeos de la revolucion, seria tarea de nunca acabar.

El manuscrito pasó de mano en mano de cuantos habia en la sala, y por poco se hace pedazos en tanto ir y venir. En fin, el desórden se hizo general y la alegría fué loca y parecia no tener límites.

—¡Ordenes, órdenes! queremos órdenes para ejecutarlas al momento—esclamaron los impacientes y entusiastas ciudadanos de *Casa-Roja*.

—Dejadme acabar—dijo el Supremo Gefe imponiéndoles silencio.—Estadme atentos.

La loca turba calló como por encanto al solo metal de su voz, y el Gefe prosiguió su interrumpido discurso.

5—Os decia, ciudadanos, que yo solo poseia la piedra de toque y os lo he probado del modo que habeis visto. Los recursos con que contábamos en un principio eran insuficientes, como lo ha venido á demostrar la esperiencia de cuarenta años que llevamos de luchas. En ellos solo hemos logrado aumentar el número de las víctimas y descorrer mas el velo que encubre el espantoso cuadro de la miseria. Hoy, gracias al Dios de los oprimidos, y al plan salvador que os he presentado y que habeis aceptado, contamos con un recurso abundante que se aduna muy bien con lo que nos proponemos, esto es, *la inmensa riqueza del clero*, entregada en poder de unos cuantos

que imponen la ley á la mayoría de la nacion que muere de inaccion, de dolor, al verse subyugada y abatida por los que se han hecho árbitros de su porvenir. La nacion, libre y soberana, goza de un derecho amplísimo sobre todas las corporaciones, y el que ejerce sobre ese clero es muy real é indisputable, pues trata nada ménos que de los bienes que recibió de ella. Ella puede destruir las agregaciones de ese órden que parezcan inútiles para la sociedad, y una vez logrado, sus bienes vienen á convertirse necesariamente en justa herencia de esa nacion, que pasará á ser propietaria de todos sus fondos. ¿Qué mas podré decir en comprobacion de esta verdad? El despotismo y la corrupcion de bandadas de aventureros precipitaron en los desiertos á nuestros primitivos padres, que se vieron precisados á abonar la tierra que les habia de dar de nuevo el sustento; luego enseñoreóse la conquista en toda la estension de nuestro vasto territorio, y entónces el abuso y la ignorancia de conquistadores y conquistados vino á trasferir en los falsos ministros del Señor que los adoctrinaba, un poder que los hizo propietarios de lo que debió ser nuestra herencia. ¿Por qué? Porque mas espertos y avisados que aquellos supieron apoderarse de sus conciencias y ganar tantos prosélitos cuantos granos de maíz producian nuestros vírgenes campos. Desde la conquista hasta nuestros dias, ellos y solo ellos han sabido recoger la gran cosecha á trueque de la horrible mercancía que desde entónces acá han hecho de las verdades eternas del libro santo de los Evangelios. Por eso vamos á luchar con ellos y á arrancarles el poder absoluto que nos han arrebatado. Por eso vamos tambien nosotros á sembrar para recoger ciento por uno, y proceder á reedificar el edificio social que se desploma. ¿Qué falta, pues, para dar principio á la obra? Que vosotros os sacrifiqueis en aras de la patria para darla el rango que se

merece entre las demas naciones que ya sacudieron ese yugo vergonzoso. ¡Decid, pues, lo que hareis por ella!

—Yo—se apresuró á decir el anciano representante del Sur—ofrezco mi vieja espada de 1810 y las de dos mil valientes que me están subordinados. El Sur contribuirá con hombres y con dinero hasta sucumbir en la demanda, y seré el primero que proclame la reforma que nos ha de constituir definitivamente. Rios caudalosos de sangre nos costará, pero al fin triunfaremos como triunfamos al declararnos libres é independientes de nuestros dominadores.

—Yo—dijo á su vez el del Norte—levantaré en defensa de nuestra santa causa, tres mil rifleros que valdrán por seis mil. La Frontera los mantendrá de todo á todo, y ademas proporcionará cuanto material de guerra fuere menester.

—Yo—dijo un tercero que representaba al centro—ofrezco levantar un ejército de cinco mil hombres y cubrir las bajas que hubiere en el ejército regenerador: Mi Estado lo tienen en poco, pero me atrevo á asegurar que él vendrá á ser el que sirva de punto de partida que impulse á los demas. Michoacan, ciudadanos, vale mucho, mientras que nuestros enemigos lo tienen en poco. Mejor; así nos dejarán obrar con mas libertad.

—Yo—dijo un colosal personaje, de rostro acarminado y maneras bruscas—ofrezco la proteccion lisa y llana de vuestros hermanos del Norte. Nuestro gran general Washington fué el primero que os inició el modo de ser librés, sus sucesores no os abandonarán hasta que no disfruteis de la paz y prosperidad que ellos disfrutaban.

—Yo—dijo el obispo, que representaba al clero católico introduciré el cisma, dividiré á la grey, y la predicaré hasta hacerla comprender cómo se es verdadero católico v

hasta qué grado debemos hacer uso de nuestro sagrado y humilde ministerio.

—Yo—dijo un escuálido personaje de rostro enjuto y de proporciones gigantescas—represento á la prensa, y lo que vosotros hicieréis yo prepararé por medio de escritos luminosos que adoctrinarán al pueblo.

Faltaban los enviados de las repúblicas vecinas y otros que seria largo enumerar, que se contentaron con presentar sus credenciales y la contraseña convenida para su reconocimiento en la asociacion, que diez meses ántes de su reunion se habia estado preparando. En ella figuraban tambien ricos comerciantes, un gran personaje español, algunos priores de órdenes religiosas y otros que mas adelante y á su debido tiempo conoceremos.

—Bien, muy bien, ciudadano—dijo satisfecho y lleno de noble orgullo el Supremo Gefe—con eso nos basta por ahora, mas adelante veremos.—Y saludando prosiguió. Tratemos por de pronto de arrojar del poder al hombre funesto que nos oprime, á ese gobernante, que habiéndose levantado del pueblo, á quien traicionó, alimenta hoy la ridícula esperanza de volvernos á los tiempos de Torquemada y Fernando VII. ¿Y de qué modo ha empezado? Resucitando una órden honorífica que murió al nacer: insolentando á la presuntuosa aristocracia, halagándola con títulos y oropeles que la hacen vana y déspota. ¿A dónde vamos á parar si violentamente no se pone el remedio? Así, no hay que perder tiempo. Marchad cada uno de vosotros á vuestros respectivos Estados y dad el grito de rebelion conforme os lo anunciare.

Vosotros, hermanos míos—continuó dirigiéndose á los que representaban la fuerza moral—á la vez que el estampido del cañon y la fusileria conquisten terreno, conquistadlo vosotros por medio de vuestros luminosos es-

critos. Inculcad en las masas del pueblo y en el seno de las familias las verdaderas doctrinas de Juan Jacobo Rousseau, Mirabeau, Danton, Talleyrand, y otros que podrán servir de guía en la difícil misión que se os encomienda. No descanséis: que la verdad se difunda de Oriente á Poniente, del Septentrion al Mediodía. . . .

III.

A la vez que daba fin el Supremo Gefe de la asociación reformista, apareció Leiva en el dintel de la puerta, acompañado del cadáver de Pedro el zapatero y de otros personajes que lo conducian.

La luz de la lámpara que pendia de la techumbre comenzaba á debilitar sus reflejos rojos, y de cuando en cuando se la veia flamear, vacilante é indecisa.

Una de las puntas del tapete que cubria la mesa, se alzó y volvió á caer de nuevo sin que esto fuese notado.

Los ciudadanos de *Casa-Roja* prestaron solemne atención al fúnebre cortejo que se presentaba.

El indicaba que se trataba de hacer justicia á Pedro; pero no sobre quién habia de recaer la acusacion, que no estaba en sus trámites legales.

El anciano soldado de 1810, representante de los Estados del Sur, se hallaba en una posición comprometida á causa de haberse hecho ante él la enorme acusacion que pesaba sobre el que acabaran de proclamar gefe supremo de la asociación.

Leiva, en cumplimiento de la orden que se le habia dado, presentaba el cuerpo del delito, y habiendo seña-

lado al supuesto criminal, preciso le era rendir las pruebas, como de facto se proponía hacerlo.

El acusado que veía venir sobre sí todo aquello, permanecía tranquilo como el que tiene pura su conciencia.

Los demás permanecían fríos espectadores de una escena que no sabían cuáles serían sus fatales resultados.

Al fin el del Sur levantándose de su asiento y dirigiéndose respetuosamente al que les había traído la luz en medio de la oscuridad en que se hallaran:—Perdonad, le dijo—si en cumplimiento de nuestras severas leyes de asociación, ocupó por unos momentos el puesto que me corresponde en el triste cuanto lamentable cuadro que tenemos á la vista, al cual creo estraños á los acontecimientos que os han precedido. De buena gana me excusaría si el tenor de esas leyes me lo permitiera, pero

—Harias mal, representante del Sur, harías mal—se apresuró á contestar el nuevo jefe de la asociación.—Para darte un ejemplo de la sumisión que las debemos, voy á ocupar el lugar que me corresponde, por haberme llamado ese hombre á él—y acto continuo fué á colocarse al lado de Leiva, á la vez que con su mirada acostumbrada al mando, indicó á su antecesor que ocupara el preferente lugar que por entónces le competía.

El del Sur lo hizo como se lo insinuara, y los demás espectadores de esta escena, se prepararon á ver su desenlace, que por esta vez no creían fuese favorable al que sin embargo del dominio que había adquirido sobre ellos, se encontraba ahora en una falsa posición, que cuando ménos podría costarle un juicio que rebajara la buena opinión en que se le tenía.

—Para concluir la tarea de esta noche, ciudadanos, es necesario un ejemplar que norme nuestra conducta,

—dijo el que habia cambiado su puesto de jefe por el de acusado. Desearíais que echásemos un velo sobre los primeros acontecimientos de mi aparicion. Yo, no; y si es cierto que en un principio dije qué importaba la vida de un hombre cuando se trataba de la conservacion de ocho millones de habitantes, ahora digo que en aquel respecto nada; pero sí en este, que ha de servir de base á aquel. Un hombre ha asesinado á este otro, y su asesino se encuentra entre nosotros. Que no soy yo, es tan cierto como os lo voy á probar: que tampoco sois vosotros, se demuestra desde luego: preciso es pues, que sea un otro, y para probarlo y hacer pronta justicia, nombro á mi acusador por mi defensor.

El supremo gefe se habia hecho de nuevo de la situacion como acusado, y los que le oian, no se atrevian á interrumpirlo.

Habiendo planteado él mismo la cuestion, á los demas solo tocaba juzgarla.

—Existe—en la asociacion, ciudadanos jueces, dijo—una ley, que aunque cruel, norma nuestra conducta. Pues bien, para que mi acusador revele desde luego si soy culpable ó no, dadle á leer el cap. 7º del tít. 1º. Su simple lectura bastará para aclarar los sucesos acaecidos en la muerte de ese hombre, y la responsabilidad que pese sobre el culpable, sea quien fuere.

El representante del Sur puso en manos del acusado un cuaderno que contenia la mencionada ley. Este la pasó á su vez á las de su acusador, que se vió obligado á leer el artículo que decia:

“Si alguno de los congregados fuese causa de la muerte de uno de los adeptos, ya sea por falta de prevision, descuido, inadvertencia, hecho pensado, ó falta siquiera de serenidad y aplomo en momentos críticos da

dos, sufrirá la misma pena á que cualquiera de estas faltas diere lugar; para cuyo efecto no habrá apelacion ni recurso alguno.”

A medida que Leiva terminaba su lectura, su voz se fué debilitando, y una vez que hubo concluido el fatal capítulo, un nervioso temblor se apoderó de su cuerpo. Su rostro se puso lívido: un frio mortal empezó á coagular la sangre de sus venas. Al fin, el hombre, falto de espíritu, hubo de buscar un punto de apoyo entre los suyos, que desde luego lo consideraron reo. El manuscrito cayó de sus frias manos. Con él acababa de defender á su acusado y sentenciarse á sí mismo. El caso se puso á discusion y se aclaró la verdad de los hechos.

El supremo gefe levantó el manuscrito del suelo y fué respetuosamente á entregarlo al que hiciera las veces de juez.

Despues, tan impasible como ántes, continuó:

—Para dar cumplimiento al tenor de ese artículo, es necesario que haya un acusador, un acusado y una víctima.

La víctima está ante vosotros exánime y pidiendo el pronto castigo de su matador. El acusador, ya lo veis, se ha convertido en acusado y espera el fallo de sus jueces, que ven en él pruebas inequívocas de su culpabilidad.

El justiciero suriano interrogó con la vista á sus colegas, y de conformidad con ellos, procedió al interrogatorio que debia formalizar la sentencia.

—Estrangero:—dijo dirigiéndose al que acabara de hablar, y como estraño á su elevada posicion—te se acusa de la muerte de ese hombre, ¿qué respondes al cargo de tu acusador?

—Que rechazo tan infame acusacion y que lo señalo

como el único que puede vindicar mi conducta. Inútil me parece narrar el modo con que me encontré con él y con el que yace á sus piés, puesto que él ya lo ha referido. Bástame decir, que á pocos momentos de haberme evadido de ellos, oí la detonacion de una pistola, cuya bala indudablemente iba dirigida á mí. Sin embargo, no tuve la mas leve lesion, y gracias á este feliz desenlace pude presentarme ante vosotros y realizar mi presentacion del modo que convenia á mis miras, y sin que mis manos derramaran una gota de saugre que hubiera atormentado mi conciencia. Las armas que me han acompañado desde mi salida de México, helas ahí; ellas permanecen aún cargadas, y es fácil observar que su carga está hecha en época remota, y que ni su calibre ni la forma de su bala son iguales con la que ese desgraciado debe tener metida en la cabeza. Esta es mi defensa. Ahora, para probar mi inocencia, bastará preguntar á mi acusador de qué calibre es la suya, qué forma tiene y á qué distancia hizo fuego cuando me escapaba de sus manos por su *torpeza, falta de prevision, aplomo y sangre fria*. Preguntadle al mismo en qué línea y á cuántos pasos fuera del alcance de su pistola estaba la víctima que me imputa; y si teme los altos juicios de Dios, él declarará; él mismo será el que me absuelva y diga entónces quién es el verdadero matador de ese hombre.

—¡Piedad, piedad, señor extranjero!—dijo el convicto Leyva cayendo de rodillas, y castañeteando sus dientes de terror.

Los ciudadanos de *Casa-Roja*, incluso el llamado extranjero, guardaron un hondo silencio, aparentando no haber entendido la violenta demostracion de Leyva, que acababa de probar la inocencia del supremo gefe.

El juez suriano ordenó que se reconocieran al punto

las armas de qué hizo mencion el acusado, y una vez que se hubo hecho y que se estrajo la bala de la cabeza de Pedro, resultó ser cierto lo que en su propia defensa dijera el que sin querer habia delatado al desgraciado Leyva.

El hecho, como debe suponerse, fué aclarado á satisfaccion de todos.

Leyva, sin el aplomo y sangre fria que le prescribian los estatutos de su asociacion, habia hecho fuego sobre el que tomara por espía, sin estar cierto de ello, y sin prever que su compañero estaba inmediato, ó por mejor decir, delante del que iba á ser su víctima, y que podia, como sucedió, haberlo matado á causa de la oscuridad de la noche.

¿Qué partido podia tomar el desgraciado, cuando á mas no dudarlo habia por una fatalidad infringido el artículo que condenaba á muerte á todo el que no tuviera en la asociacion, la rara cualidad de reunir las circunstancias que él prescribia para ser buen asociado? Ninguno. Morir bajo el peso de su fatal sino, y confesarse culpable.

Sin embargo, viéndose perdido apeló á la clemencia de sus severos jueces, apoyándose para ello, en que su falta provenia del celo con que habia dado cumplimiento á una orden de la congregacion. Pero desgraciadamente, le contestaron que ese celo le habia sido fatal, y que el artículo 7.º del título 1.º lo sentenciaba á lo mismo á que hubiera dado lugar en perjuicio de la Asociacion.

—Leiva—dijo su juez—de acusador que eras te has hecho acusado. No ignoras que todos somos iguales ante la ley, y de ello tienes una prueba en el juicio que tu falta ha suscitado. Confeso y convicto has confesado haber faltado en todas sus partes al artículo que te acusa y condena. Así, pues, disponte á morir del modo que has muerto á tu compañero; que si Dios cree que aún no de-

bes comparecer ante su presencia, no comparecerás.

Leyva se sentía morir; le parecía todo un sueño, y en realidad dudaba si estaba durmiendo ó despierto.

Se acordó en aquel momento de que tenía un hijo, y no muy distante de aquel lugar.

El gefe supremo, absuelto del cargo que contra él pesaba, fué á ocupar el lugar que le correspondía.

Los testigos de esta triste cuanto bárbara ¡escena, se mostraron frios espectadores, y solo aguardaban su conclusion para desaparecer de allí.

Esta no se hizo esperar por mucho tiempo.

La voz del supremo gefe resonó en los ámbitos de la sala.

Entónces el ejecutor de la ley, ministró al sentenciado algunos cordiales que lo reanimaran, y una vez que pudo tenerse en pié, lo colocó en un ángulo de la sala. Despues sacó una pistola de su cinto, la amartilló, y dando la espalda á la que iba á ser su víctima, anduvo diez pasos, y acto contínuo giró de pronto sobre sus propios talones, y disparó sobre Leyva que cayó por tierra exhalándo un ¡ay! ahogado.

El art. 7º del título 1º de la severa ley de asociacion se habia cumplido en todas sus partes, y en vez de un cadáver, se veian dos en la ensangrentada sala de *Caseroja*.

Pocos momentos despues, el gefe supremo despedía á sus asociados, acompañándolos hasta la puerta de salida.

—Dios alumbre vuestro camino, representante del Centro, porque si no lo hace así, os aguarda un desastroso fin, dijo al que primero salió, que era un hombre de mediana estatura, y de fisonomía de ave de rapiña, con sus pómulos salientes, lábios delgados, ojos hundidos, y enjuto de carnes.

—Eres profeta, mi respetable jefe—contestó el interpelado.

—No; pero leo en el semblante de los hombres, que es mi gran libro.

—Pues Dios quiera que en esta vez hayas leído mal.

El representante del Centro desapareció, no sin sentir el efecto desagradable del pronóstico, hasta la médula de sus huesos.

—Igual cosa te pronostico, valiente encarnación de la democracia. Si tienes alguna mujer á quien amar, no dejes de despedirte de ella con toda la efusión de tu alma ardiente de soldado y de poeta.

—No te entiendo—dijo este segundo personaje, de formas varoniles, frente despejada y mirada altanera.—Si quisieras explicarme. . . .

—Vé con Dios, mi buen amigo, vé con Dios, y no olvides por lo que te pueda importar, que los grandes géminos son víctimas de sus propias empresas.

El personaje á quien se dirigía salió á su turno sin comprender una palabra de lo que se le decía.

Iba á salir un tercero, y como los dos anteriores, tuvo que detenerse ante las ceremoniosas cortesías del que se había propuesto vaticinar el porvenir de aquellos hombres que creían y adoraban en él.

Era este un hombre alto de cuerpo, de regulares carnes, mofletudo, y en cuyas vulgares facciones se hacía notable un bigote pequeño que por lo raro de su corte llamaba la atención de los que se fijaban en él.

—Ciudadano general,—le dijo el supremo jefe—me parece, y puede ser que no me equivoque, que ántes de tres años habrás traicionado á tu causa.

—Ciudadano,—contestó el interpelado—el tiempo aclarará lo infundadas que son tus sospechas.

—Dios lo haga, porque si no, en el pecado llevarás la penitencia, general.

—Lo creo, ciudadano, lo creo—dijo el cazurro general desapareciendo con los demas, y sonriendo en son de broma.

—Adios, ilustre ciudadano, eres para mí respetable porque estás destinado á ser mi sucesor; pero leo en tu despejada frente que serás la primera víctima del bando que vamos á combatir—prosiguió dirigiéndose á un otro.

—Que así sea, si con ello se logra el triunfo completo de nuestra causa, replicó el modesto y resignado personaje.

Uno tan solo faltaba por salir de aquella sala cuya fetidez á sangre se hacia cada vez mas insoportable, y este uno, á quien sin duda no habrán olvidado nuestros lectores, parecia haberlo hecho de intento, y con el objeto de no perder nada de cuanto pasase en su misterioso recinto.

Para ello, ya sabemos de qué medio se valió.

A la sazón aparecia cubierto el rostro con una mascarilla negra que le permitia confundirse y salir con los demas.

El supremo gefe estrañó que todavía faltase alguno, pues segun su cuenta, los salidos eran treinta. Creyó que podria haberse equivocado, y en este supuesto se serenó, esperando que el retardado personaje lo hiciese á su vez. Este lo verificó saludando al que hacia los honores de la casa, no sin cierto temor fácil de comprenderse.

El gefe de los reformistas se apresuró á cerrar la puerta tras el que desaparecia, murmurando palabras que demostraban su desconfianza; y luego, como si ya no tuviera

43

que hacer nada en el teatro de sus triunfos, se dirigió á la trampa simulada por donde habia hecho su aparicion.

La lámpara pendiente de la techumbre acababa de extinguir su última luz.

IV.

Volvamos á la dama y su page que dejamos olvidados frente á la casa en donde tales cosas pasaran.

Recordará el lector que miéntras él se encontraba agobiado por cierta sospechosa melancolía, ella era víctima de una pasion que raras veces se puede ocultar cuando se va en seguimiento del sér que la motiva.

Amaba y estaba celosa del que seguia en medio de la oscuridad de la noche, sin que su ciega pasion la advirtiera lo que hacia ni los riesgos que á su loca temeridad la esponia.

Pintar los padecimientos de la celosa y desconfiada dama al ver penetrar por debajo del puentecillo al que era causa de sus cuitas, y lo que sufrió su alma al agolparse á su cerebro mil pensamientos traidores, seria cosa de nunca acabar. Baste decir, que el silencio sepulcral de la noche, lo frio de ella, el ladrar triste y lastimero del perro extraviado de su amo, y el graznar aterrador de las aves de rapiña que batian sus negras alas sobre su cabeza, agotaron sus fuerzas hasta el grado de que su silencioso compañero temiera verla sucumbir bajo el enorme peso de sus multiplicadas emociones.

El tiempo seguia su curso, y el adorado bien que en vano esperaba no aparecia; pero en cambio, vió salir uno, dos, tres y mas fantasmas de la casa que hubiera querido

que se trasparentase hasta en sus cimientos, para ver lo que en su interior pasaba.

Aquellos á quienes tomaba por fantasmas, á causa de la oscuridad de la noche y de su escitacion nerviosa, desáparecieron uno tras otro á espaldas del edificio que le impedia seguirlos con la vista.

Entre ellos no veia al que buscaba.

Los instantes eran para la pobre mujer siglos, y su volcánica imaginacion se perdia cada vez mas en el idealismo que la esponia á volverse loca de amor y de celos.

Era mucho aquello para sus débiles fuerzas.

Estremecimientos nerviosos se apoderaron de su complexion delicada.

Sus ojos parecian salir de sus órbitas en medio de la oscuridad que pretendia penetrar.

A sus oidos llegaban misteriosos rumores.

Dió un paso hácia adelante.....

Despues vaciló.....

Ella misma no sabia lo que queria.

La incertidumbre la mataba.

Entre aquellos fantasmas no veia al que no era posible equivocara con otro.

Los fantasmas, en fin, no volvieron á aparecer, y sus esperanzas se perdieron del todo.

Avanzó resuelta otro paso con intenciones de penetrar de grado ó por fuerza en *Casa-Roja*, y entónces se detuvo aterrorizada ante el nuevo fantasma que á su vista se presentaba.

El page que la vió vacilar, corrió en su auxilio sin atreverse á tomarla de la mano para retirarla del espectáculo que presenciaban.

Un hombre, que parecia mas bien un gigante, apareció en la puerta de los casa que tanto la preocupaba.

Sobre sus hombros llevaba á otro hombre de mediana estatura que parecia desmayado ó muerto.

El gigante avanzó hasta ponerse en medio del camino; y allí, como si fuera una carga lijera la que llevaba sobre sí, se deshizo de ella, y la cubrió con una manta, dejándola despues abandonada.

Acto continuo desapareció á lo largo del camino enjugándose el frio sudor que corria por su frente y una que otra lágrima que brotaba de sus undidos ojos.

La dama no pudo resistir mas: todo aquello era para ella un terrible misterio, y entónces no vaciló en arrojar-se sobre aquella masa inanimada y levantó el manto que la cubria.

Su sorpresa fué grande, su emocion espantosa.

Ante su nublada vista se presentó el cadáver de un hombre, cuyo semblante desfigurado y bañado en sangre, daba pavor mirarlo.

Este hombre era Pedro.

Semejante escena agotó sus fuerzas.

Sus sentidos la abandonaron, y hubiera caido sobre el helado cadáver, si el page que la seguia desde un principio en todos sus movimientos, y sufriendo tanto como ella, no la hubiera recibido en sus brazos, apartándola de allí tan pronto como sus fuerzas se lo permitieron.

Pobre mujer, y cuán caro le costaba su imprudencia.

Si vosotros habeis amado con delirio alguna vez, no la culpeis, tenedla lástima al verla en el camino que tantas y tantas veces vosotros habeis corrido, sin pensar siquiera si lo que haciais era bueno ó malo. Amabais, y esto era lo que os importaba saber: lo demás ¿qué valia para vosotros, si en los martirios de vuestra alma encontrabais la vida y los goces de todo lo bello é ideal!

El adolescente jóven, al verse tan inesperadamente con semejante carga entre sus brazos, se sintió desfallecer de alegría, y sus ojos brillaron de la misma manera que los del loco al arrojarse sobre el objeto codiciado en su pensamiento eterno.

Sintió que le faltaban las fuerzas, que su cabeza ardia, que su corazón estaba próximo á estallar, y en esos momentos supremos no supo qué hacer, ni en dónde estaba, ni qué partido debía de tomar. Tenia estrechada contra su pecho á una mujer superior á él en nacimiento, posicion y hermosura, y esta mujer á quien habia amado y amaba hasta el delirio, y desde el momento en que entrara á su servicio, porque la vió jóven, bella y buena la tenia sobre su palpitante corazón despues de tantos martirios como habia sufrido.

¡Cuántas ideas cruzaron por su mente y cuántos latidos sintió su ardiente corazón enamorado!

Pobre jóven que ignoraba los peligros á que su insensata pasión lo conduciría.

La dama no volvía de su desmayo y el paje se vió obligado á hincar una rodilla en tierra para proporcionarle comodidad.

—¡Cuán hermosa es!—se decia, á la vez que colocaba la cabeza de la desmayada sobre su palpitante pecho.—¡Dios mio! ¿por qué soy tan jóven cuando mi corazón y mi alma aspiran á elevarse sobre el pedestal que no me es dado aún alcanzar?—y luego, clavando sus ardientes ojos en los cerrados de la jóven, contempló á su sabor y casi con estasis amoroso, la blancura de la tez de su rostro, la sedosa y larga pestaña y la pequeña boca que sus descoloridos labios apenas delineaban. En el vértigo de un amoroso arrebató se vió tentado á besar la boca de la que, á decir, verdad, lo habia mirado con el mas profundo desprecio, y

lo hubiera hecho, si no lo contuviera el santo respeto que le infundia y la pureza del amor que guardaba escondido por temor de que se lo arrebataran.

Su martirio fué doble. La contempló por segunda vez, suspiró melancólicamente y despues dejó escapar de su pupila una rebelde lágrima que le quemó el rostro como le hubiera quemado el corazon si hasta allí hubiera ido á parar.

La pureza de su amor habia dominado la impetuosidad de su carácter de veinte años: despues, nada tuvo que temer ni por sí ni por ella, que jamás pudo estar mas respetada.

Hay séres que nacen para sufrir, y él tenia la conviccion de que era uno de ellos. Así es, que esperó tranquilo la vuelta del desmayo de la señora de sus pensamientos. Esta, vuelta en sí á los pocos momentos, su primer pensamiento fué dirigir sus ojos estraviados hácia el lugar que tanta agonía le habia causado.

Despues, perdiendo toda esperanza, y desistiendo de la empresa que tantas emociones le habia costado, se dignó mirar á su impasible paje, que no osó levantar la vista por temor de venderse.

—Angel—le dijo con acento áspero y de mando—
¿qué ha pasado durante mi desmayo?

—Nada—contestó el paje.

—¿Nada?

—Nada, señora, puede V. creerme.

—He visto.....

—Yo no he visto nada, absolutamente nada.

—No puede ser, tú me engañas.....

—Digo la verdad, señora.

—¡Basta!.....Acerca los caballos y partamos.

—¿A dónde quiere ir la señora?

—Monta y lo sabrás.

Y dando el ejemplo saltó sobre la preciosa yegua que al sentir la ligera carga de su ama, partió á galope relinchando de alegría, y á través de los arcos y arbustos que desaparecieron tras de ellos.

.....
Habrian trascurrido cinco minutos de esto, cuando dejáronse oír dos detonaciones de armas de fuego, que repitieron los ecos del valle.

Los jóvenes viageros atemorizados, picaron sus cabalgaduras con mas insistencia; pero no lo suficiente para impedir que les diera alcance un brioso corcel que á todo correr parecia abandonado á su propia voluntad.

El ginete que lo montaba apénas podia detenerse en él; parecia vacilar sobre su montura de la misma manera que si fuese en estado de embriaguez.

Al pasar junto á la dama como una exhalacion, ésta pudo reconocerlo, porque en él pensaba: creyó ver al resplandor de las estrellas y sobre la blanca pechera de su camisa, una mancha roja cual si fuera de sangre.

—¡Gabriel!...;Gabriel!...;El es!...;Allí vá!

Prorumpió la dama en lo supremo de su dolor, y acompañando á ese nombre un grito desgarrador, lleno de angustias y temores.

El fugitivo ginete no la oyó.

Y entónces en vez de dos cabalgaduras, corrian tres por el camino que conduce de *Casa-Roja* á México, una en pos de otra.

Despues el reloj de la catedral, marcó con su sonora campana las altas horas de la noche.

.....
Al amanecer del nuevo dia, los agentes de policía re-

cogieron de la orilla del camino de *Casa-Roja* el cuerpo de un desgraciado muerto durante la noche.

El cadáver fué reconocido por el de Pedro el zapatero. Junto á él lloraba un niño que tiritaba de frio.

Este niño nosotros lo hemos visto no hace mucho, alegre y contento, y en alguna otra parte.

Lo estraño es, que pocos momentos despues, se le veia desaparecer á lo largo del camino acompañado de un hombre á quien llamaba *Leiva*.

Leiva marchaba á su lado triste y pensativo.

Mas tarde, y cuando el sol asomaba en el horizonte, cuatro carruages salian de la capital en distintas direcciones.

El primero de ellos tomaba el rumbo del Sur, el segundo el del Norte, el tercero el del Poniente y el cuarto el del Oriente.

El que pasó rumbo al Poniente, se encontró en su camino al hombre que conducia de la mano al niño. Hizo alto, y asomó por una de sus portezuelas un viagero jóven de los dos que lo ocupaban, el cual puso en manos del hombre un bolsillo que contenia porcion de monedas de oro.

—*Leiva*—le dijo—para el pobre huérfano y á nombre del que está en el cielo que te perdona. Sírvete de padre.

—Que Dios os bendiga, señor caballero.

El viagero prosiguió su camino despues de hacer un signo masónico en señal de despedida.

El anciano que lo acompañaba, y sobre el cual pesaban sesenta inviernos, sonrió de satisfaccion al ver la caridad de su jóven compañero.

Y *Leiva*, de rodillas, y cual si fuera un pobre limos-

nero, correspondió al saludo de la misma manera, murmurando á media voz:

—Que el Sér Supremo, vaya con el divino gefe.

V.

Antes de terminar esta parte de nuestro prólogo, llevaremos al benévolo lector al lugar en que dama, caballero y page llegaron, despues de mil tropiezos y sobresaltos que tuvieron en el camino.

Hicieron alto en la casa sin número de la calle Real del Rastro.

El caballero habia llegado á ella ántes que los que quisieron darle alcance, ya por no ser estos fuertes en la carrera á caballo, ó ya porque no se atrevieron por motivos que tendrian para ello.

Es el caso que la dama y su page llegaron pocos momentos despues, y tan luego como les fué abierta la casa, entregó la primera las bridas de su yegua al jóven que la acompañaba, que sin saber qué pensar de todo aquello, obedecia como el autómata obedece la invisible mano que lo impulsa. Tal era el poder que ejercia aquella mujer sobre su alma. Esta, por su parte, daba el último paso que creia deber suyo dar, si no con aprobacion del mundo, sí con la de ella, que sentia tal imperiosa necesidad, que no hubiera bastado ningun poder para estórbarselo.

El anciano portero de la casa les dejó el paso franco como si fueran antiguos conocidos, y pocos momentos despues volvieron á cerrarse las puertas de la casa que

á juzgar por el silencio que en ella reinaba, algo grave debía pasar en sus adentros.

Y así era la verdad.

En una recámara de escasa luz, y sobre un lecho de humilde apariencia, se hallaba un pálido jóven entregado á manos del anciano que vimos servir de portero, y que tan luego como hubo cerrado el porton voló á la cabecera del amo que veia cual si fuese su propio hijo, como éste se veia en el anciano que cuidaba de su persona, y de sus pequeños intereses. Tan luego como fué reconocida la disfrazada dama, dejó el primero el lugar que ya no le pertenecía, y al verificarlo cerró tras sí la puerta, dejando á ambos jóvenes entregados á sí mismos.

La dama disfrazada, al ver la ensangrentada camisa del que yacia postrado en el lecho, suspiró tristemente, y fué á caer de rodillas junto á él, inclinando su bella cabeza sobre el pecho del herido, que no pudo ménos de estremecerse al sentir el brusco arrebató de la casi loca muger que le sacaba de su letargo.

—¡María! . . . dijo con dificultad al reconocerla.

—¡Gabriel! . . . murmuró la jóven, no pudiéndose sostener ni aun sobre sus rodillas.

Y despues ambos guardaron un sepulcral silencio; silencio que fué interrumpido por el suave y casi imperceptible rechinar de la puerta que momentos ántes habia sido cerrada por el anciano que cuidaba del enfermo.

Espliquemos la causa de este nuevo incidente.

Angel, despues de haber tomado de manos de su ama la brida de la yegua, no se quedó conforme con verla alejar, y como todo hombre que está celoso de que amen lo que él ama, quiso á toda costa saber en que vendria á parar aquella noche de aventuras, que lo tenia

uesto en un tormento tanto mas espantoso, cuanto se acercaba al fin del desenlace que se maliciaba. Así, pues, penetró á la casa juntamente con su ama. Los animales que estaban bajo su inmediata responsabilidad, los colocó en sus respectivas caballerizas y luego se dió maña hasta lograr llegar cerca del sitio en que su señora se hallaba. Esta operacion fué fácil, pues los habitantes de la casa solo se reducian á tres: el dueño de ella, que se encontraba herido, el anciano que lo cuidaba y la vivaracha cocinera que dormia á pierna suelta. De modo que pudo sin obstáculo colocarse detras de la puerta por donde su ama habia penetrado, y atisbar por el ojo de la cerradura lo que le interesaba ver y oír aun cuando fuese destrozándose él mismo el corazon.

Volvamos á la recámara del herido y lo encontraremos mas tranquilo y repuesto de la sorpresa que le causó ver á la mujer en quien tenia cifrada la realizacion de sus ensueños de grandeza. Esta por su parte no abandonó la posicion en que la dejamos: tenia entre sus blancas, pequeñas y suaves manecitas, las de aquel hombre que amaba, el que las abandonó á su cariñosa y aristocrática enfermera.

—¡Gabriel!—decia la jóven—si es cierto que me amas, si en algo estimas los peligros á que me he visto espuesta esta noche, dime qué has ido á hacer á *Casa-Roja*, y cuál ha sido la mano villana que ha derramado tu preciosa sangre.

—María,—le contestó el jóven—es el destino del hombre que así lo tenia dispuesto. Fui á esa casa, porque á ella iba á buscar lo que el ávido especulador busca en las entrañas del mar y de la tierra. La sed de riqueza y de grandeza de un nombre que me haga salir de la oscuridad en que me hallo, me arrastró á ella, y bendigo

una y mil veces la hora en que mi instinto investigador me encaminó á donde podria encontrar lo que buscaba.

—¿Y si en vez de esa quimera te sorprende la muerte?

—Entónces hubiera muerto vencido, pero no con el remordimiento de no haber luchado con la fuerza de mi sino.

—Gabriel, tú deliras, ¿qué te propones?

—Ser algo sobre la tierra, elevarme sobre los demas hombres, ó sucumbir en mi demanda como bueno, valiente y leal.

—No te comprendo. El acento de tu voz me pone en alarma. Creo que tu calentura aumenta, que tu herida se inflama por momentos, y me muero si no me hablas como en otros tiempos me hablabas. Gabriel, quiero creer que es todo lo contrario de lo que mi acalorada fantasía se supone; pero como nunca me has hablado de ese modo, me parece que te agravas por momentos, y necesito tener pruebas de que ese lenguaje no es efecto de tu desgraciada posicion.

—Tranquilízate, María, y escucha. Lo de esta noche pudo haber sido grave, pero por fortuna no lo ha sido ni lo será. Quiero, pues, abrirte el fondo de mi corazon. Tú me amas, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—Pues escucha mi sincera confesion, y no me califiques despues de loco ó visionario, porque ni lo uno ni lo otro puede ser, cuando de tí depende la absolucion de mis pecados.

—¿Qué dices.....—lesclamó la jóven sobresaltada cada vez mas y sin poder comprender á dónde iria á parar su herido amante.

—Hace dos años que te conocí por mi buena estrella.

Desde el primer momento que mis ojos te vieron, te amé mi corazón....—Y aquí el joven hizo una pausa que su amante tradujo por lo trabajoso que le era espresarse á causa de sus sufrimientos.—A partir desde esa época—continuó despues—me creí obligado á ofrecerte un nombre y una posicion que no tenia, y me dije: el mundo es grande, soy joven y fuerte; mi patria me convida á hacer lo que yo quiera. La guerra civil que la aniquila me dará lo que he de menester, y si sucumbo en mi empresa, no tendré por qué sonrojarme ante la mujer en quien he fijado mi atrevida mirada. Ella es rica, muy rica, á la par que bella, y yo soy un pobre que no puedo ofrecerla mas que mi corazón de veinticinco años. Ea, pues, Gabriel, á trabajar por ella, puesto que te distingue entre los demás.

El joven acabó de pronunciar estas palabras con tal dulzura, que fueron á resonar en el oido de María como una música celestial que la iba embriagando por momentos.

—Continúa, continúa, mi pobre Gabriel,—murmuró la joven con voz temblorosa—y creeré que me has amado, que me amas y que continuarás amándome eternamente como yo te amo. ¡Si vieras qué horrorosa duda me ha atormentado desde ayer, y qué horrible noche he pasado! Pero continúa.... No quiero perder ni el eco de tu voz que me fascina. ¡Decias....?

—Que por tí he aspirado al engrandecimiento. Que pensando en tu amor he despreciado los peligros á que una y mil veces me he visto espuesto en mi carrera militar, y que tenaz en mi idea fija, he ido arribando poco á poco á la orilla ansiada que deseaba tocar. Una vez en ella, he estudiado el vasto campo que se me presentaba y tenia que andar. Los hombres mis hermanos me

han servido de estudio para el plan que me he propuesto, y una vez lanzado á la revolucion que arruina á mi pais, he podido observar que entre todos ellos no hay uno que sea capaz de hacer lo que yo haga en beneficio de mi patria. Esta noche, á punto he estado de sucumbir en mi demanda; pero Dios, que conoce mis designios, me ha dejado aún estrechar tus manos entre las mias, y me da todavía esperanzas para el porvenir que me convida. ¡María, María! para llegar al pináculo de mis dorados sueños, necesito de tu ayuda y de tu poder para ofrecerte en cambio cuanto valga y cuanto tenga. ¡Qué mas podré decirte. . . .! En *Casa-Roja* he encontrado lo que buscaba. Allí se conspira contra el mundo entero, y yo quiero, mi hermosa María, ser el defensor de ese mundo que puede ser trastornado por las maquiavélicas ideas de unos hombres sin fé, sin religion y sin amor patrio. He podido descubrir sus secretos. Conozco sus planes, los hombres que los dirigen y los medios de que se han de valer, y solo me falta para hacerme superior á ellos, que tú no me abandones en mi colosal empresa. Ya lo ves. . . . A esta sola idea me siento bueno del todo y quisiera saltar de este lecho que me consume por momentos porque no me deja obrar como quiero. María, mi suerte está puesta en tus manos. De tí depende que me eleve sobre los demás hombres, ó que me entregue á la desesperacion de tu abandono.

—Manda, y se hará cuanto tu capricho exija.

—Bendita seas. Desde esta noche comienzo á vivir de nuevo. ¡Oh! permítame que estampe sobre tu frente el beso que me unirá á tí eternamente. No lo rehuses, que es emanado del puro amor que cultivo aquí dentro.—Y llevándose la mano al corazon, la tuvo en él por algunos momentos, hasta que su apasionada amante le presentó su

ruborosa frente, sobre la cual hizo Gabriel estallar un beso.

Las puertas de la habitación se sacudieron sobre sus ejes de un modo extraño. Los dos amantes, embebidos en su amorosa demostración, no se apercibieron de ello. A ser lo contrario, hubiéranse sorprendido al encontrarse con la severa é irritada mirada del paje, que cuando quiso contener su ímpetu celoso ya no era tiempo, pues había traspasado los límites del lugar en que le estaba prohibido penetrar.

Angel tuvo el suficiente tiempo para estarlos contemplando. La rabia se apoderó de su ánimo, una nube roja empañó su vista, y se vió tentado por un momento á ahogarlos entre sus juveniles manos que ardian en calentura. Y así lo hubiera hecho, si al intentarlo no le hubieran abandonado sus fuerzas hasta el grado de buscar apoyo en el respaldo de una silla que estaba interpuesta entre él y los que le hacian sufrir los tormentos de Tántalo.

Al ruido que hizo la silla, nuestros jóvenes amantes buscaron la causa, y fué tal su sorpresa al encontrarse con el desfallecido paje, que no pudieron ménos que mirarse mútuamente como queriendo inquirir en los ojos de cada uno el motivo de aquella libertad, y el estado lastimero en que se encontraba el joven sirviente.

—¿Quién te ha mandado llamar, Angel? dijo la ama del interrogado.

—Ninguno, señora.

—¿Qué buscas entónces, ó quién te ha facultado para penetrar hasta aquí?

—Mi deber.

—No te entiendo.

—Acaba de dar el alba, y no creo prudente que os vean salir de esta casa, contestó Angel con imperturbable sangre fría.

—¿Y desde cuándo, mi buen page, te he facultado para que celes mi honra? Sal de aquí y espera mis órdenes allá fuera.

Sin embargo de esta orden que nada tenía de humanitaria, nuestro page no se movió del lugar que ocupaba. Un temblor casi imperceptible embargó todo su cuerpo, y en vez del color rosado y puro que era habitual en su semblante, se le vió trasformársele en pajizo y amoratado, que daba señales claras de que la sangre se le agolpaba al rostro con violencia.

—¿No me has oído,—insistió la jóven—ó será necesario que te mande echar?

El page no se movió.

—¿Angel!—gritó la jóven fuera de sí y en el colmo de su cólera.

Gabriel se incorporó en el lecho, con dificultad: su semblante palidecía visiblemente.

La indignacion y la cólera comenzaban á apoderarse de él.

María comprendió por esto que habia avanzado demasiado; y al ver la pertinacia de su page, entró en un estado de vacilacion cuya causa ni ella misma se podia explicar.

Los tres actores de esta escena quedaron mudos por un momento, sin saber por de pronto qué desenlace dar á este incidente.

Por otra parte, el ruido de los carruages, los gritos de los vendimieros y el movimiento general de la poblacion, les advertia que el día era llegado, y que des-

pues de una noche tan llena de peripecias, era preciso terminarlas y no coadyuvar á otras nuevas, que tal vez no podrian quedar ocultas en el misterio de las sombras de la noche.

Pero era el caso que el page permanecia inmóvil como una estatua, que la dama no podia ya contener su ira, y que en el pecho de Gabriel rujia una sorda tempestad que amenazaba poner las cosas en peor estado.

Un incidente imprevisto vino á dar desenlace á esta escena.

El page cayó por tierra como el arbusto tronchado por el huracan.

Con los ojos abiertos y fijos, cubiertos los lábios de sanguinolenta espuma, contraídas las facciones, desme-lenado y brotando frio sudor sus poros, cayó á plomo, rebotando su cabeza en el piso, que produjo un desagradable sonido.

Inmóvil y con los puños crispados parecia que su alma lo habia abandonado del todo.

María, amedrentada, fué á refugiarse en el seno de su amante, que ya incorporado en el lecho, miraba aquella escena sin comprender la verdadera causa que la motivara.

Al ruido que hizo el cuerpo del jóven al caer, se presentó Blas, que así se llamaba el anciano enfermero; y comprendiendo que aquello no era otra cosa que un doble ataque epiléptico, arrojó sobre el paciente una manta que pudo hallar á mano, y con esto hizo desaparecer la repugnante escena, que podia influir tan funestamente sobre el ánimo del herido.

.....
Luego solo se dejó oir el ruido de un carruaje, que

59

con sus persianas cerradas y á todo correr, salia de la casa sin número de la calle Real del Rastro, atravesando la populosa capital en medio de su animada agitacion.

Dos horas despues, una muchacha vivaracha salia de la misma casa, llevando entre las manos un voluminoso pliego, en cuyo sobre se podia leer: "*Al Sr. de Monte-Retondo.—Aguila núm. 100.—Urgente.*"

SEGUNDA PARTE.—EN EUROPA.

CAPITULO SEGUNDO.

LOS CABALLEROS DE LA CRUZ VERDE.

Permítanos el paciente lector, cortar aquí la primera parte de nuestro prólogo para llevarlo á lejanas tierras y hacerle saber lo que allí pasaba, para la mejor inteligencia de la esposicion de nuestra obra.

Olvidemos por un momento la multitud de personajes que hemos dejado atras, y trasportémonos á las playas de Veracruz, despues de tres meses de los acontecimientos que quedan relatados.

Un buque de poco porte estaba próximo á hacerse á la mar.

La voz de mando del capitán se dejaba oír entre tripulantes y pasajeros, y bien pronto se le vió balancear y cubrirse de su airoso velámen que lo impulsaba suavemente sobre las aguas que dividen el nuevo del viejo continente.

La brisa era refrescante y el día sereno; nada indicaba que la marcha regular de la velera nave pudiera ser interrumpida por los vientos del Norte tan frecuentes como peligrosos en esas regiones.

A medida que se alejaba de la costa disminuía de porte, y al disminuir desaparecía como esas pequeñas nubecillas que sobre el azul del cielo se evaporan, hasta no quedar de ellas más que el recuerdo del sitio en que estuvieron.

Penetremos en su primera cámara, y allí, al rededor de una mesa veremos cuatro preocupados personajes, que absortos y cabizbajos parecían fascinados ante la azulada flama del espirituoso alcohol que calentaba el agua que debía servir para la preparación del aromático té que iban á saborear.

En qué pensaban, lo vamos á saber.

—¿Qué os preocupa, señor de Figueroa?—dijo uno de ellos.

—Me preocupa, señor de Monte-Retondo, lo grave del sesgo que toman los asuntos políticos en México.

—¿Y eso os causa temor? Seguid el ejemplo de nuestro buen amigo el de Altamira que fia del porvenir, y porque fia no le inquieta lo presente.

—Y así es la verdad, señor de Escobar, y señores: no solo no me preocupa, sino que me alegra que las cosas tomen tal sesgo, porque esto indica que la eterna cuestion política se coloca en el terreno que por impericia ó mal cálculo descuidaron desde un principio los nuestros; bien es que uno de ellos pagó con la cabeza su indecision en Iguala. República dijeron los unos, Monarquía murmuraron los otros, y los últimos lo dijeron tan quedo, que apenas fueron oídos, y á poco se dejaron vencer. Hoy los contrarios se quitan la careta y proclaman la re-

forma política y social en todas sus faces; hagamos lo mismo en sentido inverso, y veremos si fijada así la cuestión, es la victoria de los Republicanos ó de los Monarquistas. Ellos pretenden resolverla ayudados directa ó indirectamente de los americanos del Norte, nosotros de la Europa, y esto dará por resultado, que directa ó indirectamente pondremos un coloso frente del otro, es decir, las repúblicas frente á las monarquías, y en la lucha colosal que vamos á comenzar, será la victoria de quien Dios quiera. Esto se entiende, señores, sin que ni unos ni otros pensemos por un momento en ceder á nuestros aliados ni un palmo de nuestro territorio en cambio de sus buenos servicios, porque entónces la cuestión dejeneraria en traicion á la patria, y entre los mexicanos no caben traidores. Que nos den la paz, y la cuestión se reducirá á ver el que la obtiene primero bajo el sistema que la esperiencia demuestre que sea el mejor.

—Dios lo haga—dijo algo mas tranquilo Figueroa, sirviéndoles el vaporoso té, que al salir de la blanca tetera despedia un aroma capaz de quitar no una, sino mil preocupaciones.

La lijera nave prosiguió su ruta hasta perderse en lontananza, y treinta dias despues fondeaba en Saint-Nazaire.

II.

Nos encontramos en Paris, y en medio del bullicioso pueblo frances.

Nuestros cuatro viageros se han hospedado en el Gran Hotel, y apénas han tomado algunos dias de descanso,

cuando han hecho circular sus papeletas de aviso que les han abierto las principales casas de la aristocracia francesa.

Por esos días mucho se habló de ellos.—Quién decía que eran enviados diplomáticos del Presidente de la República de México con misión secreta cerca del Emperador: quién, que solicitaban un protectorado en vista de los acontecimientos que se preparaban en América: y otros, que iban á ajustar una alianza ofensiva y defensiva, á trueque de la venta de Sonora, porque el partido republicano amenazaba destruirlo todo: en fin, perdiéndose en conjeturas hubo quien asegurara que eran los fundadores de un nuevo imperio que se pensaba establecer en el territorio mexicano con ayuda del gabinete de las Tullerías y de otras potencias amigas.

Paris, investigador y comentador á la vez, vino á convenirse de que tales suposiciones carecían de fundamento, como otras mil que habia hecho con motivo de la ingerencia que en todas las cuestiones europeas tomaba su emperador, sin dar cuenta á nadie de su incomprensible política.

Nuestros viajeros americanos acabaron por desorientarlo, y hacerlo pensar en otra cosa, pues unas veces juntos, otras separados, visitaron á Roma, España, Inglaterra y Austria, y en todas ellas pasaron por acaudalados visitantes que recorrian la Europa, porque en América se aburrían con sus millones y no sabían en qué emplearlos.

No obstante todo esto, y en una noche cruel de invierno, á la hora en que el reloj de Nuestra Señora daba las diez, cuatro caballeros se dirigían en buen orden hácia una de las principales casas de los Boulevares en traje de rigurosa etiqueta.

Sobre las solapas de sus fracs negros llevaban una

cruz formada de esmeraldas, pendiente de una rama de olivo de oro esmaltado de verde, y cuyas bellotas eran otras tantas esmeraldas que daban una brillante vista.

Cubrian sus ostentosos atavíos, largos y ricos levitones forrados de seda, lana y algodón, que los ponian completamente á cubierto de los rigores de la estacion.

Una vez que hubieron llegado á la casa que se proponian, uno de ellos tomó la cabeza de leon que servia de aldaba á la macisa puerta, y la hizo resonar cuatro veces con golpes compasados y seguros.

III.

Las puertas de la casa se abrieron y dieron entrada en su interior á los cuatro visitantes que sin duda eran esperados, á juzgar por las ceremoniosas cortesías con que fueron recibidos, apénas fueron anunciados con los pomposos títulos de:

—Los señores Monte-Retondo, Altamira, Escobar y Figueroa, “Caballeros de la Cruz Verde” de primera clase, y enviados extraordinarios de la República de México, por el “Directorio Legal Monarquista” cerca de la Gran “Asociacion Protectora de los intereses de México.” Acto continuo fueron desembarazados de sus sombreros y abrigos, é introducidos en la espléndida sala de recepcion que reverberaba de luces y riquezas.

La aristocracia francesa se encontraba representada allí.—Duques, barones, marqueses, mariscales, grandes diplomáticos, ricos banqueros, obispos y cardenales, nobles damas, y en todos ellos brillaba la consabida Cruz,

distintivo de la "Asociación Protectora de los intereses de México" y del "Directorio Legal Monarquista."

El carácter aparente de la reunión en esa noche, era el de una tertulia familiar que daba la dueña de la casa á sus íntimos amigos; pero la verdad es que sus puertas no se abrían sino ante aquellos que portaban la condecoración, cuyos reflejos no permitían á los guardianes de ellas ser engañados.

Cada uno de los tertulianos, á la entrada de los nuevos, fué tomando asiento en el orden que la etiqueta se los prescribía, y la conversación principió por cosas triviales y acabó por donde debía haber comenzado.

Recorramos los grupos en que la sala estaba dividida, y participemos á nuestra vez de la conversación que los animaba.

—¿Conque decis que se preparan grandes cosas en México?—dijo un sér obeso en demasía, y en cuyo pecho lucían multitud de condecoraciones.

—Sí, señor Baron—se apresuró á contestar el de Altamira, á quien ya conocemos.—Los intereses rentísticos y comerciales están comprometidos, la propiedad particular corre gran riesgo, los créditos de las convenciones están á punto de desaparecer, el orden político y religioso va á sufrir tal cambio, que dará por resultado la destrucción del antiguo sistema y acabará por desnivelar lo poco bueno que nos dejaron nuestros padres, de lo mucho bueno que heredaron de nuestros abuelos. La dislocación social nos amenaza, señor Baron, y con esto queda dicho todo.

—Lo que me contais, señor de Altamira, es grave, muy grave—objetó el Baron.

—Los males que esto acarrearía si se llega á consumir, son incalculables—continuó Altamira.—No solo nos

encaminaria á la Bancarota nacional, á la expropiacion de la legítima propiedad, á las reclamaciones de la Europa, y á una guerra sin cuartel, puesto que se van á despertar intereses bastardos que darian por resultado el comunismo, sino que introduciria el cisma entre la Iglesia y el Estado.

¡Ah! señor Baron, si pensais como yo, comprendereis que nos orillamos á vuestra famosa revolucion de 93. Allí no hay cabezas de reyes que tronchar, pero hay víctimas que inmolar en aras de las creencias. Pueblo apénas en su infancia, se le quiere obligar á salir de ella, de la misma manera que un mal amigo saca y prostituye á el hijo de familia, que aún necesita de los buenos consejos de sus padres.

Grande atencion prestaban los graves "Caballeros de la Cruz verde" á lo que decia el Sr. de Altamira.

Figueroa, que estaba convencido de que el paso que daban era preciso, no por eso dejaba de conocer allá en sus adentros, que era arriesgado, y que los resultados no podrian ser como se esperaban. Habia observado de cerca á la Francia y recelaba de su política. Se acordaba tambien que desde niño habia oido decir que la tutoría era mala, y el pensamiento que allí le llevaba, vendria á dar en último resultado, y cuando bien saliera, esa tutoría que les podria ser peligrosa. Pero qué importaba esto, si se conquistaba el principio, y el principio era el establecimiento de un nuevo órden de cosas que contrarrestara al que se anunciaba sordamente en México.

Es decir, el trono: una dinastía monárquica, que si no era posible dar con ella, habia que buscarla, que constituirla, que inventarla.

—Estando próximos vuestros contrarios á invertir el órden actual que os rige—repuso el Baron—nada me pa-

rece mas acertado que combatirlos bajo el mismo sentido que lo hagan. A la República federal, oponerles la Monarquía constitucional, ó á proteccion estraña, influencia estraña. Si cierto es que en México existen muchos codiciosos de los bienes del clero, y que esto dará muchos prosélitos á vuestros enemigos, tambien lo es que la gente sencilla que lo es la mayoría, no prescindirá jamas de sus creencias religiosas, que rayan en fanatismo, ni de sus tradiciones monárquicas, de las que aún se acuerdan con veneracion y respeto. Esas repúblicas de América que solo figuran en el mapa como un borron del geógrafo, es preciso que desaparezcan, y el medio es sencillo si la Europa sabe calcular friamente sus intereses.

—Ese es nuestro deseo, hacérselo comprender para que nos tienda una mano protectora que nos salve y salve ella sus grandes intereses, allí comprometidos—dijo el de Altamira.—En México no prospera nada, vamos en decadencia, y vergüenza nos da que el estrangero nos visite, y tengamos que mostrarle nuestra pequeñez. Y sin embargo, el país es rico: de las entrañas de la tierra brota el oro y de sus fértiles campos el grano. Pero la revolucion ha diezclado á sus hijos, y el pueblo ha caído en el embrutecimiento.

Altamira habia dejado escapar cuatro conceptos, cuyas consecuencias mas tarde le debian de favorecer en sus miras políticas.

Los circunstantes se miraron unos á otros maliciosamente.

Figueroa tembló, porque continuaba meditando.

La Francia le preocupaba sobremanera.

Monte-Retondo y Escobar que hasta entonces habian guardado silencio, juzgaron prudente hablar.

No estará por demas ántes de que lo hagan, hacer no-

tar, que miéntras en un grupo se trataba de alta política, en otro se trataba de amor.

Confundidos entre eminentísimos é ilustrísimos arzobispos y cardenales y otros personajes de no ménos categoría, se encontraban las nobles damas de que muy someramente hemos hecho mencion.

Entre ellas se hallaba una que por su hermosura llamaba la atencion de cuantos la rodeaban.

Su nombre era Eleonora, y parecia gozar de gran valimiento en el palacio de las Tullerías y mas aún en el del Escorial, y al lado de S. M. C.

Las amigas que la rodeaban la tributaban mil honores, y los cardenales y obispos se doblegaban ante ella como la musulmana gréy ante su profeta.

Eleonora, á mas de ser hermosa, rica y de stirpe real, era viuda; circunstancias que la daban el gran prestigio de que en ambas cortes gozaba.

Ella, que no tenia nada que ambicionar, veia todo aquello como pequeños átomos que pasaban ante sus ojos sin siquiera distraerla.

¿Y por qué tanto desprendimiento, y tanto desden?

Porque á juzgar por sus inquietos ojos, el americano Monte-Retondo la habia fascinado con su obstinada mirada, desde el momento de su entrada á la sala.

El amor hiere á traicion, y nuestros dos séres habian sido heridos alevosamente y desde el momento de encontrarse el uno frente del otro.

En vano la corte que rodeaba á Eleonora la quiso distraer.

Monte-Retondo la habia hechizado, segun opinion de algunos, y segun la de otros simplemente enamorado; mas de la manera que lo saben hacer los hijos del pais en donde el sol quema.

Eleonora reía, coqueteaba, hacia cuanto podía por engañarse á sí misma y engañar á los demás.

Esto no era posible ya: su alma había volado á otra parte, y luchar era por demás.

Los americanos tienen el don de atracción en cualquiera parte en que se hallan, y Monte-Retondo lo poseía en alto grado.

La pobre Eleonora era una prueba de ello.

Junto á ella se hallaba una jóven que cariñosa la asia la cintura y reclinaba su primorosa cabeza sobre su alabastrino hombro.

Su semblante era apacible, su mirada melancólica.

Su fino cabello color de oro jugueteaba sobre sus mejillas.

Eleonora acariciaba una de sus manos entre las suyas, y ella la sonreía con esa coquetería infantil que tanto nos aloca.

El grupo que formaban las dos amigas era admirable y provocativo.

La una representaba la belleza en toda su soberbia majestad, y con todos sus atractivos.

La otra al candor, á la inocencia, al capullo de una flor pronta á prodigar sus aromas á la naturaleza que tan hermosa la formó para su recreo.

La primera con sus amores ardientes.

La segunda con sus amores apacibles, melancólicos y llenos de espiritualismo.

En una palabra:

La experiencia y el candor en toda su plenitud, en todos sus goces.

Margarita, que era el nombre de la vírgen niña, que nos ocupa, se había mecido en cuna de oro y de marfil, y bajo el techo hospitalario de la casa de los Hapsburgos.

Por eso, á la par que á su amiga, se le tributaban las primeras atenciones, los primeros halagos, y eran, para decirlo de una vez, las reinas que dominaban aquella pequeña corte.

Volvamos á Monte-Retondo en los momentos en que iba á tomar parte en la conversacion y en los que desviaba sus ojos de la que no los despegaba de él.

—Se trata—decia—de prever el golpe que mas tarde ó mas temprano quieren descargar en América. ¿Cómo preveremos este golpe y de qué manera lo pararemos? Es cosa bien sencilla, si contamos con la Europa, y de la manera que ha poco lo dijo el Sr. Baron con su profunda práctica política. A la República opongámosle el trono; á proteccion estraña, influencia estraña; y la lucha se hará colosal. ¿Qué mal hay en esto, ni quién nos podrá echar en cara lo que la civilizacion está reclamando?

Por esto venimos á vosotros, señores, para que nos tendais una mano protectora que nos salve de los peligros que nos amenazan y que amenazan á la vez vuestros intereses; cosas ambas que no hay que echar en olvido.

5—En el estado de desórden á que hemos llegado, y mas aún que llegaremos, preciso es que pensemos en llevar adelante lo que nuestros padres en vano quisieron realizar, porque no contaron con la aquiescencia de la vieja España que hasta 1810 fué nuestra tutora, y no tuvo tiempo de ocuparse de nosotros, preocupada con sus propios acontecimientos políticos.

6—Pero aún es tiempo, si queremos imitar á la Inglaterra de 1688 y encontramos un Guillermo III que nos ayude en nuestra empresa.

7—Todas las que fueron colonias españolas reclaman ese trono y esa intervencion amistosa desde 1783 hasta nuestros días.—El conde de Aranda, Iturbide, Bolivar,

Chateaubriand, Villele, Cíprez, Packenham, Mofras, Paredes, y hoy el que gobierna allí y está próximo á caer, lo tienen demostrado; la República acabará hasta con la raza mexicana, la monarquía la salvará, y levantará de esa abyección que la degrada y la deprime hasta el envilecimiento.

Monte-Retondo iba exaltándose por grados; trataba de afrontar la cuestión de frente y de disponer los ánimos en favor de la misión de que eran encargados por el directorio secreto él y sus tres compañeros.

Los grupos fueron concentrándose.

Eleonora con este motivo fué atraída al imán que la encantaba.

Aparecía tan grande á sus ojos el americano, que no le era posible resistir á la tentación de estar á su lado.

Monte-Retondo con la aproximación de la que lo había enamorado locamente, se sentía más inspirado y por un instante se creyó el salvador de su patria.

8—“Tiempo es ya, señores,—continuó,—de pensar que nuestros intereses son los vuestros, y que si dejamos que las cosas marchen en América, como van, vendrá un día en que los Estados-Unidos del Norte, esa gran república que nació pigmea y es ya gigante, señoreará exclusivamente en el continente americano.—Cuando acaben por dominar los istmos que separan los dos Océanos y tengan así en sus manos las vías más breves y seguras de comunicación con el Asia, que tanta importancia comercial va adquiriendo; cuando dueños de las más abundantes minas de plata, que son las de México, tengan el monopolio de ella, como tienen ya el del oro desde que arrancaron á México la California; cuando la población europea que atraen incesantemente les lleve la industria y no tengan necesidad de enviar á la Europa sus prime-

ras materias, que existen lo mismo en México que en los Estados-Unidos, en cambio de su industria; cuando por otro lado dominen las Antillas y el Golfo de México, poblando esta parte del continente americano con esa raza que destruye pero no asimila los pueblos que conquista; cuando desaparezcan los vestigios de la civilización española, como ha sucedido ya en California y Nuevo-México, y dueños en fin de aquellas riquezas, de un gran territorio, de los dos mares, y de todos los elementos para crear una marina mercante y de guerra sin rival, entónces, señores, los Estados-Unidos se levantarán con mas fiereza aún, y estenderán su brazo hasta venir á tocar las mejillas de la Europa."

—¡Eso nunca!—dijó súbitamente un Mariscal que hasta entónces habia permanecido silencioso.—¡Nunca! La Francia en son de guerra clavaría sus estandartes de Viena y Austerlitz sobre los palacios de ambas Américas.

—Entónces, señores, ¿por qué no resolverse de una vez á hacerlo como el derecho de gentes lo manda, en bien de la paz universal?

¿A qué esperar ese caso de guerra continental que á ninguno aprovecharía? Señor Mariscal, los estatutos de la Asociación de "los Caballeros de la Cruz Verde" lo prohiben. La paz por todas partes; la guerra en ningún caso. La diplomacia puede á veces mas que todo el aparato guerrero de miles de pueblos armados.

—Pues bien, continuemos trabajando de la misma manera que hasta aquí—replicó el Mariscal.

—Sí; pero es el caso,—objetó Monte-Retondo—que marchamos con lentitud, y que allí los acontecimientos se van á precipitar, miéntras que aquí se miran nuestros

trabajos como quimeras irrealizables, porque falta la fé que á nosotros nos sobra.

—La Francia siempre os ha sido favorable, y lo prueba el que aquí estamos reunidos—dijo el Baron que entendió se le increpaba.

—La Francia podia por sí sola hacer lo que nos cansamos de proponer á España, Inglaterra y Austria.

—Sin contar con ellas ántes, no es fácil llevar á cabo lo que nos proponemos. Los intereses son comunes, y de comun acuerdo debemos obrar. La política que seguimos es buena, y mas tarde ó mas temprano la victoria será nuestra.

—Opino con el Sr. Baron:—dijo á su vez Altamira —poco á poco se llegará al fin.

—Ya lo creo, amigo mio, que opinais como yo. Consiste eso en que no sois de genio tan violento como vuestro cofrade. Acordaos, señor de Monte-Retondo, de aquel adajio español que dice: “cachaza y mala intencion.”

—En nosotros eso no puede caber.

—Todo cabe en política. Pero vamos al asunto. ¿Habeis estado en Roma, Señores Eminentísimos?

—Hemos estado, contestó el Obispo de****

—¿Habeis visitado á Su Santidad?

—Ciertamente.

—¿Le habeis dicho el riesgo que corren los bienes de la Iglesia en América, y lo mucho que os interesais por esa parte de su grey?

—Á eso fuimos allí.

—¿Qué os prometió?

—Llegado el caso, que no cree S. S. Pio IX, hacer protestar á sus obispos, y si no basta, lanzar la excomunion. Así lo previenen los cánones.

—Ya eso es algo, y os felicito por tan provechosa vi-

sita. Ya veis, señor de Monte-Retondo, cómo Francia trabaja. Las cosas quieren principio, y ante todo es contar con Su Santidad. ¿No es verdad, señor de Escobar?

—Verdad es, señor.

—¿Qué sería de nosotros, si nuestro Santo Padre nos abandonara? Para mí lo principal de la cuestión está en Roma. Que Roma lance sus primeros anatemas, y después que nos deje libre el campo. Una vez dispuestas las conciencias, lo demás nos toca á nosotros.

En esto, Eleonora dejó caer su pañuelo intencionalmente.

Un pensamiento felicísimo había cruzado por su mente.

Monte-Retondo se apresuró á levantar el pañuelo, y al entregarlo se acercó lo necesario para que Eleonora le dijese á media voz:

—Vedme en Madrid.

Lo suficiente para que Monte-Retondo le contestase en el mismo tono:

—Os veré.

Y lo bastante para que nada se escapase á la perspicacia del Baron, que se apresuró á sacar partido de aquel incidente, que en los demás pasó por casual.

—¿Habeis estado en la corte de Madrid, señor de Monte-Retondo?—continuó el Baron con zalamería.

—He estado, y lo encuentro muy frio.

—Volved á ella, insistid; que nuestra buena aliada la Sra. Condesa Eleonora del Buen Retiro, os prestará todo su valimiento

—Haré cuanto esté de mi parte por complaceros, señor Baron, y cumpliré con placer con los deberes que

nos impone la sociedad, esto se entiende, siempre que la señora condesa tenga á bien dispensarme sus favores.

Monte-Retondo saludó ceremoniosamente, asomando el júbilo á su moreno rostro.

Eleonora contestó su ceremonia con una simple inclinacion de cabeza, y sin darse por entendida.

La política y el amor los obligaba á ambos á volverse á ver en Madrid, y esto era dar un paso muy avanzado en política y en amor.

El Baron prosiguió:

—Y bien, señor de Altamira; nada nos habeis dicho del nebuloso cielo de la altiva Albion.

—Está opaco como siempre, y su eterna niebla tiene constantemente de mal humor á los escéncricos hijos del enturbiado Támesis.

—Habladles de operaciones de banca y los vereis despertar alegres. El oro tiene gran poderío, y con él se hace de ellos lo que se quiere.

—Eso seria lo de ménos; el mal está en que no quieren ser los primeros en entrar en negociaciones: esperan los muy taimados que alguna otra potencia las inicie: tienen miedo á los Anglo-Sajones.

9—Allá veremos de arreglar eso mas tarde. Contad con que la Francia no os abandonará en vuestra empresa. De tiempo atras se nos viene amedrentando con esos condenados Yankees, de la misma manera que al niño con el Coco. Vosotros á su solo nombre os aterrorizais, porque por desgracia los teneis sobre vuestro propio territorio. La Inglaterra, cada vez que se le dice, “perderás tus algodones y tus colonias, si los disgustas,” quisiera llorar de pesadumbre, á la sola idea de que tal cosa pudiera suceder. Nosotros los franceses, que solo tendríamos que temer por nuestras colonias, las estimamos en poco, y

maldito el caso que hacemos de ellos. En lo demas en nada los envidiamos.

Nada digo de España, por estar presente la Sra. Condesa del Buen Retiro. Sin embargo, diré, que si usara de ménos términos medios, su Isla de Cuba estaria mas asegurada.

No estará por demas, deciros, señores, que si soberbios y altaneros pensasen algun dia llevar la broma adelante, podria costarles mas caro aún que lo que le costó á la Rusia, no obstante su mucha poblacion y el número grande de sus buques. En ese país, señores, solo hay machacadores de hierro; pero no soldados. Así lo ha dicho S. M. el Emperador. Así, pues, no descuideis ganaros las simpatías de Madrid, pues á España pertenece el primer lugar en el participio del bienestar de sus hijos de la América latina. ¿Quién mejor que ella puede aconsejarles? ¿No es verdad, condesa del Buen Retiro?

—Es verdad—contestó Eleonora maliciosamente.

—A vos os toca no dejar dormir cuestion tan delicada.

—Haré cuanto esté á mi alcance y valimiento, señor Baron.

—Eso quiere decir, que lo hareis todo. Sois divina, condesa; con razon os llaman la alhaja mas preciosa de la corona de España.

—Reasumamos—dijo el Mariscal, interrumpiéndolos.—Nuestros aliados parece que no han perdido el tiempo. Sus relaciones se estienden ya en Roma, Inglaterra, España, Francia y Austria, y de todo ello podemos sacar en limpio que tenemos andada la mitad del camino.

—Así es la verdad—opinó Escobar.

—El pretesto que para dar principio á nuestra obra busquemos, allá lo veremos; nunca faltará uno.

—Tengo uno—se apresuró á decir Altamira—que reser-
servo para llegado el caso.

—¿Será bueno?—objetó el Baron.

—Buenísimo.

—¿Y para quién?

—Para las cuatro Potencias.

Una sonrisa de inteligencia se escapó del semblante de todos los que le oyeron, y hasta la púdica Margarita se vió precisada á bajar los ojos, porque se creyó aludida, toda vez que se encontraba entre ellos.

La política de todo echa mano, de todo se vale, y aquellos hombres y mujeres que se hallaban á tan grande altura, no se creían suficientes por sí solos, y echaban mano de séres, que como la tierna niña que nos ocupa, parecia ser la paloma que debia de alimentar á los milanos. Margarita ya hemos dicho que pertenecia á la casa de los Haspburgos. Margarita estaba reservada á desempeñar un papel tan importante como el que cada uno desempeñaba.

Así lo comprendia ella tambien.

Pero no le llegaba aún su vez; y esperaba como el niño á quien van á encomendar alguna cosa, que no sabe para qué sirve, ni el provecho que ha de sacar de ella.

Su corazon vírgen no era capaz de comprender lo que allí se ocultaba: tenia amigas que la decian, haz esto, y ella lo hacia sin saber por qué ni para qué, porque siempre la ocultaban la verdad.

Creia estar en una reunion familiar en donde mucho se hablaba de política, que no entendia, y que ignoraba á dónde iba á parar.

América y Europa no tenian en un principio significado para ella.

Pero despues, poco á poco se le habia ido infiltrando la simpatía por la primera, y esto bastaba para la mira de algunos que la tenian reservada para llegado el caso.

Este caso no era conocido de todos, sí de algunos.

Entre estos se encontraba un personaje que hasta entonces no se habia hecho anunciar.

Este desde su juventud habia sido dedicado á la profesion de Hipócrates, y tenia sobre la niña gran influencia.

Era á la vez el médico de su cuerpo y de su alma.

La ciencia y la juventud habian dominado aquella materia de una manera tal, que la niña acabó por amar la América, su política y su ciencia, en el jóven médico.

Cosas del mundo. En donde uno piensa ménos tropezar, allí tropieza, y allí cae, y allí se aprende lo que no se sabia. Y allí se rie ó se llora tambien.

Margarita se hallaba en este caso, no obstante que si se la hubiera preguntado algo de aquello para que estaba destinada, hubiera contestado:—No sé lo que me quereis decir.

Aún no se le habia herido el corazon en esas luchas de amor, de ambicion y de grandeza.

Aún no se le habia arrancado el velo que cubria á sus ojos la terrible realidad de las miserias humanas.

La mentira, la falsedad y la ambicion con sus dos mil caretas eran para ella desconocidas.

Para ella era todo puro, bueno y santificado.

Por eso se sonreia, sin pensar en el camino en que se la iba á hacer entrar.

“Las damas y los Caballeros de la Cruz Verde,” creyeron terminado por esa noche el objeto que allí los habia llevado, y esto despues de haber cambiado unos con otros

palabras que solo entendieron aquellos á quienes fueron dirigidas.

Las puertas de la gran casa se abrieron de par en par, y fueron dando salida á los que allí se encontraban.

Monte-Retondo debia partir al dia siguiente para Madrid, y en efecto parti6, en compa \tilde{n} ia de la Condesa del Buen Retiro.

El Obispo de *** despues de haber tenido una conferencia secreta con algunos de los prelados de Am6rica, que allí se hallaban, se despidió de ellos deseándoles buen 6xito en el viaje que iban á emprender hácia Roma.

Altamira parti6 á Inglaterra.

Figueroa á Nueva-York.

Escobar qued6 alojado en la casa del Baron.

Todos ellos tenian una mision que cumplir, un plan que desenvolver, y como los ciudadanos de *Casa-Roja*, cada uno marchaba en pos de la realizacion de sus designios.

Margarita qued6 en la casa que ya conocemos, por ruegos de la due \tilde{n} a de ella, que no la dej6 partir á Viena de donde habia venido á pasar unos cuantos dias á Paris, por llamamiento de sus amigas, y acompa \tilde{n} ada de su servidumbre.

Esta visita íntima dur6 pocos dias, como era de suponerse.

Al cabo de ellos, recibió el siguiente billete:

“Margarita: Vuelvo al palacio de Laeken en donde mis deberes {me llaman. . . . Allí te espero.—Tuyo***”

Al siguiente dia Margarita parti6 en direccion al castillo de Laeken. Su servidumbre la acompa \tilde{n} aba.

TERCERA PARTE.—MEXICO.

CAPITULO TERCERO.

EN DONDE EL LECTOR CONOCE AL «PAJARO VERDE» Y ALGO DE SUS
FANTASTICAS MEMORIAS.

Preciso es que el lector nos siga en esta nuestra última peregrinacion, importante por mil conceptos, por ser ella lo que nos falta del cuadro que en bosquejo, hasta aquí, hemos presentado.

Cuenta la crónica relegada hoy al olvido, que allá por los años de 1530 y pocos meses despues de la maravillosa aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe, existia una honrada y laboriosa familia, cuya posicion social si no era envidiada, no por eso carecia de lo preciso para vivir cómodamente y conforme á sus pobres aspiraciones.

Componiase, dice, de un buen padre, una buena madre, ancianos ambos, y de un niño de siete años que for-

maba la delicia del pequeño y pacífico hogar en que vivían.

Los tres séres eran reputados por santos, á causa del ejemplar método de vida que observaban, y la vecindad del barrio cuando acertaba á pasar frente á sus puertas, los saludaba con tal veneracion, como si en efecto fueran los elegidos del Señor.

Un dia, no recordamos precisamente la fecha, continúa diciendo la empolvada crónica, se hallaba el interesante trio arrodillado frente á la imágen recién aparecida á Juan Diego en el cerro del Tepeyacac, y por medio de ella elevaban sus oraciones á la madre del Todo Poderoso, para que les concediera algunos años mas de vida, para ver fructificar al único vástago en quien cifraban sus esperanzas, para así merecer de su Divina Majestad el galardón de los sacrificios que por él hicieran, toda vez que era en honra y provecho del mismo á quien imploraban.

La milagrosa imágen medianera, dicen que oyó la petición de los ancianos, pues no bien hubieron acabado de hacerla, cuando se les apareció en el alfeizar de la ventana de la humilde habitacion en que vivían, un alegre y jugueton pajarillo de verdes plumas, que gorgeaba de una manera como nunca se habia oido en todo el barrio.

Grande fué, continúa siempre la crónica diciendo, la sorpresa de aquellos buenos padres al ver aquel primoroso pajarito tan parlero y jugueton con ellos, y desde luego juzgaron haber sido atendidos en sus fervientes oraciones.

Estos, ante aquel milagro tan patente, multiplicaron sus oraciones en señal de gracias, y miéntras esto sucedia, el pájaro gorgeaba, é iba del uno al otro de sus protegidos, de la misma manera que si fueran antiguos conocidos, y

como para demostrarles la decidida protección que les dispensaba, esto se entiende, á nombre de la que lo enviaba, según contaron después los mismos favorecidos.

Los ancianos no se atrevían á levantar la cabeza, por temor de cometer una irreverencia; y al niño, no obstante el asombro que le causó la familiaridad del pajarito, le retozaba en los ojos la infantil alegría de su pura alma.

Aquella escena no podía durar por mucho tiempo, y en efecto no duró, pues después de revolotear en torno de ellos el sér misterioso de las verdes plumas, se fué por donde había venido, no sin lanzar al aire sus melifluos gorgoros en señal de despedida.

La cuestión, pues, quedó reducida á saber si volvería al día siguiente; y aquellos santos creyentes lo esperaron con el afán del que duda del bien cuando llega.

El sol del nuevo día apareció; y á la misma hora, en el mismo lugar y en los momentos de repetir la oración del anterior, apareció el mensajero de la invocada.

Esto se repitió por muchos días, hasta que el padre, la madre y el niño se familiarizaron con el verde pajarito y este con ellos, de tal manera, que se consideró como parte integrante de la familia.

—Mamá,—dijo un día el niño—¿por qué el pajarito verde no vive de una vez con nosotros?

—Inocente,—le contestó la anciana—bastante hace con venir á honrar todos los días esta pobre morada para tu bien, honra nuestra y gloria del que lo envía.

—¿Pues qué, tanto puede el pajarito?

—¡Vaya si puede!... Nada podrás hacer ni pensar, sin que él ántes no lo sepa. Viene de lo alto, hijo mío, para que recibamos de él sus inspiraciones, y te las co-

muniquemos á tí, que estás destinado á servir á aquel que nos lo envía.

El niño, que no era muy crédulo, pues desde tan tierna edad ya comenzaba á desarrollarse su inteligencia, con lo que no dejó de causar asombro en el barrio, que se componía de gentes sencillas por naturaleza, quiso hacer la prueba de si lo que se le decia era verdad, ó cuentos que se le contaban para atemorizarlo y hacer de él lo que se quisiera.

Al efecto, esperó el venidero dia, y una vez que lució éste, aguardó la hora en que el pajarito verde tenia por costumbre hacerles su visita domiciliar.

No bien hubo llegado, esperó el momento en que sus padres se hallaban distraidos en sus quehaceres, y sin ser visto, arrojó al inocente con lo primero que hubo á las manos.

El pobre animalito salió de allí espantado, y con ánimo de no volver jamas.

—Veamos, si es que tanto sabe,—se dijo el travieso niño—si cuenta á madre lo que le acaba de pasar.

Los ancianos, como era de esperarse, estrañaron ese dia la desaparicion del mensajero de la vírgen, y la buena madre que creia deberle las buenas inspiraciones que trasmitia á su hijo, supuso que algo habia mediado entre éste y aquel.

—Enrique,—le dijo, que así se llamaba la alhaja de la casa—el pájaro verde está sumamente disgustado contigo: tiene graves quejas de tí. ¿Qué le has hecho?

—No lo sé, madre—contestó el niño algo turbado; cosa que no pasó desapercibida á los ojos de la madre.

—No mientas: él me lo ha contado todo. Tú lo has espantado.

Enrique se demudó, y se convenció de que el pajarito

verde sabia mucho mas que él, no obstante lo chismoso que habia sido.

—Eres un ingrato, un desagradecido, un incrédulo que irremediamente caerás en poder del demonio, que gusta de todos esos feos vicios. El, que tan bueno era con nosotros, que tantos bienes nos iba á hacer, á tí principalmente, haberle dado tal pago. Dios tenga misericordia de nosotros.

—Le pediré perdon, madre—dijo el niño acobardado al oir tales lamentaciones.

—Tal vez sea ya tarde.

—Rezaré todos los dias para que vuelva.

—¿Y si no vuelve?

—Volverá, madre, si yo no deajo de rezar; no lo dude vd. ¿No es él mi amigo? ¿pues por qué no me ha de perdonar una chanza de que estoy arrepentido?

—¡Dios lo haga! Dios lo haga, que así sea!

El niño rezó todo ese dia y parte del siguiente, y el pájaro volvió con nuevo asombro de los que arrepentidos lo llamaron, y del vecindario que se enteró de lo ocurrido.

Así es, que Enrique no volvió á dudar del poder del pájaro, ántes por el contrario, creyó que ejerceria mucha influencia en la suerte del porvenir que le esperaba.

Despues de pasados muchos años, en que no dejó el pájaro de ver á sus favorecidos, apareció un dia triste y cabizbajo como jamas se le habia visto.

Los ancianos comprendieron lo que aquello queria decir.

Juzgaron por su mudo silencio que era llegada la hora de dejar el mundo, puesto que el niño era ya hombre y que con esto quedaban cumplidos los deseos que en

sus oraciones habian manifestado á la maravillosa imá-
gen de Guadalupe.

Así fué la verdad.

Del seno de aquella creyente y humilde familia, salió un ejemplar sacerdote, útil á la sociedad y acepto á Dios, que le permitió asistir en sus últimos momentos á los que le dieron el sér para honra y gloria del que los habia colmado de tantas mercedes.

Fray José Enrique, de los Franciscanos descalzos, fué el modelo de los de su siglo en ciencia y rectitud.

Sus palabras eran tomadas como oráculos, y su fama cundió de tal modo, que corrian á consultarle en los negocios mas arduos de la Iglesia y del Estado.

Las afligidas madres encontraban en él consuelo: los hijos descarriados, la senda por donde debian de marchar: los grandes criminales, horror á sus crímenes y el arrepentimiento de sus faltas que les eran perdonadas: la Iglesia y el Estado, buenos consejos: el pobre jamas tocaba á sus puertas en vano, porque siempre le eran abiertas.

Nada se hacia si no se le consultaba á él primero.

Rara vez se le dejaba de ver en el confesionario, en el altar, en el púlpito, ó con los que no le dejaban ni aun en su propia celda, para consultarle y pedirle consejos que nunca les negaba.

Para el pobre fraile no habia un momento de descanso: las noches y los dias eran para él iguales. Le bastaba con dos ó tres horas de dormir, y despues cargaba con gusto su pesada cruz, que lo habia de llevar á donde se proponia: al bien de la humanidad, y al reino de lo infinito.

Fray José Enrique, no solo se proponia ser útil en vida á la humanidad doliente y menesterosa, sino que tra-

bajaba porque despues de su muerte se aprovechara de los dones con que el Sábio de los sábios lo habia dotado.

—¿Y de qué manera podia hacerlo?

—Escribiendo sus *memorias*, que segun opinion de cuantos lo conocian, debian contener

“*El saber universal.*”

Los que tuvieron la fortuna de sorprenderle en este gran trabajo, cuentan que la pasta y las hojas del misterioso libro eran verdes, y la tinta con que lo escribia blanca. Que las inspiraciones que en él vertia se las debia á un pajarito verde que habian visto muchas veces en el alfeizar de la ventana de la celda.

Recordaban, que cuando era niño tambien lo habian visto junto á él.

—Fray José,—le preguntaban—¿á quién dejareis ese tesoro?

—Al que se haga digno de él.

—¿Pues qué contiene?

—*Las Memorias del “Pájaro Verde.”*

Si algun imprudente le pedia mas esplicaciones, el fraile guardaba un prudente silencio que no daba lugar á otra cosa.

Andando el tiempo, le llegó su vez de pagar tributo á la naturaleza, y esto fué á los ochenta y cinco años de su edad.

La puerta y ventana de su celda fueron mandadas tapiar en señal de respeto y veneracion y para perpetuar su memoria, no sin que ántes la ambicion humana registrara escrupulosamente cuanto en ella se encontraba, en busca de las inapreciables memorias que jamas pudieron hallar.

El libro misterioso habia desaparecido, y seguro esta-

ba el mundo, que á ninguno se lo habia dejado, porque ninguno supo hacerse acreedor á él.

El suceso se comentó de mil maneras por muchos años, y fué pasando de generacion en generacion.

Las madres,—concluye diciendo la crónica á que nos referimos—invocaron una y mil veces á la prodigiosa vírgen recién aparecida, para que tambien á ellas les concediera la aparicion del milagroso pajarito; pero á ninguna le fué concedida tal gracia, y desde entónces se contentaron con mentárselo repetidas veces á sus hijos, con lo que era bastante para educarlos en el santo temor de Dios, y demas, que los habia de llevar por el buen camino.

Esta costumbre duró hasta fines del siglo XVIII.

En esto hay divergencia de pareceres, pues crónicas tan empolvadas como la que acabamos de citar, sostienen que la tal es una patraña; y que si algo hay de cierto en ese respecto, no es ni ha sido en México, sino en España, en donde aún se recuerda esa vieja tradicion contada de muy distinta manera de la que nosotros la hemos contado.

II.

Sea de esto lo que fuere, y dejando las crónicas á un lado, es lo cierto, que á principios de Enero de 1784, una guapa moza daba á luz un robusto niño: el alumbramiento fué doloroso y tan laborioso, que por poco les cuesta la vida á ella y al niño, que á duras penas pudo salvársele de la asfixia que lo amenazaba en tan terrible contratiempo.

Salvos la madre y el niño, la alegría substituyó á la

desgracia que por un momento amagó de muerte á los dos séres que eran el consuelo de un bisabuelo y el cabeza de casa, únicas personas que componian el total de la familia que por entónces vivia en México y en la casa núm. 8 de la calle del Misterio.

A pocos dias de este suceso, el niño fué bautizado y le pusieron por nombre Pablo.

La madrina, á nombre del padrino y suyo, regaló á la recién parida un bello pajarito verde, imitado con toda perfeccion con seda color verde esmeralda, llevando en el pico una pequeña canastilla, bien provista de monedas de oro, y en el fondo, la fé de bautismo del párvulo milagrosamente vuelto á la vida.

Todo ello fué colocado sobre una mesa redonda, y cubierto con una gran bomba de cristal, sobre la cual venian á reflejarse los mil rayos de variadas luces de color, que producía la guarda-brisa pendiente de la techumbre de la recámara, y encendida á la sazón; con lo que se produjo un espectáculo fantástico.

Desde luego aquel regalo fué tenido por el padre del recién bautizado y su bisabuelo, por un buen augurio.

En cada luz, en cada color, creyeron ver escrito el feliz porvenir que al niño se le aguardaba.

De él dedujeron, que estaba predestinado á figurar de alguna manera notable en la larga carrera de su vida, y aquel presente fué cuidadosamente guardado como una reliquia.

Y esto era, porque el bisabuelo no habia olvidado la tradicion cierta ó fabulosa del pájaro verde, que habia llegado hasta él, trasmitiéndola á su nieta y pensaba trasmitirla á su bisnieto, para que este la trasmitiera á los demas.

Las preocupaciones en aquel entónces tenían gran fuerza entre las familias.

Andando el tiempo, Pablo fué creciendo, aunque algo enfermizo del pecho y de la cabeza, á causa de su difícil aparicion en el mundo.

Sus padres se veían en él con doble motivo, y su bisabuelo chocheaba de alegría cada vez que Pablito hacia una gracia ó una travesura, que se repetían con frecuencia; pero sobre todo las últimas, porque cuentan que el niño era vivísimo de genio y travieso por demas.

Como el pajarito verde tenía sus virtudes, y á la vez cierto ascendiente sobre el niño, que desde que naciera lo oyó mentar, sin perder de vista la imágen que lo representaba debajo de la bomba de cristal, se le amenazaba constantemente con él, haciéndosele comprender, en los diversos casos que se presentaban, que el pájaro verde castigaria ó premiaria la conducta que observase.

Otras veces, aunque Pablo no hiciese nada que mereciera la pena de acusarlo con el sér misterioso de las verdes plumas, bastaba que comprendieran que tenía intenciones de hacer tal ó cual cosa, pues los pensamientos de los niños fácilmente se adivinan, cuando se le iban encima amenazándolo ó halagándolo con el poderoso señor de las chiquitinas y brillantes alas.

El niño no dejó de fijar su atencion en el poderío de aquel sér que nunca habia conocido mas que en la imágen que cubria la bomba de cristal y por las proezas que de él le contaban.

Un dia se propuso que le narraran toda su historia, y la influencia que sobre él podria tener; y le contaron lo que nosotros ya sabemos.

Entónces reflexionó.

Contaba á la sazón catorce años.

Y se dijo:

—Si á mí se me apareciera como á aquel santo varón, le habia de preguntar desde luego, en dónde dejó su protejido sus valiosas y ricas memorias. ¿Qué es necesario hacer para hacerme acreedor á ellas y á su sin igual proteccion? Ser tan grande como el que las escribió, y saber merecer la distincion de tan portentoso mensajero.

Este raciocinio le trajo á este otro:

—Con ellas haria muchos bienes, y el mundo caminaría de otra manera, supuesto que mis padres dicen que camina mal.

Esto lo hizo cavilar por mucho tiempo, y á consecuencia de ello se hizo meditabundo, recojido, y huía de cuanto pudiera distraerlo de sus serias reflexiones.

El bisabuelo que tales ideas le había infundido, dedujo al ver el cambio que en la vida del niño se efectuaba, que todo aquello se debia al poderoso pájaro: que si á los catorce años así raciocinaba, ¿qué sería á los veinticinco? ¿qué á los cincuenta?

¡Oh! sería un Salomon, en sentir de aquellas buenas gentes.

Y de facto, el jóven Pablo á los veinticinco años, no obstante su complexion delicada y enfermiza, era ya un hombre de honra y provecho.

En medio de su aprovechada carrera, en que abarcó cuanto su memoria y afan de saber le permitieron, lo dominaba de vez en cuando un pensamiento tenaz.

Oigámosle en uno de esos momentos en que hacia crisis su constante cavilar, que sabe Dios á dónde lo llevaría.

—No hay duda—se decia—que debió de existir ese sér que tanto ha influido en mi vida, y que bajo la forma

de una ave, tiene el poder que necios é incrédulos le han negado, porque no creen en los misterios de la naturaleza, que á Dios solo toca profundizar, por ser obra de su incomparable y grandiosa voluntad. ¿No es verdad, Pitágoras, que tú sí crees en la trasmigracion de las almas? Si á mí no me ha cabido en suerte encontrarme con la que desde niño vengo siguiendo, tal vez porque aún no es llegada la hora, no obstante lo mucho que lo he ambicionado, y lo que he hecho por hacerme merecedor á tan señalada distincion, la veo por todas partes, oigo repetir su nombre, y en el color de las plumas del ave que la abriga creo ver simbolizada la esperanza que me anima, la ciencia con que deliro, y el poder que estoy próximo á alcanzar, si al fin llega á realizarse el sueño de mi vida. ¡No hay duda! el Pájaro Verde existe, y su cantar despierta las potencias todas. Desde niño lo oigo: lo he visto figurar en el Paraiso entre multitud de aves preciosas, en el diluvio universal él sobresalia en medio de aquellas despavoridas parvadas, en el ensangrentado Gólgota pasando sobre la cruz y anunciando á los creyentes con su color un porvenir de paz y de esperanza, junto á Elías, al lado de San Juan, en la vida de los Santos, en los templos, en los campos en donde he corrido tras él como un loco, sin poderlo alcanzar, en mi infancia y al lado de mi cuna, y ahora en el seno de mi familia como precursor de un risueño porvenir de bienes infinitos. ¿No dicen que su origen es divino? Pues si lo es, ¿de dónde viene? ¡Del cielo!

En esta vez su pensamiento fué remontándose de tal manera, que en su exaltacion creyó ver al Pájaro Verde en el alfeizar de la ventana, que quedaba frente al lugar en que constantemente se le veia estudiando ó cavilando.

El hecho fué, que cuando volvió en sí, se encontró en brazos de sus padres y al lado de su decrepito bisabuelo, en quien se le figuró ver al Tiempo, que le decia que aún no era hora de que sus deseos se cumplieran; al grado, de que claro y distintamente oyó, al volver á la razon, *que aún le faltaban cincuenta años de esperar.*

—¿Pero cómo?—se decia procurando coordinar sus ideas y como si no estuviera conforme con tan largo plazo.

Los que le rodeaban, no comprendieron aquella pregunta y entónces lo interrogaron.

Pablo no tuvo empacho en contar lo que le habia pasado despues de su alucinacion.

El bisabuelo no puso en duda que hubiera sucedido como lo contara, y la nieta no se atrevió á dar crédito á lo que oia.

El padre, mas cauto, prohibió que en lo de adelante se volviera á hablar de semejante asunto; y consultando á los médicos sobre aquel suceso, estos lo atribuyeron á un primer acceso de monomanía.

III.

Pablo contaba cincuenta años en 185. . . . en que por fortuna nuestra vamos á entablar relaciones mas directas con él.

Desde la época en que le venimos siguiendo á la presente, se ha efectuado en su vida un gran cambio.

Se encuentra solo en el mundo.

Sus padres y su bisabuelo partieron á la morada de los justos; contentos, eso sí, porque dejaron en la tierra al

Último vástago de una familia que, si no habia figurado ántes en primera escala, sí figuraria despues, gracias al último de sus descendientes.

Pablo no tenia mas recuerdos del pasado, que la imágen del verde sér de sus dorados sueños que cubria la bomba de cristal.

Pobre en bienes, se creia rico en saber y experiencia.

A la edad en que se encontraba, se habia familiarizado con las lenguas vivas y muertas, que le proporcionaron un caudal de conocimientos, ante los cuales ninguno se atrevia á competir.

No obstante, queria mas, ambicionaba mas, y para ello contaba con lo que tantos años habia fanatizado su razon y que ya conocemos.

Los que le oian creian que el estudio y las vigiliass habian estraviado su razon.

¿Contaba acaso con ser eterno?—se preguntaban algunos.—Y en efecto, solo así podria llegar á donde se proponia; porque miéntas mas años pasaran por él, sus contemporáneos irian desapareciendo, y los nuevos apénas podrian comenzar á saber lo que con mucha anterioridad tendria él sabido.

Pero él se decia, y decia muy bien:—¿Qué valgo yo al lado del sábio fray Enrique y sus memorias, dictadas por ese que tengo ante mi vista cincuenta años há, sin lograr que me conceda lo que tanto tiempo he buscado inútilmente? . . . ¡Las Memorias! . . . ¡Sus inapreciables Memorias!

Como se ve, su primitiva idea no habia desmerecido en nada. Estaba fresca y lozana como en sus primeros años. ¿Ni cómo era posible que desmereciera, cuando segun sus padres y él, á ella debia lo que era y seria andando el tiempo, á quien pretendia dejar atras, si por fortu-

na se llegaba á realizar ese sueño tenaz de la mitad de su existencia, segun él mismo lo manifestaba, no una sino repetidas veces?

Si no hubiera sido por ella, ¿podria haber descubierto esos hondos secretos que le revelaron los mil idiomas y geroglíficos que existen en el mundo? ¿Podria haberse acercado al conocimiento del divino sistema que rige la creacion, ni al corazon humano, que inspeccionó como el médico inspecciona con el escalpelo el cadáver del hombre, para buscar en él la ciencia, y ver si algun dia puede dar con el lugar en donde reside el alma?

Por esa idea y nada mas que por ella, habia hecho abstraccion de todo lo que no se encarnase con el eterno pensamiento que lo dominaba.

¡Las Memorias del Pájaro Verde!

Con ellas se haria omnipotente, segun su sentir.

Habia trabajado cincuenta años, hora por hora, minuto por minuto, tan solo por hacerse acreedor á ellas; y no para él, sino para el bien procomunal.

Un dia, y esto era cuando veinticinco años mas pesaban sobre sus hombros, se paseaba á lo largo de su pobre habitacion que le servia de todo, pues consistia en una sola pieza en donde tenia hacinados multitud de libros, diversidad de aparatos científicos, variedad de sustancias del reino vegetal y animal, cacerolas, retortas, alambiques, crisoles y multitud de cosas indispensables para los usos de la vida y del saber.

Algo grave lo preocupaba, pues sus ojos brillaban con mas actividad que de costumbre.

De repente hizo alto, y se fijó frente á la bomba de cristal que ya conocemos, clavando en ella su obstinada vista que por largo rato quedó fascinada ante lo que veia.

La tarde estaba al pardear, y debido á un efecto casual de luz y sombra, se vió retratado sobre la bóveda de la bomba de cristal, que cubria al Pájaro Verde, regalo del dia de su natalicio.

Aquella bóveda parecia dividirse en dos, dando entrada á su sombra que sobre ella se proyectaba.

Las combinaciones de luces que la herian, se repitieron sobre el color verde del pájaro de una manera caprichosa y fantástica, que parecian darle vida, y Pablo, poseido de una nueva alucinacion, se puso de rodillas, lanzando un grito de alegría, porque al movimiento que hiciera, vió, sin temor de equivocarse, que su sombra penetró á lo interior de la bomba hasta confundirse con el animado pájaro, cuyo color vivo comunicaba á sus pequeñuelos ojos un foco de luz mayor que el que pudiera haber en aquella habitacion decorada de tan rara manera.

Pablo, fascinado con aquella vision, no se atrevió á moverse; creyó que era llegada la hora de la revelacion por tantos años esperada.

El modo misterioso como se anunciaba, lo enloqueció mas y mas.

Una descarga eléctrica, casual é inofensiva, propia de la estacion calorosa del estío, vino á iluminar momentáneamente y por completo la habitacion.

Pablo quedó deslumbrado, y la vision que ante sus ojos se presentaba, creyó verla en toda su plenitud y bajo las formas que su exaltada imaginacion se la figuraba.

Cerró los ojos para convencerse de que aquello no era una quimera, y la luz penetró mas intensa á traves de sus párpados, que aun cerrados le permitieron contem-

plar á su sabor la metamórfosis que en su pobre morada se habia verificado.

Á la vez que esto le pasaba, se sentia rejuvenecer, respiraba con mas libertad, y su sangre circulaba por sus venas activa y ardiente y como si volviera á encontrarse en sus juveniles años.

De pronto un ruido extraño y cual si se rompiera un trasto de cristal, hirió sus oidos; buscó la causa y no la encontró, y entónces el zumbido del revolotear de una ave pequeña que jiraba al rededor de su cabeza, vino á demostrarle que cada vez se acercaba mas á la realizacion de su ambicion.

La luz y la bomba de cristal habian desaparecido completamente de delante de sus ojos.

Despues oyó clara y distintamente el gorgéo de su ave tan querida; gorgéo tierno, sonoro, vibrante y melodioso que penetró hasta la médula de sus huesos de una manera agradable y vivificadora, que le iba exaltando mas y mas, hasta creerse trasportado al Paraíso en medio de dulces armonías que acabaran por adormecerlo si sus sentidos no hubieran estado tan despiertos y en espera de la revelacion que con impaciencia febril esperaba en esa noche tan borrascosa y llena de visiones.

Fijo en su difícil posicion primera, con sus cabellos blancos y brillantes como el ampo de la nieve, y en medio de la oscuridad de su morada, parecia el fantasma del misterio, entregado á incomprendibles y ocultos trabajos.

La diáfana luz de la luna, penetraba á la sazón por la estrecha ventana de su cuarto, y heria sus facciones desencajadas á consecuencia de las multiplicadas emociones que lo dominaban.

¿Soñaba ó estaba despierto? ¿Era aquella una realidad ó solo el efecto de su calenturienta imaginación?

Para él era la realidad, porque tres nombres demasiado significativos, resonaron confusamente en sus oídos.

—*¡El Pájaro Verde!—¡Fray Enrique!—¡Sus Memorias!*

Pero, ¿y la revelación? ¿el nombre del lugar que guardaba las misteriosas páginas?

—¿En dónde podría encontrarlas? ¿en dónde?—se decía angustiadamente como si le abandonasen las fuerzas y temiera no poder oír más.

En Huehuetlapállan, pareció contestar á su pensamiento una voz estentórea que le derribó por tierra, é hizo desaparecer á la vez todo cuanto viera, dejándolo en la más profunda oscuridad.

—¿En dónde existe ese bendecido lugar?—murmuró aún con voz casi imperceptible.

Nadie le contestó.

Al día siguiente de aquella noche inolvidable para él, se encontró vestido y en completo desorden los muebles de su cuarto.

Inspeccionó su habitación cuidadosamente, y tropezó con la bomba de cristal hecha pedazos, y el Pájaro Verde convertido en polvo.

Para él todo aquello tenía un grande significado.

Se apresuró á levantar cuidadosamente aquellas queridas reliquias, que no podrían servir á otro, y con una sonrisa llena de satisfacción murmuró:

—*¡En Huehuetlapállan! . . .*

Sí, allí encontraré el tesoro codiciado por 75 años.

Allí deben terminar mis afanes, mis locuras, como las llama el mundo materialista que no cree más que en lo que ve y palpa, de la misma manera que no creyó

que podría haber otro mundo semejante á él, ni en el poder del vapor, ni en la velocidad de la electricidad, hasta que vió y palpó, y se avergonzó de su incredulidad.

Reios, reios de mí—se decia con arrogante orgullo— aún no es tiempo de que yo me ria de vosotros por lo estúpidos, pigmeos y miserables que sois. *¡En Huehuetlapállan!*—se repetia cada vez mas contento de sí—allí encontraré lo que por vosotros ambicionaba. Ahora me despreciareis, me mofareis; pero ya, ya vendreis á mí mas humildes que un rebaño de corderos; y ¡ay de vosotros si en vez del camino derecho que conduce al bien, os encuentro en el torcido que os llevará á vuestra eterna perdicion!

Pablo se decia todo eso en el entretanto recojia las cenizas del que, como otro fénix, debía resucitar de ellas mismas, no en aquella pobre morada, sino en el lugar de su revelacion, único digno que le pertenecia, y al lado del misterioso libro de pasta y hojas verdes, escrito con tinta blanca.

—*¡En Huehuetlapállan!* . . .

Pablo no podia olvidar esta májica palabra.

De repente se acordó de lo que nunca se debia haber olvidado.

—*¡En dónde quedaba ese bendecido lugar?*

A este pensamiento que vino á echar por tierra el májico palacio que se habia edificado, hirió su frente con la palma de la mano, casi hasta hacer brotar la sangre de los poros.

Pensó, recapacitó, se reconcentró en sí mismo, volvió á herir su frente una y dos veces mas, hasta dejar escapar de lo profundo de su alma un grito doliente y desgarrador que se perdió en los rincones de su jaula, por-

que aquello no era ya habitación en el estado de desorden en que él mismo la pusiera durante la noche.

Después tomó uno, dos y tres libros, de los que se encontraban esparcidos por el suelo, los hojeó, y luego los arrojó á larga distancia de sí, mohino y casi desesperado.

Yerbas, retortas, alambiques, todo lo removió.

Pablo, si no lo estaba, creía volverse loco.

Por último, dió con lo que buscaba.

Era esto un viejo pergamino, ó una especie de tela vegetal, no fácil por de pronto de analizar, en cuya superficie porosa y amarillenta se veían ciertos dibujos raros y estrambóticos, compuestos en su mayor parte de signos parecidos á los de la taquigrafía y mezclados con figuras monstruosas que representaban seres humanos de distintas especies y en diversas posiciones, entrelazados con otros signos astronómicos de diminutas proporciones, que solo la práctica y conocimiento que se tuvieran de ellos podrian hacer fácil su descifración.

Pablo estendió sobre él la vista con avidez, y á cada línea que recorría, le retozaba el gozo en su semblante enjuto.

—No hay que desmayar; —se decia —teniendo una base de que partir, lo demas no será tan difícil como parece.

Y volvió á descifrar parte por parte los geroglíficos del pergamino que con tanta insistencia habia buscado.

Satisfecho de sí mismo, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en los inmensos bolsillos de su leviton gris, y acto continuo se dirigió á su cama de donde tomó la manta que de noche le servia de abrigo. Luego, haciéndola un lio, la ató con lo primero que halló á la mano, la colocó debajo de su brazo izquierdo y fuése á tomar de sobre una silla un ancho sombrero de fieltro y un baston

en forma de báculo que junto á ella se encontraba. Fués en derechura al lugar que convirtiera en cocina, y descolgó un saquillo de brin, que llenó de provisiones de boca.

Despues cerró las puertas de su ventana, y salió de aquella habitacion, en la cual no sabia si volveria á entrar.

Los vecinos que le vieron salir tan de mañana y en trage de camino, á juzgar por sus atavíos no comunes en él, se hicieron mil preguntas y lo dejaron pasar sin que él advirtiera que de él se trataba, tal de preocupado se encontraba con su idea fija.

No obstante, él creia ese dia el primero de su nueva existencia.

El sol y cuanto á su vista se presentaba tenia para él nuevos atractivos, nuevos aspectos.

IV.

Desde el momento en que Pablo saliera de su casa no cesó de caminar rumbo al Oriente, hasta hallarse fuera de la ciudad y al pié de una suave colina en donde hizo alto y tomó aliento, no sin dar su frente al punto desde donde habia partido al comenzar su misteriosa peregrinacion.

Allí, con el sombrero quitado, enjugándose el abundante sudor que corria por su espaciosa frente, contempló el valle y la ciudad que dejaba con sentimiento porque amaba su cuna natal y no sabia si volveria á ella, toda vez resuelto á marchar en pos de su destino.

A derecha é izquierda del lugar en que se encontraba,

dominaba con la vista dos lagos, que al ser heridos por los rayos del sol parecían formados de oro derretido y en continua reverberación. Luego paseó sus ojos por el vasto valle que miraba á sus piés, y mas allá de los lagos, vió que entremedio de una pintoresca arboleda de provocadora perspectiva, aparecía y desaparecía México, con sus casas blancas y sus torres esbeltas que no tenían principio ni fin entre aquella multitud de árboles.

Pablo despues de un momento de descanso, se acercó á un riachuelo que junto á él pasaba, tomó una poca de agua con las manos, la bebió, y mas fresco y calmado continuó su camino, subiendo poco á poco la colina que lo llevó mas tarde al monte, en el que halló un bosque inmenso, frondoso, y lleno de primorosas alamedas animadas por los ruidos misteriosos del golpe de la agua que cae y no se ve, del vuelo del ave que pasa de un árbol á otro, del paso del cervatillo seguido de su jóven madre que juguetea con la imprudente yerba que á su paso se interpone, con el cantar de multitud de aves de distintas clases y colores, y con el mas sonoro é imponente de cuantos ruidos pueden oirse, con el de la caída de la vieja encina que al venir á tierra produce variados y multiplicados sonidos, tales que parece se derrumba el monte.

Pablo, rendido de fatiga y de cansancio, determinó pasar allí la noche, y así lo hizo.

El gorgo de los pájaros, aun en medio del silencio de la noche, no le dejó dormir, y apenas asomó el nuevo dia, emprendió su marcha con tal vigor que parecia que se encontraba en toda la plenitud de su edad

Para él todo eso tenia una significacion alta y misteriosa.

Siguiendo siempre rumbo al Oriente vino á perderse

en medio de una inmensa serranía que lo llevó á un pequeño valle circunvalado de inmensas montañas que de cuando en cuando retumbaban al mugir del león ó al estridente grito de la pantera.

Ni aun esto le acobardó; prosiguió adelante internándose por una pequeña cañada que le hizo salir á una pintoresca esplanada en cuyo fondo se veía la entrada de una sorprendente gruta ante la cual se paró como si hubiese llegado al término de un largo y penoso viage.

Una vez allí, penetró en su interior sin dejar de caminar sino hasta el momento en que le faltó la luz.

Esto le afligió sobremanera, y en medio de las tinieblas que lo circunvalaban, su imaginación se entregó á buscar el modo de salvar aquel obstáculo, que le impedía proseguir adelante.

—¡Señor!—se dijo—¿habré llegado al término de mi viaje?

Mil ecos repitieron lo que sus lábios pronunciaron; pero nadie contestó á su pregunta: en cambio una pequeña luz se destacó del fondo de la gruta, y él la siguió de la misma manera que los reyes magos seguirían la estrella de Belem, que los conducía á conocer al Salvador del mundo.

Pero es el caso, que la estrella de la gruta no era la misma de Belem, y que al estar Pablo cerca de ella, se estinguió, dejándolo en absoluta oscuridad.

Entonces se determinó á seguir adelante, guiado por el recuerdo que tenía del lugar en donde la luz habia aparecido, sin calcular que era fácil chocara su cabeza con las rocas salientes de la gruta.

Caminó así largo rato, y á medida que avanzaba, pudo oír un ruido sordo que al principio remedaba el zumbido del moscón, y que poco á poco se hizo mas claro y

distinto hasta ensordecen sus oídos de una manera estrepitosa é imponente á la vez.

Era el mugido de un torrente que se interponía entre él y el lugar donde apareciera la luz.

En su impetuosa caída arrojaba mil chispas de agua, que le azotaban el rostro con tal fuerza, que conoció que le era imposible seguir adelante, so pena de envolverse entre la rápida y borrascosa corriente.

El instinto de la propia conservación lo hizo cambiar de ruta, tomando á la derecha, y sin perder en su memoria la línea en cuyo extremo había aparecido y desaparecido la luz.

Esto lo alejó de la gravedad del peligro.

Iba á seguir adelante y tropezó con una roca, que inspeccionó palpándola desde su cimiento hasta donde le alcanzaron sus brazos, por lo que conoció que era el principio de una curva formada en la roca, que iba á perderse, no sabía á dónde.

Allí se creyó mas seguro que en ninguna otra parte, pero allí también comenzó á desesperar de su comprometida posición.

El ruido del torrente había disminuido un poco hácia ese lado en que él se encontraba.

Así, pues, pudo pensar con ménos aturdimiento, y entregarse con mas calma á sus propias reflexiones, que bien lo necesitaba.

Pensó entonces que lo principal era hacerse de una luz, para á la claridad de ella reconocer el terreno en que se hallaba, y despues recorrer de nuevo la hoja de papel vegetal que se echara en el bolsillo al salir de su habitación. Esta en definitiva debía de servirle de ratificación en el derrotero que impulsado por ella se había propuesto seguir.

Lo primero no era fácil en el lugar en que se encontraba, y por consiguiente tampoco lo demas.

Era necesario salir de la gruta.

Y despues de caminar de frente, á derecha é izquierda, y en todos sentidos, ¿podria realizarlo en medio de aquella oscuridad?

Tampoco: en aquella situacion ya no le era permitido ni avanzar ni retroceder.

Incauto habia penetrado en aquel lugar sin las precauciones necesarias, y guiado por su ciega razon que no se ocupaba en otra cosa que en impulsarlo adelante, aun cuando para ello hubiera sido preciso haber atravesado á nado el borrascoso cauce del torrente.

¿Qué hacer, pues, en tan congojosa situacion?

—¡Triunfar, ó sucumbir en la demanda!—se dijo en su interior aconsejado tenazmente por su indomable fuerza de voluntad.—Tal vez esta sea la última prueba á que me sujete la voluntad del sábio difunto.

Al fin, y despues de tanto batallar, vino á caer rendido de fatiga y de emociones al pié de la roca con que tropezara.

Allí lanzó un prolongado gemido, que fué á perderse al otro extremo en que parecia tener fin la gruta y en el cual vió aparecer la ofuscada luz.

Al dejar escapar su lastimero y profundo gemido, creyó oír detras de sí una voz cavernosa que contestándoselo, le dijo:

—¿Qué quieres?

—Que me saques de la oscuridad en que me encuentro—contestó inmediatamente Pablo.

—¿Y para qué?—volvió á preguntar la voz, sin notarse que se esforzara en lo mas mínimo, y como si estuviera junto á él.

—Para que me enseñes el camino que conduce á *Huehuetlapállan*.

—Difícil lo creo.

—¿Y por qué?

—Porque por mucho que yo te diga, siempre lo perderás, si no eres el predestinado á poseer la rica herencia del difunto.

—¿Y si lo fuera?

—Lo dudo. No has de haber tú trabajado tanto como yo por hacerme acreedor á ella; y sin embargo, aquí me tienes aún sin poder llegar al lugar, que mil veces los rayos del sol han hecho desaparecer de mi vista. Cuatro mil quinientos treinta y nueve años hace que noventa generaciones lo buscan también inútilmente.

—Herederó de los recuerdos del pasado, háblame algo de ellos para que yo á mi vez te pueda hablar del presente, y si me ayudas te participe del porvenir. No desoigas mi ferviente súplica, que en ello está interesada toda una gran generación.

—Bien está, y estáme atento; que no obstante el ronco bramar del torrente, el eco del lugar en que nos encontramos hará llegar hasta tí los acentos de mi voz, agotada por los noventa inviernos, que poco á poco han ido helando la sangre de mis gastadas venas. No estrañés que no te haga llegar hasta mí, porque un voto solemne me lo impide. Conténtate, pues, presunto herederó de las *Memorias* que allí se encierran, con saber algo del pasado, por lo que pudiera importarte en la larga peregrinación que vas á emprender en busca del lugar que fué emporio y cuna de nuestros primeros padres. Dichoso tú, si te es dado llegar hasta él, porque sabrás cosas maravillosas, y figurarás en nuestro siglo cual ninguno ha figurado.

—A eso aspiro en beneficio de la humanidad.

—No lo conseguirás, si el misterioso libro verde no te es entregado, toda vez que dés con el lugar que lo oculta.

—Lo será si tú me ayudas.

—Mucha fé tienes, y no sé en qué la fundas.

—En las revelaciones que me ha hecho el “Pajaro Verde” que lo cuida.

—Entonces sí creo que te acercas á él.

El pobre loco, como lo llamaban los que le conocian, no hubiera cambiado los instantes que le esperaban ni por cuanto oro pudiera caber en el mundo.

Las cosas habian pasado y pasaban ante su vista tan reales y verdaderas, como es la transicion que se efectúa entre la luz y las tinieblas.

Probarle lo contrario, era verdadera locura en quien lo intentara.

Ayudado de su saber, seguia el curso de sus multiplicadas ideas que lo llevarian quién sabe á dónde.

9—Sabrás por lo que nos cuentan nuestros sábios é inspirados antepasados, que lo supieron de sus antecesores,—dijo al fin el Anacoreta á Pablo, que lo escuchaba casi en estásis supremo—que esta mitad del mundo, oculta á la otra mitad, era el emporio de cuanto el Hacedor Supremo hiciera para demostrar la perfecta y maravillosa obra de su Creacion Universal.

Ella fué encomendada por su Gran Hacedor, para su guarda, á séres hechura suya, que denominó Gigantes, por lo colosal de su estatura y por la poderosa fuerza con que los dotó. Estas privilegiadas criaturas fueron los primeros señores y pobladores de este nuevo Paraiso Terrestre; pero como en el primero, no faltaron ingratos que lo desconocieran y se creyeran los dioses

de la tierra que les habia sido confiada. No obstante, algunos hubo entre ellos que no lo desconocieron, y que se despartaron de los malos, porque preveían lo que podría sobrevenir de semejante desacato y rebeldía.

Irritado el que los formara de la nada, sacudió con su potente diestra una y tres veces esta mitad de su obra, que en su convulsion echó por tierra árboles gigantes y monstruosas montañas, hasta sacar fuera de sus cauces mares y rios, que arrastraron entre sus irritadas y destructoras corrientes á los que se creyeron dioses superiores á él. Los buenos escaparon de tan horrorosa catástrofe, y vinieron á morar en el pintoresco y florido Valle de Atoyac.

Despues que se vieron solos y en lugar tan privilegiado, se olvidaron, andando el tiempo, del terrible escarmiento sucedido á sus antecesores, y en vez de adorar al que los salvara de tan tremendo castigo, vivieron á lo bruto y entregados á todo género de desórdenes, lo que trajo por resultado un nuevo castigo que dió fin con la raza desagradecida y maldita. De qué modo sucedió esto lo vas á saber.

Un biznieto de Noé en su ambicion de escalar el cielo, tuvo la idea de edificar en la ribera oriental del Eufrates, en las llanuras del Sanaar, una altísima torre cuya obra no habia de terminar sino hasta despues que elevada hasta lo infinito, tocara su cúspide con las puertas del cielo, que lo habia de llevar á la mansion de lo desconocido. Millares de millares de operarios se emplearon en esta monstruosa construccion. A medida que avanzaba la obra, notaron que unos á los otros no se entendían, pues cada uno hablaba un idioma diferente de aquel con que se hacían comprender en un principio. Aquella se llamó la torre de *Babel*, ó lo que es lo mismo,

de la *Confusion*. Dios castigaba de esa manera el loco orgullo de los hombres y su desmedida ambicion. Aquellos constructores de lo imposible, ya no pudieron continuar su obra, y los pueblos que los constituian tuvieron que dispersarse por toda la faz de la tierra. Siete Toltecas, descendientes de Cham, y acompañados de sus mujeres é hijos, se reunieron y comenzaron su difícil peregrinacion hácia esta parte del mundo, en busca del consuelo de su loca temeridad desvanecida. Esto aconteció el año 511, despues del diluvio, y 4539 años ha de nuestra existencia actual.

—Sí, eso es;—le interrumpió Pablo—habla, que ya te acercas al contenido de mis geroglíficos que algo me dicen á ese respecto. Decias que se dispersaron por toda la faz de la tierra, que eran siete Toltecas, que se dirigieron hácia aquí: ¿y á dónde, á dónde vinieron á parar? por dónde pudieron pasar? . . . Habla, que me siento impaciente por saberlo.

—Partieron de las llanuras de Sanaar,—continuó el Anacoreta de la gruta—atravesando desiertos, rios, lagos, mares y montañas, hasta llegar al Asia; de allí atravesaron el estrecho de Behring en débiles esquifes y amparados por las islas de Diomedes hasta tocar el gran continente americano que se extiende del polo del Norte al polo del Sur. Todavía tuvieron despues que pasar por nuevos desiertos, que experimentar espantosos huracanes, que atravesar por eternos hielos, hasta llegar por último, despues de muchos años de caminar, á *Huehuetlapállan*, ciudad formada por la mano misteriosa de los tiempos, conccida únicamente de los siete descendientes de Cham, é ignorada de todos los que le sucedieron hasta nuestros dias.

Pablo se sentia respirar con mas libertad.

Después de una breve pausa, continuó el Anacoreta invisible:

—He dicho que el lugar de *Huehuellapállan* era ignorado de todos los que sucedieron á los siete Toltecas descendientes de Cham, hasta nuestros días, y en esto no he dicho la verdad, no obstante que así puede considerarse, puesto que los tres seres que lo supieron en lo transcurrido desde 1615 al año en que nos encontramos, han desaparecido con el secreto que les fué revelado por permisión de Dios.

—¿Quiénes fueron ellos?—se atrevió á preguntar Pablo.

—El primero fué fray José Enrique, de los franciscanos descalzos, que en 1615 mandó depositar allí sus *Memorias*, inspirado por el misterioso pájaro mensajero de la sabiduría divina, que desde 1530 lo acompañó hasta su muerte, en que no se volvió á saber de él.

Pablo dudaba de que todo aquello que oía fuese realidad.

—El segundo—prosiguió el Anacoreta—fué un sér privilegiado á quien le cupo en suerte llevar las *Memorias* al lugar remoto que las oculta, y de quien jamas se volvió á saber, tal vez porque así lo tenia dispuesto el que todo lo combina.

—¿Y el tercero? ¿el tercero?

—Ese soy yo, á quien jamas ha sido dado penetrar en su recinto, de la misma manera que tú tampoco penetrarás sino eres el elegido.

—¿Y tú, cómo te encontraste frente á la dicha sin poderla alcanzar?

—Ese es mi secreto, que nunca revelaré.

—Continúa, sér misterioso que me enloqueces con tus raras revelaciones; continúa, si crees que pueda yo ser el

heredero de esas páginas, que sin saber por qué solo á mí están reservadas á juzgar por lo acontecido hasta aquí.

—Llegado que hubieron los descendientes de Cham con sus mujeres y con sus hijos al lugar que tanto te importa saber, se dividieron en dos mitades. La primera ocupó á *Huehuetlapállan*, y quedó en espera de la segunda que partió al interior del nuevo mundo en busca de los Gigantes, á quienes por un misterioso mandato debían de aniquilar para hacerse acreedores al perdón de su loco orgullo desvanecido en la torre de *Babel*, y á la tierra que les había sido prometida á la vez en su penosa peregrinación de los desiertos de Sanaar. Llegados los que se dividieron en familias al lugar de su destino, se dieron maña para haber de relacionarse con los que vivían á lo bruto, sin mujeres y sin Dios, entregados á los vicios, comiendo de una manera voraz, y dados á horribles abominaciones. El día del tremendo castigo era llegado. Los descendientes de Cham fueron convidados á un bárbaro festín con sus mujeres y con sus hijos, y en él se propusieron vengar al Dios de los dioses ultrajado, para quedar dueños después de la tierra que para ellos era de promisión. Al efecto, llevaron consigo, sin distinción de sexos ni edades, raras cantimploras llenas de zumo de la prodigiosa planta del maguey, que les dieron á beber como en señal de distinción, por la que de ellos hubieran hecho al sentarlos en sus mesas. Los Gigantes no lo rehusaron y bebieron con exceso hasta el grado de que uno por uno fueron cayendo embriagados, y sin poderse mover. Entonces los Toltecas se arrojaron sobre ellos é hicieron una horrorosa carnicería, hasta acabar para siempre con una raza que debía ser sustituida por la que desde el Eufrates había llegado hasta ellos para su ejemplar

escarmiento. Cuando quisieron volver á unirse con el resto de sus familias, ya no pudieron. Habian olvidado el camino, y jamas volvieron á saber de ellas.

Huehuetlapállan, por lo tanto no pudo ser conocida mas que por los que quedaron en espera de la mitad de sus familias, que de generacion en generacion hasta hoy aguardan, por ver si algun dia pueden unirse á los que los abandonaron. Por qué no vinieron los de allí en busca de los que los dejaron, no se sabe. Es un misterio que tal vez á tí te será revelado.

—Y el camino que he de seguir para llegar hasta allí, ¿cuál es?

El Anacoreta de la gruta vaciló en contestar.

—No temas, revélamelo: soy el elegido; mis palabras te lo han dicho, mi presencia aquí te lo demuestra. En *Huehuetlapállan* se hallan las Memorias, y allí tengo de ir á buscarlas. La revelacion me dice que tú me insinuarás el camino, que lo demas me será de nuevo revelado. Habla, pues.

—Sal de este lugar, afortunada criatura, y sigue siempre rumbo al Norte. En medio de las interminables llanuras desiertas del Nuevo-México, existe una gran peña que el trascurso de los siglos no ha podido destruir. Si puedes encontrarla y descifrar los geroglíficos que la decoran, ellos te dirán lo que despues de tan dilatada peregrinacion te resta que hacer, para el logro de tu temeraria empresa. Mas si por fortuna tuya, fueses el elegido. . . .

—¡Sí que lo soy!—le interrumpió Pablo.

—Sabrás cosas que yo no te puedo decir. Levántate y marcha, sin preguntarme una sola palabra mas.

Pablo no esperó á que se lo repitieran, y como impulsado por un resorte se puso de pié, á la sazón que la

gruta se volvía á iluminar hácia su fondo, con lo que pudo ver el camino que desde un principio anduviera para llegar hasta el lugar en que se encontraba. La luz no desapareció tan violentamente como cuando á su entrada, lo cual le permitió dar con la salida de la gruta, que se apresuró á ganar hasta ponerse de nuevo en medio del camino.

El sol se encontraba en todo su esplendor, y Pablo de repente se encontró deslumbrado ante aquella claridad que lo hizo cegar por un instante, despues de lo cual pudo proseguir su camino sin interrupcion alguna.

V.

Abandonémosle por algunos meses en su larga y dilatada peregrinacion, y despues lo vendremos á encontrar en el desierto central de las inmensas llanuras del Nuevo-México, incultas y deshabitadas hasta hoy por la suerte fatal que ha cabido á la mayor parte de nuestro suelo privilegiado.

Digamos algo de la trasformacion que ha sufrido el pobre Pablo en el período que lo hemos dejado de ver por no presenciar la lucha espantosa del hombre en busca del fin de sus locas ambiciones.

10 En ninguna otra ocasion mejor que en esta podemos emplearnos en hacer la descripcion del personaje que nos ocupa que por lo raro, grotesco y misterioso de su tipo, vendrá á figurar en nuestra galería de protagonistas, unas veces provocándonos risas, y otras lágrimas, de la misma

manera que la provocan ciertos locos del mundo, que como Pablo se duda de si lo son.

El lugar en que se hallaba le parecía un inmenso círculo de tierra sin principio ni fin, en cuyo centro se encontraba él puesto á cubierto por la inmensa media naranja del firmamento

Do quier que dirigiera la vista iba á perderse en los horizontes sin límites que daban al desierto una perspectiva imponente capaz de amilanar al ménos despreocupado y fuerte de espíritu, mirándose en medio de aquella soledad, en que solo tierra y cielo se encontraba por límites, sin que el menor ruido interrumpiera su sepulcral silencio

Pablo se hizo la ilusion, de que lo que abarcaba su vista era toda la superficie de la tierra, en cuyo centro se hallaba recorriendo en su movimiento giratorio, la inmensidad del vacío.

Y el espectáculo no era para ménos.

El sol próximo á desaparecer entre medio de la línea que separaba la tierra del horizonte, parecía un mundo incendiado y lanzado al ocaso, iluminando aún con sus últimos reflejos la tierra y el firmamento de donde parecía ser lanzado.

Entónces un nuevo espectáculo se presentó en la llanura.

La sombra de Pablo se proyectó en toda su interminable superficie, y á medida que el sol iba sumergiéndose iba ella á su vez creciendo en proporciones tales, que parecía perderse en el rojizo horizonte.

Pablo, que al hacer un brusco movimiento viera tras de sí el fantasma de su propia sombra, se acobardó al contemplar que aquel coloso se movia cual él lo hiciera.

Su espíritu cada dia estaba mas impresionado.

A la vez que este efecto de luz se efectuaba, otro tan parecido á él, pero de distintas formas, se verificaba á su flanco y á corta distancia de la que él se encontrara. La nueva sombra parecia salir al encuentro de la primera é interponerse entre ella y Pablo, que atribuyó aquello á una proteccion estraña, debido á la mision que allí lo llevaba. El nuevo fenómeno no lo acobardó como el primero, buscó la causa que lo motivara, y vió con gran regocijo que era la sombra de un enorme peñasco que sobre poco mas ó ménos se encontraba á mitad de la llanura que con corta diferencia tenia él andada.

Avanzó precipitadamente hácia el sitio en donde esperaba encontrar proteccion, y allí, frente al peñasco, único que habia en toda la llanura, lanzó un loco grito de alegría, estentóreo, desgarrador, y preñado de mil emociones difíciles de poderse analizar.

—¡¡EUREKA!!*—se dijo en lo supremo de su alegría, y cayendo por tierra acometido por un desmayo, que puso término á lo estraordinario que sintiera en su cerebro, en su corazon y en su alma toda.

Y como si la naturaleza se propusiera ayudarlo en aquel descanso momentáneo de sus potencias, cambió su decoracion de luces rojas, por la apacible y plateada de la luna, que dió un nuevo aspecto á aquel lugar ignorado del resto de los vivientes.

Hasta entónces pudo contemplarse á Pablo, tendido cuan largo era en medio de las tibias arenas del desierto, y alumbrado por los pálidos rayos de la luna, que daban á su tostado semblante un aspecto aterrador.

Su rostro, bronceado por los calcinantes rayos del sol de los trópicos, que lo habian combatido en toda su lar-

* La encontré.

ga travesía, se asemejaba al del salvaje sorprendido y arrojado por tierra en medio de la veloz carrera de su caballo.

No obstante los años que sobre él pesaban, estaba robusto, gracias á su naturaleza de roble y musculosa organizacion; y se delineaba en sus facciones con toda claridad y precision, lo abultado y renegrido de sus lábios que hacia resaltar la doble hilera de blanquísimos dientes, que, sin faltarle uno, se dejaban ver al traves de su reseca y entreabierta boca.

Su chata y abultada nariz, á pesar de sus espaciosas ventanillas, daba entrada con dificultad al aire que iba á perderse en sus desarrollados pulmones.

Sus ojos grandes y rasgados, y medio entreabiertos, se encontraban aprisionados en medio de dos cavidades sombrías, que solo pueden compararse con las del loco en los momentos de los insomnios que sustituyen á su ausente sueño. Su frente espaciosa, iba á perderse en la calva de su desarrollada cabeza, flanqueada por los restos de unos cuantos cabellos blancos y lacios.

Si á lo espuesto agregamos la blancura de su larga barba que herida por la luz de la luna se asemejaba á cadejos de plata, tendremos el conjunto de la cabeza del que aspiraba á ser el sábio entre los sábios del mundo.

Su corpulento cuerpo solo podia ser comparado á esa raza privilegiada de los hijos del Norte, que parecen descender de gigantes por línea recta.

En los momentos en que nos ocupamos de él, está á cubierto de los rigores de la estacion, por un ancho pantalon de brin salpicado de uno que otro remiendo de género distinto; por una blusa de anchos pliegues y del mismo género hecha girones y entregada á su libre albedrío, sin sujecion de ninguna especie. Sus piés, cal-

zados por toscas sandalias, habían, como la cara y las manos, sufrido grande alteracion, comparable tan solo con los piés y manos de esas estátuas colosales que vemos en plazas y mercados públicos.

Pablo, en los desiertos del Nuevo-México, y en los momentos en que lo volvemos á encontrar, no hubiera sido reconocido ni aun de los que le dieron el sér, si aún vivieran.

Junto á sí tenia su baston en forma de báculo, que en nada habia variado; su alforja cargada pobremente de provisiones de boca, y su sombrero de palma y de inmensa ala, que como era natural sucediera, habia sustituido al de fieltro con que lo vimos salir de su habitación, desde el momento en que comenzara la série de sus constantes cavilaciones.

Una cosa sí tenia de mas, y era un canuto de hoja de lata en que guardaba el pergamino que ya conocemos, en cuanto á su compuesto, y un plano que le habia servido de ayuda para llegar hasta allí, y que gentes caritativas le habian facilitado para ayudarle en sus serias investigaciones.

Contemplando á Pablo en el lugar y situacion que hemos procurado describir lo mejor posible, y entregado á la voluntad de los elementos, inerme y casi sin vida, parecia remedar la impotencia de la humanidad ante la creacion á quien en vano pretende arrancar sus secretos.

¡Loca humanidad!

Mas feliz que él, podia considerarse la sabandija que debajo del cuerpo de Pablo se arrastraba, sin aspiraciones ni deseos.

¡Sabia él si volveria de su letargo?

Y si no volvia, adios sueños dorados, adios ambiciones!

¡Vanidad de vanidades, y nada mas! ¡hé aquí la vida del hombre! cualquiera hubiera exclamado al verlo.

Pero Pablo, rebelde como todo sér que habita bajo del cielo, le habria contestado, si escuchado lo hubiera:

—¡Adelante, y siempre adelante! que despues veremos.

Fatal teoría cuya práctica ha costado á muchos la vida, y la esperanza de encontrar otro mas allo que en su ceguedad perpetua olvidaron si existia.

El rocío de la noche y el aire refrijerante que corria, reanimaron á Pablo y lo hicieron volver de aquella crisis tan comun en él.

Se puso de pié y estendió la vista en su rededor para reconocer el lugar en que se encontraba.

Se vió frente á la peña tan buscada y se convenció que habia llegado al lugar final de su destino.

¡Pero le seria fácil, á la tenue luz de la luna, descifrar los geroglíficos que la decoraban?

Sí, porque en caractéres, solo inteligibles para él, habia leído en su primera línea:

Huehuetlapállan.

Le faltaba descifrar la sucesion de líneas desiguales que como la primera estaban grabadas en el peñasco, y aquí fué donde tropezó, pues por mas que obligó su vista y aun su tacto con los dedos, no pudo continuar adelante.

Le faltaba la suficiente luz.

Entónces esperó al nuevo dia, mas tranquilo y contento de sí.

El nuevo dia llegó, y con gran asombro suyo miró que el peñasco que la noche anterior le parecia pequeño, era de un tamaño colosal y de figura piramidal.

Se asemejaba á un monton de piedras hacinadas con

cierto orden, hasta darle la forma que hemos dicho, mas bien que una roca compacta y formada por el capricho de los tiempos, que la habian combatido en aquel inmenso desierto por sus cuatro caras sin haberla nunca podido destruir.

Una lijera y angostísima escalinata en forma de espiral, daba principio en su base é iba á terminar sobre la cúspide.

Pablo miró que los geroglíficos se repetian en cada una de las partes de que estaba formada la gigante roca, y desde luego procedió á su descifracion con la calma y juicio que el caso requeria, toda vez que aquello era el fin de cruel jornada.

Entre consultar el pergamino y el plano que llevaba, y otras graves dificultades que se le presentaron, el sol habia caminado hácia el zenit mas de la mitad de su carrera, y esto le empezaba á inquietar de un modo alarmante, pues venia á ser un dia mas perdido en sus investigaciones y en el curso de su prolongada vida, que le parecia corta.

Hasta entónces comenzó á comprender que habia que pensar en la muerte.

¿Y esto cuándo? cuando temia que se le escapara de las manos el tesoro codiciado; cuando le parecian sus 76 años de edad unos cuantos meses para la vida del hombre, que apenas le permitian entrar en el pleno goce de sus ambiciones.

Distraido con esas ideas, creyó oir un sonido metálico, parecido al que produce una campana de cristal, cuyas vibraciones se repitieron de una manera singular en los cuatro ángulos de la peña hasta perderse en su cúspide.

Para convencerse de que aquello no era una ficcion de sus oidos, puso sus manos sobre la peña, y sintió la vi-

bracion que pasando á ellas fué á parar hasta su cerebro, de la misma manera que si fuese una corriente eléctrica.

A la vez habia acabado de descifrar los geroglíficos.

El sol por fin se hundió en el ocaso.

Una sonrisa de satisfaccion vagó por sus labios, y sus ojos brillaron de una manera que revelaba toda la codicia de que era presa su alma.

Y como si dudara aún de cuanto sus investigaciones le revelaran, y temiera que le faltara la luz, sin que ántes pudiera convencerse de la verdad, fijó con tenacidad su escudriñadora mirada en la piramidal peña en donde leyó:

HUEHUETLAPALLAN
DXXXIII
CIUDAD ERIGIDA POR LOS PRIMITIVOS POBLADORES
QUE
DESTRUYERON A LOS GIGANTES
POR MANDATO DEL GRAN
DIOS CRIADOR Y CONSERVADOR DE TODAS LAS COSAS
TLOQUE NAHUAQUE.
VIAJERO DEL OTRO MUNDO
BUSCA Y ENCONTRARAS
LA ETERNA CIUDAD DE LOS TOLTECAS *
EN DONDE
TERMINA LA CUSPIDE DEL TEMPLO.

Entónces cruzó por su mente una idea rápida como lo es la concepcion de un pensamiento en momentos solemnes dados.

* Artífices.

La única cúspide que tenía ante sus ojos era la del peñasco: allí había oído un sonido parecido al que produce una campana de cristal, cuyas vibraciones habían ido á terminar á la cúspide que no podía ser otra, que la del peñasco que ocultaba el templo.

Sin perder un instante subió á ella y se encontró sobre una pequeñísima plataforma en donde apenas cabía su cuerpo.

Una vez que hirió con su planta el terreno que pisaba, sintió que descendía, á manera de esos sueños que nos llevan rápidamente á un abismo sin fondo, en el que momentáneamente parece suspenderse el curso de la vida, para despues volver á ella en medio de un palacio encantado, ó de una nueva ciudad desconocida en que todo es bello, sorprendente y admirable, y de donde no quisiéramos salir.

Por Pablo había pasado todo esto en ménos tiempo que el que hemos necesitado para describirlo.

Se encontraba en el interior de *Huehuetlapálan*, la ciudad desconocida aun de nosotros mismos, y en donde se ocultaban las "*Memorias del Pájuro Verde*."

¿Qué mas podía apetecer?

Con el poder que tenemos de novelistas, sigámoslo hasta las entrañas de la tierra.

VI

Estraño le parecerá al lector que lo conduzcamos al lugar en donde solo la fabulosa tradición pudo haber penetrado, que lo obliguemos á presenciar escenas que solo podrian encontrarse en los tiempos del paganismo y no en el pleno siglo XIX de la era cristiana.

¡Qué equivocado está, si cree que nosotros solo lo podemos obligar!

Sin necesidad de que se tome la molestia de seguirnos á donde nos importa penetrar para el fin que nos proponemos, puede, si quiere, encaminarse á corta distancia fuera de la capital; y en cualquiera de las serranías del Norte ó del Sur, encontrará como parodia del pasado y para vergüenza de nuestro siglo, una raza de seres humanos, condenada á vivir con poca diferencia en la idolatría, en lo espeso de sus selvas, en medio del desierto, y en las cuevas de los escarpados montes, en donde aún conservan las costumbres y ritos de sus antepasados, frente á sus ídolos de piedra, ante los cuales ofrecen holocaustos de animales desollados que se comen asados despues que, ó no han sido admitidos por los monstruos que adoran, ó por sus deudos á quienes tambien los ofrecen por medio de la intercesion de los ídolos á quienes creen en contacto con el alma del deudo muerto, que vaga en pena, y á no dudarlo segun ellos, en el recinto de sus idólatras ceremonias.

Esto sucede á veinte ó treinta leguas fuera de la capital.

Puede creerlo el lector.

Vergüenza da decirlo; pero es la verdad.

La sierra de Michoacan, las llanuras del Nuevo México, las islas adyacentes á nuestro continente y á poco andar de las ciudades de Toluca, Pachuca y aun en el Peñon de los Baños, hemos encontrado en pequeñísimas grutas y entremedio de un tapiz de plumas de pato ó de haces de carbon, un ídolo circunvalado de ofrendas humanas consistentes en maíz, pan y frutas salpicadas de flores, y ante el cual se ha quemado copal y han ardiendo velas, á juzgar por el olor impregnado en los peñascos

del recinto, ó por las gotas de sebo que sobre las frutas y flores marchitas se han encontrado.

Esto no solo lo hemos visto nosotros, sino muchos, que no nos permitirán mentir.

Penetremos, pues, á *Huehuetlapállan* con Pablo, toda vez que por ahora nos vemos precisados á seguir al pobre loco; porque no pasamos á creer que el sábio con todo su saber tenga el juicio en su lugar.

Andando el tiempo veremos en lo que esto para.

Decimos, pues, que Pablo habia descendido sin explicarse de qué modo, al interior de la ciudad desconocida, gracias á su invencible fuerza de voluntad, y á la constancia del investigador que lleva por divisa triunfar ó perecer, hasta encontrar los tesoros con que ha de enriquecer á las presentes y futuras generaciones.

Al verificarse su descenso cerró involuntariamente los ojos para no ver el abismo en que por un momento creyó haber caído; y á medida que se efectuaba le pareció oír en su rededor un murmullo que remedaba el crujir de las hojas secas ó el batir de las alas de mil pájaros que arrojaban hácia él tal cantidad de aire que lo sofocaban; murmullos que solo eran interrumpidos por las repetidas vibraciones de golpes metálicos que parecian tocar alarma, y que á medida que iba bajando se hacian mas perceptibles y mas sonoros.

Al fin sintió que sus piés tocaban á tierra, y á la agradable impresion que esto le produjera, abrió los ojos y quedó encantado ante la escena fascinadora que presenciaba.

Torrentes de luz y de armonía lo circundaban en medio de un estenso terreno de forma poligonal. En uno de sus lados habia un altar, y sobre de él una urna, al rededor de la cual ardian multitud de lámparas cuyas luces

se multiplicaban al reflejar sobre las piedras preciosas que la guarnecían.

De la bóveda del polígono pendían mas luces que hacían resaltar los tejos de plata y oro que representaban á los dioses tutelares caracterizados en el sol y la luna, que á su vez despedían vívidos reflejos sobre la efigie colosal del dios Tloque Nahuaque, que en el fondo del altar se ostentaba con toda pompa y majestad y entre medio de primorosas aves, flores aromáticas, vistosas y apetitosas frutas é incienso, dominando con su presencia imponente, sacerdotes y sacerdotisas de rubios cabellos, esbeltos cuerpos, y de una blancura que formaba un singular contraste con las negruscas rocas de lo que era el sagrado templo subterráneo en *Huehuetlapállan*.

Pablo miraba todo aquello sin atreverse á murmurar palabra, y sin ejecutar movimiento alguno.

Los sacerdotes del dios Tloque Nahuaque permanecían de pié, miéntras que las sacerdotisas colocadas en primer término se veían de rodillas y con la cabeza baja en señal de religiosa confusion, y en espera de la conclusion de la silenciosa ceremonia que allí se efectuaba.

Pablo parecía la estatua de la admiracion en medio de todo aquel aparato deslumbrador, y esperaba que á su vez se ocuparan de su pobre persona, que por algo habia sido conducida allí.

Llamóle la atencion sobre todo, el traje que vestían los moradores de aquel lugar.

Consistía éste en un compuesto de plumas de distintas aves y variados colores, que tanto á ellas como á ellos, les cubrían en formas caprichosas gran parte del cuerpo, dejándoles á descubierto desde la garganta del pié á la rodilla, de la cintura al pecho, y de los brazos desde la muñeca hasta sobre el hombro, en que partía un collarín

de piedras que iba á enroscarse en la garganta en formas varias y de sin igual riqueza.

Los hombres estaban armados de arcos y flechas, y de carcajes que llevaban detras de sus espaldas con donaire marcial, y lucian en la cabeza un gallardo plumero que ostentaba sus variadas plumas caprichosamente colocadas con premeditado descuido.

Una música suave acompañada del gorgceo de las mil aves que poblaban aquel lugar, venia á completar el cuadro en que Pablo se creyera representar un papel importante.

A los suaves acentos de la música, al gorgcear de las aves, al revolotear de los pájaros, al sónar de la campana, al chisporrotear de las lámparas, y al crujiir de las hojas secas con que estaba alfombrado el pavimento del Templo del dios Tloque Nahuaque de *Huehuetlapállan*, sucedió el mas profundo silencio.

Y era porque junto al altar apareció una jóven indiana sacerdotisa, blanca y hermosa como las vírgenes del Templo de la Diosa Vénus, que no podia tener rival en el mundo en que imperaba.

Su traje no era igual al que vestian las demas, que parecian de un órden inferior, puesto que hombres y mujeres se prosternaron á su aparicion.

Era su traje compuesto de una túnica talar blanca, de finísimo género que trasparenteaba sus contorneadas formas.

Una corona de blancos y olorosos jazmines sujetaba su blonda cabellera, cuyos rizos iban á perderse mas abajo de la espalda en caprichosos cadejos, que á sus leves movimientos parecian juguetear al rededor de su delicada y esbelta cintura.

Sus ojos de azul clarísimo, y vivos como el pensamien-

to, se fijaron sobre la multitud, que prosternada ante ella, parecía fascinada ante los destellos que sus órbitas lanzaban.

El incienso que volvió á arder junto al altar, elevó sus vaporosas columnas de humo aromatizado hasta la bóveda del templo que parecía perderse entre nubes de visos cristalinos y argentados.

La jóven sacerdotisa estendió sus pequeñísimas y torneadas manos sobre aquel inmenso grupo de cabezas humanas, que á este signo se irguieron en espera de otro nuevo mandato que no se hizo esperar.

Con ademán soberano les indicó que salieran de aquel lugar en donde solo ella debía quedar; y los sacerdotes y sacerdotisas, acompañados de otros creyentes, lo hicieron así en buen orden y en señal de sumisión y respetuoso recojimiento.

Pablo iba á quedar solo ante aquella beldad, en aquel templo que desde que entrara, le pareció encantado ó como uno de esos cuentos de las Mil y una Noches.

—¡Pablo!—le dijo la voz de la juvenil criatura que sobre el altar permanecía como una dulce vision que lo enamorara y enloqueciera á la vez,—¿qué vienes á hacer á este lugar?

Pablo no supo qué responder: un temblor ligero invadió su cuerpo todo, y sin poderla contestar hubo de caer de rodillas por temor de que en tan supremos momentos le faltara la tierra que pisaba.

—¿Quién te envía?—volvió á repetir la voz con timbre sonoro y tierno; pero Pablo en vez de tranquilizarse se puso á llorar como el niño á quien por primera vez se le hiere el oído y el corazón con las armonías de la música.

—El Anacoreta de la gruta—contestó

—¿E inspirado por quién?

—Por quien yo lo he sido para llegar hasta aquí.

Y á la vez que esto decia, posó sobre la urna que estaba en el altar, una ave de verdes plumas que abriendo y cerrando sus brillantes alas llamó su atencion.

—Por esa ave—volvió á contestar mirándola.

—¿Con qué fin?

—Con el de poder obtener las *Memorias* del sábio fray Enrique, que aquí dispuso depositarlas por mandato de misteriosas revelaciones.

—Es verdad: ellas contienen tambien noticias importantes de lo que es en la actualidad ese nuevo mundo ignorado de nosotros, á causa de nuestros ingratos hermanos que se fueron y no volvieron.

—No los culpeis; perdieron el camino despues de destruir la raza maldita, y en vano sus hijos han procurado dar con la huella que sus padres olvidaron.

11—Pero ellos, mas tarde ó mas temprano, vendrán al lugar que no debieron jamas abandonar, ¿no es verdad? El tiempo de la destruccion se acerca, Pablo, y tienen que tomar nuevos campos, para formar nuevas ciudades á salvo de la langosta que amenaza destruirlos.

—No te entiendo, divina deidad.

—Vamos á lo que importa. Los dioses nos habian anunciado tu venida del otro mundo: ellos te han elegido para que poniendo en tus veneradas manos el gran libro verde, seas tú el que ayudes á salvar á esa raza que en continua guerra camina á su segura perdicion sin conocerlo. Adoctrínala, enséñala el porvenir que la espera si sigue en tan tortuosa vereda, y revélale lo que ignora. Los dioses le conceden aún veinte años, terminados los cuales se salvará ó se perderá sin remedio alguno. Entónces, Pablo, las ignoradas puertas de *Huehuetlapá-*

Ulan, serán abiertas para esa raza errante que volverá al lugar de donde partió, si es que hasta aquí no llega la langosta.

—Sí lo haré—contestó Pablo, como si oyera á un oráculo.

—Mas como al entregarte el misterioso libro no es posible que te deje partir solo, te acompañará una hija del dios que adoramos en estas ignoradas regiones, para que te sirva de génio tutelar en tu largo viaje, y te ayude en tu difícilísima misión. Recibe, pues, la herencia de cien años de esperiencias, y haz comprender á tus hermanos que ahora ó nunca pueden hacerse inmortales.

Y acto continuo hirió con un bolillo de oro que junto al altar habia, el tamboril que la efigie del dios Tloque Nohuaque tenia en la mano, que resonó metálico y estridente.

El templo volvió á llenarse de sacerdotes y sacerdotisas acompañados de un gran número de jóvenes indios de ambos sexos.

Una nueva ceremonia se preparaba en el templo.

Pablo sin variar de actitud, esperó á que la gran sacerdotisa se lo mandase.

Sus fuerzas se agotaban ya en aquella posición.

La jóven sacerdotisa dirigióse hácia la urna, sobre la cual permanecía el ave: comprendiendo ésta lo que iba á pasar, emprendió el vuelo y fué á parar sobre el hombro de la que se acercaba.

Las sacerdotisas la siguieron al altar, y abriendo la urna que sobre él estaba, sacaron de ella el misterioso libro de pasta verde y broches de oro, que pusieron en manos de la vírgen indiana.

Los circunstantes se prosternaron en aquel acto, y la depositaria de las "*Memorias del Pájaro Verde*," fué,

acto continuo, á ponerlas en manos de Pablo á quien parecia aquello un sueño del que no queria despertar.

Aquello era mucho para el pobre viejo: era el colmo de la dicha humana, la realizacion de setenta y seis años de sueño.

La sacerdotisa, despues que hubo hecho entrega del tesoro tan fielmente guardado, tomó la frente del anciano, y estampó sobre ella un casto beso que fué á resonar en todos los corazones, de la misma manera que resonaria en el Paraíso el primero que Adan dió á nuestra madre Eva cuando aún no habia pecado.

Pablo, el anciano virtuoso, el sabio entre los sabios, el que se proponia regenerar á sus semejantes con su saber, el que por espacio de 76 años habia luchado con la ciencia y las adversidades de la vida, no pudo resistir tanta felicidad, y cayó acometido de un desmayo sobre el suave regazo de la que fuera nombrada su genio tutelar.

Despues, y al volver en sí Pablo, se encontró al pié de la roca acompañado de una jóven y primorosa india, que si no vestia el traje de las de *Huehuetlapállan*, no por eso era ménos airoso, pero mas encubridor que aquellos.

La caritativa hija de la llanura, le ayudó á levantarse y emprendió con él el camino que debian de andar.

Pablo parecia ocultar debajo de su blusa de brin, un objeto que temia le arrebatasen.

—Vamos, Celeste—dijo Pablo todavía conmovido.

—Vamos, señor. ¿Podriais decirme qué es lo que os ha pasado?

—Si te lo contara, hija mia, me dirias lo que los demas.

—¿Qué?

—Que estaba loco.

Y él y su joven compañera se perdieron de vista en las estensas llanuras del Nuevo-México, en que Pablo se creía encontrar.

FIN DEL PROLOGO.

LA REPUBLICA.

CAPITULO I.

El baile de María Silva.

I.

Un año ha trascurrido desde los sucesos que dejamos relatados.

A la sazón nos encontramos en la casa de una de nuestras antiguas conocidas, que sin duda no habrá olvidado le lector, por habérsela presentado en noche cruenta de aventuras amorosas.

María da un baile en su casa, y como en él vamos á encontrar á muchos de los personajes de esta verídica historia, preciso nos es encaminarnos á él, para seguir el hilo de los sucesos que poco á poco van enlazándose entre sí.

María Silva, que es muy bella, representa tener unos diez y nueve años. Alta de cuerpo, airosa en el andar, de mirada altanera y provocativa, revela poseer una alma no vulgar, y un talento cultivado, lo cual es raro en las de su sexo, que están condenadas á vegetar ó hacerse co-

nocer para solo el amor, ó para la apología de su mas ó ménos hermosura.

María, como veremos, posee una alma ardiente é invariable en sus resoluciones.

Áma y no sabe de cierto si es amada, no obstante que el objeto de su amor se lo ha jurado mil veces en los locos arrebatos de sus relaciones amorosas.

Rica en demasía, sola en el mundo, y rodeada de una escogida sociedad, no piensa mas que en amar al afortunado mortal elegido, cuyo nombre repite cien veces al dia en lo retirado de sus alcobas.

Ese nombre repetido es el de Gabriel.

Lo recordará el lector.

Un dia una disfrazada jóven acompañada de su imberbe paje, iba en seguimiento de un hombre de quien sospechaba y estaba celosa.

Al encontrarse con este hombre y cruzar con él algunas palabras, se convence de que el lugar á donde habia ido era el de una junta revolucionaria de la que esperaba sacar partido, y ¿para qué? para conquistar y poderla ofrecer un nombre digno de ella.

El primer sacrificio que aquel habia hecho era el de su sangre en busca de ese nombre y de esa posicion social que debia un dia poner á los piés de ella.

La apasionada María lo creyó.

El aspirante Gabriel no sospechó siquiera si lo que tenia era amor ó ambicion.

En aquella época fluctuaba entre sus ideas como el que quiere una cosa y no sabe qué.

Dejemos por ahora esto á un lado, y ocupémonos del baile que con cualquier pretesto iba á tener lugar en la casa de María Silva.

Inútil nos parece narrar los preparativos que con este motivo se hacían.

Toda la servidumbre de la casa se había ocupado durante el día, en pasar á las casas de los agraciados, las papeletas de invitación, que habían sido acogidas con gusto, porque María sabía dar ratos de solaz á sus amigas, cual ninguna otra.

Ella á su vez, se preparaba con esa coquetería esquisita conocida tan solo de las de su clase, á recibir en su casa á los que la honraban, cual correspondía á ella propia.

Se hallaba á la sazón en su tocador, y la alegría se retrataba en su angelical semblante.

Todo respiraba en ella, dicha; y la cinta, la flor ó el encage que tocaba su fina mano, le traían á la memoria que si los tomaba era por parecer bien, por enamorar al que se llevara la primera flor de su vírgen pensamiento.

De un momento á otro esperaba tenerlo á su lado, y de un momento á otro esperaba entrar á la sala apoyada de su brazo.

Si se le tributaban homenajes, si la corte que la había de recibir la llenaba de inciensos aduladores que la hicieran aparecer mas grande y mas hermosa de lo que era, ella los recogería, y con esa mirada de enamorada que dice un mundo á los que la conocen, iría á depositarlos en poder de su amante, para que él acogiera ó desechara lo que quisiera, puesto que ella á él solo pertenecía.

María estaba en esa loca edad en que se vive de ilusiones, y de la que nunca se quisiera salir, porque la primera cana nos asusta.

—Juana, Juana,—decía á su jóven camarista—entre estas flores escoje esa de verde pálido, que me estará á las mil maravillas. ¡Es tan apacible!

—¿Para la cabeza?—dijo la oficiosa sirvienta en quien no nos hemos fijado por habernos distraído con el ama.

—No; para el pecho.

—¡Vaya un capricho! Para ese lugar estaría mejor esta otra que tiene un bellissimo color rojo—replicó Juana, que por esta distincion dió á conocer que no era tampoco de esas criadas vulgares, que lo mismo es para ellas lo negro que lo blanco.

—No;—insistió María—estoy reñida con él.

—¿Y por qué?

—¡Oh!... no es fácil que te lo pueda decir.

—Pues sea el verde, que por lo ménos indica esperanza, aunque segun entiendo, de amores ya nada teneis que esperar. El rojo significaría la vehemencia de ese amor alcanzado.

Esta comparacion de la vivaracha muchacha, hizo que por la frente de María pasase una lijera nube, que algun tanto empañó el diáfano color que la hermo세aba.

Pero pasó como esas lijeras nubecillas que implican poco en el hermoso azul del cielo.

Juana lo notó, y se arrepintió en su interior una y mil veces de lo que habia dicho, sin intencion de que pudiera interpretarse.

La jóven sirvienta tradujo á su modo aquel incidente.

—¿Por qué la señorita—se dijo para su colete—prefiere el color helado al que abrasa? ¿No amaré ya al señorito Gabriel?

En María combatía la idea contraria.

Se habia figurado, que aquello de color de esperanza, en amores en que nada tenia que desear, era una alusion de su jóven sirvienta, que la aconsejaba desechara á su helado amante por otro mas apasionado que él.

Las mujeres enamoradas son susceptibles, y María con razon ó sin razon era una de ellas.

El tocado se acercaba casi á su fin, y dos golpecitos dados con timidez vinieron á sacar de sus preocupaciones á la ama y á la criada.

—¿Quién?—dijo con voz dulce y de niña, Juana, que era la ménos preocupada.

—Yo—contestó la voz suave de Angel, á quien ya conocemos.

María notó que el rostro de su camarera se coloreó.

—Abre, Juana, al bueno de Angel, toda vez que ya hemos concluido.

Juana obedeció, mientras María daba el último toque á uno de los rizos de su bien peinada cabellera, y tomaba del tocador un frasquito de esencia con que aromatizó su fino pañuelo.

Al presentarse Angel en el dintel de la puerta del tocador, Juana bajó los ojos, y él sin hacer caso de ella los fijó en María, que vuelta de espalda no lo habia visto, ni tampoco se acordaba ya de él, tan distraida estaba en su ocupacion.

Angel pudo recrearse un momento contemplando á aquella mujer que ante el espejo parecia una deidad.

El pobre jóven no se habia curado de aquel amor que lo mataba por grados.

Qué posicion tan difícil la de los tres personajes de esta escena, que amando todos, tal vez no eran amados.

Un fuerte campanillazo viuo á sacarlos de su distraccion.

Era el aviso de algun nuevo personaje que se apresuraba á concurrir á la invitacion del baile, cuyo principio no podia hacerse esperar.

—Juana, Juana,—dijo locamente María—corre á ver

quién es, y si es Gabriel, dile.....¡Ah! ¿estabas tú ahí?..... Había olvidado—dijo interrumpiéndose al ver á Angel, y cambiando de tono con marcado disgusto al considerarse sorprendida en sus confianzas con Juana.

—¿Qué quieres?—continuó despues.

Angel, que parecía leer en el corazon de su jóven ama, conoció la repugnancia que le habia causado que él estuviera allí, y desde luego se apresuró á cumplir la mision que le traia, para despues retirarse.

—Mr. Williams y Mr. Derveboix—dijo—acaban de entrar en la sala, y me han ordenado que os lo anuncie así.

—Bien está: que tengan la bondad de esperar un momento miéntras concluyo mi tocado—le contestó María tomando del tocador un guante, y volviéndolo á arrojar en señal de marcado disgusto.

Juana lo notó, y no pudo ménos que afligirse tan solo porque recayó sobre Angel, que bien mirado no tenia la culpa de que aún estuviera allí.

Angel sintió martirizado cruelmente su pobre corazon.

Iba á dar cumplimiento á la órden que se le habia dado, cuando tuvo aún que detenerse para dejar libre el paso á Gabriel de Espinosa que se presentaba en la puerta del tocador.

—¿Se puede entrar?—dijo el recien venido con galante cortesanía.

—¡Gabriel!—prorrumpió María cambiando de aspecto su faz, y en el colmo de su alegría. —Pasa, á tí nunca te está prohibida la entrada.

—Gracias—y entró hasta el lugar que se le invitaba. Angel arrojó sobre Espinosa una mirada de odio, que hubiera sido notada si no acierta á desaparecer violentamente de aquel sitio.

Juana, como mujer que conocía su deber, tuvo por prudente retirarse á su vez.

—¿Se ofrece algo?—dijo.

—Nada, mi buena Juana. Yo te avisaré.

Y Juana desapareció, pensando para sus adentros, que si Angel no fuera tan tímido, ella y él se entenderían también.

Los dos amantes quedaron solos y entregados á sus deliquios amorosos.

—¡Estás bellísima, María!

—¿Sí....?

—Difícilmente encontrarás rival esta noche en el baile.

—¿Lo crees así?

—A mas no dudarlo.

—¡Adulador!

—Me causas celos.

—¿De veras?

—No tengo por qué mentir.

—Pues me alegro, eso me demuestra que al arreglar mi atavío pensaba en tí, pensando á la vez en los demás.

—No te entiendo.

—Claro está. ¿Por quién me he engalanado?

—No lo sé.

—Por ellos, para que tengan celos de tí.

—¿Y luego?....

—Si los tienen, debo valer ante tus ojos mucho mas que ante los de ellos, puesto que á tí te pertenezco, y á ellos no.

—Vamos, mi triunfo será entónces completo esta noche.

—No así lo es el mio.

—¿Por qué?

—No lo sé....—dijo María en voz tan baja y descon-

soladora, que apenas la oyó Gabriel. No obstante, por el alma de éste pasó una cosa parecida á remordimientos, pero se guardó muy bien de darlo á conocer.

María estaba hechicera con los atavíos de su traje de baile y con su rubor de enamorada.

La blanca tez de su semblante, el color sonrosado de sus mejillas, la melancolía del mirar de sus claros y rasgados ojos, el no sé qué que se apodera de la mujer cuando se eleva sobre sí misma á las regiones de lo ideal, sus maneras suaves y llenas de poesía, la hacían aparecer mas hermosa y hechicera de lo que era. Así es, que no es de estrañarse que la simple ondulación de su traje de blondas, el solo eco de su suave voz, produjeran en Gabriel esas emociones estrañas de que no nos damos cuenta, cuando no sabemos si estamos realmente enamorados ó solo ilusionados.

Si María hubiera estado cierta de esta verdad, no se hubiera engalanado, y mas previsora, no se hubiera entregado completamente á los desvaríos de un amor, en que no estaba cierta si el triunfo seria suyo.

—Gabriel,—le dijo en uno de los momentos de sus arrebatos amorosos y como si no estuviese segura del amor del que se lo inspirara—si tu amor me faltara, creeme, me moriria de pesar, de celos, de. . . .—y la jóven echó hacia atrás los negros bucles de sus cabellos, como para demostrar aquel arranque de su ardiente alma, que no sabia á dónde iria á parar si semejante desgracia aconteciera.

Gabriel no supo qué contestarla; se acercó á ella, y estrechándola la cintura, la llevó frente al espejo, en donde mutuamente se centemparon.

Una leve sonrisa vagó en los labios de los dos amantes. La de María era indecisa.

La de Gabriel, como si su alma vacilara en concedérsela.

Eran estos misterios del corazón, que iban á perderse en el ciego amor de la una, y en la ambición desmedida del otro.

Un nuevo y fuerte campanillazo los sacó de situación tan embarazosa, y entónces advirtieron que en la sala los esperaban.

Gabriel de Espinosa tomó cariñosamente el brazo de su amada y se dirigieron ambos á la sala del baile.

II.

El salón destinado para el baile, era uno de los más espaciosos que tenía la casa, y que se comunicaba con otros de menores proporciones, reservado el uno al descanso y el otro á juegos propios de la sociedad que allí se reunía.

El exquisito gusto de la dueña de la casa había hecho de ellos una mansión digna de recibir á los personajes con quienes nos vamos á encontrar.

Las ricas tapicerías con sus bordados abultados; los finísimos muebles de rosa y brocatel, tallados á la usanza de Luis XVI; los valiosos candelabros de plata, cincelados por hábiles artistas; los gigantescos espejos en que se reproducían maravillosamente los cuadros de Cabrera, Arrieta, Cordero, y otros que podrían rivalizar con los primeros; las lámparas de exquisito trabajo y de primorosas figuras de costo inmenso, daban por decirlo de una vez, un regio aspecto, á lo que bien podría llamarse el palacio encantado de María Silva, quien por esa no-

che abría sus puertas á la juventud y hermosura de la sociedad, que no obstante sus costumbres republicanas, le halagaba hasta lo infinito todo lo que trascendiera á aristocr cia y monarquía, si hemos de creer que el fausto y la ostentacion tiene su origen de la segunda.

Las Trugillos, las Cien-Fuegos, las Montenegrinos, las Argensolas, las Guzmanes y otras familias distinguidas y rodeadas de un enjambre de adoradores, daban vida y animacion á esos salones impregnados de aromas y de luces.

Al lado de la hermosura y la coquetería, se ostentaban la gravedad y el poder.

Entre ellas se distinguia á Mr. Villiams, personage de gran reputacion en Inglaterra, á Mr. Derveloix, de igual or dito en Francia, y á D. José Pebedil que se paseaba del brazo del rico banquero Siviliani, que por su lujoso atavío, que rayaba en exajeracion, llamaba la atencion de cuantos se fijaban en él.

Pero entre todos los mencionados faltaban los principales de la fiesta, que al fin debieron de aparecer.

María, del brazo de su elegido caballero, se presentó ante aquel concurso esplendoroso.

Un murmullo sordo anunció que acababan de presentarse en la puerta del salon, y acto continuo los pisaverdes y los que no lo eran, se apresuraron á salirles al encuentro.

Y no podia ser de otra manera, supuesto que eran la reina ella y él el rey de la fiesta.

Gabriel creyó de su deber abandonar á su codiciada pareja, á la persona de mas consideracion para ellos que saliera á recibirlos, y esta no fué otra que el banquero Siviliani, con quien Gabriel de Espinosa parecia llevar buenas relaciones.

Esta preferencia le valió una sonrisa del banquero que desde luego dió el brazo á la encantadora jóven, que lo aceptó con gusto, no sin lanzar ántes una mirada amorosa al que la dejaba por las impertinentes exigencias de la etiqueta.

María se vió en un momento rodeada de cumplidas distinciones.

Sus amigas y demas que esto vieron la envidiaron, y ella, en medio de todos ellos, se sentia orgullosa y feliz, y como queriendo participar de sus triunfos al que la abandonara en aquella cortesana sociedad que la abrumaba con tan señaladas distinciones.

Siviliani pudo al fin dejar á María en medio de sus amigas, que sin cesar tributáronla los homenajes que la correspondian.

Libre esta por un momento de tantas demostraciones, su primer pensamiento fué buscar con la vista á Espinosa, que se habia perdido en medio del gentío.

Siviliani observó su inquietud, y triste y cabizbajo se alejó de junto á ella.

Tambien él tenia un gusano, que en medio de sus tesoros, le iba poco á poco chupando el jugo del corazón.

El baile dió principio.

Las cien voces de la música así lo anunciaron, y á su ruidosa y provocativa invitacion, hombres y mujeres se dispusieron á bailar.

Entónces aquello fué un cuadro digno de no dejarlo pasar desapercibido.

III.

Elegantes caballeros fueron en busca de sus parejas, retozándoles la alegría en los ojos, y asomando á sus rostros la satisfacción que experimentaban.

El movimiento se hizo general, y aquella turba de seres se lanzó al compás de la ligera música, en alas del wals.

Y entónces, y solo entónces, pudo verse á aquella juventud entregarse sin reserva alguna á sus locos devaneos, dando al olvido por completo los sinsabores de la vida.

A cada nota de la música, á cada vuelta de wals, iba animándose el movimiento giratorio de los bailarines, y hombres y mujeres, y luces y espejos, parecían desaparecer de la vista en medio de una trasparente nube de finísimo polvo mezclado de puntos luminosos y microscópicos.

El baile tiene mil atractivos.

¿Quién es el que no ha gozado en la vida de esas dulces horas que se escapan lentamente en medio del melodioso ruido de la música, de las suaves y armoniosas notas de la mujer que rie, de los hechizos de la poesía que brota de las cien parejas que en medio del wals nos arrastran á un mundo de ilusiones, en donde oímos mil voces femeninas que nos vuelven locos, por el encanto que tienen sobre nuestras potencias? Ante ese mundo se ciega y se enloquece. El gira ante nuestros ojos para enseñarnos la boca chiquitina de la una, los ojos lánguidos de la otra, la espresion poética de la de mas allá, el talle voluptuoso y flexible de la de mas acá, el reir y el

charlar de todas las que lo componen, y la diversidad de trajes con que se engalanan para provocarnos á que las amemos. Ligeras como la gacela, apénas tocamos su cintura, cuando nos siguen en ese baile en que nos fascinan hasta hacer de nosotros víctimas de amor

En un baile no hay que perder ni el mas insignificante incidente.

El abanico que cae al suelo y se hace mil pedazos, el pañuelo de la dama que pasa á manos del caballero, la mirada furtiva, la violenta lágrima que aparece y desaparece de la pupila de la que padece de amores, la salida violenta de la niña y su mamá de la sala del baile, el jóven que sin acostumbrarlo se entrega á gustar de los espirituosos licores por acallar algo que le atormenta, el viejo papá que se retuerce el mostacho mas que de costumbre y sin consideracion alguna de sí mismo; en todo se cree encontrar algo misterioso, algo significativo.

Y en medio de esa barahunda de mujeres hermosas, de apuestos caballeros, de flores, de cintas, de encajes, de esencias, de amores, de alucinaciones, de desengaños y qué sabemos cuántas otras cosas, es cuando se cree vivir y gozar de la vida, porque la realidad de ella espanta, envejece, si la hemos de admitir tal como por sus pecados nos la legaron nuestros primitivos padres.

¡Loca humanidad! ¡¡Humanidad mil veces loca!!

Dejémosla pasar envuelta en sus sedas, flores y crapeles y embriagarse por un momento con la máscara engañosa del placer.

Que dance, que nosotros la seguiremos desde léjos, para presenciar bien á nuestro pesar, que donde creyó encontrar un Paraíso, solo halló un infierno.

Reir hoy, para llorar mañana, esta es la vida, y por

mas que nos hagamos ilusiones, ni el pobre ni el rico
podrán decirnos otra cosa.

¡Los desafiamos!

IV.

El wals dió fin, y las parejas se diseminaron por el
salon, á manera del hormiguero en cuyo centro se ar-
roja una piedrecita para presenciar la dispersion de las
hormigas.

Aprovechemos esos momentos de confusion y penetre-
mos entre los animados grupos de damas y caballeros.

Gabriel Espinosa se hallaba al lado de un amigo suyo,
Este amigo se llamaba Laurencio.

Ambos seguian la carrera de las armas, y se que-
rian como buenos y leales compañeros que eran.

Ni el uno ni el otro habian participado del baile, so
pretexto de que sobraban parejas.

El escéntrico inglés Mr. Williams, el jovial francés
Mr. Derveoix, y el faustoso italiano Sivigliani se conten-
taron con formar un grupo por separado para entregarse
con toda libertad al goce de simples espectadores que
les permitia á la vez hablar de política ó de operaciones
de banco.

D. José Pebedil vagaba de aquí para allá, sério y re-
flexivo.

En la cabecera del salon se encontraba María.

No obstante que correspondian á ella los honores del
baile, suplicó que la disimularan si no era la primera en
romperlo.

Las fatigas del tocador, la multitud de atenciones de que estaba rodeada, le impedían dar cumplimiento á todo á la vez.

Dos jóvenes encantadoras y que revelaban desde léjos el candor de sus almas, se hallaban á poca distancia de María y en uno de los lados del salon.

De la misma manera que los ojos de María paseábanse inquietos en distintas direcciones, buscando alguna cosa, los de las dos jóvenes los imitaban, agobiados de esa melancolía tierna, apasionada y espresiva que revela los primeros amores de los que padecen de ellos.

Laurencio, hablaba á su amigo Gabriel.

—Mira,—le decía—Sofía te busca inquieta, y tú tan mal caballero, que ni siquiera has ido á rendirla un simple cumplimento.

—Podrá ser—contestó Gabriel algo preocupado y sin querer dirigir la vista hácia el lugar que Laurencio le indicaba.

—Eres un mal militar.

—¿No sé por qué?

—Teniendo dos plazas que asaltar á la vez, no se debe abandonar á la una por atender á la otra. La mira debe estar fija en las dos.

—Difícil me ha parecido siempre esa doble maniobra.

—Y sin embargo, no lo es, cuando el estratego se precia de saber lo que se hace.

—Entónces, querido, tú lo has dicho.

—Pero es que creo que vas por mal camino.

—Déjame á mí, y atiende á lo que te importa. Junto á Sofía está Ana, y de esta no me has dicho nada.

—Si yo á mi vez he sido desatento con ella, culpa tuya es y no mia. ¿Me ha dejado un momento libre tu brazo? ¿No me has traído de aquí para allí, sin ruta fija y de la

misma manera que si no fueras dueño de tu propia voluntad? Dí mas bien que el asalto de las dos plazas te acobarda, y que esta noche has tenido miedo de acercarte á sus fortines, por temor de inspirar recelos á la que ya ha capitulado á condicion de que respetes todas las demas plazas del mundo.

—Es que esa plaza vale un tesoro.

—¿Y la que tenemos al frente?

—Esa vale un Paraíso

—Luego. . . .

—Laurencio, no me preguntes mas. Ama tú á Ana á tu modo, y déjame seguir la fuerza de mi sino.

—Mírala siquiera, badulaque; la pobrecilla está inquieta, y en vez de las dulzuras que se proponia gozar esta noche, la vas á hacer sufrir horribilmente. Vamos, un vistazo de reconocimiento á la fortaleza que ya está rendida. No temas que la capitulada te sorprenda; yo la vigilo; sus centinelas de vista no llegan hasta aquí.

—Pero María

—Te digo que no nos ve. Nos ha perdido de vista.

Gabriel entónces, resuelto á seguir el consejo de su amigo, dirigió sus temerosos ojos hácia la linda pareja que formaban Ana y Sofia, que en esta vez, por desgracia de ambas, no pudieron sorprender sus miradas.

Como ve el lector, Gabriel Espinosa no era tan mal estratego, puesto que en tan temprana edad ya tenia conquistadas dos plazas ¡y qué plazas! La una valia un tesoro y la otra un Paraíso, segun él mismo habia dicho.

Laurencio no era ambicioso, y estaba conforme con lo que obtenia pacíficamente.

Un nuevo personaje vino á interrumpir á los hijos de Marte en sus ensayos de estrategia.

Era este un personaje con banda y entorchados de general, que dió afectuosamente y con familiaridad la mano á nuestros dos amigos.

—General,—le dijo Gabriel—las cosas andan mal, muy mal, pronto tendremos que comenzar la lucha, para esperar tiempos mejores.

El general, á quien desde ahora daremos el nombre de D. Juan Batalla, comprendió lo que queria decir su jóven amigo; pero como hombre de pocas palabras y de mucha accion, se contentó con bajar la cabeza en señal de asentimiento, lanzando á poco una mirada investigadora al rededor de sí.

—Aquí nos falta—dijo—un pollo de cuenta, el mismo á quien debeis la herida que aún lastima vuestro pecho.

—No tardará.

—¿Y si no viene?

—Vendrá, mi general.

—¿Cómo lo sabeis?

—Porque es de los hombres que nunca se duermen, y os aseguro que si entre el partido conservador hubiera un hombre como ese, tiempo haria que ya estuvieran esterminados los que él dirige.

—¿Conque es hombre de accion?

—Y mucha.

—¿Cuál es su fuerte?

—La diplomacia.

—Es que no solo se ha de menester eso en el país en que vivimos, mi jóven amigo, sino que tambien los conocimientos esactos de la guerra.

—Hablais, mi general, como un gran político que participa de las dos cosas á la vez.

—Hablo, como juzgo que hemos de menester al que nos rija.

—Pues creo que el gefe que. . . .

—Es político, y nada mas; y Dios quiera que esto no nos dé un mal resultado.

—De modo que creéis.

—Que la solucion de la gran cuestion que hace un año sorprendisteis en *Casa Roja*, vendrá á terminarse con las armas, bien que hasta ahora no asoma su horrible cabeza.

—No os entiendo muy á las claras.

—Ni es necesario que me entendais: basteos saber que las cosas se complican mas de lo que amigos y enemigos han calculado.

A la vez que los personajes de esta escena iban engolfándose en la sempiterna política que á la sazón era una manía en todas las clases, se dirigieron á uno de los salones que estaban destinados al descanso.

Allí se encontraron con Mr. Daveloix y Mr. Williams, que aunque por razones de nacionalidad no podian verse, pues la Francia y la Inglaterra jamas han podido estar bien á contar desde la víctima de Santa Elena, no por eso dejaban de darse de cuando en cuando el abrazo y el beso de Judas.

En política se hace eso y mucho mas.

La conversacion de nuestros hombres de armas cesó desde que se encontraron frente á ellos.

—Adios, señores—dijo el de Francia.

—Bien venido seais, Mr. Daveloix—le contestó Gabriel.—Tengo el honor de presentaros á D. Juan Batalla, uno de los generales de mas nombre entre el verdadero *ejército permanente*.

—¡Cómo!--objetó el flemático inglés--¿acaso en este encantado país se conocen dos?

—Sí;--dijo Gabriel,--el verdadero ejército que trae su

origen del que combatió por la independencia de nuestra patria, y el revolucionario que nuevamente se ha formado con el pomposo y falso título de *ejército restaurador de la libertad*.

—Perdonad, caballero, si os he comprendido mal;— prosiguió el inglés—pero no estará por de mas advertiros que en igualdad de circunstancias se hallaban en los Estados-Unidos, despues que el gran general Washington proclamó su independencia, y sin embargo. . . .

—Acabó, Mr. Williams, por ser un país usurpador que vivió á lo bruto con sus masas indisciplinadas, sin otro Dios ni mas ley, que el busto y metal de que se componian sus dollars.

—Vamos, señores,—dijo Laurencio interrumpiendo la conversacion que iba tomando mal sesgo—no seria malo cambiar de asunto. Gabriel es exaltado con respecto á sus ideas, y creo que Mr. Williams no tomará á lo serio tales aseveraciones

—¡Oh! la Inglaterra no se altera por nada; va al objeto y no se cuida de lo que la puede lastimar. ¡No es verdad, Mr. Derveloix?—dijo el inglés con imperturbable sangre fria.

—Nosotros—continuó el taimado Mr. Williams, dirigiéndose al frances—nos entendemos de otra manera en nuestros respectivos países. ¡No es verdad?

—Podrá ser, milord;—murmuró el astuto frances—pero no creo que los Estados-Unidos tengan que ver con las disensiones de la patria de estos señores.

—Tienen que ver:—objetó el general que hasta entonces habia guardado un prudente silencio—á ellos debemos el estado que guardamos. Sus doctrinas han invadido nuestro territorio de la misma manera que la epidemia invade las grandes poblaciones. . . . Si á causa de

la zizaña, que ellos sembraron, para despues cosechar, pudieron arrebatarnos lo mas fértil y rico de nuestro territorio, dia vendrá que se lo vayamos á reclamar con la punta de nuestras bayonetas. No siempre fueron ellos lo que ahora son, ni nosotros seremos siempre lo que ahora somos.

—Muy justo y muy legal me parece todo eso, si ellos lo consienten—dijo el estóico inglés con marcada intencion y sin siquiera inmutarse.—¿Y para cuándo calculais que eso pueda suceder?

—No está marcado el tiempo del destino de las naciones, milord.

—No deja de tener su peso esa razon, ¿no es verdad, Mr. Derveloix? Pero para marcar aproximadamente ese tiempo, preciso es hacer alguna cosa, contar con algunos medios, preparar algo que. . . ¿Contais con ese algo, señores?

—Tal vez.

—No lo creo yo así, y permitidme que lo dude, general. Si me lo dijera alguno de los que en la actualidad han iniciado ese movimiento revolucionario que tiende á salir de esa apatía en que por muy largos años han estado los vuestros, tal vez, tal vez lo creyera. Ese rumor vago de disponer de los bienes del clero, me parece un paso colosal que muy bien podrá acercaros á esas teorías; porque desestancada esa inmensa riqueza, vendrian los ferrocarriles, la navegacion de los lagos, la comunicacion con los desiertos hasta hoy vírgenes y deshabitados, y tras ellos la inmigracion, el aumento de poblacion que daría por resultado el adelanto del comercio, de la industria, de las artes, de las ciencias, etc., etc. Esto no pasa de hipótesis; pero hipótesis que puede muy bien realizarse, si los que llamais vuestros enemigos saben de

sarrollar el plan de que tan vagamente se habla. Ya veis, os he hablado como buen inglés. A nosotros nos gusta ir al grano.

—Aunque la tierra y la semilla se la lleve el diablo.

—En Inglaterra, señor, no conocemos á ese caballero. Permitidme, para acabar, que os dé un consejo, si en algo estimais la experiencia de la vieja Inglaterra. Con los americanos del Norte, id con tiento, sed mejor sus aliados que sus enemigos, miéntas que podais realizar vuestras bellas teorías. Si á lo que dije ántes agregais una buena política con esa nacion, tal vez, tal vez, vuelvo á repetir, conseguireis lo que otros, que no menciono, están próximos á obtener, porque así lo han comprendido. Y si no, el tiempo lo dirá.

—Si tuviéramos necesidad de ocurrir en último extremo, y para dar fin á la guerra civil que nos devora, á alguna nacion, no será por cierto al Norte-América; yo os lo aseguro.

—¿A quién será entónces?—preguntó maliciosamente Mr. Williams.—¿A la España, vuestra antigua dominadora, que os volverá á esclavizar? ¿á la Francia, que solo mira su propio interes? Alguna de las potencias mencionadas deberá ser, porque al extremo á que habeis llegado, preciso es que alguna intervenga, para que no acabeis de despedazaros unos á los otros, ni comprometais por mastiempo los grandes intereses de ambos continentes.

—Por ahora no pensamos en ninguna: nos bastamos á nosotros mismos para destruir la mala semilla que vosotros los de allende los mares nos habeis traído.

—Ese tiro va derecho á mi buena amiga la Francia y á su revolucion de 93—se atrevió á decir Mr. Williams, que algun fin se proponia prolongando una conversacion que cada vez se hacia mas enojosa.

Mr. Derveloix no se dió por entendido, y los dos amigos no juzgaron prudente predisponerse con el que hasta cierto punto habia guardado neutralidad.

Esta conversacion habria seguido, si otro nuevo personaje no hubiera venido á aumentar el número de los que discutian, que á decir verdad, no se entendian; pues no llevando mas objeto que estudiarse mutuamente, solo se contentaban con fijar puntos, de los cuales debian partir para normar su conducta en lo de adelante.

El nuevo personaje se dirijió desde luego al francés, con afectuosas muestras de aprecio y consideracion, y se contentó despues con saludar friamente al inglés, y á los demas como si fueran personas desconocidas. Estos últimos, sin embargo de aquella frialdad, le devolvieron el saludo, como si lo hicieran con un personaje que influyera sobremanera en ellos.

El recién llegado, que no era otro que D. José Pebedil á quien hemos visto pasearse del brazo del banquero Siviliani, era bajo de cuerpo, de cuarenta á cincuenta años de edad, de mirada viva y penetrante, un tanto torva: el tipo de su cara era parecido al de la raza indígena, y aunque ningun atractivo presentaba su rostro, revelaba sin embargo cierta bondad que lo hacia ser expresivo y comunicativo.

—Bien venido seais, señor D. José—dijo Espinosa, que fué á quien primero tendió la mano.—No creí que tendria el gusto de que nos hablásemos esta noche.

—Las muchas atenciones de que me he visto rodeado,—contestó D. José Pebedil—me impidieron disfrutar ántes de la grata compañía de mis buenos amigos. Y bien, ¿qué tenemos de bueno, señores? Dícese que los fondos del erario escasean, que el gobierno se encuentra en grandes aprietos, y que la guarnicion carece hasta de lo mas

preciso. Se asegura además, que el presidente no puede ya contener los avances del enemigo, y que estos pueden ser de fatales trascendencias.

—¿Y qué pretenden?—preguntó Mr. Derveloix como si fuera extraño á la cuestión que en aquel entonces traía á México en continuos disturbios.

—De quitar su antigua preponderancia al jefe que hoy rije los destinos de la nación, de rebajar en cuanto puedan la influencia que tiene el clero en los destinos de esa misma nación. Se habla de un plan revolucionario que dará por consecuencia la abolición de fueros, y más tarde la nacionalización de los bienes de ese clero.

—¿Y qué opináis de todo eso, caballero?—dijo Mr. Williams, con marcado deseo de saber la opinión de D. José.

—Opino—dijo D. José—que los descontentos se saldrán con la suya.

Los circunstantes se miraron unos á otros.

—Pues y ese otro gran partido que hace momentos me decía el caballero Gabriel y el general, ¿qué hace, ó qué piensa hacer? Su título de conservador le obliga á sofocar en su cuna esa ley de desafueros, que á mi modo de ver las cosas, no es más que un paso con que pretende el bando contrario dar después el golpe de muerte á su antagonista.

—Y así es la verdad—dijo D. José, sin que se notara en su semblante la más leve muestra de que lo animara algún interés.

Era este un hombre de una voluntad de hierro, profundo, pensador, y de concepciones claras y rápidas; jamás daba un paso en falso, y si lo daba en apariencia era porque así convenía á sus miras.

D. José continuó.

12.—El mal para mí está, en que han comenzado mal; esto si hemos de juzgar por el dicho de una veintena de ellos, con su gefe á la cabeza, que dicen que juzgan á la revolucion no por lo que proclama, sino por lo que hace.

Mr. Derveloix se ronrió picarescamente, frotándose las manos.

El inglés tuvo por prudente no hablar una sola palabra mas, pues el círculo en que se encontraba no era el que mas le acomodaba, esto despues de que lo hubo esplotado como mejor le convino.

Gabriel, aprovechando los momentos en que el inglés preguntaba al frances, qué opinion formaba del último dicho de D. José, dijo á este:

—¿Qué noticias tenemos de Europa?

13—Ningunas; pero en cambio os diré, que los gefes rebeldes del Sur y del Norte se hacen de hombres, armas y dinero con el Anglo-Sajon.

—Mal anda todo ello—acabó por decir D. Juan Batalla.

Abandonemos este grupo de peroradores políticos y acerquémonos á otro no ménos interesante en direccion opuesta al salon en que nos encontramos, y en que conversan con vivas muestras de alegría y sobre asuntos tambien de política.

Este se componia de algunas personas de las que vimos hará un año en *Casa-Roja*; y de otras indiferentes al parecer á la política, que si se detenian á oír hablar de ella, era á causa de estar tan íntimamente unida á los grandes intereses comerciales, rentísticos é industriales; pues la revolucion que avanzaba, parecia iba á conmover á todas las clases.

—Pero, señores,—decia uno de los que lo componian;

--si eso no es creible; el gobierno nos aturde con sus repetidos triunfos todos los dias.

--Eso no hace al caso, y repito--contestaba otro--que las fuerzas del gobierno han tenido que retroceder tantas veces cuantas se han visto precisadas á librar una batalla con el ejército regenerador. ¡La revolucion triunfa! El partido del retroceso toca á su término, y una nueva era de libertad y de progreso se nos prepara.

--Sed mas cauto, amigo mio, y advertid que no estamos aún entre los nuestros--le dijo un otro que no se dejaba llevar de sus primeros impulsos.

--Es verdad, teneis razon; habia olvidado que todavía estamos bajo la férula de la tiranía.

Prosigamos recorriendo el salon, y no nos detengamos en donde la política impere: busquemos los amores, que estos sí son propios del sitio en que nos encontramos.

V.

Despues de haber andado diez pasos, tenemos de nuevo que hacer alto para dejar pasar á Juana la camarista y Angel el paje.

La primera era portadora de un finísimo pañuelo impregnado de aromas, que no obstante que su señora lo habia tenido entre sus manos, dejólo olvidado en el tocador, tal vez por atender mas á su amante que á su pañuelo.

El segundo llevaba en un rico vaso de cristal de roca, y sobre un plato de plata filigranado, agua para su

señora, que con mucha instancia la había solicitado, pues el calor era casi insoportable en el salón.

Ambos se dirigieron al lugar en que dejamos á María, que como dijimos estaba próxima al que ocupaban Ana y Sofía.

La garbosa Juana pasó por enmedio de todos con tal llaneza y desembarazo, que parecía estar acostumbrada á aquel roce de gentes de tan elevada posición.

Ángel, por el contrario, se creía humillado en medio de todos aquellos que parecían insultarlo con sus altaneros atavíos, que se avenían mal con su librea, llena de relumbrones falsos.

Con los ojos bajos, y tomando á Juana por guía, pasó por medio de señoras y caballeros, de la misma manera que el joven novel lo hace al presentarse por primera vez ante la sociedad que lo deslumbra.

La guía tuvo que hacer alto ante un grupo de jóvenes alegres que la obstruían el paso.

—Con vuestro permiso, señores—dijo Juana indicando que la dejaran pasar—Vamos, D. Ángel, que la señorita nos espera.

Ángel no la contestó, sino con el bochorno que coloreaba sus mejillas.

Aquella parada momentánea que tuvo que hacer, se le hizo un siglo, y lo que pasó por él, solo él lo sabe.

Los jóvenes, no pudieron ménos que celebrar el desembarazo de la oficiosa camarista, y de admirar sus vivarachos y espresivos ojos, que armonizaban con el fino perfil de su semblante.

Fijaron sus ojos en ella, y con sonrisas maliciosas de járonle el paso que pedía con tanta urbanidad.

Uno de ellos, y era este el joven Arturo Montero de quien á su tiempo hablaremos, mas obstinado que los

otros en la contemplacion de la camarista, la siguió con los ojos por largo rato hasta perderla de vista, no sin haberla dicho cuando pasara ante él:

--Pase la de los bellos ojos.

Cuya lisonja pasó desapercibida en medio de la confusion que reinaba.

Juana correspondió á aquella galantería con una sonrisa que procuró ocultar bajando la cabeza hipócritamente, pues no dejó de halagar su vanidad de mujer.

Angel iba tan preocupado, que nada de lo que pasaba advirtió.

Arturo Montero, desapareció á pocos momentos del salon.

A dónde fué, mas tarde lo sabremos.

Dejemos á Juana y á Angel llegar al lugar de su destino, y digamos algo de Ana y Sofia, que las encontramos en animada conversacion.

En vano habian podido en lo que llevaba de trascurrida la noche, lograr hablar un momento con sus amantes, que parecian huir de ellas, sin que pudieran investigar la causa.

Ambas jóvenes sintieron la tristeza que es natural en los que aman, cuando creen notar en sus amantes esos descuidos á veces premeditados, á veces involuntarios; pero que se asemejan al amor que muere al nacer.

Ana y Sofia se preguntaban el por qué de aquel abandono que para ellas no tenia perdon, tanto mas, cuanto que ambas habian consentido disfrutar con ellos de los atractivos que esa noche les ofrecia el baile de María Silva.

La causa de que el deseo de las jóvenes no se realizase, la conocen nuestros lectores; por lo demas, Gabriel y Laurencio con mil amores las hubieran complacido, pero

en el primero mediaban circunstancias, que siguiendo su plan de estrategia, se lo impedían; y el segundo, procuraba evitarse preguntas y quejas, á que á causa de su amigo no acertaría á contestar, porque no sabia ó no queria mentir á la que amaba.

Yendo juntos, la disculpa seria ménos embarazosa an-ellas.

Por lo que respecta á María, tampoco estaba contenta.

No habia vuelto á ver á Gabriel, y ya comenzaba á fastidiarse en el baile.

Entónces se acordó que habia olvidado en su tocador el pañuelo.

Que Gabriel no estaba allí para que se lo trajera.

Despues, se sintió con sed.

Si Gabriel se hubiera encontrado á su lado, hubiera corrido solícito por un vaso de agua.

Pero en su lugar se hallaba el banquero Siviliani que estaba pendiente de sus menores movimientos, y de sus menores deseos; y el pañuelo con que habia de enjugar la rebelde lágrima de despecho que se escapara de sus inquietos ojos, y el agua que aplacara la escitacion nerviosa que se apoderara de ella, fueron mandados traer por él, que esclavo de ella hacia mas con su elocuente silencio, que cuanto pudiera haber hecho Gabriel, si junto á ella se encontrara como era su deber.

—¿No has notado, Sofía, que frio se muestra esta noche tu Gabriel?—decia Ana á su amiga, como para encontrar en la contestacion de la primera algo que la consolara de lo que á ella le pasaba.

—Pues no, que tu Laurencio no lo está ménos.

—¿Qué traerán entre manos?

—No lo sé—contestó Sofía, pudiendo apenas contener el despecho que la atormentaba: y como si un pensa-

miénto dormido viniese á despertar los recuerdos que vagamente cruzaban por su mente, fijó sus grandes y rasgados ojos sobre los apacibles y bellos de María, que al verla la saludó con la afabilidad y cariño de que era capaz su corazón inocente.

Sofía se sintió desarmada, é hizo por olvidar la idea traidora que por un momento vino á perturbar la tranquilidad de su alma.

Ana no dejó de observar el movimiento de su amiga, y sea por instinto, por casualidad ó porque tuviera algun antecedente, comprendió que lo que por su amiga habia pasado en aquel instante, no era otra cosa que una ráfaga ardiente que la traía envuelta la horrible enfermedad de los celos. Y esta sospecha no carecia de fundamento. Demasiado públicas eran las distinciones de María para con Gabriel, y las consideraciones de éste para con su protectora. Pero ¡cómo, si esto era así, Sofía se habia atrevido á amarle, y él á declararla un amor que tenia dado á otra?

—¿Has visto con qué cariño te ha saludado la Silva? la dijo Ana como para distraerla.

Sofía creyó que estas inocentes palabras de su amiga envolvian un reproche, y la idea que habia desaparecido casi del todo, volvió de nuevo sin que la fuera posible ya alejarla de sí.

Los corazones que aman son supersticiosos, ya lo hemos dicho, y cualquier incidente, por leve que sea, les basta para que de un solo grano de arena formen un monte, que á medida que mas lo contemplan mas crece, hasta parecerles que se cimbra y que amenaza sepultarlos.

—¿Crees tú que sea cierto lo que se dice, que ama esa mujer á Gabriel, sin que pueda obtener en su obstinada

lucha ser correspondida?—la dijo Sofia, siguiendo su pensamiento.

--¡Ay! amiga mia, si no he dicho nada. ¡Vaya! algún jénio tentador ha venido á perturbar la calma en que estabas. Eres maliciosa, si las hay, y luego me dices que yo lo soy. Si uno fuera haciendo caso de tanto como se dice, acabariamos por volvernos locas. ¿Qué te importa á tí que se diga ó se deje de decir esto ó aquello de tu amante, si estás plenamente convencida de que te ama, y de que ningun poder en el mundo seria capaz de arrebatártelo?

--¡Oh! eso sí, ¡ninguno!—dijo la jóven con orgullo.

--Pues entónces. . . .

--Es tan hermosa. . . .

--¿Y tú no lo eres?

--No tanto como ella—replicó con modestia Sofia — Pero mira su inquietud. No parece sino que no está contenta con los que la rodean, que busca como nosotras una cosa que no encuentra, que huye de su vista, sin embargo de que suele dar algunas veces con ella, y. . . . mira, mira ¡se sonrie ahora! . . . ¡Ah! . . .

Y en efecto, Gabriel Espinosa pasaba por un extremo de la sala, y María al verle, se sonrió, y el jóven no pudo ménos que mandarla su caballeroso saludo, que María recibió y devolvió con toda la efusion de su alma.

Este incidente vino á perturbar mas y mas la tranquilidad de Sofia que veia un monte en donde solo habia un grano de arena.

Ana no sabia cómo disuadir á su amiga de tan lúgubres pensamientos; buscó los medios y no los encontró; echó mano de la mentira, y por poco echa á perder lo que queria remediar; y era porque ella tambien estaba afectada de la enfermedad de su amiga.

En esto se presentó el paje con el vaso de agua ante María, y Juana con el pañuelo. El primero esperó á que su ama tomara de manos de su camarista el pañuelo que la traía, y luego que lo hubo verificado, se aproximó mas á ella para presentarla el agua que habia pedido. Anjel, al hacerlo así y estar tan próximo á ella, sintió que el salon daba vueltas en rededor de sí: en vano pudo disimular su aturdimiento, era tal el poder que ejercia María sobre el espíritu supersticioso y la débil materia de aquel jóven, que se creia maleficiado al solo contacto de aquella mujer que lo tenia alocado.

Los circunstantes notaron la torpeza con que el peje se presentaba ante su señora, y María no pudo ménos que sonrojarse al observar que su paje, y por concomitancia inmediata ella, eran el objeto de la atencion de los demas. Este sonrojo fué lo bastante para que Angel acabara de perder la cabeza y dejara escapar de entre sus manos el vaso que contenia el cristalino líquido, que fué á parar como una limpia cascada á las faldas del vestido de la deidad de la fiesta.

Un grito aterrador se escapó de la boca de esta, con lo que bastó para que los de la sala se alarmasen, y vieran desde luego al lugar de la catástrofe.

Angel, como si una centella hubiera caido sobre él, no se atrevió á moverse.

Gabriel Espinosa, Laurencio, Ana y Sofía, y otras varias amigas de la víctima de la torpeza del paje, acudieron tambien adonde asustadas las llamaban, y María, en medio de tanta jente y empapada de agua, se sentia morir de rábia y de vergüenza.

La pobre Juana se afanaba por remediar la desgracia de que habia sido causa el hombre que amaba; pero todo fué inútil. El traje de su ama habia perdido

su brillo y el aderezo que tan bien le estaba; y á la par que esto veia, no dejó de notar que el semblante de su amado cada vez mas se demudaba: entónces tuvo tentacion de dejar á la primera y atender de preferencia al segundo.

Siviliani, por una fatalidad para él, no pudo llegar hasta María tan pronto como lo efectuara Gabriel: su semblante se descompuso, y su razon le aconsejó permanecer distante de aquella escena que lo hacia sufrir mucho.

Jamas se hubiera creido que un pañuelo y un vaso de agua fueran causa de la alarma que corrió en el aristocrático baile de María Silva.

—¿Qué pasa, señores?—preguntó Gabriel algun tanto alarmado y dirigiéndose á María, por haber reconocido el metal de su voz.

—Sí, sí, ¿qué pasa?—murmuró Laurencio temiendo por Ana, y buscándola á la vez hasta unírsele, con lo que quedó tranquilo.

—¡Oh! ¿qué desgracia ha sucedido aquí?—dijo el inglés con su calma abitual.

—Nada—se atrevió á decir Juana, que temia por el pobre paje.

—¿Cómo nada?—se apresuró á replicar Soffa que habia observado con la natural penetracion de la mujer el movimiento de Laurencio con respecto á su amada, y el de Gabriel con respecto á ella.—¿Nada, y puede causar un quebranto en la preciosa salud de esta señora, la torpeza de ese paje que no tiene disculpa?

Gabriel se hallaba en una situacion comprometida: por un lado se veia obligado á atender como era natural á la señora en quien tenia cifradas todas sus esperanzas para la realizacion de sus empresas en el porvenir que

descubria allá á lo léjos, y por otro, temia que aquel celo fijido é hijo del interes, pudiese lastimar el corazon de aquella á quien, digámoslo de una vez, amaba verdaderamente. Pero una vez en el terreno en que su sino lo colocara, le era difícil retroceder, y aunque sabia muy bien lo que aquello le podia costar á su Sofía, no vaciló ni un momento en optar por la primera, puesto que de ella dependia el aseguramiento del porvenir que se habia soñado, aunque despues se deshiciera de la que lo ayudara á remontarse, para entregarse al amor que ahora desatendia.

El hombre ambicioso es egoista y á veces cruel.

—¡Torpe!—dijo Gabriel arrojando á un lado al paje, que bamboleó al recio empuje de su nervudo puño.

Siviliani se demudó por segunda vez, y se vió tentado, por herir el corazon de Gabriel, de amparar al paje.

Juana sintió aquel golpe en el corazon y suspendió lo que estaba haciendo. A Sofía la subió la sangre al rostro, y buscó un apoyo en el brazo de su amiga y de Laurencio, que comprendieron lo que pasaba.

—No es una quimera;—se dijo para sí—la ama, me ha engañado infamemente!—y trató de ocultar su rostro en el blanco pañuelo que llevó á sus lábios amoratados por la sangre que afluia á ellos.

Angel comprendió su posicion y no se quejó. Gabriel acababa de deshonrarlo, y no tenia mas remedio para con él, que recurrir á los medios extraordinarios que la fatal pasion de los zelos y la rãbia de verse siempre postergado por él le aconsejaban. Incliné la cabeza y rogó al cielo que le enviase un ángel bueno que lo sacara de aquel sitio de baldon y de ignominia: ese cielo no fué sordo á su súplica, pues en Juana halló lo que buscaba.

—D. Anjel—le dijo—salid de aquí si no quiereis inco-

modar mas á la señorita y á estos caballeros—Y tomándolo del brazo procuró llamar hácia sí al jóven, que se dejó llevar como el pobre ciego que no conoce el camino que anda.

La camarista sintió con esto cierto orgullo fácil de esplicarse. Arrancaba de manos de los verdugos á la víctima que tanto le interesaba, y si esto no era una victoria, no conocia ella otra.

Tiempo le faltó para desaparecer de la sala que pudo haber sido teatro de mayores peripecias, atendida la posicion en que se encontraban sus actores.

María, anonadada aún, pidió mil perdones á los que por su causa habian interrumpido el curso de sus distracciones, y se tomó del brazo que le ofreció Gabriel: este no se atrevió á mirar á Sofia, que parecia provocar su mirada.

La celosa niña los vió desaparecer del salon atormetada por sus celos, y suplicó á Laurencio y á Ana que la llevaran al lado de su anciano padre.

Ana y Laurencio accedieron sin decirle una palabra, porque comprendian su silencioso sufrimiento.

Siviliani fué en busca de su sombrero y abrigo, y sin esperar la vuelta de María que solo podia tardarse el tiempo indispensable para mudarse de traje, desapareció del baile sin despedirse de ninguno.

.....
Dos horas despues, los convidados al baile de María Silva se despedian de ella lamentando el incidente que habia tenido lugar.

Entre los que se despidieron, faltaron por hacerlo el banquero Siviliani, Laurencio, Ana y Sofia con su anciano padre, y el jóven Arturo, á quien volveremos á encontrar ántes de terminar la noche.

Gabriel Espinosa, D. José Pebedil, D. Juan Batalla, Mr. Derveloix y Mr. Williams, fueron los últimos en rendir sus homenajes á María que supo corresponderlos con finura.

Si el lector quiere seguirnos al extremo de la casa en que tales cosas pasaran, lo guiaremos al humilde cuarto que servia de habitacion á Angel, en donde terminaremos la noche que dió principio en el tocador de María.

VI.

La oficiosa Juana no quiso abandonar á su protegido, y despues de bajar y subir escaleras y de dar dos ó mas vueltas en lo interior de la casa, llegó por fin al cuarto que servia de habitacion al paje de la señora Doña María Silva.

Se hallaba situado éste en un extremo del edificio y cerca de un jardincito, desde donde se podia ver la ventana con persianas de la recámara de la ama de la casa.

Para llegar allí habia que subir tres ó cuatro escalones, y una vez dentro podian observarse con la mayor prontitud los objetos que encerraba y que formaban el adorno pobre y aseado del cuarto del jóven paje. Eran estos objetos media docena de sillas rústicas, una mesita que le servia de papelera y librero, un baul, en donde guardaba su escasa ropa, y un lecho aseado y de vistosa apariencia á causa de su colcha estampada y de sus fundas de almohada tan blancas como el ampo de la nieve. Una percha compuesta de dos clavijeros, y otras pequeñas cosas que no merecen la pena de ser enumeradas. Esto

era todo el ajuar que constituía el adorno de la habitación del paje.

Juana lo hizo entrar á ella, y casi le obligó á que se sentase, porque el jóven aún se encontraba como insensible á cuanto pasaba á su alrededor. Ensimismado en sus ideas, no veía en torno de sí mas que baldon y miseria, ódio á todo cuanto le rodeaba, y por último, la vida ó la muerte que dependía de la resolución que tomara, ya fuera para olvidar ó ya para alentar la pasión que lo debía llevar á uno ú otro extremo.

Prescindir de ella, olvidarla, era lo mismo que exigirle que su cerebro dejara de pensar, y su corazón de palpitár, porque si su cerebro pensaba y su corazón palpitaba, era por ella: de otra manera hubiera dado fin á su vida, ¡tanto así era lo que la amaba!

El pobre paje, fanatizado con una pasión sin esperanza, pedía en sus delirios una sola mirada compasiva que calmara la fiebre que lo consumía.

—¡Qué era una mirada cariñosa para la que desde niña le había visto crecer á su lado?—se preguntaba.

—¡Por qué aquel ceño adusto para con él, y para los demás afabilidad y dulzura?—se repetía.

—¡Sería acaso, porque no se había mecido en buena cuna?—Esta idea era la que mas lo atormentaba, y entonces se mordía los labios hasta hacerse sangre, ó se ponía á llorar como un niño, despechado de sí mismo.

Aunque colocado en humilde escala por la suerte, la naturaleza lo había dotado de un buen físico y de unas facciones que bien podían rivalizar con las que se preciaran de hermosas.

Angel, desde niño, había aspirado á salir de la esfera que por desgracia le tocara en suerte.

Sin conocimiento de quiénes fueran sus padres, se le

habia educado en la casa de los de Marfa, como al huérfano á quien se destina para el desempeño de quehaceres domésticos.

Su deseo natural de ser algo en la vida, le habia proporcionado algunos conocimientos mas, que los que creyeron conveniente comunicarle sus protectores.

Su afan por leer cuantos libros venian á sus manos era tal, que consiguió á fuerza de constancia hacerse de un saber superficial, que en vez de llevarlo á buen camino lo estravió.

Eugenio Sué, con su "Judío Errante," sus "Misterios de Paris," su "Mártin el Espósito," y Lamennais con sus "Palabras de un Creyente," habian acabado por completar y pervertir la educacion que Angel por sí solo se proporcionara. Así es que se creyó un titan, cuando la sociedad en que vivia lo consideraba un pigmeo.

—¡Imbécil!—se decia cuando subia acompañado de Juana los escalones de su cuarto—tú solo tienes la culpa de tu oscuridad, por tu pequeñez de alma. Aprende de esos jenerales que rodean al tirano que nos oprime, de esos grandes hombres de estado, de esos hacendistas, de esos que se titulan abogados porque compraron su título: ¿qué eran todos? ¿qué son? Fueron escoria de la sociedad, ménos que tú, fueron nada; pero se lanzaron á la revolucion que es el arma de los que quieren medrar, y con sangre, pillage y mentira, se remontaron al lugar que hoy ocupan para confundir y humillar á los que como tú, imbécil, mil veces imbécil, no se atreven á imitarlos porque tienen miedo ó algun resto de pudor que sirve de befa y escarnio á la mayoría de los lobos entre quienes habitan. ¿Qué arriesgaron para llegar á esa altura? lo que el bandido al asaltar al viajero ¡la cabeza! Pues arriégala tú tambien y serás lo que quieres ser, y entón-

ces te amaré María, y si no te ama, no te humillará, y si te humilla, podrás vengarte sin que aparezcas como un criminal, porque ninguno se atreverá á llegar hasta tí! Y Angel con estos negros y feroces pensamientos que le dictaban el despecho de no ser amado, y la rabia de haber sido tocado por un hombre que reputaba igual á él, se bamboleaba al subir la escalera cual si estuviera en estado de embriaguez, sin acertar por sí solo á subir los escalones que le faltaban para penetrar á su cuarto.

Juana no conocia á fondo el corazon del paje, ni sospechaba siquiera remotamente las borrascas que lo combatian.

Habia, sí, notado la oficiosidad del sirviente para con María, y las repetidas torpezas en que incurria á cada paso, y cuando le tocaba estar cerca de la que reconocia por ama. La tristeza, y hasta cierto punto el marasmo en que el jóven caia con frecuencia, y que no era otra cosa que efecto de la postracion de su espíritu en aquella lucha tenaz y silenciosa, eran para Juana enigmas, que sin embargo del interés tan marcado que se tomaba por él, jamás se atrevió á preguntarle la causa, aunque de buena gana hubiera deseado saberla.

Ambos lograron al fin poner los piés en el último escalon de la corta escalera, y penetrar al cuarto que de antemano hemos dado á conocer.

Si al entrar á él no hubieran estado tan preocupados nuestros jóvenes sirvientes, hubieran notado que Arturo Montero con su sombrero hasta las cejas y el sobretodo debajo del brazo, los seguia á corta distancia con la faz nada halagüeña, pues no creyó encontrarse con el page que le estorbaba.

—Siéntate, Angel—dijo Juana al page obligándolo á sentarse en una silla que le presentó al efecto.

—Gracias, Juana, gracias.

—Te suceden á veces unas cosas, que...

—Que ni yo mismo las comprendo, amiga mia—se apresuró á contestar Angel, que temió hubiera sido sorprendido el secreto de su amor.

—Es necesario que procures atenderte. De poco tiempo acá te has vuelto taciturno; con ninguno alternas, las cosas todas te salen mal, y á veces haces cosas que...

—Acabarán por volverme loco, ¿no es esto?

—Y quién sabe si te pueda ser funesto.

—¡Ojalá!...

—¡Qué estas diciendo!—dijo Juana sobresaltada del tono con que Angel profiriera semejante exclamacion, porque lo amaba con esa ceguedad que no permite profundizar el corazon del que se ama.—Vamos, esta noche estás mas malo que nunca—continuó Juana.—El maldito incidente del vaso de agua te ha afectado sobremanera, y en verdad que no merece la pena que por semejante bicoca, vayas á volverte loco. Si persistes en tus tristezas, Angel, acabarás precisamente por ese mal tan horroroso.

—No me pesaria,...

—¡Jesus...! ¿Tan aburrido estás de la vida?

—¡Sí!

—¿Se puede saber la causa?

—La causa, Juana, solc Dios la sabe.

—¿Y por qué no una amiga, que no te quiere mal?

—Porque una amiga no puede poner remedio al mal que me aqueja, que es incurable.

—¡Tan grave es la cosa!

—¡Sí, Juana, muy grave! Los misterios del corazon, las afecciones del alma, no deben darse á conocer: harto

pronto son descubiertas en nuestros ojos, que son los espejos del alma, que no engañan. ¿Pero, por qué te estoy hablando de una cosa que no entiendes, que no puedes comprender? ¿Acaso tú has amado alguna vez? ¿has tenido aspiraciones? ¿has sentido lo que se sufre cuando se nace para habitar un vasto mundo, y la suerte nos encierra en un estrecho círculo en donde sentimos que nos ahogamos, y agonizamos una y mil veces?

—Qué bonitas palabras dices, Angel: no te creía tan instruido. Ya se ve, con tantos libros como tienes, mucho se debe aprender.

—¡Sí, mucho, Juana!—le contestó Angel amargamente.

—Y dime, Angel; ¿cómo sabes si amo ó dejo de amar, si tengo ó no aspiraciones? ¿Acaso no soy mujer como las demas, ó me falta un corazon capaz de sentir lo que otros sientan?

—Yo no sé lo que estaba diciendo.

—Yo, sí lo sé, Angel. Soy susceptible de amar y de tener aspiraciones, como las pueda tener cualquier hijo de vecino: si no lo sabias, sábelo.

—¿Conque tambien amas, tambien sufres, tambien...? —Angel se contuvo, Juana sin quererlo le habia tocado la fibra mas delicada de su corazon enfermo.

—Pues no, que no—contestó Juana, no haciendo alto en la suspension de Angel.

—¿Y á quién amas?... . . .

—¡Oh! ese es mi secreto—contestó Juana bajando los ojos.

—Pero á un amigo... .—insistió Angel, como queriendo buscar un paralelo con el amor que él sentia y el que mintiera Juana.

—Eso mismo te decia yo hace un momento, y me con-

testáste qué sé yo qué cosa. Sin embargo, mi mal no es tan incurable como el tuyo, puesto que conozco la causa, y yo misma puedo poner el remedio. A buen seguro que por callarme me dejara morir. A mí me gusta hablar mucho y clarito, porque leo en tu semblante que todavía no has gustado de lo amargo del amor.

—Te compadezco, Juana.

—Gracias por la compasion—contestó la pobre de Juana, que atribuyó á desden la sinceridad del paje.—Yo conozco á una persona que te desearia otra cosa mejor que esa, si tu mal fuera el mismo.

—¡Qué!—la preguntó Angel alarmado.

—Consolarte.

—¡Y esa persona, quién es, quién, Juana?—se atrevió Angel á insistir, pasando por su mente la intimidación de Juana con su señora, y dejándose llevar de una alucinación, que se hermanaba con su constante pensamiento.

—Vas muy de prisa, y las cosas necesitan espacio.

—Me estás haciendo olvidar hasta mis quejas. Tienen tus palabras un no sé qué, que se confunden con mis propias ideas.

—¡Dices que amas?

—Si no lo he dicho lo he dado á entender: y bien, explícate.

—¡Y si vivieras correspondido?

—¡Pero de quién?

—De la que amas.

—Yo no te he dicho quién pueda ser.

—Pero se adivina, Angel.

Juana notó la mutación del semblante del paje, y la atribuyó á que el corazón de Angel participaba del misterio, que ella mas franca ó ingénua que él, le iba á re-

velar, porque le hacia cosquillas ocultarlo por mas tiempo.

Lo amaba, tal vez con exajerada sencillez, y creyó que nada perdía haciéndole una revelacion, y que los largos años de vivir juntos y el continuo roce, la facultaban para ser clara y esplicita con él.

Por otra parte, conocia la timidez de Angel, y queria ayudarlo para que la descubriese esas afecciones del alma, y misterios del corazon, de que él habia hecho mencion, por si fuera algo que le interesase á ella.

Las gentes criadas en cierta esfera, no andan con tantas formalidades, cuando se proponen llegar al fin que desean.

Así es que, Juana, sin temor ni vanos escrúpulos, se fué al grano.

—Hablemos claro, Angel, y nos entenderemos;—le dijo—porque si continuas con ese lenguaje, que yo no entiendo, nos vamos á estar toda la noche para decirnos cosas que en dos palabras debieran ser dichas.

Angel no sabia lo que queria decir Juana con tal preámbulo.

—A juzgar por tu modo de decir las cosas,—continuó Juana—se conoce que estás enamorado perdido de una persona de quien no has recibido ni la menor señal de que te corresponda, porque eres demasiado tímido, por no decirte niño, y esto, no obstante que ella no desea otra cosa que ser amada por el que no se atreve á declararla su pasion. ¿No es verdad?

Las mejillas de Angel se colorearon.

—Vamos á ver, Angel, ¿me has visto bien de frente?

Angel quedó sorprendido.

—Responde.

—Sí, ¿por qué me lo preguntas?

—¿Y qué te parezco cuando estoy á tu lado, así, como ahora?

Angel vacilaba en responderla.

—Lo mismo que siempre—dijo al fin.

Juana no quedó conforme con la contestacion, y volvió á insistir.

—Dime una cosa, ántes de que pueda explicarme. ¿Tus amores se encuentran entre los de mi clase, ó en esa otra que á la fortuna plugo elevar á donde nosotros no podemos ni aun llegar?

Angel contestó violentamente á Juana:

—Entre los de nuestra clase, una vez que te empeñas en saberlo—Trataba de desorientar á la pobre de Juana por lo que pudiera suceder.

Esta se sonrió, como dando á entender que habia obtenido el primer triunfo sobre la timidez de Angel.

—Eso ya es otra cosa, y así fácilmente nos entenderemos. Nosotros, Angel, debemos ser francos en nuestras cosas, y evitar esos rodeos de que se valen los ricos, para decírselas tan sencillas como las que nosotros nos decimos ahora. Porque, en fin, eso de decir lo que sentimos sin empacho, no me parece tan malo, como si lo ocultáramos y diésemos lugar despues á otra cosa; porque como me decia mi padre, que en paz descansa, la privacion causa apetito, y el apetito nos conduce á malos pasos.

Juana estaba enigmática.

—No entiendo ni una sola palabra.

—Allá vamos. Supon, pues, que amas á una persona que por desgracia tuya ni siquiera se ha dignado verte á la cara: ¿qué harias en este caso?

—Tampoco lo sé.

—Sufrir en silencio; ¿no es verdad?

Angel volvió á alarmarse.

—Sí—dijo instantáneamente.

—Pero llegaría un día, en que esa persona por no ayudarte á salir de tú timidez, se enamoraría de otra persona que no fueses tu, cansada ya de esperar que rompieras tu silencio; y entónces vendría aquello de que el apetito nos conduce á malos pascs, viéndote obligado á echar mano de recursos extraordinarios, despues de que la cosa ya no tuviera remedio, y con tal de no dejarte arrebatar el objeto codiciado; y las consecuencias de eso, ¿quién sabe cuales serian? porque una vez deshecho de la timidez y comenzada la lucha, difícil te seria desistir de ella; miéntras que si la mujer amada es viva y te ves alentado por ella, te revistes de valor, y la coas llega á un desenlace feliz, ó cuando ménos ambos saben á qué atenerse. ¿Me he explicado?

—No sé qué contestarte....

Y en efecto, Angel no sabia cómo comprender el significado de las palabras de la camarista. Tenia tanta relacion lo que ella decia con lo que á él le pasaba, que no pudo explicarse á dónde iria á parar su cuidadosa amiga y compañera con tantos rodeos.

Tal es la ceguedad y la imbecilidad del hombre cuando tiene fijos los ojos en otro punto que no es el objeto que le interesa; pero Juana estaba resuelta á llamarlo hácia sí, por lo que á ella le interesaba, y á causa de entender las cosas de diferente manera que Angel. Su corazon le habia dicho “ama á ese hombre,” y ella franca y leal con su propio corazon, le habia contestado: “lo amaré,” y desde entónces buscó la ocasion de complacerlo y de evitarle la tortura de la reserva, que tan malos resultados daba á Angel y aun á ella misma.

Pero, por muy resuelta que estuviese á darle gusto,

siempre era mujer, y el pudor propio de su sexo, la hacía que empezara ¡y que nunca acabase, no obstante las mil vueltas que para llegar al resultado había buscado. Mas como esta indecision debía tener un fin, y por otra parte, su permanencia en aquel sitio no debía prolongarse por mas tiempo, á riesgo de comprometerse, hubo al cabo de optar por llegar al desenlace que indispensablemente debían tener sus reticencias, supuesto que ella había comenzado la esposicion de un lance que la casualidad les había deparado.

—Angel,—dijo la resuelta Juana para determinar de una vez á Angel á afrontar la cuestion—¿quieres cambiar de posicion, salir de esa apatía que no se ha hecho para las almas como la tuya, ni como la mia, que aspiran á salir de la abyeccion en que nos tienen?

—¡Que si quiero!...—contestó el jóven como si por primera vez hubiera Juana pegado de lleno en la llaga que mas le hiciera padecer.—¡Sí! dime el modo; insinúamelo siquiera.

—¡Pues... únete á mí en cuerpo y alma!...

Juana, al pronunciar estas terribles palabras, inclinó su cabeza, y cubrió su rostro con sus manos á manera de esas pobres locas que se espantan de sus propios pensamientos.

Hasta entónces conoció que su amor no tenia límites, que lo que al principio solo era un deseo, al lado de Angel era una necesidad. Distante de él no creyó jamas que su amor fuera tan ardiente, tan intenso; pero cerca de él, fué conociendo poco á poco y hasta el grado en que la hemos visto tomando creces, que lo idolatraba, y le importó muy poco descender hasta él.

La naturaleza tiene á veces sus caprichos, y en esta vez los ejercia á su albedrío en nuestros dos jóvenes, que

adoleciendo de un mismo mal, eran víctimas de un quid pro quo.

—¿Y despues, Juana?—preguntó Angel—y despues..

—Despues..... despues nos lanzaremos á donde nos hagamos valer lo que aquí no valemos.....

—Alejarme de..... ¡jamás!..... ¡jamás!.....—dijo Angel sin saber lo que decia.

—¿De quién.....? ¿de dónde.....?—preguntó Juana aturdida.

—De aquí, de ella—repitió Angel, como si hubiera entendido que por fuerza lo iban á obligar á alejarse del lugar que lo tenia esclavizado.

—¿Quién es ella.....?—gritó Juana como si quisiera engañarse á sí misma, ó como si efectivamente no comprendiese que se trataba de una tercera persona.

—Una mujer que amo como se ama al sol que nos da la vida, como á la madre que desde niño nos amamanta. Sí, Juana, ¿por qué he de mentirte, por qué he de engañarte por mas tiempo? Es mi amor como el tuyo, fiero, sin dique ni valladar, impetuoso.

—¿Su nombre, Angel, su nombre!—insistió Juana con altivez y como no pudiendo contener por mas tiempo la terrible lucha de su alma, ó los celos que la despedazaban las entrañas.—Angel,—continuó—no juegues por mas tiempo con el corazon de una loca que no acierta á comprenderte. Hace una hora que estamos hablando y no sabemos de qué; que equivocamos los conceptos; que parece que nos entendemos, y que no obstante jamás llegamos á alcanzar el fin que uno y otro nos proponemos, porque ambos vamos por distinto camino, sin embargo de que participamos de las mismas ideas. Déjate de enigmas, sé franco como yo lo he sido, y pronuncien tus lábios el nombre de la que haya sido

elejida de tu misterioso é incomprensible corazón. Sí, Angel, si no hemos nacido el uno para el otro, al ménos viviremos para comprendernos, para consolarnos, para darnos el nombre de hermanos, ya que no hemos conocido mas familia que aquella á que hemos dado el nombre de amos. Juntos nos hemos criado, pues bien, juntos participaremos de nuestras alegrías ó de nuestras desgracias. Ya lo ves, yo no soy egoísta, pretendo enlazar mi suerte á la tuya, de manera que nos salvemos ó nos perdamos juntos. No me hables en un lenguaje que no entiendo, porque siempre va envuelto en el misterio, que á la vez que me enamora me ha hecho y me hace sufrir mucho, muchísimo.

Angel por única respuesta á aquellos sentimientos, incorrectamente expresados por Juana, la tomó de la mano y la llevó al alfeizar de la ventana que daba al jardín y frente á la ventana de la recámara de María, que á la sazón hacia desaparecer la luz que en su interior habia, á causa de que sus persianas, vidrieras y puertas se cerraban como para recatar á la hermosa que en su interior habitaba y que probablemente se iba á entregar en brazos del sueño.

Juana se dejó llevar, y Angel como para darle una prueba de que no jugaba con ella, que él también necesitaba de una amiga, de una compañera, de una hermana en fin, en quien poder depositar sus penas y dolores, la dijo, casi fuera de sí é imprudentemente, porque la franqueza de la camarista lo habia fascinado:

—Mira, allí, detrás de aquella ventana duerme la que á mí me quita el sueño. Ten compasión de mí, Juana, y tenla tú de tí misma, que loca de amor como yo no sabes lo que has dicho, como yo tampoco lo sé.

Juana, á esta declaración brusca é inesperada, en vez

de inmutarse ó dejar escapar una exclamacion desgarradora de sorpresa, prorrumpió en tan soberbia carcajada, que Angel se fué de espaldas, tan sorprendido y avergonzado, que no supo si Juana se habia vuelto loca, ó se burlaba de él.

Repuesto un tanto, la soltó de la mano casi con rábia, y lanzó sobre ella una mirada de soberano desprecio.

Sin el ruido que provocaban las risotadas casi salvajes de Juana, hubieran oido nuestros acalorados amantes los precipitados pasos de Arturo Montero que bajaba las escaleras que conducian á la habitacion en que se encontraban, y que temerariamente se habia atrevido á subir para sorprender la conversacion de los dos jóvenes sirvientes.

Juana al fin dejó de reir y encarándose al paje le dijo:

—Angel, no se hizo la miel para la boca del asno.

Y continuó de nuevo riendo.

Angel sintió un frio mortal que invadió todo su cuerpo. Juana continuó provocativa y sangrienta.

—Con el amor de esa encopetada señora, no serás mas que un pobre lacayon; y si alguna vez llegas á ser mas, porque así se le antoje á ella, ascenderás á cochero. ¡Qué ridículo papel! ¡No es verdad?—El lacayo ascendido á cochero y enamorado de su ama... ¡ja! ja! ja!...

Y Juana continuó con su sarcástica é insultante risa, miéntras que Angel se consideró vencido, anonadado por la que habia dicho una verdad tan amarga, que habia ido á caer á su corazon como dos gotas de hiel.

Angel, en un momento de alucinacion, habia dejado escapar su secreto, pero despues se arrepintió una y mil veces.

—¡Oh! cómo se ha de reir el señorito Gabriel si á mí se me antoja contarle tus amores.

—¡Juana! . . . Juana! ¡Imbécil de mí!

—¿Tú imbécil? ¡qué disparate! Un hombre, como tú, que ha leído las obras de Eugenio Sué, y de Lamennais, no puede ser otra cosa, sino lo que eres, un presuntuoso con los cascos llenos de fantasmas, que se evaporarán al menor soplo de la señora de tus pensamientos. Yo también, *señor D. Angel*, he leído mucho: la señorita me ha enseñado muchas cosas, y lo que ahora me confías, solo en las novelas lo he leído, y las novelas no son otra cosa que mentiras, cosas irrealizables, absurdas, como todo lo que me has contado, como todo lo que me ha dicho la señorita de D. Eugenio y D. Lamennais.

La sublimidad y poesía de que se había revestido Angel á causa de sus largas lecturas en los libros que había podido haber á las manos, vino á dar á tierra por Juana que se complacía en ajar su pobre condicion.

Las mujeres celosas son temibles, de palomas se convierten en milanos, en buitres, que se complacen en arrancar una á una las entrañas de su víctima.

Angel, tímido por naturaleza y de complexion nerviosa, se miró arrollado por los arranques atrevidos de Juana, que no se paraba en medios cuando se trataba de satisfacer sus deseos, que empezaron á despertar desde el momento en que sintiera que estaba apasionada del compañero de su infancia.

Juana y Angel, se perdían en el camino que andaban la una con su impetuoso é irreflexivo amor, y el otro con su temeridad de querer llegar hasta el ídolo que estaba muy alto para que le pudiese alcanzar, sin embargo de que había leído en Eugenio Sué y Lamennais que en la tierra todos eran iguales.

Angel era ambicioso, calculador, malicioso, y un tanto

cuanto intrigante, y esto á los veintiun años de edad que contaba.

Si todavía no habia desarrollado sus instintos, era porque le habia faltado la ocasion: hoy que Gabriel lo habia ultrajado, comenzaba á despertar de su marasmo, que lo habia hecho aparecer como un niño.

Juana era loca, irreflexiva, un tanto alegre de corazon y llevada de sus primeros impulsos.

Angel que la conocia á fondo y que se dejó vencer de sus locos arrebatos, pensó que no era aquel el modo de remediar el mal que él mismo se habia hecho, y entonces, al proferir Juana su último dicterio, pensó que cambiando de táctica engañaria á Juana, desorientándola de la mala impresion que la habia causado con su imprudencia. Pensó tambien que mas tarde podria servirle de escalon para el fin que se habia propuesto, porque la afrenta que le habia inferido Gabriel Espinosa y los celos que tenia, lo conducian, sin poderlo remediar, á la realizacion de una venganza.

Así, pues, apenas Juana acabó de juzgar al jóven á su modo, cuando éste, imitándola se echó á reir como un loco.

Como era de esperarse, Juana experimentó una reaccion que Angel supo aprovechar: así es, que mientras mas espantada lo miraba Juana, Angel mas se reia.

—¡Pobre Juana!--la dijo al fin.--¿Pues qué, has creido todo lo que te he dicho? ¿No has maliciado que te engañaba, que te sometia á una prueba, cruel, es verdad, pero que me convence de la verdad de tus sentimientos? ¡Pobre inocente! ¡A no estar cierta de mi amor, te hubieras atrevido á animarme en lo que tanto me resistia á declararte? Juana, tú eres buena, demasiado sencilla, te dejas llevar de tus primeros impulsos que

revelan tu ignorancia en lo que es bueno ó malo, y obras tan solo guiada de tus naturales sentimientos. Si has conocido que te amaba, ¿por qué has dado crédito á mi farsa? ¿Por quién procuro estar siempre cerca de la señorita? por tí: ¿por quién me ves ayudarte en todo lo que á ella atañe? por tí, por seguirte á donde vayas, por estar el ménos tiempo posible apartado de tu lado. Esta noche, si he hecho lo que he hecho con el vaso de agua, culpa tuya ha sido: creí que te fijabas en mí, y por atenderte descuidé lo que hacia, y ya ves lo que despues ha sucedido por tu causa, por tu sola causa. Vamos, Juana, te creia mas razonable, de mas juicio, ménos susceptible.

Juana, con lo que la decia Angel, no sabia qué le pasaba.

Angel no desperdició la perplejidad de la compañera de su infancia.

—Juana,—la dijo—tú dudas aún, ¿no es verdad? Escúchame. Me dices que si quiero seguir tu suerte uniéndome á tí en cuerpo y alma? pues bien, sí lo quiero, y no solo lo quiero sino que hace tiempo que lo anhelaba. Pobres somos, pero grandes nos haremos si nos ayudamos mutuamente y jamas faltamos al amor que ahora nos juremos. Nosotros nacimos para amarnos. En un principio parecia que estábamos distantes de ello, pero no era así, desde léjos pensábamos el uno en el otro, desde léjos nos comprendiamos, nos buscábamos, y al fin, nos encontramos para decirnos á una voz que nos amamos.

Juana veia al paje convertido en un semi dios que la subyugaba con sus tentadoras palabras.

—¡Juana, juro amarte! Dime, ¿lo juras tú?...

—¡Lo juro...!—dijo Juana sin saber lo que juraba y solo llevada por el eco de la voz de Angel que la habia

enagenado.—;Lo juro....!—balbució temblorosa y como si en vez de jurar su dicha jurase su eterna condenacion.

Algo lúgubre veia la pobre mujer en aquella declaracion amorosa que ella habia provocado.

Angel le echó los brazos al rededor de la cintura, y no se atrevió á besar su frente, porque creyó que podria ofender á aquella en quien pensaba.

Juana no sabia lo que le pasaba; se encontraba aturdida.

Ella, que habia sido en un principio tan atrevida, era ahora la mas pusilánime de cuantas mujeres habia conocido.

Habia llegado la hora en que por su imprudencia se encontraba suspendida al borde de un abismo.

Angel la sacó de su enagenacion llamándola por su nombre.

—Juana, ¿me amas?—la dijo.

—Hace tiempo que te amaba—le contestó dulcemente y bajando los ojos.

Angel no pudo ménos que contemplarla, porque el acento de Juana tenia algo de sobrehumano que le halagaba; pero queriendo huir de la mujer tentadora, un poder oculto lo arrastró hácia la ventana.

Juana, impulsada por la misma causa, lo siguió y llena de amor y de esperanza lo arrancó de allí.

Y como Angel se resistiese, ella corrió á la ventana y la cerró violentamente.

.....
La noche del baile de María Silva, fué para los jóvenes sirvientes un vínculo de union, un lazo que los unia para siempre.

La fatalidad los habia unido, y solo la fatalidad los podia desunir.

185

No hace muchos años que era mal presagio la rotura de cualquiera trasto de cristal, y aunque en esta vez, y para nuestros jóvenes no había sido así, quién sabe si andando el tiempo lo será.

CAPITULO II.

Consecuencias de una calaverada.

I.

Ocupémonos de Arturo Montero, constituyéndonos en su sombra desde el momento en que abandonó el salón del baile.

Bueno será decir que Arturo era uno de esos jóvenes que no piensan mas que en tener bien puesta la corbata, conservar el lustro de sus botas y atuzarse quince ó veinte veces el bigote al día.

Fino en sus maneras, elegante y no mal parecido, se creía el D. Juan Tenorio de la época.

En amores y devaneos gastaba sin sentir el mediano patrimonio que sus padres le legaron al morir.

Representaba tener treinta años de edad, y era bien recibido en la sociedad que frecuentaba, tanto por la posición que aparentaba, cuanto por consideración á la memoria de sus padres que habian figurado en primer término.

La noche que nos ocupa, habia sido invitado al baile como lo fueron otros muchos, y una vez en él, se propuso hacer la corte á cuantas jovencitas pudiera, pues era su fuerte, y no siempre habia sido desoido.

Pero quiso la fatalidad que Juana se presentara ante sus ojos como una nueva tentacion, mas fácil que las que en el salon encontrara, y cansado de estas optó por correr la aventura de la que se le presentara en tales momentos.

—Pase la de los bellos ojos, la dijo al pasar junto á él y otros de su mismo pensar y sentir que á su lado estaban; y como viera que la camarista no recibió mal su estudiada flor, demasiado encarecida para la que iba dirigida, le ocurrió emprender desde luego la conquista plebeya, que para él no sería tan difícil como las varias que habia intentado esa noche sin éxito alguno.

Calculó, y calculó muy bien, que Juana despues de dar el pañuelo á su señora, debia salir por donde entrara, y que anticipándose él á la salida, nada difícil seria encontrarse con ella en las escaleras de la casa, ó en el patio, ó en el jardin.

El medio de que desde luego se valió para llevar adelante su calaverada, nada tenia de dificultoso, y vimos que sin pensarlo mucho desapareció desde luego del salon.

Primero llegó á los corredores: hizo que se refrescaba, y como si allí no hubiesen bastante aire sus pulmones, tomó las escaleras abajo y se plantó en el patio, en donde dió una ó dos vueltas sin que Juana acertara á pasar. Como su bajada al patio no podia atribuirse á otra causa sino á que se proponia dar una vuelta en el jardin, le pareció que se habia estado demasiado en el patio, y fué derecho al jardin, en donde

podía estarse todo el tiempo que quisiera, seguro de que mas tarde ó mas temprano, Juana tenia que pasar.

Y en efecto, Arturo estaba interiorizado en los pormenores de la distribución de la casa, y sabia, á no dudar, que en el fondo de ella existia un pequeño jardín primorosamente cuidado, en donde por capricho María habia mandado poner los departamentos de los criados, que ella desde lo alto de su dormitorio dominaba.

Una vez que hubo llegado allí, comenzó Arturo á pasearse de arriba abajo, disfrutando de los aromas que despedían las flores, y de los murmullos del agua al caer en las fuentes, á la vez que meditaba el modo de obtener la nueva conquista que se proponia hacer esa noche.

Los paseos se iban prolongando demasiado, y Juana no parecia, por las causas que ya conocen nuestros lectores.

Entonces pensó que podria haber pasado sin que él la viera, no obstante que estaba iluminado el jardín por millares de farolitos venecianos.

Iba á dirigirse á los departamentos mencionados, cuando sintió que la arena del piso crujía bajo los piés de dos personas que se dirigían hácia el lugar en que se encontraba. Visto esto por él, se echó á un lado ocultándose detras de una estatua que representaba el dios Cupido ocupado en acariciar unas palomas.

Arturo quedó sorprendido al reconocer á la camarista que venia tomada de la mano del page.

Su plan venia abajo con este incidente inesperado, y se convenció de que por esa noche tenia que perder toda esperanza de llevar á cabo su aventura amorosa. No obstante, juzgó prudente esperar á ver en qué paraba aquella escena de la que se proponia sacar partido, pues

teniendo algo que echar en cara á su perseguida, le seria mas fácil su triunfo, siempre que para ello la amenazase con poner en conocimiento de su ama todo lo que viera ú oyera.

Así es que, apénas Juana y Angel pasaron junto á él, los siguió agazapándose del mejor modo que pudo, favorecido por los frondosos rosales y enredaderas. Despues que hubo andado un regular trecho, vió desaparecer á los jóvenes sirvientes en el fondo del cuarto que servia de habitacion á Angel. Entónces favorecido por el abrigo que le prestaban las cuatro paredes exteriores del cuarto, pudo, como vieron nuestros lectores, llegar hasta la pequeña escalera, desde donde, no sin algunos sobresaltos, pudo enterarse de cuanto en el interior pasaba.

Entretenido él en su espionage, y los otros en sus confidencias amorosas, no advirtieron que la noche tocaba á su término.

Arturo fué el único que pudo oír el retintin de la campanilla de María, que llamaba sin duda á su camarista para que la fuese á desnudar.

Dos ó tres veces aconteció esto, sin que á los oídos de Juana y Angel llegara el sonido.

Arturo tampoco hubiera hecho alto en ello, si no hubiera sido porque á la vez que sonaba la campanilla, disminuía la luz á causa de cerrarse la ventana del dormitorio de María, de donde salia en gran abundancia. Volvió la cara atrás, y miró que los farolillos venecianos estaban casi en su totalidad apagados.

—¡Demonios!—se dijo—A que el baile ha concluido y yo embobado aquí no lo he advertido.

Sacó su reloj para cerciorarse de la hora que era, y acercándose al farolillo que mas cerca tenia, pudo ver á

los rayos de su agonizante luz, que eran las cuatro de la mañana.

Entonces se asustó del sepulcral silencio que en la casa reinaba, y de que todas las puertas que desde allí alcanzaba á ver, estuvieran cerradas.

—Nos hemos lucido—se dijo.—¿Qué hacer ahora, si por una fatalidad se han olvidado que podría encontrarme tomando fresco en este sitio?—Y acto continuo se encaminó á la verja de la puerta del jardín, que por fortuna estaba abierta.

II.

La oscuridad y el silencio de la casa continuaban, y al encontrarse en medio del patio en donde poco ántes paseara tan sobresaltado como ahora, consideró que cosa se iba poniendo seria.

—¿Qué hacer, pues, en tan congojosa situación?—dijo.—¿Despertar al portero para que me abra el zaguán de la calle? ¿Qué pensará de mí?... ¿qué dirá?...

En efecto, los criados son maliciosos, y la reputación de la ama de la casa padecería de una manera cuyas consecuencias no se podrían calcular.

Esto lo conocía bien Arturo, y por eso se alarmó tanto.

Tarde comprendió que lo que había hecho era malo, y que su calaverada podría ser de fatales consecuencias.

Pero en fin, la cosa ya no tenía remedio, y en último caso era necesario ver de qué manera se salía del paso del mejor modo posible.

Cómo se llegaría al cabo, es lo que Arturo no comprendía, por mas que aguzaba su entendimiento.

A medida que el tiempo pasaba, mas crecia su alarma, mas y mas pensaba en lo funesto que podria ser para la ama de la casa su imprudente é imperdonable calaverada.

En fin, no tenia otro remedio que acercarse á la habitacion del portero, y así lo hizo.

Comenzó por dar dos golpecitos quedos en la puerta, llamándolo en voz baja por su nombre.

—Antonio, Antonio,—le dijo casi turbado—ábreme.

Nadie le contestó.

Los pájaros comenzaban á cantar, y estos le advirtieron que el crepúsculo de la mañana era llegado.

Entónces con mas insistencia repitió los golpes, y por fin, la voz cavernosa del viejo portero le contestó:

—¿Quién va?

Arturo sintió que la sangre se le helaba en las venas.

A pocos momentos la puerta de la habitacion del portero se abrió, y apareció éste en pechos de camisa y con una vela encendida en la mano.

Fué tal su sorpresa al encontrarse frente á Arturo, que no pudo preguntarle qué ocurría.

Todo se le iba en mirarlo de arriba abajo, como dudando que á tales horas pudiera permanecer en la casa de su ama un hombre, que segun él, tenia fama de enamorado y calavera.

Sus ojos indecisos se dirigieron al que lo habia hecho levantar, y á los corredores de la casa, como esperando encontrar en ellos á su señora que debia darle órdenes.

No viéndola, desde luego creyó Antonio que de aquel caso tan inesperado podia sacar partido.

—¿Qué se ofrece, señorito?—dijo al fin á Arturo, con tono mas halagüeño.

—Que olvides que me has visto esta noche, y que me abras la puerta.

—Dificilillo lo creo, porque como no tengo costumbre de abrir la puerta de la casa á hora desusada, siempre me he de acordar involuntariamente de vos.

—Pues haz por olvidarlo y date prisa—le dijo Arturo poniendo en sus manos un bolsillo, y un tanto mas tranquilo.

—Por supuesto que haré por olvidar. . . . Pues no faltaba mas que yo me pusiera á contrariar lo que mi señora hace ó deshace—repitió Antonio tomando el bolsillo y guardádoselo.

—Tu señora no hace ni deshace nada; soy yo que imprudentemente salí al jardín á tomar fresco, y me quedé dormido hasta ahora que despierto.

—¿Sí, eh? . . . —dijo maliciosamente Antonio.

—Vamos, date prisa, y ábreme.

—¿Que os abra? Pues no os ha dicho la señorita que la llave la tiene el mayordomo. . . . ?

Arturo se consideró perdido, pues tenia que ocurrir á un nuevo testigo.

—Pues bien, pídesela sin decirle para qué.

—¿Qué hora teneis?

—Las cuatro y cuarto—dijo Arturo sacando su reloj y acercándolo á la luz de la vela.

—Pues hasta las cinco no baja él mismo á abrir la puerta. Bonito es él para fiarse de ninguno. Pero si quereis, podeis subir para decir á la señorita que le dé la orden para que me la entregue.

—Ya te he dicho que ninguno mas que tú puede saber esto.

—Sí, sí, ya comprendo; pero es el caso que yo necesito que me den la llave para poderos abrir.

Arturo se desesperaba.

Vagos ruidos comenzaban á sentirse en el interior de la casa, como si sus habitantes comenzasen á ponerse en movimiento.

Antonio de buena gana hubiera querido tener en aquel momento la llave de la puerta, para ser él el único poseedor del secreto, que juzgaba importaba á su señora y al señorito Arturo se guardase: y en obsequio de la verdad podemos decir, que por mas que él pensaba el modo de hacer salir al caballerito sin que las moscas lo sintieran, no le ocurrió ninguno.

Arturo se acordó de que las caballerizas ó el mismo jardin, podian por un momento prestarle el recurso que necesitaba, interin se abrian las puertas de la casa y hacia su escapatoria; ¿pero y si por una fatalidad era sorprendido en su escondite? ¿No se reagrararia su situacion?

Entónces juzgó, que en ninguna parte podia permanecer mejor y estar á la expectativa, que en la misma habitacion de Antonio; pero es el caso que Antonio era casado, que su mujer no se levantaba, y que tenian un chicuelo de ocho á nueve años de edad, y que si un secreto no está muy bien guardado entre hombres de la categoría de Antonio, ménos entre mujeres y muchachos.

Apremiado por las circunstancias, volvió a optar por el jardin, y por la habitacion del jóven paje: se acordó de que á los audaces favorece la fortuna.

Quién mejor que Angel podia servirle en tan semejante trance, bien fuera por persuasion, ó bien por la fuerza.

Si Angel sospechaba lo que Antonio sospechaba, tendria que guardarle el secreto y ayudarle á salir de la casa sin que persona viviente se enterara de ello, so pena

si no lo hacia, de ser descubierto en el secreto que Arturo sorprendiera.

A Arturo le halagó este último medio de salir de la casa de María, sin dar lugar á mayores cosas, y despues de haberle encargado de nuevo á Antonio el olvido completo de todo cuanto habia pasado, se fué precipitadamente á la habitacion de Angel, á quien encontró solo y clavado de cabeza sobre la mesa en que parecia dormirar.

Antonio, al verle desaparecer, se santiguó y fuése á acabar de vestir para dar principio á sus faenas cotidianas.

III.

Cuán distante estaba la pobre de María de cuanto pasaba en su casa, á contar desde el momento del malhadado vaso de agua.

En medio de tantas peripecias como pasaron y aun pasaban, su honra era lo que peligraba mas.

La sociedad no perdona ni el mas leve incidente que pueda servirla de interpretacion.

Su mayor gusto es glosarlo y comentarlo á su modo.

Por eso Arturo, en medio de ser un loco, temia el fin á que habia dado lugar con paso impremeditado.

Sin perder momento, se aproximó á Angel y le tocó en el hombro.

Este, que no lo habia sentido entrar, se puso de pié creyendo que habia dormido demasiado, y que sus obligaciones lo llamaban; pero al verse ante un desconocido y en semejante hora, no se dió cuenta de lo que aque-

llo quería decir, y esperó á que hablase primero el que lo habia sacado de su sueño, que mas bien tenia la apariencia de una pesadilla: tan agitado así se habia encontrado durante el rato que dormitara.

—Angel,—le dijo Arturo—muy buenos dias.—Y fué á tomar una silla, en la que se sentó, invitando á Angel á que hiciera lo mismo; y como este insistiese en no sentarse, Arturo cariñosamente casi lo obligó á que lo efectuara.

Angel obedeció sin proferir una palabra.

—Se trata, Angel, de que yo permanezca en esta habitacion el tiempo preciso para que el mayordomo tenga á bien abrir la puerta de la calle, y salga yo sin que pueda ser visto por ninguno de la casa, excepto de tí que me has de ayudar á verificarlo guardándome el secreto que el caso requiere.

Angel quedó mas perplejo de lo que estuviera en un principio, y ménos se atrevió á contestar.

Un pensamiento infame pasó por su mente, y como impulsado por un resorte, se puso de pié y fué derecho á la ventana que abrió para mirar la de su señora que aún permanecia cerrada.

Arturo comprendió todo aquello, y no tuvo mas remedio que fingir la mas absoluta indiferencia.

—Has de estar—continuó Arturo—que anoche me escedí en la bebida, y viéndome precisado á ocultar mi estado, descendí á este jardin para ver si el aire libre despejaba mi cabeza. Ignoro cómo pude quedarme dormido en uno de esos bancos de piedra que están precisamente frente por frente á esta puerta; pero es el caso que me quedé, y que no he vuelto en mí sino hasta hace poco.

Angel desde luego no quiso creer en aquella fábula,

otra cosa se pensó, porque así le convenia creerlo, y le dejó acabar, resuelto á negarle cuanto le pidiera.

¡Cuántas ideas infernales bulleron en el cerebro del jóven, que siguiendo su pensamiento, encontraba con la presencia de Arturo á tales horas, causa bastante para dar el primer paso que habia de resolver de su suerte en el porvenir!

Pensaba en María; pero ya no con aquel amor humilde, silencioso, resignado, sino con el amor altivo, despechado, y resuelto á obtener por fuerza lo que de grado no.

El reptil comenzaba á moverse y su humildad vendria á ser en lo de adelante sustituida con el rencor.

Cuán ageno estaba Arturo de que el page podria convertirse en águila altanera, á causa de su presencia en aquel lugar y con motivo del amor que tenia á su ama.

Arturo continuó:

—Como comprenderás, no es conveniente que esto se sepa, y para lograr el objeto, bastará que permanezca en esta habitacion oculto hasta que tú me des aviso de que puedo salir sin temor alguno de que sea visto.

—Yo, señor,—contestó Angel al fin y demostrando en su rostro la serenidad que no tenia, porque lo animaban pasiones bastardas—no puedo prestarme á nada.

Arturo lo miró de arriba abajo.

—Conozco la responsabilidad que de esto me vendria si no diese parte al portero, para que dé aviso á quien corresponda. Como comprendereis, señor, yo no os conozco, y vuestro incidente de esta noche podria tener consecuencias que yo no quiero reportar. En vuestro obsequio haré cuenta que nada sé, que nada he visto; pero jamas daré lugar á que se diga que os he abrigado en mi cuarto. Así pues, señor, no me comprometais, el dia aclara y es necesario que no os vean aquí.

Arturo se sintió humillado, y casi con rabia, al juzgar de la moralidad del page.

—¡Es decir que me vas á obligar á que me comprometa, á que se comprometa la reputacion de tu ama y á que se dé un escándalo en esta casa, y despues en el público!

—Entónces, señor, daré parte al portero, y con esto habré cumplido con mi deber, y hecho cesar mi responsabilidad.

—¡Angel!—insistió Arturo—no te creo un niño, y si estando en tu mano prestar un servicio á tu señora no lo haces, habrás gravado tu conciencia mas de lo que está.

Angel hizo alto en estas últimas palabras de Arturo, é involuntariamente bajó los ojos, volviéndolos á levantar despues.

Arturo comprendió que le habia llegado al corazon y á su conciencia.

—No sé, señor, en qué puedo gravarla, cuando por el contrario, trato de no hacerme partícipe en este incidente que puede comprometer la reputacion de la señorita, juzgándoseme á la vez cómplice en lo que no he tenido el menor participio.

—¿Lo crees tú así?—dijo Arturo atrevidamente.

—Así lo creo.

—¿Pues qué dirias de un criado y de una criada ambos jóvenes, y educados en la casa de sus amos, que descuidando sus obligaciones y el respeto que ambos deben al que cuidó de ellos desde su infancia, se entregan á amores ilícitos, él por satisfacer una pasion bastarda, como la de llegar por medio de ella hasta su ama con locas pretensiones, y ella sin saber lo que se hacia, y guiada

por su inesperienza y carácter atrabiliario, que han sido causa de su perdicion?

Angel se puso lívido, sintió que el piso se le hundia y que iba á parar á un fondo sin fin en que la vida cesaba.

—¿Qué dirias, Angel, si entretenidos ambos en un gabinete del jardin que servia á él de habitacion, se olvidaran de todo, y dejaran penetrar á un hombre beodo, que por falta de sus potencias espeditas se quedara dormido ó despierto, en el jardin, y al amanecer se viera salir de la casa en que no podia haber pasado la noche por nada bueno, segun el juzgar de la sociedad que todo lo interpreta? ¿Qué dirias, repito, si en vez de mostrarse celosos de la honra de su ama, ya que no de la de ellos, coadyuvaran, sin causa lejitima, á deshonorarla, por tan solo falsas apariencias? ¿Qué merecerian estos criados, Angel?

Angel se mordió los lábios, y el dolor agudo que sintiera fué nada en comparacion del que taladraba su corazon, demasiado emocionado por tan encontradas sensaciones.

—Vamos, Angel, no te parezcas tú al comun de los hombres. Sé prudente, razonable. ¿Quién en la vida no tiene algo que callar, algo que merezca indulgencia, tolerancia, aun por parte de aquellos otros que se creen perfectos? En este momento, tú tal vez tienes algunos pecadillos que yo ha sorprendido á causa del pícaro vino, que jamas ha podido darse cuenta de lo que se hace. Yo prometo la enmienda si tú me ayudas á salir del trance en que me encuentro, y con respecto de lo que ha pasado esta noche en este jardin, haré cuenta que todo fué visiones que me produjo el condenado licor que en mala hora fuí á gustar.

Angel, mústio y silencioso, parecia dar á entender que

se encontraba vencido, y aunque así debía considerarse, puesto que Arturo no era Juana, le pasó lo que á esos seres que comienzan una lucha física ó moral, que cuantas mas dificultades se les presentan, mas se obstinan en ella hasta que triunfan ó sucumben en la demanda.

Lo que Angel meditaba en el largo intervalo en que dejara hablar á Arturo, muy pronto lo vamos á saber.

Ya veremos de lo que es capaz el jóven Angel, en un dia en que por fin el demonio tentador logra penetrar en su alma, despues de un año de repetidos combates con sus ambiciones y deseos.

El movimiento de los habitantes de la casa, cada vez se hacia mas perceptible, así es, que no habia momento que perder.

La voz del mayordomo se hizo oir, llamando á Angel.

Eran entónces las cinco y media de la mañana.

Arturo dirigió á Angel una mirada interrogadora, suplicante.

Angel, como accediendo á la pretension de Arturo, le hizo seña con la mano de que se estuviera quieto y esperase, y saliendo de su habitacion, cerró tras sí y con llave la puerta, acudiendo luego al llamamiento del mayordomo á quien encontró en la verja del jardin.

IV.

—Muy tarde os levantais, amiguito—dijo este último la primero.

—Tambien me acosté tarde. . . .

—Faltais á la verdad, desde las dos de la mañana no

se volvió á ver la luz de vuestro cuarto, ni tampoco os dejasteis ver la cara desde entónces.

En esto no acertó el mayordomo, pues para que faltase la luz á esa hora, era preciso que la hubiese habido en un principio, y el cuarto no tuvo ni ántes ni despues otra, que la que recibiera de los farolillos venecianos y de la ventana del dormitorio de María.

Tal vez quiso decir, que no viendo luz, creyó cerrado el cuarto y á Angel durmiendo, toda vez que no se le encontró en toda la casa cuando se le buscaba.

Ya hemos dicho que tanto Juana como Angel gozaban de las distinciones de María, y que ni la primera ni el segundo tenían por qué alarmarse de sus ligeras faltas.

Angel, por toda contestacion bajó la cabeza, mas bien para entregarse á sus propias cavilaciones que por otra cosa.

—Vamos, vamos al trabajo; que hoy la señorita no ha de estar de muy buen humor que digamos, con vuestra torpeza de anoche. Ya vereis lo que os espera.

Y el mayordomo y Angel continuaron caminando hasta encontrarse con el portero.

—Hola, Antonio, ¿me esperabais? . . . Sí lo creo; pero me fué preciso ántes ir á despertar á este perezoso que creí dormia como un patriarca. Tomad la llave y abrid la puerta de la calle; que no es bueno que se diga que nos dormimos en noche de holgorio.

Antonio tomó la llave de manos del mayordomo, y miró á Angel al soslayo como para sorprender en él lo que sabia respecto á Arturo.

Angel no lo notó, y Antonio viendo tal indiferencia, creyó que no sabia nada y que Arturo permanecería oculto por alguna de las localidades de la casa.

Poco á poco fueron reuniéndose otros criados, y el mayordomo dió á cada uno sus respectivas órdenes.

El jardinero acompañado de dos peones marchó al jardín á desempeñar sus labores.

El caballero, cochero y lacayo se dedicaron cada uno á sus respectivas atribuciones.

Antonio al aseo de la calle y primer término de los bajos de la casa, mientras la servidumbre de escaleras arriba, que se componia del cocinero, un galopin, Juana la camarista, del ama de llaves, y criados y criadas auxiliares, hacian las demas faenas de los altos de la casa de María Silva, que vivia como una rica princesa, sola y en su dorado palacio.

Angel, que habia sido desde su mas tierna edad el criado mimado, poco ó nada tenia que hacer, pues su ejercicio se reducía á acompañar á su ama en sus paseos, y á desempeñar los quehaceres de antesala en los dias de gran fiesta.

De aquí es de donde él habia adquirido esos humos de señorito, esos sentimientos, mezcla de aristócrata y demócrata, que calificaba á su modo y segun convenia en las circunstancias en que se encontraba.

Cosa que, en verdad sea dicho, no pensó María ni los padres de ésta al colocar al joven huérfano en posición tan peligrosa, atendidas sus aspiraciones.

Angel habia tenido desde niño, y permítasenos la comparacion, un pié en las puertas de la opulencia y otro en las puertas en cuyo dintel se encuentra la medianía.

El, que se encontraba en un tercer lugar, ó lo que es lo mismo, en el último y con propensiones á escalar al segundo para llegar al primero, despreciaba con toda su alma el que le tocara.

De aquí esa vacilación entre lo que pudiera ser y lo que era realmente.

La lectura de novelas, lo que había aprendido de las clases con quienes tuvo que rozarse, lo que sus amos le enseñaron, y lo que él se había soñado con la multitud de castillos en el aire que se había creado, formaron en él ese conjunto, mezcla de bueno y de malo, que convirtió su carácter alegre, jovial y franco, que debía de ser por natulaleza, en tímido, receloso, calculador y ambicioso.

De modo, que mientras los demás se ocupaban en sus respectivos quehaceres, él hacía trabajar á su imaginación en la realización de la idea que había concebido desde el momento en que hubiera sido atropellado por Gabriel Espinosa, y ya hemos visto que la loca fortuna lo favorecía.

El golpe que premeditaba era de muerte: trataba de grado ó por la fuerza de hacerse de armas con que poder combatir á los que por fuertes no podría él acercárseles.

El momento era llegado, y no había que desperdiciarlo.

De un solo golpe iba á herir una reputación, envenenar un corazón, y comprometer á un hombre, haciéndose él el demonio vengador de sus celos.

Al efecto, y habiendo acabado de acariciar su horrible idea, se metió en el cuarto del cochero, que á la sazón estaba solo, y de sobre una de las dos mesitas que había, tomó papel, pluma y tinta, y se puso á escribir.

Todo esto mientras sus compañeros se encontraban atareados en sus primeras faenas.

--"Sr. D. Gabriel Espinosa"--se dijo dictándose á sí mismo.--"La mujer que por seguir á un amante á *Casa-Roja*, olvida lo que se debe á sí misma, y el qué dirán de la sociedad, no puede ser buena amante ni buena esposa; si quereis desengañaros de esta verdad, ocurrid sin pér-

dida de tiempo á la casa de la Silva, y de ella vereis salir al caballerito Arturo Montero, que ha pasado toda la noche en ella.—*El que mucho tiene que agradeceros.*”

Firmó el infame con mano temblorosa y satánica sonrisa.

Despues cerró su billete y puso en el sobrescrito:—“Al Sr. D. Gabriel Espinosa.—Calle Real del Rastro.—Casa sin número.—Urgente.”

Despues que la hubo pegado una oblea, se dirigió al jardín, y fué en busca de un peon llamado Blas.

A él le hizo entrega de la carta, despues de haberle dado las señas de la casa y demas, y de haberle recomendado el secreto, porque en ello le iba nada ménos que conservar su destino y que se le aumentara el jornal, si cumplia fielmente.

—Corre, vuela—le dijo—y entrégasela al portero sin dar lugar á que se fije en tí. Blas, si cometieras una tontera, tendrás despues que arrepentirte de ella.

Blas, sin aguardar mas, se puso en la calle y echó á correr en cumplimiento de su importante mision.

Angel llegaba de nuevo al patio de la casa, cuando Juana apareció en el corredor.

—D. Angel,—dijo desde allí,—la señorita os llama.

Angel sintió que algo pesaba sobre él, al oir el nombre de María y la voz de Juana.

Un presentimiento funesto le anunciaba que la hora era sonada, y como si de antemano tuviera formada su invariable resolucion, se apresuró á tomar las escaleras con aire sombrío y meditabundo.

—Vé, amiguito, vé, que nada bueno te espera—se dijo el mayordomo para sí, sonriéndose maliciosamente, echando sus brazos atrás y comenzando á pasearse de arriba abajo del patio, como hombre que está satisfe-

cho de sus disposiciones, y que cree influir con su presencia en su buen desempeño.

V.

Mientras Angel llega hasta su ama, veamos lo que habia pasado entre ésta y su camarista, ántes de que la segunda llamara á Angel por orden de la primera.

María tenia la costumbre de levantarse al toque de alba.

El dia en que nos ocupamos de ella, lo habia hecho un poco mas tarde con motivo del cansancio que le habia producido el baile de la noche anterior.

Juana era la encargada de asistirle en las últimas faenas de la noche y en las primeras del dia.

En cuanto á la noche del baile, ya sabemos por qué faltó á sus obligaciones, y en cuanto á las del dia que le precedió fué cumplida como lo tenia de costumbre. Así es, que á buena hora se presentó en el dormitorio de su señora con un florero en la mano lleno de frescas flores.

—Buenos dias, señorita—dijo Juana entrando y yendo á la ventana que abrió, despues de haber corrido el cortinaje que la adornaba para poner á media luz la elegante habitacion de nuestra jóven enamorada.

—Buenos dias—la contestó María en tono sério.

Juana se dispuso á recibir con resignacion las justas reconvenciones de su señora. . . . Sabia por esperiencia que María era indulgente con ella, y que todo se reduciria á echarla en cara su falta, y á amonestarla para que no se repitiera otra vez.

Multitud de ocasiones le habia sucedido que cuando las visitas de su ama se prolongaban de noche, bajaba á su cuarto y se quedaba dormida como un tronco, al grado, que cuando despertaba, lo hacia solo para desnudarse y volverse á dormir inmediatamente.

María, que repetimos era indulgente con ella, por no despertarla se servia sola, y al siguiente dia se contentaba con advertirla que no le volviese á suceder semejante descuido.

—¿Os levantais?—le preguntó Juana mustiamente y evitando la mirada de su ama.

—Sí—la contestó María.

Juana dió principio á su laboriosa tarea, sin saber cómo comenzar el rato de conversacion que tenia por costumbre darle todas las mañanas, miéntras que la hacia el tocado.

María comprendió la causa de tal silencio y se sonrió de la confusion vergonzosa de su camarista.

—Anoche—la dijo—has vuelto á incurrir en la falta que tantas veces te tengo reprendida. Olvidaste que tenias que desnudarme, y te dormiste como una santa.

—Estuve tan atareada durante el dia, y la noche se hizo tan larga, que sin querer me quedé dormida al sentarme en una silla de mi cuarto. Cuando desperté ya todos dormian, y me afligí mucho de mi descuido involuntario.

—Son ya tan frecuentes. . . .

—Pero prometo no volverlos á tener.

—Sea en buena hora, y ten cuidado para otra vez, Juana.

Juana creyó con esto terminado el asunto, y mas zalamera que nunca, puso el mayor esmero en el tocado de su tolerante ama.

—¿Ponemos alguna flor de estas que he traído expreso del jardín? Casi casi acaban de abrir sus capullos.

—Haz lo que quieras.

—No os la elijo del color que os gustan, porque habéis amanecido pálida, y os estaria mal; pero estas rosas gemelas van á dar á vuestro semblante un aspecto apacible que os hará aparecer interesante á los ojos del señorito Gabriel.

María se sonrió, y acabó por perdonar y olvidar el descuido de su camarista en la noche anterior.

Juana, contenta ya del todo, prendió caprichosamente las rosas hermanas en la negra y lustrosa cabellera de María.

Después tomó de sobre una silla una finísima y elegante bata de cachemira; pero como al lado de esta se encontrase el traje víctima de la torpeza del page, María se acordó que algo tenía también que decir á Angel.

—¡Pobre traje!—dijo.

Juana sintió que le dió un vuelco el corazón, y de buena gana hubiera querido tener á mano una varita de virtud, para haber vuelto al delator traje todo su brillo primitivo.

Pero como esto no podía ser, vió venir los primeros relámpagos de la tormenta que amenazaba á Angel.

—Y ese bribón de Angel, ¿qué hace? ¿dónde está? ¡Oh! tengo que arreglar con él una cuenta muy larga: para él sí no habrá perdón. Sus distracciones diarias van siendo muy frecuentes, y es necesario poner el remedio para que el mal no siga adelante. Yo creo que ese muchacho se está volviendo loco.

Juana se puso como la grana.

María por la segunda vez de su vida, notó que Juana al tratarse de Angel se impresionaba; y como la conducta

del paje la había llamado la atención, se había propuesto desde que se levantara, aclarar lo que hubiese de cierto entre las escentricidades del joven sirviente y los colores de color de escarlata, que una y dos veces había sorprendido en el semblante de su camarista.

María tenía derecho para ello, y no la desagradaba que los dos jóvenes se amasen, para casarlos y tener el orgullo de que á ella debieran su mútua felicidad.

Pero todo esto era vago para ella, y se proponía averiguar la verdad de lo que hubiese de cierto en la conducta estraña que observaba en todos los actos de su consentido paje.

—¿A qué atribuyes tú las torpezas de Angel, Juana?

Juana no supo qué contestar; pero creyendo que cualquiera vacilación podía venderla, se apresuró á decir:

—A muchachadas, á bojedades tuyas, á falta de trato, á esa edad en que solo se cometen torpezas; en fin, á tantas cosas, que yo no sé positivamente cuál sea la verdadera. Tal vez esté enamorado.

—¿Y de quién? ¿Tú lo sabes?

—¡Yo! ni por pienso me lo malicio.

—Y de dónde infieres tú eso.

—De su desasosiego, de las mismas torpezas en que incurre.

—Mírate qué al tanto estás de sus acciones.

—No lo he de estar, si vivo con él, si nos hemos criado juntos?

—Y cómo te se ha escapado, quién pueda ser la que así lo trae trastornado?

—Es que yo no lo acompaño en sus idas á la calle.

—¡Ah! ese es otro modo de contestar, y en verdad que no te falta razón.

—A saber algo, os lo hubiera dicho al instante.

—Sí, lo creo. Y si fuera realmente un amor lo que trae distraído á Angel, ¿qué opinas tú de eso, en el caso se entiende de que su mal viniera de la calle?

—Que es muy dueño de querer á quien quiera.

—Pero tú, que te has criado á su lado, ¿no te encelarias de que no te hubiese hecho tu confidenta?

—Los hombres como Angel, son reservados, señorita.

—Tentaciones me van dando de creer que á veces tú eres la causa de sus desasosiegos.

Juana, si ántes se habia puesto como la escarlata, ahora era su rostro de color de púrpura.

Sin poder disimular lo que por ella pasaba, bajó los ojos hasta cerrarlos.

Involuntariamente, se habia entregado ella misma.

María se alegró de este nuevo incidente que le proporcionaba á la vez sacar en limpio el mal de que adolecia Angel, y poder complacerse de la felicidad de sus criados, cosa que jamas habia descuidado, y que habia aprendido de sus padres.

Hoy dia son escasos los amos que se cuidan de la moralidad de sus criados.

—¿Tú lo amas, Juana? ¿Te ama él á tí?

—¡Yo! no he dicho tal cosa, señorita—se apresuró Juana á contestar, dejando caer al suelo el cinturon de la bata, porque no leñera María en su semblante lo que pasaba en su alma.

—Vamos, sé franca conmigo. Si eso fuese, ¿crees tú que yo me habia de incomodar? ¿No he servido á ambos de madre? ¿Por qué me habia de oponer á vuestra mútua felicidad? Si os quereis, casaos, que yo os ayudaré en cuanto pueda.

Juana dejó de hacer lo que estaba haciendo, y con la cabeza baja y los brazos caidos, demostró con su com-

punjido ademan lo que sus lábios no se atrevieron á proferir.

—¿Y estás cierta de que él te ama?—continuó María interrogando á su criada y dándose mil parabienes de haber descubierto la verdad.

—El me lo ha dicho así, señorita—dijo al fin Juana balbuciente—pero no quisiera que él supiera que os lo he dicho.

—Bien está, hija mia. Ahora comprendo el por qué el pobre de Angel se demudaba estando á mi lado, y cometía tantas torpezas. Ya se ve, estabas tú á mi lado y temía el pobrecillo que yo sospechase algo. ¡Es tan tímido y de complexion tan delicada! Déjame tú arreglar las cosas á mi modo, y no te des por entendida de cuanto ha pasado entre nosotras. Llámalo, y dile que me espere en la sala, porque voy á reprender su torpeza de anoche.

Juana no pudo contestar: dos lágrimas corrieron por sus mejillas, que bien pudieran tomarse por el arrepentimiento de la impremeditada falta que en un momento de error cometiera alucinada y sin saber lo que se hacia.

Juana tambien se hallaba en esos momentos en que la vida puede tornarse, para ciertas criaturas, en un cúmulo de delicias, ó en infierno en que se vive maldiciendo la existencia.

Y era porque tambien participaba de esa mezcla de bueno y malo, y solo la diestra mano de una buena guía podria conducirla á lo primero.

Por uno de esos incidentes harto raros, María habia tocado al corazon de Juana en los momentos en que esta se encontraba á causa de una fatalidad, suspendida al borde del abismo.

Si María lograba salvarla casándola con Angel, como

se lo había prometido, era feliz, y su conciencia ya podía estar tranquila.

¿De quién dependía que tan dorado sueño se realizara?

¡De Angel!

Entonces nada había que temer: Angel la debía la honra, y había jurado pertenecerle en cuerpo y alma.

Así, pues, después de haberse arrodillado ante su señora y de haberla besado la mano en señal de profundo reconocimiento, salió contenta y alegre de la recámara de su señora, á quien dejó ya vestida, llamando desde el corredor á Angel, quien como sabemos se apresuró á obedecer la orden.

María, al ver salir á su camarista tan satisfecha, sintió esa satisfacción que halaga y enorgullece á los que se proponen hacer el bien bajo cualquier forma que se presente.

—¿Quién mejor que esa pobre clase es digna de nuestras consideraciones, de nuestros cuidados?—se decía contenta de sí.—Pobre Juana; va hecha unas pascuas. Pues no, que el bribón de Angel no lo estará ménos cuando sepa de que se trata. Y después, mirando su ajado vestido de blondas que permanecía sobre una silla como tristes despojos de una noche de baile, dijo:—Tú solo no tienes remedio, pobre harapo de mi loca vanidad.— Y pensó en Gabriel, y con dolor, porque como siempre, lo había visto en esa noche, frío y divagado. Entonces envidió á Juana y á Angel, y no vaciló un momento en hacerlos felices, uniéndolos para siempre.

Halagada por esta consoladora idea, se dirigió á la sala en donde debía esperarla Angel.

En efecto, allí lo encontró, como al reo á quien van á sentenciar.

Juana, curiosa como todas las mujeres, y que no quería perder nada de cuanto tuviera relacion con su futura dicha, no pudo resistir á la tentacion de oír todo lo que su jóven y buena ama dijera á Angel, y al efecto, se puso á escuchar detras de las puertas vidrieras que María cerrara tras sí, al penetrar á la sala.

VI.

Angel al encontrarse por esta vez frente por frente á su señora, creyó que con motivo al incidente del vaso de agua, iba á ser reprendido.

Creyó tambien que tal reprehension seria injusta, estemporánea, toda vez que el bochorno de su misma torpeza, la libertad que se habia tomado Gabriel, y lo que despues sufriera él mismo, eran lo bastante para que su imbecilidad, como habia dicho Gabriel, quedara castigada.

¿Qué mas, pues, se queria de él? estropearlo, ajarlo, humillarlo hasta lo infinito, porque su condicion era humilde?—No—se dijo despues que por su cabeza hubo pasado todo eso—no lo consentiré. ¿Por qué en nuestra condicion es un grave delito dejar caer un vaso de agua sobre las faldas de seda de una encopetada señora, y no lo es en ella, seguir á un loco amante á deshoras de la noche, y ocultar á otro en su propia casa, despues de los devaneos de un baile? Qué supremacía puede tener sobre los demas la que así obra. ¡Ninguna!

Con estas diabólicas ideas Angel era perdido, su despecho habia llegado á tal grado, que la crisis que hiciera debia ser espantosa.

La venganza lo habia estado azuzando desde la noche anterior, y parecia que el demonio tentador lo ayudaba en sus designios.

Encontró á la loca de Juana á su paso, y la hizo su primera víctima.

Despues tropezó con otro loco mas loco que Juana, y lo reservó como la víctima que habia de menester para sacrificar á los demas que se propusiera en su brutal instinto.

María á causa de esto se encontraba amenazada de muerte sin saberlo.

¿Ni cómo hubiera podido creer tal cosa, ella, que prodigaba cariño á manos llenas, y que su divisa era hacer bien siempre y en cualquiera parte que fuera?

—¿Me llamabais, señorita?—dijo Angel al ver entrar á su señora tan hermosa y provocativa como siempre.

—Sí, tenemos que arreglar unas cuentas muy largas.

—Estoy dispuesto á darlas.

—¡Hola! . . . ¿Conque tal seguridad tienes en poderlas rendir? Muy prevenido estás.

—Como veo que de un año á esta parte todo me sale mal, me he vuelto previsor, temeroso de caer en vuestro desagrado.

—¿Y cuál es ese cúmulo de males?

—Ni yo mismo puedo darme cuenta de ellos.

—Sentencioso estás, mi buen Angel.

—Puede ser que ahora mismo, sin saberlo, os desagrade.

—Veo que sabes mas que lo que te he enseñado. ¿En dónde has aprendido tanto?

—No he tenido mas maestros que vos, y los pocos libros que me he proporcionado.

—¿Y ellos te han enseñado que seas caviloso, escón-

trico, y que ensimismado en lo bueno ó malo que en ellos hayas aprendido, te divagues á tal extremo que no sepas lo que haces, al grado que te crean monomaniático, acometido siempre de influencias estrañas que te hacen cometer mil torpezas? A la verdad que voy creyendo que tu monomanía ha pasado al estado perfecto de locura, y á algun pesar oculto atribuyo la causa.

Angel fijó sus ojos en María.

Esta continuó.

—Anoche, por ejemplo, no sé en qué pensabas al dar lugar á que me abochornase por tu causa. Echaste á perder mi vestido, y estoy por decir que mas se inmutó por tu torpeza Juana que estaba á mi lado, que tú mismo.

María á su vez fijó sus bellos ojos en los de Angel para inquirir en ellos el efecto mas ó ménos comunicativo que el nombre de Juana pudiera producirle.

Este, preocupado con lo que le dijera anteriormente María, solo pensaba cuál podria ser el concepto que su ama se habria formado de sus pesares ocultos, á que atribuia la causa del cambio que se efectuaba en su vida.

—¿Qué dices de esto, Angel?—persistió María como por ver si en sus palabras descubria algo.

—Nada, que mi excesivo cuidado por no manchar vuestro vestido con una gota de agua, me hizo incurrir en un mal, que bien sabe Dios que no fué por culpa mia.

—¿Pues de quién?

—¿De mi fatalidad, señorita, porque soy muy desgraciado.

Este era el terreno á que María se habia propuesto atraerlo para luego infundirle confianza y aclarar la verdad de lo que tanto le importaba, por el bien de Juana.

—Sepa yo al ménos en qué consiste esa fatalidad, y

esa desgracia de que tanto te lamentas, para que pueda disculpar tus continuas distracciones.

Angel guardó el mas profundo silencio.

María se impacientaba.

—¿No las puedo yo saber?

El mismo silencio por parte de Angel.

—¿No merezco ya tu confianza? el hombre acaso se ha olvidado de cuando fué niño?

--Nó.

--Pues entónces, á qué ocultarme pesares que yo puedo calmar, males que tal vez pueda remediar.

—¡Imposible!. . . ¡imposible!. . .

—¿Y por qué?

—¡¡Porque es imposible!!

—¿Acaso crees tú que no me intereso en tu suerte, en tu porvenir; que no te miro desde léjos, y estoy pendiente de tus menores pensamientos? Crees que no he observado que algun deseo te inquieta, te entristece, porque tú por tí solo no puedes realizarlo? Has olvidado, Angel, que tanto tú como Juana os habeis criado juntos, y que lo que sois y valeis lo debeis á mis padres, y despues á mí? Pues cómo puedes pensar que en tus cuitas te deje abandonado, si estando en mi mano hacértelas olvidar, me encuentro dispuesta á ello?

Angel no queria creer lo que oía.

María continuó atacándolo de frente.

—Tus solícitos cuidados por estar pendiente de mí, tu afan por servirme, por estar el mas tiempo posible á mi lado, y esa indecision en todos tus actos, que te venden con los constantes cambios de tu rostro, unas veces pálido, otras como la escarlata, y otras pusilámine y avergonzado; me dicen que la causa es, el estar tú enamorado.

El page sintió una cosa imposible de describir.

—¿Y qué tiene de particular que estés enamorado?—
continuó María sin saber en qué laberinto se había metido.

—¿Acaso es un crimen el amor? No, Angel, no lo es si se ama como tú, con amor recatado, esento de pasiones bastardas, y con el noble fin de unirse por medio del indisoluble lazo del matrimonio con la criatura que se ha elegido por esposa y compañera.

A Angel le pareció que deliraba.

—Pobre eres, es verdad;—prosiguió María siempre llevada de su noble fin—pero á mi lado no te faltará nada, y la elegida de tu corazón podrá llamarse dichosa.

Uno de los visillos de seda de la puerta vidriera de la sala fué descorrido de uno de sus extremos por la cautelosa mano de Juana, que dejó asomar uno de sus ojos vivarachos, á causa de no conformarse con solo oír, sino que también quería ver.

Esto no pudo ser observado por ninguno de los que estaban en la sala, demasiado preocupados en sus conferencias.

—Conque vamos á ver, Angel; sé mas franco conmigo. ¿Quién es la causa de tus pesares? ¿Es la pícara de Juana?

Angel se fué de espaldas despertando de su idealismo.

—¿Es á ella á quien amas?

—¡No! —Dijo Angel sin vacilar.

Esta vez le tocó á María no querer dar crédito á lo que Angel le contestaba.

La puerta vidriera pareció por un momento agitarse por sí sola.

—Entonces...—insistió María—¿marás á otra.

—Sí—contestó Angel balbuciente.

—¿Vive con nosotros?

—Sí.

—¿Y se llama?....

Angel, guardó silencio como otras veces.

—¡Vamos! ¿qué te detiene?

—El respeto....

—Ya te he dicho que lo guardes para otra vez. Aquí solo soy tu amiga, la depositaria de tu secreto.—¡Pobre Juana!—se dijo despues para sí.

—¿Y si su posicion no fuera igual á la mia, y luego me despreciase?

—,Qué disparate! El amor todo lo iguala. ¿Quién de los de casa puede ser superior á tí, distinguiéndote yo entre todos?

María, en medio de la formalidad con que queria llevar su índole medianera adelante, no pudo ménos de reirse para sus adentros por la idea humilde del page, que se consideraba inferior á los demas que la servian; cuando si algunos estaban en primer lugar eran él y Juana, y fuera de ahí no conocia ella á ningun otro.

—¿Me permitís decíroslo sin ofenderos despues?—dijo Angel alentado con aquello de *el amor todo lo iguala*.

—Claro está. Pero sepamos primero cómo tuvo origen ese amor. Sepamos ántes del nombre de la persona amada, los méritos de ese amor, que pica en misterio. No sabia yo que en casa existiera una persona á quien tú no te atrevieras á llegar, por ser superior á tí, y ya me impaciente por saberlo.

Angel, cada vez mas alentado por este juego de palabras, que su vanidad no acertó á comprender, sino á su modo, y guiado con mas insistencia que nunca de su fatal pasion, rompió el silencio que hasta entónces guardaba con respecto á la verdadera causa que, si no lo ha-

bia vuelto loco, lo iba á volver, segun el mismo sentir de su señora.

--Quiero—dijo poniéndose como la grana y zumbándole los oídos—á una mujer de quien no tengo esperanza de ser correspondido, porque ella nació rica y yo pobre. La quiero, señorita, desde que abrí los ojos á la luz, porque junto á ella crecí, junto á ella me educaron, y porque juntos jugamos y nos quisimos, primero como hermanos, y despues con ese amor que nos aleja á causa de nuestras diferentes condiciones.

María volvió á pensar en Juana.

--Continúa, Angel—le dijo.--Se necesita contigo la paciencia de una santa, por ese carácter que Dios te ha dado tan incomprendible. Todo tú te vuelves enigmas que solo tú puedes descifrar. Concluyamos de una vez, si quieres que yo haga cesar todas tus cuitas.

Angel prosiguió con mas arrojito:

--Mi educacion, como sabeis, señorita, no puede compararse con esa otra de séres abyectos destinados á servir de autómatas, sin mas aspiraciones ni otras ideas de sí mismos, que las que les inculcaron los que se denominaron sus amos y señores. Esto me animaba, me ha animado para no perder la esperanza del logro de mi constante anhelo. ¿Qué estraño seria, me he dicho repetidas veces, que al fin me ame con solo mirar mi lucha entre el deber y el respeto que la debo, y lo que silenciosamente sufro por ella? ¿No lo iguala todo el amor? ¿No somos todos iguales? ¿Por qué, pues, me habia de creer, andando el tiempo, distante de ella? ¿Aún puede ser un obstáculo la desigualdad de condiciones, para la mútua felicidad de dos que se aman? ¡No!. . . .

--¿Luego ella te ama?. . . .

--No lo sé, porque el que ama, jamas quiere llegarse á

convencer de que no pueda ser amado. Su trato familiar para conmigo, sus solícitos cuidados en mis dolencias, su afán por tenerme junto á sí en sus paseos, si no me dicen que me ama, al ménos me demuestran que no me aborrece, que no me rechaza.

—Claro está, y de eso á ser correspondido, no hay mas que un paso, Angel.

—¿No es verdad?—interrogó Angel con los ojos chispeantes de alegría.—Pero es el caso . . . —continuó tristemente.

—¡Malo! Hay un *pero*, la cosa se presenta mala.

Angel la miró de hito en hito.

—Que ella ama á otro, que le miente amores. . . .

—¡Horrible fatalidad!—le interrumpió María.

—Y á otro, que tampoco puede amarla, puesto que la deshonra.

—¡Luego ella es una mujer perdida, una mujer sin corazón! ¿Y dices que habita bajo este mismo techo?

Angel habia avanzado demasiado: los celos, compañeros inseparables de su amor, lo precipitaban, y su propósito firme era no retroceder.

—Quería, á la vez que dar rienda suelta á lo que por tanto tiempo retenia oculto despedazándole las entrañas, hacer ver que él con sus amores de humilde esfera, valia mas que los encopetados señores que echándola de caballeros, la engañaban cual si fuera una mujer cualquiera; y que ella, tal vez adivinándolo, jugaba con ellos de la misma manera que ellos con ella.

En resúmen, Angel se consideraba la víctima de un amor que no habia sido comprendido; y tanto lo creia así, que se juzgó con derecho, en virtud de lo que vió ó se creyó, á hacerla saber lo que por su ceguedad no sabia.

La inteligencia, obtusa en estos momentos, de Angel,

no le permitía pensar de otra manera. El necesitaba un pretesto real ó verdadero para llegar al fin que se proponía, y su *pero* le pareció que se prestaba á todo cuanto pudiera apetecer.

¡Ay del alma que se descarria y que todo le parece bueno siempre que halague sus mezquinas pasiones!

El momento era llegado; ni Angel podia retroceder, ni María podia dejar de saber el nombre de la que habitando bajo el mismo techo que ella, fuese de tan perversas condiciones, que á mas de patrocinar el escándalo, jugaba con el corazon del pobre page que por desgracia la amaba tan lealmente y con tan nobles intenciones.

Ya se ve, habia estudiado tan poco el corazon filósofo del jóven.

—¿Y por qué, Angel, viéndola tú en tal precipicio— continuó María compadecida de la ceguedad de la jóven, y despechada de que en su casa sucedieran tales cosas—no la sacas de él, no la haces comprender su error, y que hay quien la pueda amar con la sinceridad con que tú la amas? Las pobres mujeres son á veces víctimas de los engaños de los hombres; pero cuando abren los ojos y se convencen de la realidad, ellas son las primeras en prosternarse ante lo verdadero y lo santo. ¿Qué dices de esto, Angel?

—¡Que es verdad!

—¿Por qué, pues, no has obrado así?

—Porque, como dije ántes, señorita, está en muy elevada posicion para que yo pueda llegar hasta ella.

—Vas picando mi curiosidad. ¿Pues quién es ella?

Angel, nó obstante su propósito, vaciló en contestar.

—Te he preguntado su nombre, Angel.

—Me confundiria si lo dijera.

—Es que yo te lo mando.

—Pero despues. . . .

—Despues ¿qué?

—Podriais arrepentiros de que lo pronunciaran mis labios.

—Te prometo ser prudente.

—No bastaria eso.

—¡Oh! tenemos condiciones?

—No es eso lo que he querido decir.

—¿Pues qué bastaria en tu buen sentir?

—Que fuerais indulgente.

—¿Con quién?

—Conmigo, por haberme atrevido á revelar lo.

—¿Acaso es un crimen revelar el nombre de la que se ama?

—No lo es cuando ella no se cree ofendida.

—No se creerá, yo te lo aseguro.

—¿Me lo asegurais?

—Sí, hombre, acabemos de una vez. ¿Se llama. . . .?

—¡María!—esclamó al fin Angel con voz queda, temblorosa, y cayendo de rodillas como el criminal que espera el último fallo.

María no acertó á creer lo que oia; todos los nombres de sus sirvientes pasaron por su imaginacion, y no encontró ninguno que se le pareciera.

—¿María? En casa no recuerdo á ninguna de ese nombre. Será tal vez fuera. . . .

—No, sino aquí.

—¡Aquí!—insistió María comenzando á formalizarse.

—Aquí, señorita.

—¿El lugar que ella ocupa. . . .?

—El que vos ocupais ahora mismo.

—¡Vamos! yo creo que te has vuelto loco--le contestó María con altivo ademán despreciativo.

Angel no se atrevió á levantar los ojos, ni á moverse de la posición en que estaba.

El mismo se espantaba de su inaudito atrevimiento.

Juana, desde la vidriera que la ocultaba, comenzó á despertar de la pesadilla que habia tenido principio la noche anterior, y desde el momento en que penetrara al cuarto de Angel.

Entonces comprendió que él era un infame y ella una loca.

Tuvo intenciones de haber entrado á la sala y haber derribado por el suelo á la víbora que la habia mordido, pisoteándola hasta pulverizarla.

Pero se contuvo y juzgó prudente esperar el fin de una escena que debia de acabar por vengarla.

María dudaba ya si debia continuar representando un papel que parecia ponerla en grave riesgo de ser faltada al respeto que se la debia, ó si daba término brusca-mente á la escena que su buen corazon habia provocado, ignorando el fin que ella tendria.

—¿Qué haces arrodillado aún, Angel? ¿Qué significa esa violenta demostracion, que no conduce á nada?

—Significa que me compadezcáis, ó que me perdoneis.

—¿Y por qué?

—Porque os he abierto mi corazon, porque os he descubierto la verdad, que ignorabais, porque os he dicho que os amaba, que os amo, y porque en fin espero que decidais de mi suerte.

—¿Que estás diciendo, desgraciado? ¿qué has dicho? --le preguntó María avergonzada de sí misma y despechada de la insolencia del page á quien hubiera querido hacer desaparecer con su irritada mirada.

—¡Que os amaba, que os amo!—repitió Angel con temerario arrojo y casi sin poder permanecer en buen equilibrio sobre sus rodillas.

—¿Luego es decir, que esa mujer á quien tú no podías llegar, era yo?

—Sí.

—¿Y que yo amo á uno que me engaña y á otro que me deshonra?

—Sí.

—¡Miserable!—dijo María lanzando un grito preñado de indignacion, de rabia y de despecho y avanzando hácia Angel en ademan amenazador.— ¡Has olvidado quién soy, y quién eres tú, y que tu infame calumnia puede costarte cara?

Angel por contestacion cruzó los brazos, cerró los ojos é inclinó la cabeza, como demostrando que todo lo tenía previsto y que esperaba las consecuencias con serenidad y sangre fria.

—¿Es así como recompensas, despreciable sabandija, todo el bien que te hecho? Habla, responde, explícate, si no quieres que te arroje de este lugar infamemente.— Y se dirigió al cordon de la campanilla en actitud de tirar de él.

Angel se puso de pié, y llevando su mano á los cadejos de sus cabellos que caian sobre su frente, los hizo atrás con ademan altanero, y dispuesto á no doblarse por mas tiempo.

—No, no lo hareis, señorita,—dijo en tono amargo de reconvenccion—porque yo no he cometido un crimen. Encarecer mi amor, deciros que os amo, y advertiros los males que os causan los que no conoceis, es demostraros que no olvido los bienes que se me han hecho y que tengo una alma capaz de sentir lo que otros sientan, sin

embargo de que mi desgracia me haya colocado en tan humilde posición.

—¿Y desde cuándo te has figurado tú que el milano puede nunca igualarse á la águila?

—Desde que el águila baja hasta ser milano para rebajar su origen real.

Angel se acordó para esto del escritor filósofo Juan Jacobo Rousseau.

—Es decir que el águila. . . .

—Son esos que os comprometen, que os engañan, y á quienes sin embargo preferís porque no son de humilde condicion, ni tan sandios, ni tan pusilánimes como yo, que por no parecerme al águila me veo ahora tratado como sabandija á quien no se le concede ni el derecho de quejarse. ¿Y por qué? porque no tengo un gran tren para vivir, ni un gran nombre para figurar; como si todos no fuéramos iguales, y no amase de la misma manera el pobre que el rico.

—¡Basta ya! y dime quiénes son esos á quienes prefiero, deshonrándome el uno y burlándome el otro.

—Arturo Montero es el primero, á quien no se ha visto salir despues del baile, y suponen oculto en la casa.

—¡La Vírgen Santísima me valga!—esclamó María en lo supremo de su espanto, y herida de una manera cruel en lo mas profundo de su alma.--¿Quién es el infame que se ha atrevido á suponer tan asquerosa calumnia?—preguntó aún á Angel con las lágrimas en los ojos.—¡Responde, dí!

—Los que lo han visto entrar y no salir.

María, palida como la muerte, fué de nuevo al cordon de la campanilla y tiró de él.

Juana, tan pálida como ella, se presentó lanzando á

Angel una mirada terrible, que no fuera mas amenazadora la de la pantera.

Angel estaba lívido.

—Juana, Juana, ¿has oído lo que ha dicho este infame que se ha atrevido á hablarme de amor? que en casa se ha ocultado esta noche Arturo Montero, que todos lo han visto entrar y ninguno salir. Juana, ó Angel es un calumniador, ó yo estoy deshonrada á los ojos de los que tal se han atrevido á aseverar.

Y la pobre de María ocultó su bella cabeza en el regazo de su camarera favorita, pudiendo apenas tenerse en pié.

—No lo creáis, señorita; por desgracia vuestra y mia no sabíamos que acariciábamos un demonio vestido con el ropaje de un ángel; pero hoy que ya lo conocemos, debemos dudar de cuanto diga y haga.

—¡Oh! pero si esto es una falsedad, es preciso castigarla severamente—y volvió á tirar de nuevo del cordon de la campanilla, hasta quedársele en las manos.

A la vez se presentó el mayordomo, que por mas prisa que se dió en acudir al llamado no pudo hacerlo al primer toque.

—Llamadme á Antonio-- dijo María al recien llegado.

Este se apresuró á cumplir la orden, pues algo grave se figuró que ocurría, y desde el corredor llamó al solicitado.

Antonio, que no las tenia todas consigo, se presentó en el acto.

Los cuatro personajes de esta escena estaban pendientes de que María interrogara ó mandara.

—Antonio, hoy se ha dicho que D. Arturo Montero se ha quedado despues del baile en mi casa.

Antonio se desconcertó ante salida tan brusca.

—Vos que sois el guardian de esta casa, y que teneis obligacion de estar al tanto de quién entra y de quién sale, ¿sabeis si alguno, por cualquiera causa imprevista se ha quedado despues del baile en esta casa?

Antonio vaciló visiblemente en contestar.

María, Juana y el mayordomo esperaban ansiosos? la contestacion.

Angel, que no sospechaba que Antonio pudiera saber su entrevista con Arturo, esperó tranquilo su contestacion, que de cualquiera manera que fuera, en nada lo podria comprometer.

Antonio se retardaba en contestar, y entretanto María sentia pasar por sus venas un frio glacial.

—¿Habeis oido lo que os he dicho, Antonio?

—Sí señora; pero no sé si debo. . . .

—¿Qué, obedecer cuando yo mando?

—No, sino hablar delante de los demás—contestó Antonio temeroso de cometer una imprudencia.

--Es que yo no os he preguntado en ausencia de los que aquí están presentes, y cuando así pregunto, es porque así quiero que se me responda.

—Si así me lo exigís, debo manifestaros con pesar mio, que á las cuatro y cuarto de la mañana el señorito Arturo tocó á mi puerta cuando todos dormiamos.

Una admiracion general reinó entre los circunstantes.

La desgraciada María volvió á abochornarse, porque conocia bien á su pesar, las consecuencias que tan incomprendible incidente podria acarrear sobre su honra limpia hasta entónces.

No pudo tenerse de pié por mas tiempo, y fué á caer al sofá que junto á sí tenia, cubriendo con su pañuelo

su rostro anegado en lágrimas que no le fué posible ocultar por mas tiempo.

Estaba perdida sin remedio ante la sociedad que no tardaria en imponerse de semejante escándalo, y perdida ante Gabriel, que le importaba mas que la sociedad y el mundo entero.

Todos contemplaron su dolor y la juzgaron inocente, escepto Angel que comenzaba á saborearse de su obra.

—Que sufra ella por mí, como yo he sufrido por ella; —se decia el villano— que vuelva á despreciarme; yo la enseñaré que todos somos iguales, y que nunca podemos tener derecho para menospreciarnos los unos á los otros.

Juana se acercó á su ama cariñosamente.

—No os aflijais, señorita, ninguno será capaz de tener un mal pensamiento.

María, despues de breves instantes, se puso de pié: la tranquilidad habia huido de ella desde el momento en que Antonio viniera á manifestar la realidad de lo que solo atribuyó á despecho en Angel.

—¿Y se ha visto salir á ese hombre despues?—dijo.

—No señora—contestó Antonio.—Lo he buscado por toda la casa, y ni su rastro aparece.

—Pero Antonio,—dijo María profundamente conmovida—¿por qué no dió vd. parte de lo ocurrido?

—Hay cosas, señora, que no siempre atina uno á resolver, y como no supe de dónde venia... dudé, vacilé, no obstante que...

La llaneza del portero era para María un doble martirio.

—Bien está: puede vd. retirarse—dijo María no encontrándose con valor para continuar oyéndolo.

Antonio se retiró compunjado, y pensando para sus adentros, que hubiera hecho muy bien en haber cojido

del pescuezo al caballero y presentárselo al mayordomo. Pero para tranquilizar su conciencia se dijo, y decía muy bien:—Hay casos en que se vacila acerca de lo que se debe hacer.

—Señora, siento sobremanera lo ocurrido;—dijo á María el mayordomo, un tanto cortado—pero es la primera noticia que tengo, no obstante la vigilancia que recomendé y la que yo mismo en persona tuve. Ya se ve, no es posible estar en todo. Bien sabeis lo difícil que es atender á esta canalla de criados, que si no se está sobre ellos, nada bueno hacen. Sin embargo, yo indagaré la verdad de lo sucedido. ¿Mandais otra cosa?

—Sí, que busqueis colocacion á Angel, que no puede permanecer en esta casa un día mas.

Angel habia tomado en consideracion este final desenlace de su temeraria empresa, así es que ni pestañeó.

Juana tambien se lo esperaba, y la halagó esta determinacion de su señora que la vengaba, no obstante que ella por su parte se reservaba hacerle sentir todo el mal que la habia hecho abusando de un momento de locura del que estaba arrepentida con toda su alma, porque no sabia á dónde irian á parar las consecuencias de hora tan fatal para ella.

—Ya lo oís, caballero;—dijo el mayordomo en tono magistral—la señora lo manda, y no hay mas que obedecer.

—¡Obedeceré!—dijo Angel con marcado encono.

—Dadle algunos ausilios, y que salga de mi casa—repitió María pensando en la audacia y preponderancia que el page se habia tomado.

—Gracias—contestó Angel.—El hombre no necesita de limosna para vivir, tiene el mundo por suyo. La natura-

leza es una buena madre, que no sabe distinguir, y mide á todos por igual. Llegará un día en que me trateis de otra manera que ahora, y entónces tal vez ya no pensaré como ahora pienso.

En lo que acababa de decir Angel, se encerraba toda una amenaza, que si María y los que la acompañaban lo hubieran premeditado, pesando á la vez en la revolucion por que el país atravesaba, tal vez no la hubieran oido con la indiferencia con que la oyeron.

--Ta, ta ta; todo eso estará muy bueno, allá en los libros que habeis leído; pero aquí no, porque cuando manda el capitan no hay mas que cartucheras al cañon. Vamos á arreglar la maleta y cuidado con lo que se dice á la señorita--le replicó el mayordomo algo mohino.

--Vamos--dijo Angel, saliendo de aquella sala, campo de sus primeras batallas con la fortuna, á quien pretendia avasallar.

El mayordomo lo siguió, y ambos desaparecieron.

Apénas lo hubieron hecho, María se dirigió á su camarista.

--Ya ves, pobre Juana, en qué han venido á parar tus amores.

--Ya lo he oido todo, señorita; es un infame de quien juro vengarme.

--Cuidado, hija mia, con la venganza, porque esta á veces se vuelve contra nosotras.

Juana, en medio de aquella lucha que sostenia motivada por su secreto, sentia hacérsele el corazon mil pedazos, porque en vez de entregarse como era natural á todo su dolor sin embozo, tenia que aparentar ante su ama otra afeccion que no reconocia mas origen que el pesar de un amor burlado, cuando el verdadero era el deshonor que ese amor le habia costado, y el deseo de

humillar hasta lo infinito al infame, que le había fingido amor.

--Pero consuélate, hija mia;—la dijo María—date el parabien de no haber sido tú la primera víctima de ese insensato que despunta mal. Ahora es preciso que corras en busca de Gabriel; que le digas venga á verme sin pérdida de momento. Es preciso que sepa lo ocurrido, que no llegue á sus oídos desfigurado el lance de esta noche; porque entónces me despreciaría, no me querría creer, y creelo, yo me moriría de pesar y de vergüenza.

Esta orden de María, pesó á Juana, porque ántes que Angel saliera de la casa, queria ella arreglar sus cuentas con él.

Desde luego pensó cómo haría las dos cosas á la vez. Viva de imaginacion, dió con lo que buscaba.

--Voy al momento—dijo á María, y ligera como una golondrina desapareció de la sala.

María quedó sola y entregada á sus propias reflexiones.

VII.

Pocos momentos habrían trascurrido de esto, cuando Juana saltaba el último escalon y bajaba al patio.

Desde luego se dirigió al portero y le dijo:

--D. Antonio, me ordena la señorita que le diga, que no deje salir á D. Angel intertanto no vuelva yo de la calle. Excepto D. Gabriel, ninguno puede pasar á verla.

—Prosigue la tormenta, ¿no es eso?—contestó el malicioso portero.—Id descuidada, que así se hará.

Juana, satisfecha con su mentira que le había de dar por resultado su última entrevista con Angel, desapareció del zaguán de la casa en cumplimiento de la orden que se le había dado.

Volvamos á Angel y á Arturo Montero. Este cansado de esperar al primero, y fatigado de su tormentosa noche, se había quedado dormido en la habitación en que el page lo encerrara.

Puede mas en la juventud la fuerza de su lozana naturaleza, que cuantos gustos ó pesares puedan atormentarla.

Los rayos del sol que penetraban por la ventana de la habitación de Angel, herían el sereno rostro de Arturo Montero, cuyas facciones no denotaban en tales momentos que su alma fuese atormentada por pesar ninguno.

El sol quemaba el fino cutis de sus mejillas, y esto le hizo abrir poco á poco sus cansados ojos, bien á su pesar.

Una vez despierto, comenzó de nuevo á sentir el mal-estar y la inquietud de su difícil situación.

La tardanza de Angel lo ponía cada vez mas en cuidado, pues consideraba que cuanto mas avanzase el día, mas dificultosa se haría su salida de la casa en que no debió haber penetrado, á estar cierto de lo que le había de pasar.

—¿Qué pensar de tal tardanza?—se decía paseándose de arriba abajo del cuarto—¿Si se habrá olvidado ese condenado page de mí? Pues lucidos quedaríamos si se propusiese hacerme pasar el día en esta prision, en la que ya me aburro como un condenado.—Y despues de pasado un rato continuaba hablando, siempre para sí:—

Aunque bien mirado, no creo que estuviera mal pensado, pues de ese modo se evitaria el riesgo de que fuese conocido, y la pena á esa encantadora María de que la maledicencia se cebara en ella. ¿Cuanto va, á que así lo ha pensado ese rapaz que parece que en su vida ha quebrado un plato? Pero en ese caso, debe acordarse que mi estómago no está acostumbrado al ayuno, no obstante de que soy un buen católico. Si siquiera volviese á darme un rato de conversacion, á consolarme de esta incertidumbre que me mata!—Y á medida que así decia, violentaba su paseo sin saber qué hacer en trance tan congojoso.

—Recapacitemos—se volvió á decir tomando asiento sobre la cama de Angel.—Si no vuelve es porque ve la cosa mala por allá fuera, y si vuelve. . . .—aquí hizo una pausa—es porque puede estar malísima y viene á darme el grito de alarma. Todo puede caber en lo posible, y yo no puedo ya esperar nada bueno, si no viene la noche en mi auxilio. Pongámonos en el primer caso. ¿Qué debo hacer? No lo sé. Lo mejor es revestirme de valor, presentarme á la hechicera de esta mansion y darle mis humildes disculpas, y pedirle perdon de mi torpeza. Bien está; ¡pero con esto se evitarán las habladurías de los criados que tiempo les faltará para ponerlo en boca del elegido de su corazon? ¡Esto es mas negro! ¿Quién se habia acordado de Gabrielito Espinosa, que con el mejor buen humor del mundo puede antojársele darme una estocada, para dejar bien puesto el honor de su dama? ¡Demonio! La cosa se pone cada vez mas seria de lo que yo creia. Nada, nada: opto por la noche, no haga el diablo que la comedia se convierta en tragedia.

En esto estaba de sus cavilaciones, cuando sintió que por fuera metian la llave en la cerradura de la puerta.

A poco apareció Angel.

VIII.

Arturo esperó con ansiedad á que le hablase.

Dos pensamientos preocupaban á Angel en aquellos momentos: el primero, la realizacion de su venganza, que consistia en la salida de Arturo de su habitacion, á la hora en que mejor pudiera ser visto de todos, y en el encuentro, que con el aviso que habia dado á Gabriel, debia efectuarse entre ambos rivales, si es que lo eran. El segundo la órden que tenia de abandonar la casa en que naciera, y esto, como veremos mas adelante, fué causa para él de muy serias y graves reflexiones.

—Señor,—dijo secamente á Arturo al presentársele—podeis salir.

—¿Está libre el paso?—le preguntó Arturo, poco satisfecho del laconismo del page.

—Salid y lo vereis.

—Esa no es contestacion, amigo mio, y noto por tu alterado acento que vienes de pésimo humor.

—¿Cómo quereis entónces que me esplique? Estamos en el caso de perder tiempo en inútiles palabras?

—Ciertamente que no; pero es el caso que me hablas de un modo, que mas bien parece que te propones echarme al lobo, en vez de evitar que me acometa.

—Podrá ser; mas cuando la cosa no tiene otro remedio, se recibe como viene.

—Me pones en cuidado: y en verdad te digo, que no creo prudente lanzarme por esos pasillos, espuesto, no

solo á que me vean, sino á que me dén el alto cual si fuera un fascineroso. ¿Has previsto tú todo esto?

—Yo no he tenido tiempo de prever nada; solo os digo que podeis y debeis salir sobre la marcha, porque voy á abandonar este cuarto para siempre, y no quiero que los encuentren en él.

—¿Qué estás diciendo!

—Que hace un momento he sido despedido de la casa, que el mayordomo no debe tardar en venir á este sitio para que le haga entrega de lo que no me pertenece, y que no pretendereis comprometerme por mas tiempo, ni dar lugar á que se me acuse de encubridor.

—Esto va de mal en peor, querido.

—Así lo creo, y ved cómo os las componeis.

—¿Acaso tu diablura de anoche ha sido descubierta?

—No hay que perder tiempo, señor D. Arturo: salid.

—Pero, hombre, si es casi imposible que yo mismo me ponga en las astas del toro.

—Entónces dareis lugar á que ántes de partir, dé aviso de lo ocurrido.

—¿Y serias capaz?

—No, si os vais ántes.

Arturo reflexionó, y se convenció de que era llegado el caso de tomar una resolucion.

—Está bien: voy á dejarte en paz—dijo Arturo, aliñando su vestido lo mejor que pudo, y disponiéndose á salir.

Angel dejó escapar una sonrisa de triunfo, y tambien se preparó á disponer su partida.

—¿Quién estaba en el patio, ahora que pasaste por él? —preguntóle Arturo por última vez.

—No ví; venia demasiado distraido.

—Pues queda con Dios.

—El vaya con vos.

Y Arturo bajó los tres escalones de la habitación del page, sin querer ver hácia ninguna otra parte, hasta llegar al cuarto del portero Antonio.

El page, abrumado por sus propias ideas, necesitaba de un momento de reposo, y fué á clavarse de cabeza en la mesa en que hubo pasado el resto de la noche anterior, sin considerar que no lo lograría, porque cuando la conciencia no está tranquila el espíritu no duerme.

IX.

Arturo, al grado que habian llegado las cosas, se resolvió por demostrar á María, que ántes que todo era caballero, y que la debía una satisfaccion.

—Nada más justo;—se decia queriéndose convencer á sí mismo—¿pero cabe satisfaccion ante semejante escándalo, mediando las circunstancias que median entre Gabriel y María, entre estos y la sociedad...? Maldita camarista...! ¿Y luego, para qué...? Nada, la cuestion no tiene mas que dos soluciones: ó me admite ella por esposo, sacrificándonos ambos en aras de la sociedad, para evitar todo comentario deshonroso, y esto no me parece del todo malo, ó me dejo matar de Gabriel, que aunque no sea mas que por cubrir las apariencias el muy tunante, no tendrá empacho en hacerlo: esto, en verdad sea dicho, es de muy mal gusto para hombres así como yo, que les gusta la vida pacífica, en materia de amoríos. No, no:—se decia desconsolado—de ninguna manera podrá quedar arreglado este condenado negocio, ni aun cuando la diera una satisfaccion en público.

En esto llegó á la puerta de la habitacion del portero. Antonio, al volverlo á ver por segunda vez, se quedó estupefacto, no queriendo dar crédito á tanto descaro.

Arturo se encontraba frente á aquel á quien horas atrás habiale pedido amparo y proteccion.

—Avisa á la señora, que deseo verla con urgencia para asuntos que importan—dijo Arturo á Antonio con marcado desparpajo.

—¡Que avise á la señora!. . . . Y quién sois, caballero, para darme semejante orden?

--¿Qué dices?.. . .

—Que la señora no recibe á esta hora á ninguno, y ménos á vos, que bien podeis salir por esa puerta si no quereis que os suceda otra cosa. Claro, clarito, ¿estamos?.. . . Nos habeis de tener tan contentos despues que. . . .

—¡Insolente!--dijo algo amostazado Arturo, que no las tenia todas consigo.--Haz lo que te mando.

--¡Habrá descaro igual! Pues no me van dando tentaciones de cogerlo del frutaque, y plantarlo de patitas en la calle!--replicó Antonio remangándose las mangas de su chaqueton de felpa negra, y en ademan amenazador.

Arturo no contaba con tal incidente.

Desde que dejó de ver á Antonio, la cosa habia cambiado para él, y no sabia á qué atenerse; pero una vez en aquel camino de que no le era posible retroceder, no hubo mas remedio que andarlo.

Antonio creyó que estaba en el cumplimiento de su deber, y se propuso hacer ostentacion del derecho que le asistia, atendiendo á los antecedentes que ya conocemos.

Tal vez hubiera acertado, si en vez de la tentacion que tenia con el frac de Arturo, hubiera acompañado el di-

cho al hecho: la cosa hubiera cambiado de aspecto, pues María no habría dicho nada por ello y la cosa hubiera pasado por un atentado á su casa y á su persona; de la misma manera que, si Arturo en vez de pararse en el cuarto del portero, hubiera tomado las escaleras arriba, se habría evitado de hacer la cosa mas pública.

Mas la fatalidad se cebaba en la pobre de María, y se habia propuesto poner de peor condicion la calaverada del jóven atolondrado.

Este, viendo el aire imponente que tomaba Antonio, procuró no reagrar su situacion, toda vez que llovian desgracias sobre él, y sobre su impensada víctima.

—Avisa á la señora, que la cosa importa, y modera ese tono que no hace al caso.

—¿Cómo, que no hace, y os habeis metido de rondon en esta casa, de la misma manera que lo habria hecho un cualquiera? Pues estamos frescos, con que todavía vengais á darnos lecciones de buena educacion.

En esto llegaban de la reyerta, cuando apareció el mayordomo.

—¿Qué ocurre?—preguntó, como hombre que sabe lo que va á hacer.

—Ocurre—se apresuró á contestar Antonio—que este caballero insiste en ver á la señora, cuando es el que anoche. . . .

—Bien, bien está—le interrumpió el mayordomo, que no juzgó prudente que los demas criados espectadores de esta escena se impusieran de lo ocurrido en la noche.— Puede subir este caballero á ver á la señora.

—Pero es que yo tengo orden de. . . .

—Haced lo que os mando, y no os metais en mas: caballero, la señora está visible para vos.

Arturo Montero tomó las escaleras arriba sin espera

á mas: la presencia del mayordomo fué para él milagrosa.

Antonio se quedó refunfuñando para sus adentros y los demas curiosos volvieron á sus quehaceres, preguntándose el por qué de aquello.

El mayordomo, despues de haber resuelto el altercado, que sin duda tuvo orden de cortar, fuése en derecha á la habitacion del page.

X.

Desde luego fué Montero introducido por el ama de llaves que suplió la falta del page, á la sala en donde impaciente lo esperaba María.

La posicion de ambos personajes era delicada, comprometida, como debe suponerse.

Arturo para disculparse tenia que mentir, que dar una satisfaccion, que no sabia cuál pudiera ser, y que por muy estudiada que fuera, nunca podria hacer desaparecer el grave mal que habia causado.

María en su calidad de mujer, ¿qué podria preguntarle, qué exigirle, para que su honor quedara bien puesto? qué, cuando Gabriel aún no llegaba, y necesitando de su consejo, que la iluminara en aquel trance tan comprometido?

Así es, que desde luego se encontraron ámbos atrojados y sin saber cómo dar principio á una escena que repugnaba á ella y á él.

El parecia ante ella, á manera de esos tímidos amantes que por la primera vez de su vida se ven sin testigos

de vista, y en el momento solemne de hacer su primera declaracion, que tal vez otros les han facilitado.

Ella ante él, cual si fuera la medrosa paloma próxima á caer en el lazo del astuto cazador.

María preveía que la escena que se preparaba seria para ella mortificante; pero no la habia rehusado, porque de ella dependia tal vez la solucion de aquella maraña que entre sus hilos la tenia enredada.

Arturo era el único que podia desenredarla, aclarando por incidente las palabras enigmáticas del page, y dando solucion satisfactoria á una escena bochornosa en demasía para María, que por todos lados se veia amenazada.

Arturo fué el primero en romper el silencio enojoso en que se hallaban.

—Señora,—la dijo—la fatalidad, y solo la fatalidad me ha traído hasta aquí. Un incidente, de aquellos que no sabe uno cómo esplicarse, me llevó al jardin en busca de aire puro que dar á mis pulmones asfixiados ya á causa de la cálida y pesada atmósfera del salou en donde anoche fuisteis admirada como reina, y con justicia, porque no hubo ninguna que os igualara en majestad y hermosura.

—Adelante, caballero, adelante—le interrumpió María con tono grave.

—El suave y puro aire del jardin, impregnado del aroma de las flores,—prosiguió Montero pausadamente, temeroso de incurrir en un dislate—el reposo en que entré desde luego, la bella perspectiva que ante mis ojos tenia, y el silencio adormecedor, tan solo interrumpido de vez en cuando por los acordes sonoros de la música que hasta allí llegaban, produjo en mí, en hora fatal, ese sueño que nos invade despues de largas horas de fatiga.

—¿Y bien? . . . —preguntó María, ansiosa de llegar al desenlace.

—Me quedé dormido, señora, completamente dormido como un ganapan en uno de los blandos bancos de césped, soñando con los encantos de vuestro suntuoso salón de baile, y con las mil divinidades que él contenía, siendo, como dije ántes, vos la suprema divinidad de todas ellas.

—Caballero, lleguemos al fin; que no es esta ocasion de creerse todavía en el baile.

—Ahí está precisamente mi mal, mi desgracia. Dormido seguí soñando con el baile, y como si estuviera despierto, me creí entregado á todas sus fascinaciones, y en vez de sacudir el sueño, como lo hubiera hecho, si en mis facultades hubiera estado, me dejé dominar de él, sin que me permitiera pensar, que al despertar podia, como sucedió, encontrarme en una casa que no era la mia. Sí, señora, me quedé brutalmente dormido en vuestro bello jardin, de donde ha poco salgo, despues de haberme despertado la luz del dia, que me ha echado en cara mi simplicidad, mi inadvertencia, mi torpeza, y todo lo que vos querais para afeár la libertad que me tomé sin calcular las consecuencias. Por eso vengo ahora á rendiros mis disculpas, á pedir os perdon, y á que me exijais cuanto creais que pueda serviros para desagraviaros cual mereceis y corresponde á un caballero como yo, que jamas fué su intencion ofenderos en lo mas mínimo.

—Quiero creer os, caballero, porque nunca podia imaginarme que fuerais tan vil, que conociendo las consecuencias que podrian orijinarse de vuestra impremeditacion, os hubieseis abandonado al sueño que mas tarde debia de ser funesto para mí: ¿pero podrá esto salvar las apariencias, evitar los comentarios, ó que la calumnia se

cebe contra mí? ¡Oh! me habeis hecho mucho mal, y no sé cómo pueda perdonaros, ni vos darme una satisfaccion que no dejenere en el ridículo ante esa sociedad, que tal vez en estos momentos se ocupa ya de nosotros por vuestra falta de juicio, y descuido imperdonable de mis criados.

—Es verdad, señora, es verdad, y poco ó nada tengo que decir ya en mi defensa. Soy un atolondrado que sin advertirlo he causado un mal, del que estoy una y mil veces arrepentido, si es que puede haber arrepentimiento en donde no hay culpa. ¿Ni qué culpa puede haber al ser sorprendido por el sueño en un agradable sitio? ninguna; pero es el caso que ese sueño ha sido como el del viajero que á causa de su fatiga goza un momento de él bajo de un árbol envenenado, que al despertar le ocasiona la muerte. Sin embargo, señora, no nos alarmemos aún. En vuestra casa solo me han visto vuestros criados, y encargándoles el sijilo. . . .

—Será bastante para que lo divulguen.

—Entónces os daré una satisfaccion en público, me acriminaré y pediré el castigo de mi falta, para dejar vuestro honor á salvo.

—Lo suficiente, caballero, para que no os crean, y mi honra sea mas cruelmente vulnerada.

—Pues bien, señora, entónces no nos queda otro recurso que hacer un cruento sacrificio en aras de esa sociedad tan exigente.

—¿Cuál?

—Casémonos por conviccion, aunque sin amor.

—Caballero, olvidais que. . . .

—Entonces no encuentro otro medio, y en cuanto á que ya no os perteneceis, debemos ser francos; creo que estais en un error: con lo ocurrido esta noche por una de esas fatalidades que no tienen explicacion, dudo que Ga-

Gabriel de Espinosa insista en no devolveros vuestra libertad.

—Entonces—dijo María arrebatada por una noble inspiración—dejaré á la sociedad que se cebe en mí, y á Gabriel que piense lo que quiera. Algun dia ella y él me vindicarán; pero jamas consentiré en acceder á una propuesta que no desvanecerá su calumnia, aun cuando con ella aparezca ante sus ojos vindicada. Arrostro, pues, las consecuencias de vuestra impremeditacion, si á ese precio se han de evitar, y me basta solo Dios, que sabe juzgar de la virtud de sus criaturas, aun en medio de una sociedad como la nuestra, que de todo juzga mal. Podeis retiraros, para que demos fin á una escena desagradable por todos conceptos. Verdadera ó falsa vuestra excusa, no puede de ningun modo remediar el mal que me habeis hecho; pues bien, que no nos vuelvan á ver jamas en la vida, próximo el uno del otro. con esto me basta para creer que nunca tuvisteis intenciones de mancillarme, y para perdonaros vuestra irreflexion.—Dicho lo cual, María tiró del cordon de la campanilla, para dar fin á una escena que empeoraba su situacion, y que debia terminar como su dignidad se lo aconsejaba.

Demasiado sabia ella que estaba perdida ante la casquivana sociedad; pero no por eso se dejó doblegar ante exigencias que pugnaban con sus propios sentimientos de mujer honrada, como lo era, aun cuando las falsas apariencias la acusaran.

Arturo, en medio de sus calaveradas, perniciosas unas y otras inocentes, tenía buen corazon y nunca hizo alarde de aquellas que pudieran tener consecuencias que lamentar.

Lo que habia propuesto á María, no era efecto de un hecho pensado, sino como el único medio de dejar bien puesta la honra de su impensada víctima.

En fin, se habia propuesto remediar el mal que habia hecho, de la manera que en tales casos la sociedad lo exige, sin meterse á investigar si las apariencias son ciertas ó engañosas, y tanto mas tenia Arturo la conviccion de remediarlo, cuanto que sabia á no dudarlo, que Gabriel fingia amor á María, sin saber por qué, pero que lo cierto era que amaba á otra, y que esa otra se llamaba Sofía. Con este antecedente y lo ocurrido, creyó que para Gabriel era lo bastante para que diera fin á unos amores, que ¿mas tarde ó mas temprano debian de acabar.

—Señora,—insistió aún Arturo, notando la accion de María—al tirar de ese cordon, os dejais llevar de un justo despecho, atendida la posicion en que por desgracia os he colocado; pero en vez de dejaros arrebatat de unos celos y de una dignidad que, salido yo de aquí, no remedian en lo absoluto las consecuencias que tratamos de evitar, seria fácil que os arrepintierais de esa violenta demostracion, impropia del caso en que nos encontramos.

—¡Esto mas! ¡Si querreis todavía imponerme condiciones en mi propia casa despues de lo ocurrido?

—Antes por el contrario, suplico que mediteis con calma en mi propuesta, que aunque á primera vista parece una locura, una estravagancia, una insolencia, si quereis, en el fondo es lo único capaz de remediar lo acaecido, y de resolver el caso en que nos encontramos. En fin, no tenemos tiempo que perder, toda vez que habeis llamado á vuestro criado. Si para acceder al sacrificio á que ambos nos debemos de someter, os detiene el hombre de quien estais llamada á ser esposa, espere-mos á que él resuelva lo que nosotros no podemos en este momento. Yo siempre estaré dispuesto á reparar una falta que nunca me perdonaré sin ántes haberla expiado. Y os recomiendo, señora, no olvideis esta mi última pro-

posicion: si os ama, él solo podrá poner una mordaza á la sociedad que se prepara á comentar lo acaecido en vuestra casa; si no, tal vez mañana ú otro dia pensareis que es digno de vuestra indulgencia, el que ahora se retira de vuestro lado avergonzado y arrepentido de un incidente en cuyas consecuencias no pensó sino hasta despues de ocurrido.

El mayordomo se presentó al llamado que hizo María.

—Haced salir á este caballero—dijo María—y que jamas se le permita la entrada en esta casa.

Arturo por toda réplica, inclinó la cabeza en señal de sumision, y convencido de que María obraba en su derecho y con justicia.

El caso no era para ménos, aun cuando ninguno se considerase culpable.

María, si hemos de decir verdad, no obraba conforme á sus sentimientos, pero se veia obligada á obrar de modo que nunca se pudiese comprender entre sus criados, que ella toleraba ó perdonaba lo acontecido con Arturo, que podia interpretarse peor de lo que ya se habia interpretado.

El mayordomo esperó á que Arturo saliera ante él.

Este así lo hizo, despues de saludar á María ceremoniosamente, y no sin que en su rostro se diese á conocer por la sangre que afluia á él, el bochorno que lo acompañaba.

Caballero y mayordomo desaparecieron á la vez.

María intranquila y desazonada esperó la vuelta de su camarista, que debia traerle razon de Espinosa.

Miéntras, Arturo llegó á la calle, y lo primero con que tropezó al salir del zaguan, fué con Gabriel de Espinosa, que tuvo que detenerse para dejarle el paso libre, saludándole ceremoniosamente y sin demostrar en su

semblante nada que hiciese sospechar á Arturo que él sabia algo.

Arturo, pálido como el dia en que lo habian de enterar, le devolvió el saludo y prosiguió su camino sin ningun otro incidente digno de mencionar.

Gabriel pasó de largo sin hacer alto en la casa de María, y como si hubiera pasado por allí al acaso.

Arturo no supo cómo esplicarse aquello, y ambos desaparecieron á lo largo de la calle, en opuesta direccion.

XI.

Angel, despues de reconcentrarse en sí mismo y de haberse entregado todo él á sus sombrías reflexiones, tomó resueltamente su determinacion, y aquella calma aparente con que lo dejamos en su habitacion, despues de la salida de Arturo Montero, se tornó en una exaltacion febril que desde luego lo puso en activo movimiento.

—Adelante,—se decia—adelante: sonó la hora en que sacuda el servilismo que por tanto tiempo me ha tenido sojuzgado á los que les tocó en suerte nacer ricos, como si no fuéramos todos iguales y gozásemos de los mismos derechos. Adelante: los hijos del pueblo tenemos las mismas prerogativas que los de esa aristocracia insolentada. Se obstinan esos grandes en hacernos pequeños, probémosles que valemos tanto ó mas que ellos. Angel, el pueblo te llama entre sus banderas, corre á acojerte bajo de sus pliegues y amparado de ellas, haz la guerra á la tiranía, al despotismo, á la supersticion, á la insolente sociedad que insulta á la otra mitad con su boato, con sus viejas

tradiciones, con su ciego fanatismo, con sus retrógradas ideas que envuelven el oscurantismo de tiempos que ya pasaron. Adelante, Angel, y siempre adelante: naciste en el siglo del progreso, y él te convida con sus luces. Derriba, destruye y pulveriza todo lo que se oponga á su marcha rejeneradora. Naciste libre como el aire, perteneces á esa otra mitad de la sociedad que se llama soberana, y ¡ay del que detenga la marcha del progreso con que está llamada á figurar sobre esa otra que ya pertenece al pasado! El grito de libertad, independenciamiento é igualdad ha resonado en los confines del Sur; corre en pos de tus hermanos que te llaman á ser libre y á defender tus derechos, aun cuando para ello tengas que ir á pié y descalzo. Pero si la victoria es de tus hermanos, abatidos hasta ahora, cuál será tu placer al ver la humillacion de esos que se titulan señores y nos tratan peor que á esclavos. Adelante pues, Angel, y no te arredre obstáculo alguno, aun cuando fuese preciso poner las manos en el altar que han convertido en bazar de mercancías para ocultar sus liviandades.

A la vez que Angel así se espresaba, entusiasmándose por momentos, pues participaba de las ideas de la revolucion que ya se comenzaba á oír rujir por todas partes, sacaba de su baul diversidad de piezas de ropa de uso, que desatentado y sin saber lo que hacia, las iba arrojando en medio de la pieza.

Su exaltacion habia llegado á tal grado, que ya se creia en el campo de batalla, proclamando los derechos del pueblo soberano, y remontándose por sí solo al poder á que lo llamaba su desmedida ambicion.

—Nada, nada quiero—se decia arrojando á derecha é izquierda cuanto en el baul habia—la patria me lo dará todo, de ella solo debo recibir lo que no mancha ni hu-

milla, porque sabe recompensar con usura á sus hijos que la defienden de la tiranía de los que la oprimen.

Aquí habia llegado de sus raiocinios belicosos y amenazadores, cuando el mayordomo se presentó con su calma aparente habitual.

Crejóse al penetrar á la habitacion, encontrarse en casa de locos, á la perspectiva que ante su vista tenia, y desde luego preguntó al page, qué significaba todo aquel desorden.

—Nada, que os hago entrega de todo lo que no me pertenece.

—Bueno va ello, y bonito modo de hacerlo, si tal cosa tuviera lugar. Creo que habeis perdido completamente el seso. Lo que así botais con tanto desprecio os pertenece de derecho; la señorita no me ha ordenado que os impida llevar lo que mejor os convenga.

—Es que nada pido, ni nada quiero. Sé trabajar.

—Jesus, cuántas cosas habeis aprendido, Angelito. Eso se tiene la señorita por haber alimentado sierpes.

Angel arrojó sobre el mayordomo una mirada que impuso á éste, y le hizo comprender, que el page nunca pararia en bien, y á contar desde el momento en que saliera de la casa que le habia servido de asilo.

Habia leído en su mirada algo terrible que se asemejaba al odio y á la venganza.

—Este muchacho no parará en bien—se dijo á media voz, abandonándolo á su suerte y sintiendo indignacion al ver tanta ingratitud

El page, que de nuevo hubo quedado solo, tomó del fondo del baul un objeto que sin duda buscaba y que guardó cuidadosamente en los bolsillos de su chaqueta de paño azul.

Después tomó la manta de su cama, la dobló en tres dobleces y se la echó al hombro.

Entonces paseó su vista al rededor de su habitacion y no encontró nada que hacer.

Se acercó á la ventana que tantas veces habia halagado sus ilusiones, y fijó sus ojos frente á las persianas verdes tras de las cuales habia visto dibujarse á favor de la luz y en noches venturosas, al sér que pudo haber hecho de él un ángel, si Dios lo hubiera dispuesto de otra manera.

Una lágrima de rabia se desprendió de sus ojos, á la vez que un dolor agudo le oprimió el corazon.

—Será la última—se dijo enjugándosela con el dorso de la mano, que después se llevó al corazon.—Sí, la última: y tú, pobre corazon, será esta vez la postrera que te lastime el dolor.

Resuelto estaba á abandonar para siempre el asilo de su infancia, cuando al verificarlo se le presentó Juana, sin darle tiempo á que pusiera el pié en la escalera, porque en ella se la encontró al efectuar su salida.

XII.

—¿Ya de marcha, señor D. Angel?—le dijo Juana entrando en la habitacion, sin ceremonia, y demostrando en su semblante la agitacion de que estaba acometida, cuya causa no era otra que la prisa que se habia dado en cumplir con la órden de su señora, y volver ántes que Angel se le escapase sin verlo.

—Sí, ya de marcha, si no mandas otra cosa—le con-

testó Angel disgustado de aquel encuentro para el que no estaba dispuesto.

—¿Y sin despediros de mí?

—Me gusta evitar todas las ocasiones de disgusto.

—Y como ésta os afligiria sobremanera. . . .

—No he dicho que los disgustos sean por afliccion.

—¿Pues entónces por qué?

—Por esplicaciones que no pueden atraer otra cosa que enojos entre tú y yo.

—De ayer á acá, habeis cambiado de una manera, que ni la madre que os dió el sér os conoceria si os viese.

—El hombre tiene esos cambios frecuentes en el largo período de su vida. Fisiologistas hay que hasta marcan esos períodos de transicion.

—¿Y en cuál os encontrais vos?

—¿Y para qué lo quieres saber?

--Para saber á qué atenerme en la larga esplicacion que vamos á tener.

—Otro dia será eso. No puedo perder tiempo ahora que tengo que salir de esta casa.

—De no ser ahora, no será nunca, D. Angel, yo os lo aseguro. Yo tambien me encuentro en uno de esos cambios de que hablabais hace poco. Desde anoche, ya soy otra. Vuestras lecciones de elocuencia y de saber me han hecho maestra, y mis locuras me han abierto los ojos mas de lo que os habeis figurado. ¡Han pasado tantas cosas de anoche acá!

—Podrá ser cierto.

—Y tan cierto, que al mas topo le bastan para abrir los ojos como á mí se me han abierto. Voy creyendo á veces que basta un dia para aprender lo que no se sabe en un año.

—¿Y qué sabeis? vamos, sepamos.

—Primeramente, que sois un hipócrita, un taimado, que os habeis cubierto por muchos años con la piel de la oveja, siendo como sois un lobo peligroso.

—Si no fuera mas que eso.

—¿Pues qué mas quereis ser?

—A mas de peligroso, podria ser pernicioso, dañino.

—Vos lo habeis dicho; á mí me faltan á veces palabras con que poderme espresar.

—Sea enhorabuena, y vamos al grano, que te he dicho que no puedo detenerme por mas tiempo en esta casa.

—¿Y á dónde vais?

—A donde sepan conceder al pobre lo que de ley se merece.

—¿Pues qué os mereceis?

—Las consideraciones que se me quieren negar porque Dios no quiso colocarme en otra altura, lo que al hombre libre no se le niega, el derecho de espresar sus ideas, toda vez que tenemos iguales sentimientos, y que nuestra alma no se diferencia en nada á la de los demas.

—Yo nada entiendo de tanta palabrería: y si todo eso lo decís por lo que os ha pasado con la señorita, muy merecido lo teneis. Olvidasteis vuestra condicion y lo que la debemos, y con ello no hicisteis mas que insultarla; y no direis que por falta de advertencia, pues cuando me engañabais, en pocas palabras os lo hice conocer. Tonta de mí que por mi locura extrema me dejé alucinar. ¡Oh! no tiene perdon vuestro abuso, ni mi primera falta.

—Hasta que por fin has venido á parar á lo que querias. Veamos ahora qué te propones.

—Haceros conocer que el camino que habeis elegido es malo, y que os acarreará muchas pesadumbres.

—¿Cómo puedes tú saberlo?

—En primer lugar, porque de un salto quereis llegar á donde otros no han llegado sino despues de muchos años de honrados trabajos: en segundo, porque sin haber llegado, ya quereis gozar de las ventajas que llegando á él se obtienen, y como esto es un absurdo, por no decir una barbaridad, creo que os vais á encaprichar en ello, y esto os hará cometer muchos disparates que podrán costaros caros, muy caros, porque con la suerte, señor D. Angel, no hay que medir fuerzas. El primer paso que habeis dado en la carrera que os proponeis seguir, os ha salido mal, muy mal.

—Sí, ¿y por qué?

—Porque os habeis espuesto á que os hagan conocer vuestra verdadera condicion.

—Ya me verán en otra.

—¿Y á costa de qué?

—No lo sé aún.

—Os han despedido de la casa de que nunca debisteis salir, y en la que andando el tiempo, tal vez os hubieran hecho ser, si no todo lo que pudierais ambicionar, por lo ménos algo mas de lo que sois.

—No hace muchas horas que me dijiste, que cuando mas, podria aspirar á ser cochero. Agradezco todo el bien que me puedan hacer si ha de ser parecido á ese. Nada les pido, ni nada quiero.

—Por las vías legales, no creo que se pueda aspirar á mas, sino á aquello que esté al alcance de nuestra condicion.

—Adelante, Juana, adelante. Eso ya lo veremos. El hombre puede ser lo que quiera, siempre que tenga fuerza de voluntad y la suerte lo favorezca. Dios al darle su libertad le hizo árbitro de sus acciones

--Sí, pero siempre que sea por buen camino, porque si no le deja que se estrelle.

--Voy conociendo que sabes mas de lo que yo creia.

--Con tan buen maestro como vos, algo se me ha pegado.

--Pero es el caso, que si continuamos así, nunca llegaremos al fin que te propones.

--A ello vamos. ¿A dónde pensais marcharos?

--No lo sé aún.

--¿Os vais solo?

--¿Pues con quién me he de ir?

--Conmigo.

Angel se sorprendió de la salida de Juana; jamas pudo imaginarse que la que sabia la pasion verdadera que lo dominaba, que la que amaba á su ama como á madre, y que la que debiera estar indignada contra él, y con justicia, prefiriera olvidar y abandonarlo todo, por seguirlo, sin saber siquiera, si aun esto le seria concedido.

--Vamos, Juana,--le dijo Angel--tú te chanceas.

--Hablo formalmente.

--¿Has olvidado todo lo ocurrido?

--Si lo hubiera olvidado, no os lo habria recordado hace un momento.

--Entónces debes estar loca ó ciegamente apanasiada de mí.

--Ni lo uno ni lo otro.

--¿Entónces. . . .?

--Me propongo dos cosas.

--¿Cuáles son?

--Ser vuestro ángel bueno, y dar un padre á mi hijo si es que lo tengo.

Angel reflexionó.

—¿Y si el demonio no se deja convertir, como es posible?

—Si no lo convierte la mujer, lo convertirá el hijo.

—¿Y cómo puedes tú saber que puedes llegar á tenerlo?

—Porque la que puede ser madre raras veces se engaña, y si lo llego á ser, no quiero que mi hijo se encuentre sin padre, y si se lo encuentra en el trascurso de los años, no quiero que lo encuentre criminal.

Angel se quedó meditabundo.

Juana estaba inspirada.

La naturaleza le dictaba esa elocuencia que no se aprende.

Pensaba en su porvenir, de cualquiera manera que se juzgase.

Si como soltera, ella no debia de pertenecer á otro hombre sino al que le debia su honra; si como madre, con doble motivo, ya fuese un hipócrita ó ya un criminal.

La suerte de él debia ser la de ella, y poco le importaba que fuese á costa de cualquier sacrificio.

El mal estaba ya causado, y forzosamente tenia que pensar en su honra y en la de su hijo.

Fiaba, pues, en el porvenir, en Dios, que algun dia tocaria el corazon del hombre á quien por tan mal camino veia dirigirse.

—Juana, creeme una cosa.

—¿Cuál?

—Que debes olvidar todo lo pasado.

—Lo que me ataña á mí, sí; pero no lo que puede importar á lo que sobrevenga del pasado.

—No sobrevendrá nada. Por otra parte, ni tú ni yo podemos ser responsables de lo que solo es efecto de la fatalidad.

—Siempre, D. Angel, contestais con esas doctrinas que acabarán por perderos—le contestó Juana amargamente.—Si la fatalidad nos arrojó á cometer un mal, cesa este de existir desde el momento en que nos apresuramos á evitar sus consecuencias. ¿Qué mas puedo hacer ya, que sacrificarme por vuestro bien, que será el de nuestro hijo, si lo tenemos? Si así no fuere, entónces os dejaré en entera libertad, os pertenecereis á vos enteramente.

—A mi lado no serás feliz.

—¿Quién sabe?

—Mi vida de hoy en adelante va á ser otra. Puedo verme rodeado de peligros, y si por desgracia me das un hijo, no quiero hacerlo participar de la suerte que yo corra, si es que es mala.

—Por lo mismo quiero acompañaros, para alejaros de esos peligros.

—Podria odiarte teniéndote por obstáculo.

—Tendria paciencia, y esto me serviria de consuelo de la única falta de que tengo que acusarme.

—Hay momentos en que el odio se convierte en rabia, Juana.

—Si tengo un hijo, sufriré sus consecuencias por él.

—¡Hay tal insistencia!

—Qué quereis, nosotras las mujeres somos así. . . .

—Pues por esta vez desiste de tus proyectos.

—Eso nunca: tengo mis temores, y por otra parte os he jurado unirme á vos en cuerpo y en alma, y no quiero ser á la vez perjura, ya que he sido loca.

—Vamos, veo que esto no tendrá término—Y Angel dió un paso hácia la escalera.

Juana lo detuvo.

—Angel, pensad bien lo que vais á hacer conmigo.

No agregueis á vuestra mentida honradez, la infamia. Todavía es tiempo de remediar vuestros desaciertos y los míos. La señorita es buena, y os perdonará si olvidais vuestra loca quimera. Aún podemos ser felices, y ella misma nos ayudará á que lo seamos.

Angel miró á Juana con ojos amenazadores.

--Vamos, si continúo dejándote hablar, acabarás por incomodarme. ¿Perdonarme á mí ella? ¿Y de qué?

--Sed reflexivo, D. Angel. Aún estais despechado, y no podeis ser justo; pero mañana, pasado mañana, ya la cosa habrá pasado, y entónces pensareis de otra manera, y hasta me agradeceréis lo que ahora tal vez os repugna. Yo os hablo como á mi primer amor que habeis sido, como madre que puedo llegar á ser.

--Déjate de sandeces, y demos fin á una conversacion enojosa.

—¡Angel!--dijo Juana en tono suplicante.

Angel, á decir verdad, en vez de compasion le causaba Juana repugnancia.

Esta no encontraba palabras bastantes con que poder explicar los sentimientos con que batallaba, y mucho ménos hallarlas podia en vista de la ceguedad del page que marchaba por muy distinto camino que ella.

Juana preveía los males que la podria acarrear el abandono del hombre á quien en un momento fatal se habia entregado; pesaba las consecuencias que todo ello podria atraerla; pero, lo repetimos, la pobre mujer no sabia hacerse entender de otra manera que como ol hacia, sin reflexionar siquiera que Angel en todo pensaba, ménos en ella, ni en las consecuencias de su momento de exaltacion.

Así, pues, era preciso que Juana pagara su irreflexion,

y Angel su insolente orgullo, y cada cual con su propia culpa.

Juana con la insistencia de Angel, de no querer acceder á su deseo, veía desvanecido el bello ideal que se formara, y esta contrariedad en sus propios sentimientos, la irritaba hasta el grado de convertirse poco á poco su mansedumbre en despecho, cuyas consecuencias, como eran de suponer, acabarían por orillarla al orgullo con todos sus defectos.

Angel la contemplaba, y si se quiere, comprendía los sentimientos que animaban á su loca víctima; pero estaba resuelto á no retroceder.

Un momento de reflexion á sangre fria, le habria bastado para, como le decia Juana, ser feliz, y alejarse de la senda á cuyo fin irremediabilmente encontraria un precipicio

Los dos sirvientes guardaron un profundo silencio, silencio que debia resolver la suerte de dos seres que se hallaban, el uno próximo á perderse para siempre, y el otro á pasar una vida amarga con el recuerdo del hombre que habia sido su primer amor.

¡Y el segundo de estos seres, estaba seguro de que la suerte se conformaria con atormentarlo con solo su recuerdo? ¿No podria suceder que tras un desliz lo impulsara á otro, y despues quién sabe hasta dónde?

Creemos que la cosa no pasará de ahí; que Dios no lo habrá engañado al suponerse que puede reproducirse, y esto sea el valladar de su primera culpa.

--Angel, ¿qué habeis resuelto?--dijo Juana como si estuviese pendiente aún de la resolucion definitiva de Angel.--¿Despreciais la felicidad del hogar doméstico, por la vida aventurera que os proponeis seguir?

--Sí--le contestó Angel sin titubear.--La felicidad

doméstica no me puede dar lo que yo ambiciono. Haz por olvidar cuanto ha pasado entre nosotros, y si algun día me anuncias que soy padre, vive tranquila, que no desatenderé al fruto de una fatalidad.

—Cuando seais un mal hombre, ¿no es esto? Entónces buen cuidado tendré de ocultarlo á vuestros ojos, y de no decirle á quién le debió el ser.

—Te dejo tambien en libertad para hacer lo que mejor te convenga.

—Sois un infame, D. Angel.

—Me lo han hecho ser, no lo era.

—Algun dia os pesará vuestra determinacion.

—Sea en buena hora.

Ambos guardaron nuevo silencio.

—¿No tienes mas que decirme?

—¡Nada!

Y Juana sin aguardar otra cosa, bajó los escalones que la separaban de Angel, limpiándose con las puntas de su delantal blanco, las lágrimas que á pesar suyo derramaba.

No habia sido comprendida la infeliz mujer, ó mejor dicho, comenzaba á expiar su ligereza.

Del cuarto de Angel, fuése al suyo á llorar con entera libertad.

La campanilla que la llamaba resonó en el gabinete de su señora: procuró tranquilizarse, y fué á ver lo que la querian.

Angel la vió desaparecer, y aunque algo emocionado, bajó con tranquilidad aparente los mismos escalones que ella.

XIII.

Atravesó el jardín, miró con insistencia cuanto lo rodeaba y á poco se encontró en el zaguan y próximo á poner el pié en el embaldosado de la calle.

Allí hizo alto como si algo le detuviese todavía; allintió verdaderamente que el corazon se le comprimía, y allí pensó que dejaba atras los dias tranquilos de su infancia para no volverlos á ver jamas.

¿Vacilaria aún en su determinacion, que en su principio parecia irrevocable?

En esto estaba cuando la voz del mayordomo lo sacó de su distraccion.

—Adios siquiera, amigo mio. Sois muy tierno al despediros.

A este reproche, el orgullo de Angel, adormecido por un instante, despertó fiero y altanero, porque ya no se creia, desde el momento en que se viera en el zaguan de la casa, bajo el dominio de poder alguno.

Empezaba á gozar de sus derechos, se consideraba igual á los demas y por lo tanto en libertad de hacerlos valer.

Era su alma rebelde, como las doctrinas que habia bebido en malas fuentes.

—¿Os importa algo que me despida ó deje de hacerlo?
—contestó Angel á la sátira del mayordomo.

—Lo cortés, amiguito, no quita lo valiente.

—Para las gentes serviles como vos, no; pero para los que no quieren humillar su frente, sí.

—Desde anoche os ha picado sin duda algun animal ponzoñoso.

—Pues cuidaos que la ponzoña que me sobra no os la arroje á la cara—dijo Angel subiéndole la sangre al rostro.

—Vé con Dios, buena pieza, y cuidado con lo que se hace otra vez. Sé mas cauto, porque no siempre se encuentran amas como la señorita.

Angel á la palabra *ama* cegó de ira: para él ya no habia amos, y sin poderse contener, avanzó hácia el mayordomo en ademan amenazador.

Antonio, que estaba desde su cuarto observando la escena, se interpuso entre ambos.

Entónces Angel tuvo por conveniente, sin poder pronunciar una sola palabra mas, menospreciar al viejo.

Este se vió tentado de tomar una tranca y apalear al insolente jóven que le habia faltado al respeto, pero Antonio le hizo ver que no merecia la pena de incomoderse por tan poca cosa.

—¡Descastado!—dijo el viejo temblándole la barba.—
Algún dia pagarás tu ingratitud.

Angel ya no pudo oír el anatema del viejo mayordomo; se encontraba en medio de la calle, é indeciso, sin saber qué camino tomar.

XIV.

Poco habia trascurrido de esto, cuando vió venir hácia él, un individuo cuya cara no le era desconocida, y sin esplicarse el por qué, se sintió emocionado.

El lo habia visto en alguna otra parte; pero se encontraba tan agitado su espíritu, que no le fué posible reconcentrar sus ideas para hacer recuerdo de él.

Largo rato batalló con su inteligencia para atraer á su memoria el recuerdo de aquel hombre que tan impensadamente se le presentaba, y en momentos de angustia, tales como en otra época los habia pasado.

—*Casa-Roja*—fué el nombre que pasó por su mente como un relámpago, y entónces recordó que en el camino que conduce á ella lo habia visto, primero entre las sombras de la noche y despues á la dudosa luz de la aurora.

El instinto le hizo comprender que aquel hombre podría ayudarle en sus designios.

El misterio en que lo consideró envuelto la primera noche que tropezó en su camino y que Angel jamas olvidaria, era para él causa bastante para simpatizar con el aparecido, y creerse con derecho á su proteccion, toda vez que algo le sabia ó suponía saberle.

Angel lo siguió, y apénas hubo pasado junto á él, la fortuna lo favoreció, pues al llegar á la esquina de la calle una voz gritó al que iba siguiendo:

—Adios, Leiva.

--Adios, mi amigo—contestó el nombrado.

—¿Qué tal va el hijo de Pedro?

—Bien, gracias á Dios.

--Ya será un hombre.

—No tanto.

—Salúdalo á mi nombre.

—Así lo haré, gracias.

Y Leiva, de quien no se deben haber olvidado nuestros lectores, siguió su camino, y Angel continuó en su seguimiento de la misma manera que si fuese la sombra de su cuerpo.

CAPITULO III.

Dos futuros héroes de la Revolucion.

Algo sabemos ya de los personajes que nos van á ocupar; pero no lo bastante, para el papel importante que les reservamos en el plan que nos hemos propuesto.

Gabriel Espinosa era un jóven, que ántes de tiempo se habia hecho hombre, debido á su organizacion precoz, á su carácter belicoso, y á su inteligencia despejada.

Si concebía un plan, pronto lo resolvía y lo ponía en planta, sin cuidarse de si sus resultados serian superiores á sus fuerzas ó de imposible realizacion.

Valiente cual ninguno, amaba el peligro porque el peligro lo habia respetado.

Para él no habia empresa difícil; bastaba que dijera se hace, para que se hiciese sin que le detuviera obstáculo alguno.

Sus amigos lo consideraban, y le llamaban el Napoleon I de la época.

Y esto era, porque afecto á la carrera de las armas, se habia afiliado en ella, y en cuantas batallas tuvo que encontrarse, siempre habia sido él el primero en acometer, y el primero en decir *¡hemos triunfado!*

Entre sus amigos que lo amaban y lo respetaban por su raro y escepcional génio, se encontraba uno á quien él preferia, porque congeniaban en ideas y carácter, y era éste Laurencio, que tenia casi la misma edad que él, y que tambien habia adoptado la carrera militar por no separarse del que desde la infancia habia considerado como á un hermano.

Ambos habian estudiado en el castillo de Chapultepec el arte de Marte, y ambos al entregarse por fin al servicio de la patria, habian ascendido en el escalafon del ejército con igualdad de grados, desde tenientes á coroneles que eran.

En la época á que nos venimos refiriendo, servian al gobierno establecido, y como preveian su caida á causa del incremento que la revolucion iba tomando, se hicieron conspiradores, calculando que era preciso trabajar para el porvenir, toda vez que el presente lo iban á ver desaparecer muy pronto.

Gabriel ambicionaba llegar á donde muchos otros habian llegado por medio de la revolucion: á la cúspide del poder.

Laurencio, aunque tambien era ambicioso y tenia las mismas convicciones que Gabriel, se contentaba con poder llegar á ser algun dia general de ejército.

Y lo creian tan á las veras los dos amigos, que un dia se contaron mútuamente el sueño que tuvieron en una misma noche, y que vamos á dar á conocer para que mejor se pueda juzgar del caso.

Gabriel es el que habla.

—Albricias, chico; albricias—le dijo un día á Laurencio al irlo á ver á su casa.

—¿Si y de qué?—le contestó éste.

—De que llegarás á ser general de ejército.

—¿Quién me dará la banda?

—El Presidente.

—¿El que hoy nos manda?

—No, otro.

—¿Y quién será ese otro?

—Yo.

Y Laurencio se echó á reir con todas sus ganas.

—Riete cuanto quieras; lo que es yo no haré tal cosa.

—¿Y por qué, Napoleon I?

—Porque lo he soñado, y yo, querido, tengo fé en los sueños.

—Espera, aguarda, que á mí me ha sucedido otro tanto anoche.

—Eso es, precisamente anoche me ha sido revelado.

—¿Habrá coincidencia! Yo soñé que seria general.

—Pues no lo dudes, Laurencio; tú serás general cuando yo sea Presidente.

—Yo no lo creeré hasta no tener otra señal que me haga ser ménos incrédulo con respecto á los sueños á que tú das tanto crédito.

—Puedes tenerla, si quieres.

—Sí, ¿y cómo?

—De aquí nos vamos á ver á ese famoso nigromante de que tanto se habla, y que posee todas las ciencias; á ese viejo de la calle de la Palma que dicen debe su poder fabuloso á ciertas "*Memorias del Pájaro Verde*" que dice él solo poseer.

—¿A quién, á Pablo?

—Al mismo.

—¿Al sonámbulo, al magnetizador, al espiritualista?

—Eso, eso es. ¿Quién mejor que él puede decirnos si nuestro sueño se llegará á realizar?

—Anda al diablo con tus preocupaciones. Bonita facha harian dos coroneles representando el papel del bobo en casa de ese charlatan.

—Incrédulo, incrédulo; algun dia tendrás que arrepentirte de tu incredulidad.

—Pero hombre, si me dijeras que estabas predestinado á ser Emperador, puede ser que no lo dudara, toda vez que ya te nombran Napoleon primero,

—¡Envidioso!

Entónces los dos amigos dieron fin á los comentarios de su sueño, y unas veces creyendo y otras no, no por eso dejaron de pensar que hay sueños que verdades son.

Una vez sabido este incidente casual en la vida de nuestros dos jóvenes, y lo demas que llevamos dicho, volvamos á Gabriel á quien encontraremos en su casa de la Acequia con su inseparable amigo en plática grave, á juzgar por lo acalorado de ella.

—En verdad, que no sé cómo resolver el caso—decia Gabriel paseándose de arriba abajo de su sala y con un papelito en la mano que tenia la apariencia de un billete.

—¿Pero te consta lo que te hace saber el anónimo?

—A mas no dudarlo. De allá vengo, y mis ojos no me pueden mentir.

--¿Has visto...?

--Sí; he visto al calaveron de Arturo Montero salir de casa de María á horas desusadas.

—La cosa es grave entónces.

—¿Y cómo si lo es! Y luego, el recadito de María con Juana.

—Las mujeres son el mismo diablo.

—Me daba una cita, precisamente un cuarto de hora despues de que Arturito se despedia de ella.

—¿Es decir que tú lo viste salir?

—A las siete y media de la mañana, é irresoluto de si debia obsequiar su deseo despues del aviso que este anónimo me daba, me dieron los tres cuartos para las ocho, hora precisamente en que la encubridora de Juana me habia citado para que me viera con su señora.

—¿Lo que son las mujeres, Gabriel! No hay que fiar ni de la mejor de ellas. Ahora, ¿qué piensas hacer?

—En eso estamos.

—¿No llegaste á ver á María?

—Ni por pienso.

—¿Entónces. . . .?

—No sé qué hacer.

—En tu posicion, lo mejor es no darte por entendido.

—Pero es que si así lo hago, ese mequetrefe de Arturo se va á reir en mis bigotes.

—Bien se guardará de hacerlo.

—La mosquimuerta de la Silva me tendrá por un sándio.

—Allá verá mas tarde que no lo eres.

—Pero es el caso que á los criados, que indudablemente lo habrán visto, tiempo les faltará para divulgar el suceso y. . . .

—Pierde todo temor: buen cuidado habrá tenido ella de hacerlo todo con maña.

—¿Y si no ha sido así? ¿y si mañana se divulga lo ocurrido despues del baile en casa de María? ¿En qué papel quedo yo, considerándoseme burlado por una coqueta y por un tunante?

—Deja todo eso á un lado, y vé derecho á lo que te

importa. Tiempo vendrá en que te desquites. Has consentido en hacer sufrir á la pobre de Sofía, en sacrificio de tus miras, y habias de ocuparte de un asunto que vendria á echarlas abajo, comprometiéndote en un lance que vendria á demostrar dos cosas: que estabas verdaderamente apasionado de María, y que habias sido engañado por ella como un chiquillo. Esto equivaldria á darle á Sofía el golpe de gracia, y á echar abajo el prestigio é influencia que por medio de esa veleidosa ingrata te propones adquirir, á tan dura costa, del banquero Siviliani.

—En eso pensaba precisamente.

—Pues nada, Gabriel, ocurre á la cita sin darte por entendido, y haz el nuevo sacrificio de tu orgullo y amor propio ofendido en aras de la patria que así te lo reclama. ¿No ibas tú á sacrificarla á ella de antemano cuando la creias una inocente paloma? ¿No has hecho sufrir bien á tu pesar á Sofía? ¿No has contrariado tus propias afeciones? ¿Y todo por qué? Por lograr un objeto, por realizar un plan en bien de esa patria que tanto nos va á costar. Así, pues, no hay que pensar en nada, sino en que está Siviliani de por medio, y que este puede coadyuvar á la realizacion de nuestro sueño.

—Dices bien, la veré; y ya con lo ocurrido tendré mas valor para decidirme, porque á decirte verdad vacilaba. Pero entónces creí que abusaba de la candidez de esa pobre mujer; hoy veo que no es lo que yo me pensé, y que la cuestion se reduce á ver quién engaña á quién. Cuente yo con Siviliani, que despues veremos quién es el burlado, si ella ó yo.

—Eso es, donde las dan las toman. ¿Y á qué altura te hallas ya con Siviliani?

—A buena.

—¿Será fácil hacerlo de los nuestros?

—Creo que sí.

—¿En qué te fundas?

—En dos cosas.

—¿Cuál es la primera?

—Es la primera, que anoche en el baile, pude sorprender que contemplaba con demasiada tenacidad á María. y es la segunda, que siendo como soy militar, no pierde la esperanza de que algun dia tenga que alejarme de ella.

—Y con eso te propones. . . .

—Allá lo verás. Lo acaecido esta noche en casa de María, ha de resolver el problema que me tenia algo preocupado por su difícil solucion. A su tiempo te daré cuenta de ello.

—Pues te dejo, que bastante hemos hablado y es necesario que no demores la cita que te pide María.

—La dejo para mas tarde; pienso primero hacer una visita á Siviliani.

—Entónces nos veremos luego.

—En casa de Sofia.

—¿Piensas ir allá?

—La debo una explicacion.

—¡Ah! sí, comprendo. La tienes en extremo ofendida, y dudo que capitule.

—Allá lo veremos.

La conversacion de nuestros jóvenes amigos fué interrumpida por la aparicion de Blas, portador de una carta, que puso en manos de Gabriel y luego desapareció.

Este se apresuró á abrirla, y despues de haberla leído, dijo á Laurencio:

—Es del gefe del Directorio.

—¿Qué dice?

268

—Nos cita á junta esta noche.

—¿Y en dónde?

—En el convento de los Agustinos.

—Pues hasta mas ver, que el dia se presenta en es-
tremo fatigoso.

Y despues de abrazarse se separaron.

—

CAPITULO IV.

Gabriel Espinosa en casa del banquero Siviliani.

I.

Don Miguel Siviliani era el banquero que gozaba de mas crédito entónces.

Italiano de nacimiento, debia su inmensa fortuna á las mil revueltas políticas de México, que le habian permitido hacer grandes operaciones de agio con los gobiernos que sin cesar se habian sucedido.

Como extranjero en el país, no tenia opinion política: para él todos los gobiernos eran iguales, y con todos se hallaba bien, sin que esto fuera un obstáculo para que les ayudara mútuamente á derrocar, pues en ello escribaba el mejor resultado de sus multiplicadas especulaciones; y como todos los gobiernos necesitaban de él, de aquí provenia que el triunfante olvidaba lo que habia hecho por el caido, y este á su vez lo que hubiera hecho por el que derrivaba cuando le llegaba su turno de imperar.

Por lo demás, D. Miguel Siviliani era metódico, caritativo, poco orgulloso, mezcla de aristócrata y republicano, sér anfibio que participaba de los dos elementos, siempre y cuando fuere menester en los casos en que se encontrase en la vida política, financiera y social.

Comprenderle era difícil, profundizar su alma, empresa ardua, pues cubierto siempre con antifaz doble, jamás se podía saber los verdaderos sentimientos que lo dominaban.

Sin embargo, era envidiado y respetado, y nadie podía suponerse que aquel hombre pudiera envidiar á su vez la suerte de algun otro mortal.

Y nosotros sabemos que sí.

Amaba á María Silva, y la preferencia que esta habia dado á Gabriel de Espinosa, era un motivo de envidia para el banquero, que mil veces hubiera querido cambiar su posicion por la de aquel que era un obstáculo para saciar la única ambicion que se le habia hecho difícil realizar, no obstante sus millones y alto prestigio.

Y esto era tambien, porque tenia que luchar con los años que en nada le ayudaban á sus vehementes deseos.

D. Miguel Siviliani era bajo de cuerpo y un tanto cuanto encorvado; de carnes regulares y semblante ajado; de pelo gris, y bastante amanerado en sus modales. Sus ojos, de regular tamaño, vivarachos é investigadores. Cuando se acicalaba frente á los magníficos espejos venecianos de su gabinete de vestir, se lamentaba de que sus millones fueran impotentes para reparar los deterioros que los años le habian causado cuando pensaba consagrarse al amor.

—¿De qué me sirven—se decia cuando en tal ocupacion se hallaba—mis arcas llenas, si por llenarlas ahogué los sentimientos de mi corazon, y ahora que vuelvo á sen-

tirlos con mas vehemencia me encuentro viejo y maldita la cosa para lo que me puedan servir? Para qué me ha servido mi afan de atesorar? para ser un esclavo de mi dinero. Soy un imbécil, de quien mucho se han de reir los que me hereden.

Como se ve, Siviliani habia hecho su biografía en cuatro palabras.

La bella María lo habia venido á preocupar, despues de cincuenta años en que no se habia tomado la molestia de pensar seriamente en el amor.

María ignoraba que su banquero alimentara por ella un amor, que estaba muy distante ella de sentir, pero ni aun de presumírselo siquiera.

Lo amaba como se ama á un buen amigo, como se quiere al hombre en quien tenemos depositada nuestra confianza y fortuna, porque cuida nuestra hacienda y la hace fructificar.

Habia confiado sus cuantiosos intereses á su honradez y probidad, y como mujer sola que era, á nadie despues de Gabriel, podia querer como á él, ni tributarle mas distinciones que las que le tributaba.

Verdad es que María tampoco era una niña, para que le fuera del todo imposible simpatizar con él: ella se creia muy distante de él, alucinada con su amante; y aunque el banquero solia formarse sus castillos en el aire pensando que las mujeres á veces tienen sus caprichos, de los que suelen desistir, no era verosímil que al pronto cambiara la alucinada la edad propecta por la viril. Siviliani, para su desgracia, no lo creia así; en sus momentos de locura amorosa, pensaba que María podria muy bien participar de sus ideas, que para él nada tenían de extravagantes.

—¿Qué va á hacer—se decia cuando no le era posible

alejarse de su pensamiento el recuerdo de María—con preferir á un atolondrado que la dará millares de disgustos, y la derrochará cuanto posea? ¡Un militar! Bonita recomendación para asegurar el bienestar y la felicidad de una mujer.—María es juiciosa—se repetía á cada hora del día Siviliani, formándose sus dorados castillos—y allá buscaremos el modo de hacerla comprender que hace mal en dar la preferencia á un mozalvete que todavía tiene los cascos á la ginetá: y en cuanto á éste, preciso será hacer con él lo que he hecho con otros muchos, aunque con distinta mira. El es valiente, audaz, y la época se presta para los fines que me propongo. Sí, esto es, una vez alejándolo de María, maldito si se vuelve á acordar de ella. El militar solo ambiciona gloria, y dinero, que lo que son mujeres le sobran por donde quiera que va.

Siviliani halagado con sus propias ideas, fiaba en el porvenir para el logro del único pensamiento que lo atormentaba, y por el que habria dado sin duda alguna cuanto se le hubiera pedido.

II.

En esta vez que nos va á tocar en suerte contraer con él relaciones mas íntimas, lo encontraremos en su espléndida sala amueblada con lujo desmedido, y rodeado de algunos capitalistas, ocupados con él en combinaciones mercantiles de plaza, y en otros negocios de mas ó ménos importancia, que no es del caso dar á conocer.

El fastidio comenzaba á invadirle, cuando se pre-

sentó en la puerta de la sala uno de los camaristas, y anunció la visita de Gabriel Espinosa.

En el momento mandó que entrase, y sus ojos se animaron con aquel brillo que tan bien le estaba.

Gabriel se presentó á pocos instantes, y despues de saludar á los circunstantes, se le invitó á que tomara asiento; lo que no rehusó despues de haber paseado su mirada investigadora en torno de los que á su entrada se pusieron en pié.

—¿A qué debemos, mi jóven amigo, la fortuna de dejaros ver?—fué el primero en decir el banquero.

—A la amistad con que os dignais favorecerme—le contestó Gabriel.

—¿Qué nos decís de nuevo?

—Lo que por sabido se calla.

—La revolucion continúa tomando incremento, ¿no es esto? Positivamente es una desgracia que nunca podamos estar en paz. Vosotros los militares de estas regiones, deberiais ser colocados mas alto que los de Atenas y Esparta. Sois infatigables: años vienen y años van, y siempre se os ve sobre el campo de batalla. Aquellos os ganarian en fuerzas, pero en constancia, no.

—Temo que llegue á faltarnos algun dia.

—Lo dudo, pues á juzgar las cosas como van, si obstinada ha sido la lucha pasada, la que se prepara tiene probabilidades de ser interminable, por los grandes intereses que en ella se disputan.

—Decid mas bien, señor Siviliani, por la mayoría de clases que viene atacando. Con motivo de reforma se ha comenzado por atacar al ejército para sustituirlo con la guardia nacional; esta, no obstante los halagos que se la hacen de que será la defensora de sus propios derechos, por ser ella en sí la nacion que representa, será

atacada á su vez y en sentido contrario á los pomposos ofrecimientos que se le hacen, con el solo y único objeto de tener ménos gente que mantener y mas fondos que dilapidar. Desarmado el ejército, y dominada la que llaman guardia nacional, fácilmente podrán desde luego proseguir con la reforma del clero, no á la manera de los Concilios ni demas prácticas establecidas por la Iglesia, sino de una plumada y en pocas palabras: "lo tuyo no es tuyo y sí es mio, porque el progreso y la marcha del siglo en que vivimos tiempo ha que así lo tenían dispuesto." Despues irán reformando las demas clases; y tan reformados hemos de quedar, que no nos hemos de conocer los unos á los otros.

—Yo creo que exajerais, señor coronel—se atrevió á decir un comerciante en algodones.—La cosa no se anuncia con coloridos tan negros.

--Mas podré deciros, señor:--replicó Gabriel--el golpe que se ha dado en las montañas del Sur, no solo vendrá á herir á la clase militar y demas que he mencionado, sino que mas tarde herirá de muerte á la sociedad entera, porque lo que para la revolucion es un crimen, para ésta no es mas que el estado normal y regular del que no es posible hacerla salir, porque no cuenta con otros elementos que la hagan avanzar al nivel de las demas naciones de Europa, y si se la quita lo rutinera y retrógrada, como han dado en llamar aquella con que cuenta de siglos atrás con tan buenos resultados, la perdemos sin remedio, porque ni su índole, ni su escasa poblacion, ni sus tendencias son para otra cosa que para marchar como va, y esto lo ha venido á demostrar la esperiencia de algunos siglos. Sacar á nuestro pueblo de su elemento, es debilitarlo, es precipitarlo á su fin, entregarlo á sabiendas y para su completo esterminio, en poder de

ese otro no distante del nuestro, que lo atisba, que lo acecha, para devorarlo y estender su dominio sobre el que mas tarde se dirá que existió, de la misma manera que se dijo de Cartago á la invasion de los romanos. La revolucion que ya ruge, no es otra cosa que la parodia de la que asoló á Francia en 93: los resultados de esta serán mas tarde ó mas temprano los resultados de aquella, con la diferencia de que en aquella morian los hombres á millares, y á millares nacian, porque estaban en contacto con el mundo entero, y aquí no sucederá eso, sino que desaparecerán para nunca mas volver. Allí, no temian invasion de romanos, aquí tememos la irrupcion de los pueblos del Norte; y aun cuando aquellos la temieran, podian luchar cien contra cincuenta; aquí seremos uno contra cuatrocientos, y al fin desapareceremos como desaparecimos por completo en Tejas, Nuevo México, California, y como estamos desapareciendo de la orilla del Bravo para acá. ¿Podremos, señor, aun suponiendo que la revolucion que viene tenga buenos fines, convertir al niño en hombre, para que se busque por sí solo una posicion social, cuando apenas abre los ojos á la luz de la razon, y comienza á desarrollarse? Creo que no; creo que es un paso muy avanzado, cuando todavía nos faltan para poderlo dar veinte años de existencia pacífica, para remediar los males de cincuenta de guerra asoladora.

Siviliani interrogó á sus visitas, y éstas vacilaron en contestar desde luego.

Eran comerciantes, y en todo lo que habia dicho Gabriel solo veian que no obstante cuanto dijera, ellos podrian sacar partido de cualquiera manera que fuera, pues á rio revuelto ganancia de pescadores, y ellos eran de los mas espertos pescadores, y tanto mas, cuanto que no te-

nian mas patria que las cajas en que depositaban sus dineros, y estos sin que la tierra lo sintiera, salian periódicamente del lugar en que lo esplotaban á donde no corrieran el menor riesgo: á Europa.

Vivian de la revolucion, y cuando no la habia la promovian, y despues hipócritamente se lamentaban de ella.

Esto es lo comun en toda sociedad que se desorganiza.

—No opino como vos, señor coronel—fué todo lo que tuvo que decir el algodonero que no queria ó no le convenia entrar en mas esplicaciones, á la vez que se preparó para retirarse, imitándole los demas.

Gabriel Espinosa se sonrió maliciosamente sin replicar, pues deseaba encontrarse solo con el banquero, que es á quien iba á ver, y le importaba muy poco lo que pudieran opinar sus mercachifles oyentes.

Dispuestos estaban ya á despedirse, los que le estorbaban para el objeto que allí lo llevaba, cuando sin hacerse anunciar se presentó el Illmo. Obispo de***, que si mal no recordamos, lo hemos visto figurar ya en una junta revolucionaria con el carácter de representante reformista del clero católico.

—¡Oh! dijo el algodonero al verle entrar.—Aquí tenemos á Su Señoría Ilustrísima que podrá darnos su opinion sin que nosotros la aventuremos con probabilidades de errar.

III.

El recién entrado era un prelado de mediana estatura, delgado, enjuto de cara, de mirar vago é indeciso, y como

si en sus ojos se leyese que su razon no se hermanaba con el elevado carácter que representaba.

Gabriel Espinosa despues de quedársele observando por largo rato, lo reconoció, y frunció el entrecejo.

El Obispo al oirque se le esperaba para consulta avanzó gravemente con paso lento y pausado, los ojos bajos, y apoyado en un rústico baston que le servia de ayuda á su cuerpo enfermizo y estenuado por los años y las enfermedades.

Los que se disponian á salir, fueron á su encuentro y le ayudaron á llegar hasta el sillon que comunmente ocupaba, siempre que iba á visitar al banquero por solo el gusto de pasar algunas horas de charla, saboreando un exquisito vino con que por lo regular lo obsequiaba Siviliani, que los tenia de príncipe en sus bodegas.

—Creo—dijo el prelado tomando asiento—que he venido á interrumpiros.

—De ningun modo,—contestó respetuosamente Siviliani.

—A juzgar por el recibimiento que se me ha hecho, paréceme que sosteniais una controversia. Apuesto cualquiera cosa que era sobre política. ¡La eterna cuestion del dia!

—Si hemos de decir verdad, controversia precisamente no; diferiamos solo en opiniones en materia de política, sin afrontar la cuestion de lleno—contestó el que hasta, entónces habia llevado la palabra.

—Vaya, pues me alegro, y si esa conversacion no tenia el carácter de privada, tendré gusto en tomar parte en ella.

—Se trataba de actualidades—dijo Gabriel—y si Su Señoría opina de ellas como el señor y yo, nos creeremos muy honrados, cualquiera que sea vuestra opinion en

materia en que nos declaramos legos ante ese saber tan esclarecido que distingue á Su Señoría.

—Me honrais demasiado, señor—dijo el prelado, tomando un polvo de una magnífica caja de polvos de ñoro que sacó de lo profundo del bolsillo de su pantalon, oculto por su sotana morada.

—El coronel sostenia que nos vamos á ver envueltos en el desórden mas completo, si la revolucion que se ha levantado en Ayutla triunfa. Que los principios que proclama son disolventes, anti-sociales, anti-católicos y qué sé yo qué mas—dijo el comerciante en algodones.

—Y de ahí, señores, no quito una coma, por mas que vosotros veais las cosas á vuestro modo—contestó Gabriel con plomo y firmeza.

—Segun y conforme; segun y conforme—objetó el ilustre prelado dando á su voz el tono que el caso requeria y que su dignidad de ministro del altar le permitia.—Si la revolucion tomase otro carácter que el que tiene, desde luego me iria del lado del señor coronel; pero como hasta la presente no parece ser así, voy hasta cierto punto con la opinion del señor, que parece ser de los de la oposicion.

El coronel no estrañó la salida del prelado, le bastó reconocerlo para comprender que pertenecia al clero reformista. El lugar en donde por primera vez le conoció, no podia infundirle confianza en sus opiniones.

--Bien mirado, continuó el prelado, ¿qué es lo que proclama la revolucion que en las montañas del Sur se ha levantado? ¿qué, los que como vos coronel, pretenden sofocarla? Vamos, contestadme, y aunque soy profano en materia de política, no por eso dejo de conocer lo bueno y lo malo de los dos partidos contendientes, que hoy se disputan el poder. . . . ¿Callais? . . . pues bien, yo

os lo diré: Los revolucionarios de las montañas del Sur proclaman la práctica de los derechos del hombre, la igualdad ante la ley, la independencia del Estado y de la Iglesia, y la abolición por completo del monopolio de inmensas riquezas estancadas que son la causa principal que nos trae en tan continuadas revueltas. ¿Veis en esto algún mal? Yo no lo veo, y eso que pertenezco á esa respetable clase sobre quien mas pesará la reforma importante que las exigencias del siglo piden voz en cuello. ¿Quereis que os diga ahora qué quiere esa clase respetable á que pertenezco y que es la primera opositora á tan importantes reformas? Que las cosas permanezcan como ahora hará cinco siglos; y seamos francos, amigo mio, yo soy de opinion que el sacerdote esté solo para el altar y en el altar; que solo vea los intereses del otro mundo y deje á los mundanos arreglar los de éste con entera libertad. Toda resistencia será en vano, y á la larga ó á la corta no tendrá otro recurso á que apelar, que á circunscribirse estrictamente á su ministerio tal como le vino de Nuestro Señor Jesucristo. Todo lo que sea desviarse de esto, es obrar mal, sin juicio, y esponerse á un martirio sin gloria y sin fruto. Por otra parte, señor coronel, no seré yo el que me atreva desde luego á juzgar de los hombres y de las cosas en la actual contienda, cuando apenas se viene iniciando de una manera lenta y nada alarmante.

—Su Señoría Ilustrísima juzga por su buen corazon y recto juicio; pero no voy conforme con que la revolucion no se presenta de una manera alarmante. Los pueblos son saqueados. . . .

—Eso es inherente á la revolucion de todos los paises,

—Sus templos, capillas y ermitas saqueadas.

—Algunos foragidos que no saben lo que hacen.

--Los monumentos y vasos sagrados del Señor vendidos á vil precio, y profanados sacrílegamente.

--Se conoce que no habeis leído la historia, señor general; leed la del Hombre Dios.

--El clero es para ellos lo que el bandido para la justicia.

--Abusos de la revolucion y nada mas que abusos. En tiempo del Señor, los Escribas, los Fariseos y los Doctores de la ley abusaren de su doctrina. ¿Y por eso se debe decir que la doctrina era mala?

--Dios quiera, Ilustrísimo Señor, que Su Señoría no se equivoque. Esa bondad de alma nos puede ser funesta algun dia.

--No hay para qué alarmarse, la cosa no es para tanto. Es mas lo que se dice, que lo que pueda suceder.

--Dios lo haga.

--Fiad en El: nada sucederá sin su consentimiento.

--Y si sucede, será para someternos al crisol de la purificacion—acabó por decir Gabriel.

Gabriel se encontraba impaciente por terminar una conversacion que lo alejaba del objeto que se proponia al visitar á Siviliani.

Quiso su fortuna que los que en un principio se propusieran despedirse, lo hicieran, por creer terminados los negocios que allí los llevaran y el parecer que emitiera el obispo al pedirle su opinion.

IV.

De modo que en la sala quedaron solos Su Señoría Ilustrísima, Siviliani y Gabriel, que esperó con paciencia

á que el primero de los mencionados abandonase el campo á su vez.

Siviliani que notó la impaciencia del jóven, creyó que algun negocio importante le habia llevado á su casa, y temeroso de disgustarlo, ó mejor dicho, de perder ocasion tan oportuna de sondear al jóven, tuvo por conveniente interrogarle.

—¿Traeis algun negocio que urja, señor coronel?—le dijo con marcada amabilidad.

—Que me urja, Sr. Siviliani, no—contestó Gabriel Espinosa, contento de la pregunta del banquero que lo aproximaba á su deseo.

—Si interrumpo. . . .—se apresuró á objetar Su Señoría—me retiraré al saloncito del té, en donde regularmente me espera el estomacal rom que tanto bien me hace ántes de comer. Conque no sea yo causa de estorbo para vuestros negocios, que son primero que la charla familiar.

—De ninguna manera estorbais, Ilustrísimo señor. Los negocios que nos urgen, lo mismo se hacen hoy que mañana.

—Su Señoría tiene demasiada confianza en mi casa—dijo el banquero dirigiéndose á Gabriel, y sabe que manda en ella. Lo que dice es verdad; el té y el rom suelen en ciertas horas ser sus mejores amigos.

El obispo se levantó de su asiento favorito con dificultad, y apoyado en su baston, se dirigió hácia el lugar en donde se hallaba el saloncito que habia mencionado.

—Este signore Siviliani—dijo sin interrumpir su lenta marcha—es sumamente amable conmigo. Voy pues á gozar de sus favores, interin dáis fin á vuestros negocios, que pediré á Dios que sean á ambos favorables en resultados.

Y al pronunciar su última palabra desapareció de la sala, dejando en entera libertad á los que deseaban encontrarse solos.

Gabriel Espinosa y D. Miguel Siviliani ocuparon de nuevo sus asientos y dieron principio á la conversacion.

V.

—¿En qué puedo servirlos, mi enamorado y valiente joven?—se permitió decir maliciosamente el banquero, con intencion marcada de provocar un rato de charla preliminar, para preparar el terreno que se proponia explorar, y sin perder de vista el objeto principal de la conversacion á que iban á dar principio.

Gabriel no pudo ménos que alegrarse de tal principio, que le venia á pedir de boca para los fines que á su vez se proponia.

—Ni lo uno ni lo otro me cabe en suerte ser, no obstante vuestros buenos deseos—,le contestó.

—Vuestra modestia y humildad, amigo mio, os hace á veces incurrir en contradicciones que os honran.

—Las apariencias engañan muchas veces, Sr. Siviliani.

—Permitidme que os diga que tal insistencia no es propia entre nosotros dos. Bueno es que vuestra modestia y caballerosidad no os permitan hacer pública ostentacion de vuestras relaciones amorosas con mi tutelada; pero conmigo que estoy al tanto de todo, seria una falta de confianza que no os perdonaria, porque me vendria á demostrar que la amistad con que me honrais no ere

verdadera; y ya os he dicho otras veces, que cuando yo concedo la mia, es franca y leal.

—Por lo mismo os digo, para probaros la mia, que las apariencias engañan muchas veces. Me habeis llamado enamorado y valiente, y con verdad os digo, que ni lo uno ni lo otro soy; y en esto no creo faltar ni á la amistad con que me honrais, ni á la verdad.

—Coronel, me estais confundiendo. ¿No amais á María Silva?

—¿Ofreceis guardarme el secreto, señor Siviliani?

—¿Quién lo duda?

—Pues diré al amigo lo que á otro no diria que no la amo, ni la he amado.

El banquero hizo un aspamiento de asombro, pues jamás creyó que el jóven coronel fuese tan franco con él.

—Pero entónces, no comprendo cómo....

—Cómo paso por su amante y le rindo adoraciones, ¿no es esto?

—Precisamente eso es.

—La cosa es muy sencilla de explicar. Un dia la encontré en mi camino, como nos encontramos mujeres jóvenes y bonitas; jóven yo y militar, la miré y ella me miró, la provoqué de amores y me provocó á su vez: nada cobarde en tales lances, y acostumbrado á tales batallas, la batí en sus atrincheramientos, y gané la plaza que fué fácil de conquistar; es decir, fuí sin quererlo de veras, correspondido.

—¿Y despues?....

—Despues sucedió lo que sucede en todo triunfo obtenido por capricho ó por ostentacion: apoderado de ella, ví que no satisfacía mis ambiciones, y si aún la conservo en mi poder, es porque no encuentro el modo decoroso de devolverla su libertad.

El banquero jamás pudo creer que la cosa se le hubiera presentado tan á medida de su deseo.

Para él el militar valia una plata.

Solo le atormentaba no saber cuál seria el modo que se le ocurriria á su jóven amigo para abandonar la plaza.

Tentado estaba de darle un consejo de amigo para evitarle la molestia de estarlo buscando.

—Como vereis, señor D. Miguel, acabo de daros una prueba de que os cuento entre el número de mis verdaderos amigos. Inútil me parece volveros á recomendar el secreto sobre este particular, que si llegara á oídos de María, podria serle amargo. Creo que con el tiempo, ella se convencerá de que no hemos nacido el uno para el otro, y que solo hemos jugado á enamorados, como se juega tantas veces en la vida, ántes de llegar á la edad en que empieza á entibiarse la sangre.

--A la verdad, coronel, que me habeis sorprendido; pues muy creido estaba que cesaria de ser el banquero de la que supuse vuestra amada, para convertirme en padrino de vuestra boda.

—Muchos años se han de pasar para que yo piense seriamente en eso, Sr. D. Miguel.

--Sois el demonio, coronel.

—Mis aspiraciones se remontan á otra region que no es la de la coyunda marital.

--¿Se puede saber hácia dónde se encaminan esas aspiraciones, que desprecian la vida pacífica del hogar doméstico?

--A donde esa vida no puede hermanarse con la carrera que he adoptado: á la guerra.

--Sí, ya comprendo que el país no podrá estar en paz; pero alejándoos vos de la guerra bien podeis ase-

guraros un brillante porvenir con la vida tranquila que se os presenta al lado de María.

—Mis aspiraciones avanzan á mas, señor Siviliani. Aunque al parecer mi carrera se va á pique, con motivo de los trastornos que nos amenazan, el porvenir lo juzgo por mio.

—Picais mi curiosidad, señor coronel.

—El reinado del terror se acerca, señor Siviliani, y se hará grande el que con grandeza combata hasta hundirlo en los infiernos.

—¿Y bien?

—Y bien; es preciso prepararse para combatirlo.

—Pero es el caso, que él está para triunfar,

—Por lo mismo, es necesario apénas triunfe, no dejarle un dia de descanso para debilitarlo y batirlo en detal, que dará mejores resultados que si lo esperásemos en batalla, ahora que la cosa no tiene remedio.

El banquero no podia esperar un triunfo tan completo para sus miras; digamos mejor, un doble triunfo, puesto que la mira de intereses monetarios vino tambien á presentársele enlazada con lo que mas le preocupaba.

Pensó Siviliani desde luego, que el jóven amaba la guerra, porque sus aspiraciones superaban al amor que pudiera tener á María y su fortuna: que su deseo iba á ponerlo desde luego en planta disponiéndose á combatir al gobierno que aún no triunfaba, pero que estaba próximo á triunfar; y como el banquero conocia por esperiencia que los gobiernos por razones que le oïremos decir mas adelante, no podian durar mas de tres á cuatro años cada uno, calculó que de la idea del jóven podia sacar doble partido del que se habia propuesto: así es que lo dejó venir.

—Pero para el logro de vuestras aspiraciones, Sr. D.

Gabriel,—continuó el banquero—se necesita cierta clase de elementos que no poseeis. Yo no conozco el negocio de la guerra, como vos podeis conocerlo; pero sé que para ello, lo mismo que para cualquiera que sea, se necesita dinero. En vuestra posicion actual, todo lo podreis obtener. Casandoos con María, recursos no os faltarian para obtener á la vez que una posicion ventajosa, el logro de vuestras aspiraciones: esto seria mas fácil y de mejores resultados.

—Lo sé perfectamente, señor Siviliani; pero es que prefiero ser un loco, si se me juzga como á tal, que no un mal caballero; pues no teniendo amor á María, cometeria una felonía con ella que vendria á ser un obstáculo para los fines que me propongo en la guerra que vamos á acometer.

—Es verdad, olvidaba esa circunstancia, y en todo veo que sois un cumplido caballero.

Siviliani ignoraba la verdadera causa del amor que Gabriel habia fingido á María.

No pudo adivinar que el objeto de que Gabriel se acercase á María, no reconocia otra causa que la de lograr por medio de ella la confianza é intimidad de ciertas personas de quienes mas adelante debia servirse para llegar á ser lo que habia soñado. Esto le valia mas á él que cuanto pudiera poseer María, y que cuanto amor pudiera darle, que él no apetecia, porque no obstante lo que habia dicho á Siviliani, él amaba, y con amor verdadero, á otra que no poseia mas bienes de fortuna que su sencillez, humildad y hermosura.

—Una vez que os he abierto mi corazon,—continuó nuestro jóven—solo me resta ponerlos de manifiesto el negocio que aquí me trae.

—Es verdad, que lo habiamos olvidado. Ya se ve,

cuando se trata de conversaciones íntimas, me sucede que olvido mis deberes de negociante. Me tienen tan aburrido los negocios, que solo por ocuparme de algo, no he acabado de echarlos enhoramala.

—Me habeis dicho que si me enlazara en matrimonio con María, podria obtener con mas facilidad el logro de mis aspiraciones. Pues bien, ya os he dicho los motivos que existen para no hacerlo, como lo hiciera si fuera un mal caballero, y esto os dará doble garantía para lo que os voy á proponer.

—Hablad, mi jóven amigo, hablad.

—No está lejano el dia en que el actual órden de cosas venga abajo, ya porque no pueda sostenerse por sí solo, ó porque no convenga sostenerlo porque se tenga pensado otra cosa.

—Comprendo.

—Entre tantos como piensan, yo pienso á mi modo.

—¿Y cuál es ese modo, que ya me tiene impaciente por conocerlo?

—Lanzarme á la revolucion con otros tantos amigos que opinan como yo, y que van á ser ayudados en sus empresas por otros, de la misma manera que lo voy yo á ser por vos.

Siviliani fingió sorpresa; pero en realidad, con lo que acababa de decir Gabriel quedaban cumplidos sus deseos de enamorado y especulador.

—Creo, Sr. D. Gabriel, que me proponeis una temeridad. Pensar en el porvenir cuando el presente no se resuelve.

—En negocios que no conoceis, señor banquero, no os es permitido calcular sus consecuencias, que solo se encuentran en los altos secretos de la política. Cuántas veces una victoria viene á ser una derrota. Recapacitad en

esto que os digo y despues me direis si os hallais en disposicion de facilitarme los fondos que he menester para los fines que me propongo; y que por mi cuenta serán pocos y bien asegurados; como tengo confianza en vos, me voy al granco; y tanto mas cuanto que sabeis que á querer yo, podria sacar de vuestras arcas mas de lo que he menester, con solo sacrificarme á la mujer que no amo, y que me aconsejais que tome por razones de estado.

El banquero, alarmado por esto, que echaria abajo sus aspiraciones, se apresuró á contestar á Gabriel:

—Lo pensaremos,—dijo—la cosa no es para resolverse del momento, como comprendereis, pues aunque lo que viene no es de mi agrado, hay que meditar sobre lo que sobrevenga ántes de tomar parte en un negocio que puede costar demasiado caro; no porque crea que podais comprometerme, ni abusar, sino porque... es necesario pensarlo ántes de decir que sí.

—Pues pensadlo bien, señor Siviliani; entendido que si habeis hecho en vuestra vida operaciones ventajosas, os aseguro bajo mi palabra de honor, que ninguna será como la que os propondré á su debido tiempo, y una vez obtenida vuestra aquiescencia.—Y acercándosele despues al oido, le dijo en voz muy baja:—La Europa se prepara á tomar parte en la lucha que nosotros solo vamos á iniciar y á sostener miéntras ella resuelve lo que tenga por conveniente.

Siviliani algo sabia de esto, pues en contacto con los primeros banqueros de Europa, estaba al tanto de lo que sin ellos no se podia realizar en América.

--Bien, bien: os prometo pensar muy seriamente en vuestro negocio que requiere mucho sigilo y discrecion. Vedme mañana y hablaremos mas despacio.

--Es que no me es posible esperar hasta mañana, para saber si estais ó no en disposicion de servirme. Me basta que me deis alguna esperanza; que de mi cuenta corre haceros resolver del todo en un negocio en que quedareis bien asegurado.

--Nada me habeis dicho de garantías, cosa muy importante para resolver tan delicado negocio.

--La que la revolucion puede daros; vales contra el erario del gobierno que se establezca, franquicias en vuestras mercancías, vigilancia en vuestras haciendas, intereses del capital que faciliteis, y alguna que otra concesion que os remunere de cuanto hagais por el nuevo orden de cosas que ayudeis á establecer.

--No me parece mal, y casi casi podeis contar con mi apoyo para vuestros planes.

--Es decir, Sr. Siviliani, que cuento con vos.

--Sí, contareis: haced por que nos veamos mañana para arreglar lo que fuere del caso.

--Gracias, D. Miguel; el amigo y el negociante os están doblemente reconocidos, y puedo aseguraros que no desmerecerán la confianza que les dispensais.

--Pues id confiado en que os ayudaré en cuanto pueda.

--Gracias, un millon de gracias, mi complaciente banquero: ya veis cómo se pueden hacer negocios sin hacer desgraciada á una mujer.

--Vuestra caballerosidad y hombría de bien os ha valido, mi jóven amigo.

--Solo lo debo á vuestras distinciones, señor banquero.

S. S. Illma. apareció en la puerta de la sala, llevándose los dedos de la mano izquierda á la nariz, y absorbiendo por ella el perfumado polvo que desde un principio le vimos gustar con reposada calma.

—¿Soy importuno?—dijo el prelado tímidamente.

—Nunca lo ha sido S. S. Illma.—contestó Gabriel que se disponía á retirarse. —Hace tiempo que habíamos concluido y me disponía á marchar.

Gabriel se despidió del obispo y del banquero, no sin pensar para sus adentros, que el segundo quedaba gratamente impresionado por todo lo que habian tratado.

Siviliani lo dejó hasta la puerta, miéntras el obispo repetía su polvo dando golpecitos á su caja.

—La fortuna me favorece;—se dijo Siviliani para sí—doble negocio en uno: poco he tenido que trabajarlas, y cosas no pueden haberse presentado de mejor manera. Es un loco el coronel, sin dejar de ser todo un caballero. Confiesa que no ama á María, y piensa lanzarse á la guerra en combinacion con los que trabajan en Europa. Esto me proporciona dos ventajas; primera, sacar partido con mi tutoreada por medio de la razon y el convencimiento; y segunda, tomar parte en un suceso que mas tarde ó mas temprano tiene que acontecer, porque en América lo mas difícil es lo mas realizable. Fio mas en Europa que en lo que el atrevido coronel pueda hacer aquí interinamente se realiza lo de allá. Preciso, pues, es pensar con mas calma en lo que mejor convenga, sin olvidar ni echar en saco roto los brillantísimos negocios con que nos convidan los revoltosos del Sur, á quienes les ha llegado su vez de arrancar un gran giron al manto de la madre patria.

El banquero pensó todo esto, en el tiempo que transcurrió de acompañar á Gabriel hasta la puerta de la sala hasta volver al lado del prelado.

VI.

—No os dejan un momento, querido Siviliani; no sé cómo tengais cabeza para tanto.

—La costumbre, Illmo. Sr., forma el hábito.

—Pues no es eso lo peor, sino que aun faltó yo, que por esta vez tambien traigo negocio.

—¡Será posible! ¡Vos que no habeis de menester de nadie!

—En la vida todos habemos menester los unos de los otros.

—Veamos de qué manera puede Su Sria. haber de menester de mí, teniendo de su parte su brillante posicion y el clero que es el poder de los poderes en esta bendita tierra.

—Habeis dado, mi amigo, pecisamente en el quid de la dificultad.

—Esplíquese Su Sria. y me encontrará siempre dispuesto á servirlo.

—Mi posicion en la actualidad vale bien poco para lo que tengo que pedir, y el clero, á quien habeis colocado tan alto, está próximo á descender, del puesto á que él mismo se ha alzado, por sus aberraciones incalificables.

—La cosa parece seria, segun me la pintais, y me dispongo á oiros con la atencion que el caso demanda. Continudad, continuad, mi respetable señor, que de cualquiera manera que sea, no es remoto que nos entendamos.

—Si mi posicion fuera realmente como la suponeis, por mí solo obraria para impulsar las reformas que desde jóven creí que habia menester ese clero, no obstante que me consagraba á su sagrado ministerio, aceptando

en un todo y bajo condicion; lo que pensé que no era bueno, y esto, porque siempre mantuve la esperanza de iniciar yo mismo esas reformas que tal vez le hubieran evitado llegar al lamentable caso en que está próximo á encontrarse. Ya que no lo pude intentar cuando hubiera sido conveniente, voy á probar hacerlo ahora, por ver si su prestigio no se pierde del todo en medio del cataclismo en que se va á encontrar.

—¿Y todo eso á dónde vá á parar, Illmo. Sr? Tales preámbulos á nada conducen cuando se trata de un amigo que está dispuesto á servirlos. Vayamos al grano.

—Allá vamos. Como sabeis, y no se puede ocultar á vuestra perspicacia, la revolucion de reforma que está próxima á triunfar, tiene entre sus principales miras, que por ahora oculta, poner las manos sobre los bienes del clero, tan poderoso hoy á causa de su ingerencia en los negocios nundanales, que á decir verdad se despegan de la observancia del evangelio, á que de bió sujetarse desde un principio.

—Nada entiendo de cuanto me decís; pero supongo que os proponéis darme á conocer sus abusos y las consecuencias que de ellos se han derivado, que pudieran haberse evitado, si mas cauto hubiera él mismo iniciado esas reformas, que vos creiais y creeis indispensables; ántes por bien de la iglesia, y despues, por evitarle mayores amarguras que las que tiene que pasar.

—Es la verdad, y me alegro que seais tan entendido en todas materias.

—¿Pero cómo podeis vos remediar esos males ya inevitables? Reciente está que el enviado de Roma nada ha podido conseguir, no obstante que viene competentemente autorizado por Su Santidad Pio IX, que sin duda pensó como vos habeis pensado. El clero se le ha rebe-

lado, ha llegado á desconocer hasta la autoridad del Papa, y los Agustinos, Mercedarios, Domínicos y Franciscanos ponen el grito en el cielo y aconsejan al presidente que no dé el pase á las bulas.

—De ello se tendrá que culpar tal vez muy pronto, y por eso, ya que no valgo nada ante él, y que me tiene por un visionario, acepto en parte lo que la reforma de una institucion aconseja para su bien; y al efecto marchó de acuerdo cómo dije ántes, con los revolucionarios que cuentan con mi pobre saber, para que les inicie esas reformas que ha de menester ese clero, que debiera ser tan respetado, si él hubiera sabido comprender sus verdaderos intereses.

—Y opina Su Señoría á ese respecto....

—Que no debe adquirir bienes en ningun sentido, porque los distrae de su ministerio: que debe única y exclusivamente dedicarse á la Iglesia á que está llamado á atender, y que debe dejar al Estado libre en sus atribuciones, sin olvidar que debemos dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

—Creo que no vais errado en vuestro modo de discurrir.

—La observancia de su esencial institucion será uno de los puntos que por ningun motivo se deben de olvidar. El sacerdote debe estar siempre en el altar y para el altar.

—En eso no cabe duda.

—Fuera de ahí deja de haber ministerio sacerdotal.

—Cierto.

—Ahora bien; para obtener con buen resultado uno de los puntos principales que someramente os he dado á conocer, es necesario comenzarle á amonestar por medio de la verdadera doctrina evangélica y quitarle el demonio

tentador de delante, para que vuelva al redil tal como lo quiere el Señor, es decir, despojado del vil metal que lo divaga, y haciéndole comprender que en la humildad está la paz del corazón y la tranquilidad de la conciencia. Nuestro Señor Jesucristo tuvo buenos ministros, en tanto que fueron pobres, y despreciaron las pompas mundanas, y se ocuparon de la predicación de su evangelio con la humildad y resignación que su divino Maestro.

—De modo, que creéis que el origen de los abusos que se le atribuyen al clero, proviene de. . . .

—Su divagación en la administración de los intereses mundanos.

—Grave es el cargo, y sus consecuencias no se ocultan.

—No será lo uno ni lo otro, si desaparece la causa que los motiva.

—No comprendo cómo pueda ponerse el remedio de un solo golpe y de raíz, á lo ya viciado por tres siglos que lleva de existencia.

--Entra ahora, señor Siviliani, la parte interesante de mi negocio, que ha sido preciso acompañar de tan larga exposición para haceros conocer lo importante que él es, y lo ventajoso que nos puede ser á entrambos; á vos por lo lucrativo, y á mí por la gloria á que aspiré en tan colosal empresa.

—Veamos, pues, la parte material del negocio.

--Esos pobres reformadores que han jurado sostener las reformas que proclaman en el orden político y religioso, son dignos de que se les atienda con los recursos que han menester para llevar á cabo sus miras salvadoras que reclama nuestro siglo de progreso. Para ello bastará, á la altura en que se encuentran, que aquí se haga algo, que se busque el modo de acabar de decidir á los sostene-

dores del gobierno actual que defienden una mala causa. Yo, señor de Siviliani, en este negocio, no soy mas que un intermediario, que recomiendo á uno de los agentes de ese vasto plan político, que á su vez presta garantías para que se le pueda atender, y tanto mas, cuanto que la perspectiva de la situacion es favorable á ambos contratantes.

--Entiendo. . . .

--El necesita poca cosa, algo que dar á la tropa de aquí para acabarla de decidir en favor de la gran obra de regeneracion que México por sí solo va á conquistar-se. En todo ello no hay asomos de riesgo, ni de graves compromisos, que originen incidentes que lamentar. Sale para ello garante todo un prelado de la Iglesia á quien ha cabido en suerte tener algun participio en uno de los principales acontecimientos que se preparan, y que formará época en los fastos de la historia.

--Y esas garantías ¿cuáles serán, Señor Ilustrísimo?

--La categoría del personaje á quien tendré el honor de presentaros, mi humilde recomendacion para con él, y las operaciones ventajosísimas á que se presta la desamortizacion de los bienes del clero, cuando llegue el caso de promover su reforma. La conclusion del negocio, me parece, señor banquero, que no es mala, toda vez que se ve, que se palpa.

--No en verdad, si se pudiera asegurar el porvenir.

--Sois, por Dios, descontentadizo, y no estará por demas que os recuerde que no es fácil que se repita la lluvia de maná del cielo para sustento de los israelitas.

--Siempre sentencioso, mi ilustre amigo, pero es el caso que haceis de mí lo que quereis.

--Doble motivo para que jamás os olvide en mis ora-

ciones, y seais bastante recompensado en la tierra por los hombres, y en los cielos por Dios.

--Presentadme á vuestro recomendado, Ilustrísimo señor, y dejad de confundirme con buenos deseos que no merezco.

—Entónces queda nuestro negocio terminado por hoy; mañana mismo os haré la presentacion.

Y el obispo se dispuso á despedirse del banquero, que á decir verdad, estaba contento de sí mismo á causa de las múltiples operaciones que en tan pocas horas habia combinado con probabilidades de buen éxito.

--Os dejo en paz, mi poderoso amigo—dijo el obispo echando á andar.

—¿Os vais?—le preguntó el banquero acompañándole.

—Me parece que es justo.

—¿Si gustais que os acompañe hasta vuestro carruaje?

—No es necesario que por mí os molesteis. Hasta aquí, hasta aquí: ya basta: quedad con Dios--dijo por último el prelado oponiéndose á que Siviliani lo acompañase en su tránsito por mas tiempo.

—El vaya con Su Señoría.

VII.

El prelado desapareció á lo largo de los corredores, y el banquero volvió de la puerta de la sala en que lo dejara, á su gabinete de estudio. Una vez en él, abrió uno de los numerosos cajones que tenia su artístico y complicado escritorio, sacó de un secreto que tenia el mismo una gran cartera cerrada con broches de plata, que se

abria por medio de una pequeña llave de primorosas combinaciones de seguridad.

Metió la llavecita en un broche primero y después en el otro, de los dos que tenía, y la dió dos vueltas hasta abrirlos.

Una vez abierta la cartera la puso sobre el escritorio, tomó un pedazo de papel y una pluma que mojó en tinta, trazando sobre el primero multitud de números que en su conjunto parecían formar caprichosas figuras geométricas.

—Bien,—se dijo—pasemos estos apuntes al libro de memorias en el orden que se puedan haber de menester, según las circunstancias que se presentaren.

Y acto continuo procedió á verificarlo, dictándose á media voz los asientos que trasladaba á su cartera.

El banquero se encontraba en su elemento, y á cualquiera que lo hubiera visto como nosotros por el ojo de la cerradura de la puerta cerrada de su gabinete, le hubiera causado admiración el ver la rapidez con que ejecutaba sus operaciones, que indudablemente lo llevaban al resultado que con tanto afán buscaba.

(†) 1.º DE AGOSTO DE 185....

Se dijo, encabezando su primer asiento en la cartera.

⌘ 50,000 00 cs. AL ILLMO. SR. OBISPO***
por cuenta de X y con
garantía del S. G, con
interés de un 12½ p^o
anual, en tres años me
produce en pesos fuer-

⌘ 50,000 00 cs. A la vuelta.

tes.....\$	18,750 00
—Pero como es difícil que tal interés se cubra por anualidades vencidas y sí prefiera pagarlo al vencimiento del plazo dicho, á la vez que el capital, cargo el rédito del rédito vencido que representa esa cantidad en los tres años, y que hacen un total de.....,	
	2,441 40½
—Probable es tambien, que al hacer el entero general, el pobregobierno tenga como siempre, su tesoro exhausto de monedas, y que le convenga hacerlo en bienes nacionalizados ú otro crédito de los que están por venir, y entonces cargo como es justo un 12½ p ^o , atendido el demérito que tendrán esos créditos por lo difícil de su realizacion y los riesgos á que indudablemente espondrán el capital, y	

Al frente.....\$ 21,191 40½

	Del frente.....\$	21,191 40½
	tendremos que habrá un aumento en los tres años de.....,	16,308 59½
	—Mas como el entero de este rédito podrá encontrarse en el caso segundo de los \$ 2,441 40½ cs., cargo por igual motivo el rédito del rédito espresado al margen, que hace un total en los mismos tres años de....,	10,156 25
	—Cargo por amortizacion del capital considerado como en el 1.º y 2.º caso	50,000 00
	—Idem por diferencia á favor del capital amortizado considerado en el tercer y cuarto caso.,,	16,666 66½
\$ 64,322 91½ cs.	A mi favor como utilidad líquida, ajustada por cuenta de X y con garantía del S. G.	
<hr/>		<hr/>
\$ 114,322 91½ cs.	Igual á.....	\$ 114,322 91½
<hr/>		<hr/>

—¡Oh! las revoluciones de México tienen el poder de multiplicar prodigiosamente los capitales. ¡Bien es que el riesgo que se corre es inmenso! Continuemos.

§ 100,000 00 cs. A G. E. con garantía del S. G. y de los Gs. de E., con obligación de reconocerme los créditos pendientes que tenga contra su antecesor, con interés de un 12½ p8 anual, en seis años, que será á lo mas lo que duren el que representa el recomendado de Su Sria. y el del que me ocupo; es decir, como término medio de la estabilidad de cada uno, de tres á cuatro años,, 75,000 00

— Como es probable que estos tengan mas dificultades al principio de sus correrías y de su instalación para hacer sus enteros anuales, motivará esta falta de cumplimiento un 12½ p8 sobre el rédito vencido en los seis años, por lo que hacen un total de.....,, 29,528 64

— Amortización del capital.....,, 100,000 00

§ 100,000 00 cs. Al frente....., \$ 204,528 64

\$ 100,000 00 cs. Del frente.....\$ 204,528 64
 104,528 64 cs. A mi favor como utili-
 dad líquida, ajustada
 con G. E. con garantía
 del S. G. y de los Gs.
 de E.

\$ 204,528 64 cs. Igual á.....\$ 204,528 64

—Pasemos á la demostracion—se dijo contento y sa-
 tisfecho de sí mismo.

DEMOSTRACION.

CAPITAL en circulacion por ambas opera-
 ciones.....\$ 150,000 00
 PRODUCIDO de ese capital en tres y seis años,
 sin considerar los réditos vencidos por
 capitales que queden pendientes de pa-
 go despues de los dichos plazos....., 170,851 55½

DIFERENCIA á favor de los capitales é inte-
 reses saneados, y que puede aplicarse
 por refaccionamiento de un tercer capi-
 tal á favor de cualquiera de los dos
 negociantes, con un módico interés de
 un 6 p 100 anual, y en compensacion de
 ciertas concesiones que se promoverán...\$ 20,851 55½

Como se ve, en ménos de tres horas Siviliani habia
 hecho, por hacer algo, tres operaciones (no hay que olvi-

dar á la Silva) cuya importancia solo él podia apreciar; y todavía le quedaban por negociar la *miserable suma* de \$ 20,851 55 $\frac{2}{3}$ cs.

—¡\$ 170,851 55 $\frac{2}{3}$ cs.! de utilidad—se dijo cerrando la cartera y guardándola en su lugar.—Si no pasara de un cálculo, bien merecia la pena de proporcionar á esos revolucionarios algo mas, que les costara algo ménos.

Y cerró el cajon de su escritorio, para continuar lo que solo preparaba en bosquejo de lo que debiera ser.

Siviliani volvió á tomar de nuevo la pluma, papel fino de correspondencia, y se puso á escribir las tres cartas que vamos á leer á continuacion.

Querido amigo Espinosa:

Mañana os espero en la tarde, para terminar vuestro negocio, que creo será fácil de arreglar.

Vuestro

SIVILIANI.

Illmo. Sr. Obispo.

Mañana al medio dia espero á vuestro recomendado, á quien recibiré con suma complacencia, por ser vos su intermediario.

Tengo entendido que el negocio se efectuará.

Vuestro

SIVILIANI.

Mi respetable y querida amiga María:

Deseo que esta noche me concedais una entrevista para tratar de asuntos que interesan á ambos.

Vuestro banquero y amigo

SIVILIANI.

Una vez que hubo cerrado las tres cartas y puesto la direccion, hizo resonar un timbre y las entregó al camarista que apareció al llamado.

Acto continuo bajó á su despacho, en donde lo esperaban multitud de personas, y se entregó tranquilo á sus nuevos quehaceres .

CAPITULO VI.

Gabriel Espinosa en casa de María Silva.

I.

Gabriel, como habia dicho á su amigo Laurencio, se dirigió de la casa del banquero á la de María.

Intranquila ya la Silva por la tardanza del jóven coronel, creyó que habria llegado á su noticia el fatal incidente que la tenia desatentada, por no decir loca.

A medida que pasaban las horas, su incertidumbre aumentaba, al grado que no sabia qué partido deberia tomar en tan angustiosa situacion.

Se habia propuesto ser ella la primera que confiara á Gabriel lo acontecido en su casa en hora fatal, y este exigente deseo se alejaba á medida que la sonora campana del soberbio reloj de la sala, marcaba una por una las horas que transcurrían.

Figurábase que Gabriel lo sabia todo, y de una manera asquerosa y repugnante, que la haria aparecer á sus ojos, culpable de una falta que no habia cometido; pero

que solo Dios podría, cuando lo tuviera á bien, aclarar la verdad de los hechos, que ante los hombres la hacian aparecer culpable, cuando ante Dios era tan pura é inocente, como la pureza é inocencia que él mismo creara.

Sin poder estar quieta en un solo lugar, iba y venia de la sala á su tocador, de su tocador á las demas localidades de la casa; y ni los pájaros, ni las flores, ni nada de cuanto para su recreo tenia, podian distraerla del pensamiento constante que la atormentaba de una manera cruel.

Tres ó cuatro veces llamó á su camarista Juana, y la interrogó de mil maneras, con motivo de su cometido cerca de Gabriel Espinosa, y Juana tres ó cuatro veces la contestó en el mismo sentido que desde que viniera de casa del coronel; pero la tristeza que se notaba en el semblante de Juana, lo lloroso de sus ojos, la indiferencia con que respondia á preguntas que tanto le importaba le fueran contestadas sin vacilaciones que le dieran á entender otra cosa, ponía á María en horribles alternativas del verdadero resultado de la mision que encomendara á Juana, sin considerar, porque ya no se acordaba mas que de ella misma, que sufría tanto ó mas que ella, que aun tenia un amante que no la habia abandonado.

María contaba las horas, una por una, y pedia á Dios que acertara el tiempo, porque no queria llegarse á vencer de que Gabriel, sin oirla, la habia ya juzgado llevado de falsas suposiciones ó de miserables calumnias.

María, perdida ya del todo la esperanza de ver á Gabriel en ese dia, y en el colmo de su desconsuelo llamó á Juana. Habia cruzado por su mente una idea consoladora, que le inspiraba la necesidad que tenia su corazón ed desahogarse en brazos de un verdadero amigo.

—Juana—la dijo apenas se hubo presentado ésta—

vé y llama á mi confesor: tengo necesidad de él, dile que soy muy desgraciada, que me muero de pesar.

Y esto lo dijo rodándosele las lágrimas.

Juana, viendo el conflicto de su señora, creyó que algo pasaba por ella: aquel arranque de su señora no podía ser mas que efecto de un grave pesar, que ella no estaba muy distante de comprender.

—¿Se habrá visto con D. Gabriel?—se dijo figurándose que de la entrevista no habria resultado nada bueno.

En esta duda se fué á cumplir la orden de su señora, pensando en Angel, en Gabriel y en su señora.

II.

Apénas Juana se hallaria por el jardin, en direccion á su cuarto, y en busca de algo que echarse encima para correr en cumplimiento de la orden que se le habia dado, cuando el coronel Gabriel Espinosa se presentó á María.

Esta, sin poderse explicar el por qué, sintió correr por todo su cuerpo, un frio que apagó por completo los bellos colores de su rostro.

Gabriel, tambien se sintió algo emocionado; pero era porque su conciencia no estaba limpia al dirigirse allí, en donde no sabia si encontraria culpabilidad ó inocencia.

Bien sabemos nosotros que el amigo de Laurencio buscaba la culpabilidad para el logro de sus miras.

María leyó en el semblante de su amante la bárbara acusacion que inocente la iba á condenar.

—Me han dicho, señora, que me necesitabais esta mañana—dijo Gabriel á María con voz temblorosa y algo desconcertada.—Ocupaciones de las que no pude del momento desprenderme, me impidieron ocurrir oportunamente á la cita que tengo entendido que nos reúne aquí, quizá por la última vez.

María, al oír á Gabriel espresarse con tanta crueldad, buscó asiento, porque no podia tenerse en pié, á la vez que su rostro palidecia gradualmente y como si la sombra de la muerte lo invadiera.

Gabriel, que la observaba, atribuyó aquel cambio de semblante á los remordimientos de la falta que en su sentir pesaba sobre ella, y á lo bochornoso que la seria que él tuviera necesidad de echársela en cara.

—Tomad asiento, Gabriel—le contestó María, balbuciente y haciendo cuanto estaba de su parte para aparentar una serenidad que no tenia.

Gabriel lo hizo.

—Os supongo enterado de lo ocurrido anoche en mi casa, despues del baile, y no estraño que me hableis en ese tono, que hubiera querido evitar á costa de mi propia existencia. Por eso os mandé llamar; porque quise evitar que llegase adulterado á vuestros oídos el suceso.

—No ha llegado adulterado cual lo suponeis, señora, ni tampoco me hubiera dejado llevar de mi primer ímpetu. Antes que vuestra cita recibí un anónimo, y vine en persona á cerciorarme de lo que él me denunciaba. El anónimo, señora, no mintió. Arturo Montero habia pasado la noche en vuestra casa. La persona que me daba el aviso, mas celosa de mi honra que la que debiera haberla guardado, se anticipó á vuestro aviso que llegó hora y cuarto despues de que hubiera pasado lo ocurrido.

Gabriel entregó á María el billete de Angel

—¡De Angel!—se dijo, despues de haberlo leído.—
¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para ser así castigada?—
Y se puso á llorar amargamente, porque las pobres mu-
jeres no tienen otro consuelo que llorar en sus infortu-
nios y aclamar á Dios para que las dé valor.

Gabriel estaba acostumbrado á verlas llorar, y las lá-
grimas de María las atribuyó á lo que atribuyó la de
tantas otras que lo habian engañado en sus aventuras
borrascosas de militar.

Sin haberla dejado disculpar la juzgaba, y María que
comprendia que ya seria difícil convencerlo, puesto que
la faltaba su amor, se encontró combatida entre su
orgullo herido y lo mucho que aun lo amaba.

Sin embargo, se revistió de resignacion é hizo saber á
su amante cuanto pasara.

Gabriel, como debe suponerse, no quiso dar crédito á
lo acaecido, porque á muchas á quienes él habia fingido
amor le habian contado igual cosa en casos tales, y aun
hecho hacer el principal personaje en la farsa que le
habia tocado desempeñar, ya como amante burlado ó co-
mo burlador.

Horrible situacion de la mujer honrada que por des-
gracia tiene que luchar con un hombre demasiado desen-
gañado de la falsía del mundo.

Bien saben nuestros lectores que al resolverse Gabriel
á tomar la cosa por el lado malo, se proponia cuatro
cosas: no mantener á María en un error que mas ade-
lante podria tener mayores consecuencias; demostrar
á Siviliani que lo que le habia dicho en el seno de la
confianza era la verdad, y que ostensiblemente le de-
jaba el campo libre, no sin hacerle conocer ántes, que
en cualquier caso seria él preferido á los demas, siem-
pre y cuando volviera á insistir en rehacerse de la pren-

da que desechaba, y esto, para que el banquero accediera á sus propuestas, y accediendo creyera que siempre ganaba teniéndole léjos de él y de ella: porque rompiendo con María desagraviaba y daba cumplida satisfaccion á Sofía, á quien no nos causaremos de repetir amaba de veras y no con el interés con que habia fingido amar á María para lograr que lo introdujera en ciertos círculos que le habian de servir, como le sirvieron, á juzgar por sus relaciones con Siviliani: y por último, porque si hubiera llevado su farsa adelante, consumaba una infamia casándose con una mujer que no amaba sino por su posicion que le habia de servir para lo que le serviria la de Siviliani, y Gabriel, por otra parte, no queria comprar tan cara la realizacion de su *sueño presidencial*.

Pero el atolondrado de Gabriel en todo pensaba, ménos en la ocasion que habia escogido, que era mala; pues á la vez que iba á desgarrar el corazon de una mujer crédula ó engañada, iba á dar pábulo á un acontecimiento deshonroso, que él mismo no podria asegurar si era verdadero ó falso. Bien es, que Gabriel se habia dicho que verdadero ó falso estaba él tambien espuesto á ser víctima de la burla de la sociedad, si no se mostraba digno de su honra en tan semejante caso.

En resúmen, el coronel Gabriel Espinosa no amaba, no habia amado á María Silva, que á ser cierto su fingido amor, hubiera sido el primer en llevar al altar á la víctima de la calaverada de un jóven, que jamas pensó al perseguir á una criadilla jóven y bonita, que podria con ella herir de muerte la reputacion de su ama.

Contra esas razones no cabe ninguna otra consideracion.

Contra la fatalidad no hay mas que la resignacion y la esperanza en Dios.

María así lo habia pensado desde un principio al decir á Montero:—“Entónces dejaré á la sociedad que se cebe en mí, y á Gabriel que piense lo que quiera. Algun dia ella y él me vindicarán; pero jamas consentiré en acceder á una propuesta que no desvanecerá su calumnia, aun cuando con ella aparezca ante sus ojos vindicada. Arrostro, pues, las consecuencias de vuestra impremeditacion, si á ese precio se han de evitar, y me basta solo Dios que sabe juzgar de la virtud de sus criaturas, aun en medio de una sociedad como la nuestra, que juzga de todo mal.”

—Quiero creer, señora, todo lo que me habeis manifestado;—dijo Gabriel despues de que la hubo entregado el billete—pero quiero tambien ocurrir á vos para que en mi posicion me digais lo que un hombre honrado, que teme y respeta á la sociedad en que vive, debe de hacer en semejante caso, en que por desgracia las apariencias os culpan, y á mí me esponen á la rechiffa de esa sociedad.

María á cada palabra de su amante se sentia herida de muerte, y no sabia cómo defenderse: el amor que le tenia, el respeto que se debia á sí misma, su posicion delicada y la terrible duda que la asaltara desde la noche en que fué en seguimiento de Gabriel hasta *Casa-Roja*, la habian estado martirizando el corazon, mas que si hubiesen asestado á él mil dardos envenenados.

María Silva hubo de estallar al fin ante tales alternativas.

—Gabriel,—le dijo—decidme de una vez que jamas me amasteis, ni me habeis amado; decídmelo, y no os rebajeis á vos mismo, queriendo encontrar en mi con-

ducta una mancha, que ni vos ni el mundo entero podrían encontrar en el acrisolado espejo de mi virtud: decídmelo, y os perdonaré sospecha tan indigna de un caballero.

El rostro de María se coloreó á manera de esas bellas rosas que en campo de clavellinas se ostentan orgullosas y altaneras.

Gabriel no pudo resistir tanto hechizo, se consideró culpable de su felonía, porque no era posible que mujer tan seductora y revestida de tal dignidad, pudiera abrigar un alma que en tales momentos parecia remontarse hasta los cielos.

El guerrero tuvo que bajar los ojos ante la débil mujer que no tenia otras armas con que combatir que el orgullo y la altivez de su propia inocencia.

Gabriel tuvo que pensar mucho en Sofía, para no sucumbir ante el ademan altivo y provocativo de María, que le echaba en cara su felonía, y le obligaba á que leyera en sus ojos la inocencia que él ni ninguno otro podían poner en duda.

— Bajais los ojos y callais—prosiguió María escudada con su propia virtud é inocencia—mas vale así, porque ello me indica que aún conservais un resto de pudor que nunca creí pudiera llegar á faltaros, sin embargo de que mi leal corazon me decia de que me engañabais cruelmente. Sediento de gloria y de poder, os dijisteis al encontra os en mi camino: “esa mujer me lo podrá dar todo, y en la amo haré por amarla, y si no lo consigo y logro el objeto que me propongo, nunca faltará un pretexto para derribar la base que me sirva al logro de mis ambiciones.” Y yo, necia de mí, dí cabida al amor de un niño, sin considerar que lo habia fascinado mi....

— ¡María!—le interrumpió Gabriel en tono de recon-

vención, y temeroso de que la ofendida mujer le devolviera insulto por insulto.

—Está bien, callaré: pero bueno será advertiros, señor Espinosa, que si consentí en dejarme engañar, porque os amaba, no consentiré que abrigueis en contra de mi honra sospechas de una falta, de que os juro por la santa memoria de mi adorada madre estoy inocente. Al dudar de mí os proponéis romper los lazos que nos unian; quedan, pues, rotos, y Dios os perdone el mucho mal que me habeis hecho.

La inocencia se sobreponía á la deslealtad de un mal caballero.

Espinosa se habia propuesto destrozár un corazón vírgen; pero el suyo habia quedado á la vez herido por el remordimiento de una acción villana, que solo su ambición podia disculpar, porque ella ciega á los hombres, y los hace cometer faltas de que mas tarde se arrepienten, costándoles á la larga ó á la corta abundantes lágrimas de sangre.

María se habia mostrado con él, digna del amor que le tenia y celosa de la honra que la elevaba á la altura en que la veía Gabriel, quien no se atrevía á levantar los ojos ante su víctima, que estaba majestuosa é imponente.

—Perdonad, María, si fuí con vos cruel é injusto—la dijo Gabriel Espinosa decidido á echar sobre sí toda la odiosidad que queria compartir con ella.—Jamás debí dar crédito al anónimo que aún conservais en vuestras manos, aun cuando haya visto salir de vuestra casa al loco de Arturo, que no dudo fuera por lo que vos decís; pero demasiado débil ó cobarde, ó tal vez porque me alarma mi propia conciencia, me prevalí de un incidente, que si bien es verdad os es fatal á vos, á mí me ayudaba para cubrir la falta que con vos he cometido; falta

que, si quereis, ni yo mismo me perdono; pero que á veces no nos es permitido evitarla, porque el corazon es veleidoso, villano, y nosotros ciegos autómatas que nos dejamos llevar muchas veces de sus mentidas afecciones.

—¡Acabad!—dijo María con digna resolucion, porque sabia á dónde iba á parar su inconstante amante.

—Creí, María, que os amaba, y mi corazon me mintió.

—El mio, caballero, mas noble que el vuestro, preveia vuestra falsía, y si se dejó dar el beso de Júdas, fué porque amando gozaba aun en esa misma felonía, que algun dia le habia de acabar de destrozar. Qué quereis, hay corazones veleidosos y villanos, y hay otros firmes y nobles que se sacrifican á sus propias afecciones.

—Siento haber sido tan franco con vos, pero creed que siempre encontrareis un verdadero amigo en mí.

—Basta, señor de Espinosa, de vanas palabras. Mi suerte está ya echada y no me quejo de ella. Nací para sufrir sola en el mundo, y tengo que conformarme con mi sino.

—Si creeis que os he ofendido con mi franca confesion. . . .

—¡Qué disparate! . . . —contestó María riendo con las lágrimas en los ojos—si ya me esperaba yo todo esto. Que seais feliz, es lo único que me resta que desearos.

María tiró del cordon de la campanilla y apareció Juana.

—Mi coche,—dijo á la camarista—que pienso irme al paseo.—María no sabia lo que se decia, tan suprema era la lucha que sustentaba su alma combatida por tan encontradas emociones.

—Es que el padre Anselmo sube los escalones—objetó Juana.

—¡El! . . . —se dijo María, pudiendo apenas contener

los gritos angustiosos de su adolorida alma.—Que entre, que pase. . . .—Y su mirada paseó vaga é inquieta en torno de sí.

Gabriel creyó prudente no presenciar escena tan dolorosa, que le mostraba á lo vivo cuánto era el sufrimiento de su víctima, que luchaba con el orgullo de su dignidad ofendida y la pérdida de un amor que era su vida.

Así, pues, saludó ceremoniosamente y con señales de grave melancolía: despues se retiró, tal vez para nunca mas volver.

María, al ver que se alejaba Gabriel, sintió que se llevaba tras sí un pedazo de su alma: quiso correr tras él, y lo hubiera verificado, si no se hubiese interpuesto el padre Anselmo que á la sazón entraba, y en brazos del cual vino á caer lanzando un grito desgarrador que por tanto tiempo habia tenido comprimido.

Al venerable sacerdote, cuyo semblante revelaba la paz del justo, le bastó ver salir á Gabriel de aquella estancia y contemplar á María, para comprender que allí rujian fieras y airadas las borrascosas tormentas del corazón.

Juana sin poder contener sus lágrimas, y acordándose de lo que á ella le habia pasado, abandonó á su mártir ama en brazos del ministro del Dios de paz y de consolacion.

.....

Media hora despues de lo que dejamos espuesto, metian en la recámara de Arturo Montero, en donde aún dormia, y con calidad de urgente, el siguiente billete que se apresuró á leer:

“Os remito, caballero, el billete que el insolente de Angel se ha atrevido á dirigir al coronel Espinosa, prevalido de vuestra calaverada: las consecuencias del fatal anónimo han sido, como debeis suponer, fatales: á vos

os toca vindicar la honra de una mujer deshonrada por vuestra sola culpa. Es necesario, caballero, que vengais á verme.—Vuestro, *El padre Anselmo.*”

Despues de restregarse de nuevo Arturo Montero los ojos, leyó el billete á que se referia el anterior, y que le oiremos leer por si no recordásemos bien su contenido.

“Sr. D. Gabriel Espinosa.—La muj que por seguir á un amante, á Casa-Roja, olvida lo que se debe á sí misma, y el qué dirán de la sociedad, no puede ser buena amante ni buena esposa; si quereis desengañaros de esta verdad, acorrid sin pérdida de tiempo á casa de la Silva, y allí vereis salir al caballero Arturo, que ha pasado toda la noche en ella.—*El que mu ho tiene que agradeceros.*”

Montero, despues de leer este anónimo, saltó de la cama, vistióse precipitadamente y se dijo:

—Necesario me es enderezar este condenado entuerto, y para ello me ocurre un ingenioso pensamiento. Veamos pues, si vuelvo las cosas á su primitivo estado, ó las desbarato del todo.

Y se puso á escribir á Sofía Mário, riéndose de su propio pensamiento.

CAPITULO VI.

Gabriel Espinosa en casa de Sofia Mário.

I.

Serian sobre poco mas de las cinco de la tarde del dia que habia precedido á la noche del baile de María Silva. Sofia Mário se encontraba en la sala de su casa, acompañada de su amiga Ana, que desde muy temprano la habia ido á hacer una visita, con motivo de la inquietud en que quedara desde el momento que se separó de ella, despues del desgraciado lance del vaso de agua. :

Ambas se amaban, y así como no podian dejar de participarse sus mútuas alegrías, así tampoco dejaban de consolarse y darse animo en sus mútuos pesares.

En esta vez Sofia era la que se creia muy desgraciada, porque se suponía burlada por Gabriel.

Creia que su desgracia no podria tener remedio, que el mundo se le cerraba para siempre, y que la felicidad habia huido de ella.

En vano Ana trató de disuadirla de tan funestas ideas;

sus reflexiones, consejos y consoladoras palabras no bastaron á persuadir á su jóven é inconsolable amiga.

—He sido engañada, Ana—decia á ésta.—Mi padre tenia razon: el haber desoido sus consejos me cuesta las lágrimas que vierto.

—Esas son preocupaciones—le contestaba Ana.—Ni tu padre podia mandar á tu corazon que no amase, ni en tí estaba contrariar sus naturales afecciones.

—Tú sí que eres feliz: Laurencio....

—Laurencio es amigo de Gabriel, ó mejor dicho, su hermano: ambos piensan de igual manera, y si hoy no me da pesadumbres, me las dará mas tarde; y no por esto me podré llamar desgraciada, miéntras no vea causa bastante que me lo haga creer. ¿La tienes tú de Gabriel?

—¿Pues quieres mas causa que lo de anoche, que lo que se dice en público de él y de esa mujer, que para mi mal lo distingue con sus atenciones?

—Todo eso no es nada; tú no conoces lo que son los hombres, y los hombres como Gabriel, que tienen aspiraciones. Las apariencias engañan, y miéntras á tí no te falte esa esclavitud que él se impone para contigo, puedes echar enhoramala cuanto de él se cuente, y aun cuantas flores eche á las que supones tus rivales.

—Te quisiera ver en mi lugar, amiga mia.

—No en mis dias, que no hay cosa peor que estar celosa por suposicion,

—Gabriel ha sido para conmigo un mal amante.

—Los militares tienen su modo de amar.

—Anoche fué un mal caballero.

—Por evitar hablillas picantes, fué por lo que no te rindió esas muestras de cariño que tanto has estrañado.

—Hoy son las cinco de la tarde, y despues de lo su-

cedido anoche no se ha dignado venir á verme. Ya se ve, habrá estado pendiente de la indisposicion de la Silva. ¡Oh! no, no puede tener perdon su conducta, ya se hace indispensable un rompimiento formal entre él y yo.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad.

—Piénsalo bien.

—Ya lo tengo pensado.

—Escúchale ántes de acusarlo.

—¿Acaso trata él ni de disculparse siquiera?

—El vendrá, y á sus primeras palabras cambiarás de parecer.

—Nunca Ana, nunca—dijo Sofía con tono resuelto, y como si se acordase de todas las desatenciones de su amante.

—Eres terrible, Sofía. Se te puede tener miedo cuando te pones así.

—Eso es, búrlate de mi dolor, de mi despecho. Qué bien se conoce que no te pasó á tí anoche lo que á mí. Tú hablaste con Laurencio, fuiste atendida y mimada por él, y te enorgulleciste al salir del salon del baile de su brazo; yo, ni una mirada obtuve de Gabriel. Ana, te suplico que no me vuelvas á hablar del amigo de Laurencio.

Y esto diciendo la celosa niña, se levantó del sillón que estaba junto al de su amiga para esquivar toda otra réplica de la defensora de su culpable amante.

II.

Un tercer personaje vino á tomar parte en esta escena, cuyo desenlace anunciaba ser del género romántico.

—¿Qué pasa aquí? ¿Contra quién se conspira de una manera tan resuelta?—dijo el recién aparecido, hombre de cabellos canos y respetable aspecto, y que á su aparición recibió en sus brazos á Sofía, que fué á su encuentro tan luego como lo vió aparecer en la puerta de la sala.

—Que soy muy desgraciada, padre mio.

—Tú, ¿y por qué, hija mia?

—Gabriel. . . .

—Habrá hecho alguna de las tuyas, ¿no es esto? Si te lo tengo dicho, ¿á qué vienes á afligirme con cosas que ya te tenia pronosticadas? Un militar en estos tiempos no es lo mejor que puede elejir una soltera juiciosa, ni para amante ni para esposo: los motivos ya te los he manifestado repetidas veces, y Dios quiera que así como ahora te arrepientes de mentirilla, no tengas que arrepentirte mas tarde de veras, cuando la cosa no tenga ya remedio.

—Sofía no tiene razon ahora, señor D. Pedro.

—Vos, señorita, no sois voto en este asunto, porque tambien cojeais del mismo pié que vuestra amiga: buen par de alhajas son los dos coroneles del ejército retrógrado para que merezcan que se abogue por ellos.

—Sois demasiado severo, señor.

—Y lo seré con todos los que se conviertan en defensores de antiguallas que se opondan á la marcha de los adelantos del siglo. El que defiende una mala causa, ó es un ignorante ó un redomado pícaro; ved bien si alguna de estas dos cosas puede convenir á una mujer que pretenda tomar estado y tener familia.

Por lo espuesto, vendrá el lector en conocimiento, de que el padre de Sofía era de ideas opuestas á las del que pretendia ser su yerno, y que éste, no obstante la liber-

tad en que lo habia dejado el bueno de D. Pedro para que enamorase á su hija, consecuente con aquel principio liberal, de que á los hijos no hay que darles estado no conforme á su voluntad, se veia contrariado en su ausencia, y de la manera que lo hemos escuchado.

—Conque, hija mia,—continuó D. Pedro—dirigiéndose á Sofía, no hay que aflijirte por tan poca cosa; si Gabriel no cumple con sus deberes de amante, ménos cumplirá con los de esposo, y esto en vez de aflijirte, debe alegrarte, porque nunca el mal es grave cuando se puede cortar á tiempo. Desiste del que amando la guerra, no puede amar la paz del hogar doméstico por mas que me digan.

Ana, no pudiendo oír con serenidad raciocinar á D. Pedro, y casi sin poderse contener, hizo como que buscaba algo, dirigiéndose á la puerta de la sala.

Resuelta estaba á dejarlos en entera libertad, cuando se presentaron Laurencio y Gabriel, en la puerta que ella iba á tomar.

—Aquí lo tienes ya—dijo D. Pedro á media voz á su hija, viéndolos entrar—veamos cómo te portas.

III.

Gabriel y Laurencio saludaron primero á Ana, á causa de tropezar con ella en la puerta de la sala. El segundo de nuestros militares, miró apasionadamente á Ana, quien le devolvió su mirada, alegre y contenta.

Despues los recién llegados se dirigieron á D. Pedro, que los acogió con la benevolencia de costumbre.

Gabriel dirigió su enamorada mirada hacia Sofía, quien fingiendo distracción, no hizo alto en él, por lo que juzgó nuestro héroe que la nube estaba cargada de electricidad, y que no tardaría en rugir la tempestad que lo amenazaba.

—Bien venidos seais, mis amigos. Parece que el baile de anoche os rindió, y que cuando ménos hasta ahora habreis permanecido en la cama, recuperando las fuerzas perdidas; ¿no es esto?—dijo D. Pedro con segunda intención.

—De buena gana lo hubiéramos hecho—le contestó Gabriel—pero los asuntos del servicio no permiten semejantes libertades. Es una eterna esclavitud la condenada carrera militar.

—Vamos, vamos, que os quejais sin razon. Si algunos gozan de la vida, sois vosotros los militares.

Gabriel Espinosa no tenia muchas ganas de trabar conversacion con su futuro suegro, y fingiendo que debia aún sus saludos á Sofía, se dirigió á ella con cortesana zalamería, dejando al viejo entregado á Laurencio, y Ana, quienes comprendiendo que Gabriel y Sofía necesitaban hablarse, y que era preciso proporcionarles la ocasion, procuraron ambos á dos distraerlo de la mejor manera que se les ocurrió.

D. Pedro, que era hombre demasiado prudente, creyó á su vez, que convenia dejarse distraer para que el coronel recibiera con todas las formalidades de estilo el pasaporte que su hija le tenia preparado, y no solo aguardó á que le llamaran la atencion los que creian engañarle, sino que él mismo dió motivo para que lo llevaran á cabo, promoviendo con Laurencio cuestiones políticas que estaban en abierta oposicion con los principios que él profesaba.

En esto comenzaron los debates, y mientras Gabriel y Sofía pudieron hablar con entera libertad.

—Caballero, no os canseis con vanas excusas que estoy cansada de oír á cada paso—decía Sofía á Gabriel.
—Entre nosotros no caben ya esplicaciones. Públicas son las distinciones que prodigais á la Silva; y no es de caballeros que persistais en engañarme de la manera que lo habeis hecho. Está visto que no hemos nacido el uno para el otro, ó si hemos nacido, no ha llegado el tiempo en que podais probarlo; cuando él llegue, entónces veremos si me podeis infundir el amor que ha llegado á faltarme por completo.

—Sofía, creo que estais obrando con demasiada ligereza.

—Podrá ser, señor de Espinosa; pero mientras no llegue el tiempo de la prueba, no podré convencerme de que obro de ligero.

—Creo que te han informado mal, que estas preocupada con una cosa que no existe. Las apariencias engañan, y en este momento me acriminas injustamente.

—Eso es lo de siempre, y ya os he dicho que estoy cansada de oírlo.

—¿Pues cómo quieres que me explique, que te convenza?

—No me toca á mí decíroslo; eso os corresponde á vos.

—Hay cosas, Sofía, que no se pueden decir aun cuando uno quiera; pero mas tarde, yo te juro que sabrás todo lo que hasta aquí te ha parecido malo. Hay circunstancias en la vida del hombre, que todo cuanto hace aparece malo hasta llegar al fin que se propone, en que él mismo da cuenta de su conducta pasada. Quisiera ser contigo mas esplicito; pero no puedo, porque en estos momentos

mi propia franqueza me haria aparecer á tus ojos mas culpable. Deja que aparezca el nuevo sol de un porvenir que no está lejano, y entónces tú misma me disculparás, y te convencerás de que no he amado ni amo á otra mujer mas que á tí.

—Para entónces, repito, veré si os tengo el amor que ahora me falta. Tanto habeis agobiado mi corazon, que al fin habeis logrado apagar el amor que os tenia.

—Eres cruel.

—Nada de estraño tiene, cuando lo habeis sido conmigo.

—Es decir....

—Que todo ha acabado entre nosotros, caballero, hasta no tener pruebas evidentes de no que jugais conmigo de la misma manera que lo podeis estar haciendo con la Silva.

En esto estaban, cuando se presentó en la puerta de la sala una criada con una carta en la mano.

—¿Qué traes?—le preguntó D. Pedro que estaba pendiente de todo.

—Esta carta para la señorita Sofía.—Y la criada avanzó y la puso en manos de quien decia el sobre; desapareciendo por donde habia venido.

Sofía desplegó la oblea de goma que la cerraba y se puso á leerla, demudándose visiblemente á medida que avanzaba en su lectura.

No pudiendo dar fin á ella, se levantó de su asiento airada y terrible, poniendo en manos de su padre la carta que podemos decir sin temor de equivocarnos, estaba firmada por Arturo Montero.

D. Pedro, apénas hubo acabado de leerla, cuando dió á su hija el brazo, y lanzando á Gabriel una mirada despreciativa desapareció con ella de la sala.

Gabriel no pudo comprender nada de cuanto pasaba, sin embargo de que su conciencia no estaba tranquila.

Ana tuvo que separarse de Laurencio por seguir á D. Pedro y á su hija.

Los dos amigos se miraron, y en vista de tal desaire se retiraron de la casa, no sin sugerir á Laurencio esta juiciosa reflexion:

—No olvides, Gabriel, que el que á hierro mata á hierro muere.

—¿Sabes tú acaso, lo que significa lo que acaba de pasar?

—No; pero lo sabremos.

Y ambos amigos se dirigieron, ya entrando la noche, al convento de los Agustinos.

CAPITULO VII.

Ángel en vispera de ser un grade hombre.

I.

Volvamos al page que dejamos en seguimiento del muerto de *Casa-Roja*, y llamamos muerto á Leiva, porque no cabe duda que el ejecutor Zallas en cumplimiento de la órden del Supremo Gefe de la asociacion de los reformistas, disparó sobre él la mortífera pistola que le hizo caer sobre el ensangrentado cadáver de Pedro el zapatero, y esto, en cumplimiento del art. 7.º, tít. 1.º de la severa ley de asociacion.

Espliquemos cómo estuvo esto, para que no se tenga por inverosímil la resurreccion de Leiva, á quien hemos visto ántes de ahora sobre el camino que conduce á *Casa-Roja* llevando de la mano al hijo de Pedro, muerto por un fatal incidente que Leiva no se perdonará en la vida.

Entre la multitud de farsas de las antiguas asociaciones mazónicas, se usaba para imponer ó acobardar á los

neófitos que se inscribían en ellas, de multitud de pruebas, con el objeto de asegurarse de fé de los adeptos, y entre ellas se hacia uso de la sangre caliente servida en cráneo de sér racional, del puñal, del veneno, de la pistola, de la sangría, y de otros aparatos terroríficos, cuyos secretos los congregados tenían obligacion de guardar para hacer valer el poder moral que tenían sobre los que pretendían iniciarse en sus trabajos, que las mas veces tendían al mal, puesto que para el bien no se necesita buscar la oscuridad de las tinieblas.

La sangre se componía de una preparacion de fierro disuelto en cocimiento fuerte de malvas, endulzado y puesto á hervir hasta darle cierto grado de consistencia: quien probara la sangre real y la artificial, se veía en grande aprieto para poder distinguir la una de la otra.

Como debe suponerse, su sabor y color eran detestables, y aquel que la apuraba con mas serenidad y aplomo, era el sér de espíritu fuerte y de conciencia recta, de quienes habian de menester los iniciados en la gran familia masónica, que reconocía por gefe fundador, segun entónces se decía, á D. Jesus, al gran artífice de lo maravilloso.

¡Horrible blasfemia, puesto que ese D. Jesus lo aplicaban al hijo de Dios vivo encarnado en las entrañas de la madre comun de todos los hombres!

El puñal se componía de una finísima hoja de acero sujeta á diversas combinaciones mecánicas, consistentes en sensibles muelles que al mas leve contacto de su punta con cualquiera otro cuerpo extraño, le quitaba toda accion ofensiva, puesto que solo servía para el supremo acto de la decision del que pretendía ser iniciado en los secretos de la masonería.

El que con mas decision se lo dirigia al corazon, aquel daba una prueba de que se entregaba en cuerpo y alma á la hermandad á que aspiraba pertenecer.

La pistola, recibiendo la carga por la boca de su cañon, que en presencia del neófito se hacia, iba desde luego á parar la bala, por medio de un ingenioso mecanismo, á la culata, separándose del cartucho que sin ella hacia sus funciones en el momento que el sometido á la prueba hacia fuego sobre sí mismos, ó sobre otro cualquiera á quien se le mandase.

El veneno, inútil nos parece decir despues de lo espuesto, que se componia de sustancias narcóticas para hacer dormir al que sufría la prueba segun el tiempo que convenia, con mas ó ménos luchas del espíritu contra la materia.

La sangría consistia, en que vendaban los ojos al que pedia ser iniciado en la congregacion, y despues de desnudarle la parte del cuerpo en que se suponía iba á recibirla, le herian levemente con una lanceta, y junto á él hacian resonar un sostenido y delgado chorro de agua que iba á caer dentro de una palangana, preparada al efecto.

Como se comprenderá de todo lo espuesto, unos resistian pruebas tan duras y otros no, y Leiva se encontró en el caso de estos últimos, pues aunque pertenecía á la congregacion de los reformistas, no estaba aún iniciado en todos sus secretos, á causa de ocupar un lugar muy secundario entre los asociados. Así es que para él fué nueva aquella escena, que solo conocia por la ley de asociacion.

Una vez sabido esto, prosigamos adelante.

Angel, por ese instinto propio de las imaginaciones rápidas en sus concepciones, habia seguido á Leiva, seguro de saber por él, hácia dónde podria encaminarse para encontrar á los revolucionarios de Ayutla, que ha-

bían tenido su última reunion en *Casa-Roja*, segun lo sabia él de Gabriel Espinosa, que se lo habia contado á María en su casa de la Acequia, en aquella noche de aventuras que ya conocemos.

Para poder lograr el fin que se proponia, poco tuvo que seguirlo, puesto que la casa de María no distaba gran cosa de la de Leiva, que se hallaba situada á pocas manzanas de la primera.

Leiva ocupaba una modesta casita entresolada en la calle de las Verdes, y apénas hubo llegado á ella le salió á recibir un niño, que Angel reconoció ser hijo de Pedro el zapatero, á quien su señora habia protegido, en cambio de los cuidados que prodigaba á su yegua favorita en una casita de campo que mas adelante tenia ubicada. Esto fué en vida de Pedro: despues de su trágica muerte, de cuyo suceso tanto el page como su señora tenian vagos recuerdos, que les traia á la memoria una escena que jamás se atrevieron á mencionar, no volvieron á saber del niño, que como el padre, habia desaparecido, hasta en esta vez en que Angel lo volvió á encontrar.

La escena del camino de *Casa-Roja*, y su encuentro casual con Leiva, juntamente con la conversacion de Gabriel con María en la casa de la Acequia, refrescaron los recuerdos de Angel de tal manera, que por un momento se creyó que su suerte estaba echada, y que se encontraba próximo á ser un grande hombre, si él sabia sacar partido de todo lo que bullia en su babilónico cerebro, que no paraba ni un solo momento para resolver la gran cuestion que se habia propuesto de ser ó no lo que se habia soñado desde niño.

—Buenos dias, señor Leiva—dijo Angel dirigiéndose al nombrado por él, que no habia notado que habia

sido seguido, y que á la sazon se disponia á hacer caricias al niño que le salió al encuentro.

—Buenos días, señor—le contestó Leiva desistiendo de sus caricias.—¿En qué puedo servirlos, amigo mio?

—Deseara que me permitiérais hablaros por breves momentos para tratar de un asunto que á ambos nos importa.

Leiva extrañó el modo de decir del jóven, y como siempre estaba pendiente de los hombres de *Casa-Roja*, le tendió la mano para ver si Angel al tomársela le daba á conocer por medio de algun signo convencional, quién de los que esperaba podria ser.

Viendo que Angel se la tendió sin signo que le sirviera de contraseña, le dijo:

—Pasad adelante, y hablemos cuanto gusteis.

Entónces hizo una ligera caricia al niño, y lo despachó á jugar léjos de donde ellos estaban.

Leiva y Angel entraron á una pequeña sala amueblada pobremente, y esto debido á la proteccion del Supremo gefe de la asociacion de *Casa-Roja*, que desde la noche en que lo conocimos, continuó impartiéndosela sin hacerle salir de la esfera que convenia á las miras que tenia sobre él.

II.

Angel, con el ánimo resuelto y la audacia que lo caracterizaban en momentos dados, entró desde luego de lleno en la conversacion, que le habia de dar por resultado final, lo que se habia propuesto al seguir á Leiva, quien

estaba muy distante de las miras del jóven, una vez desengañado de que no era ninguno de los que él siempre aguardaba.

—¿No recordais haberme visto en alguna otra parte, señor Leiva?—le dijo.

—No, ciertamente.

Leiva queria con la vista penetrar en el corazon del jóven, y sorprender en su mirada lo que allí podria llevarlo.

Era Leiva como todo conspirador, receloso y desconfiado por demas, y no habia uno que se le acercara, que no lo hiciese poner en atalaya, temeroso de ser sorprendido aun en sus propios pensamientos: y gracias á esto y á la leccion que habia recibido en *Casa-Roja*, era difícil que se le pudiese sorprender algo que pudiera comprometer los intereses de aquellos á quienes servia tan lealmente.

—Señor Leiva,—prosiguió Angel—los hombres como nosotros que tendemos á un mismo fin, porque nos alimenta una misma idea, no debemos desconocernos, y si tendernos las manos en cualquier parte del mundo en que nos encontremos.

Leiva comprendió que no se habia engañado al querer sorprender las miras que allí podria llevar á Angel.

—No sé á qué viene todo eso que no comprendo, y si no comenzais por ser mas explícito, os advertiré, mi jóven amigo, que no podré entenderos como quisiera, para saber si en algo puedo serviros.

—Y sí que podeis, siempre que querais.

—Veamos cómo, y es lo mejor que podeis hacer.

—Antes, permitidme deciros algo, que aleje de vos toda sospecha.

—Ahora os entiendo ménos. Yo no tengo ni puedo

tener por qué sospechar de una persona que ni me conoce ni conozco.

—Estais muy equivocado, señor Leiva, y eso me prueba que no estais dispuesto en mi favor para oirme, cuando vengo á vos con la lealtad que os voy á probar, si me quereis escuchar y contestarme con la misma franqueza que lo voy yo á hacer. Deseo lanzarme á la revolucion, —y fijó Angel los ojos en Leiva de una manera tenaz— para defender la buena causa por que pelean nuestros hermanos, y nadie mejor que vos puede ponerme en contacto con la persona á quien pienso ofrecer mis servicios que en algo pueden serle útiles.

Leiva quedó sorprendido ante tan brusco ataque, y no dejó de alarmarse del aplomo y serenidad de Angel, que le hablaba de un negocio como si ya tuviera pleno conocimiento de él.

—Creo que os habeis equivocado, que no es mí á quien buscáis, y que todo cuanto me decís no tiene para mí nada que pueda importarme, como me dijísteis ántes.

—Busco á vos y no á otro, y lo que os digo y continuaré diciendo tiene para vos lo mismo que para mí, un interés que nos será benéfico, á la vez que á otros en busca de quienes vengo, y que estoy seguro me direis al fin endónde puedo encontrarlos.

—Pues, señor, si os empeñais en hablarme de esa manera que no entiendo, os dejaré proseguir hasta que os canseis.

—Señor Leiva, ¿desde cuándo habeis dejado de ir á *Casa-Roja*?—le dijo Angel maliciosa é irónicamente, picado ya del retraimiento de Leiva.

Leiva se apresuró á contestar:

—Todas las mañanas voy á ella en busca del encar-

gado de cuidarla, que me da algunas comisiones que algo me dejan.

—Y de noche ¿desde cuándo?

—No soy tan atrevido para esponerme al camino despues de las cosas que se cuentan.

—Sí, en verdad, tales como el asesinato de Pedro, cuyo hijo habeis prohijado—y volvió á fijar en Leiva su obstinada mirada.

Leiva en esta vez no pudo contestar como la primera. Angel le habia tocado á su cuerda mas sensible.

—En eso no cabe duda—contestó Leiva despues de un momento de vacilacion.

—Y cuyo cadáver fuísteis el último en abandonar ¿no es esto? despues de una noche en que la detonacion de una arma de fuego, anunciaba que algun desgraciado habia sido víctima de las almas en pena, que tanto frecuentan ese camino que solo de dia os atreveis á andar. Y gracias que solo hubo una víctima, porque las detonaciones fueron dos. ¿Sabeis vos, si hubo alguna otra mas?

—No.

—Pues yo sí, y reservo su nombre para cuando esté ante quien le convenga saberlo; porque habeis de estar, amigo Leiva, que el tal pollo es de cuenta, y en nada estuvo que hubiera espantado á los mismos fantasmas que tanto os amedrentan. Perdonadme una duda que tengo: ¿en dónde os encontrásteis el cadáver de Pedro, en *Casa-Roja* ó en el camino?

—En el camino—dijo mudando de color Leiva, que no las tenia todas consigo.

—Pues malas lenguas dicen que los fantasmas lo sacaron de *Casa-Roja*, y que uno de ellos se parecia á vos como un huevo á otro huevo.

Leiva se iba sintiendo vencido sin poder disimular la desagradable impresion que el recuerdo de Pedro le hacia.

—Cuéntase que esa noche estaba poblado el camino de fantasmas, como si de antemano se anunciase lo que iba á suceder con el pobre de Pedro. Si el hijo de esa pobre víctima no fuera tan desmemoriado, puede que recordara que en esa noche le tenia yo mandado por orden de quien lo protegía tanto á él como á su padre, tuviera dispuestos dos caballos, qué no os digo para que sirvieron, porque con lo dicho basta para haceros comprender mas de lo que es necesario. Se trata, pues, señor Leiva, para evitarnos de mas rodeos, de engrosar las filas de los defensores del pueblo, de llevarles recursos monetarios, y de darles á conocer que sus secretos fueron sorprendidos en *Casa-Roja*, por una persona que yo conozco y que puedo señalar para que se cuiden de ella. Para todo lo espuesto es preciso que me indiqueis el camino en que pueda encontrar á quien debo ver, si por vuestro conducto no puede ser, será por el mio, aun cuando pierdo el tiempo precioso que vos debeis valorizar y no dejar perder.

—Nada, nada de cuanto me decís entiendo—dijo Leiva con firme resolucion, 'pues aunque lo que le hacia saber Angel era lo bastante para hacerle conocer que estaba en parte del secreto, que él se resistia á confesar, las prohibiciones de la asociacion de *Casa-Roja* eran espresas y terminantes, y él, miéntras no le dieran un santo y seña que le demostraran que debia ser comunicativo con el que se le presentara, no podia dejarse sorprender, aunque el mismo diablo le tentase con todas sus artimañas. No obstante, Leiva veia en todo cuanto le contara Angel, tres cosas que podian importar á la asociacion: saber el nombre de un traidor que logró penetrar

á *Casa-Roja* y sorprender en sus sesiones á los congregados, y el ofrecimiento de hombres y dinero, con otras cosas que segun parecia el jóven page no se atrevia á esternar, tal vez porque lo reservaba para mejor ocasion.

Leiva buscaba el modo de sin faltar á sus deberes, aprovecharse de los ofrecimientos del jóven, en pro de los revolucionarios que habian de menester de cuantos quisieran ayudarles de cualquiera manera que fuese.

El modo no acertaba Leiva cuál pudiera ser, y esto despues de mucho cavilar y de dejar al jóven que se franquease con él lo mas que fuera posible, sin que él mismo de ninguna manera se llegara á deslizar en lo mas mínimo.

Angel, no obstante la certeza que tenia de que aquel hombre era agente de los revolucionarios que él buscaba, creyó que se habia aventurado demasiado, y la serenidad y sangre fria de Leiva lo pusieron en cuidado, sin embargo de que estaba resuelto á afrontar las consecuencias del plan de conducta que se habia formado, atacándolo de cuantas maneras fuese posible.

Mas era el caso, que en tal situacion ninguno avanzaba mas de lo que sus deseos les aconsejaban.

—Lamento tal insistencia, señor Leiva, y me veré precisado á ofrecer mis leales servicios á otro que sepa apreciarlos en lo que valen. Vamos, veo que con lo dicho no es bastante y que necesitais mayores pruebas que os inspiren la confianza que no teneis: las tendreis, porque yo no retrocedo por tan poco.

Leiva se alegró en su interior de la proposicion de Angel: su prudente silencio le valió mucho, como debe suponerse, si se considera la manera brusca con que Angel lo atacaba para arrancarle un secreto, que el page sa-

bia que él guardaba, por solo presunciones, nacidas de lo que sus ojos vieran y sus oídos escucharan en aquella noche de aventuras, y parte del amanecer del día siguiente.

La misma vivacidad de Angel, lo hacia obrar á veces con ligereza, y esto porque era conspirador novel, y no era posible que su inteligencia estuviera desarrollada con toda la madurez de prácticos intrigantes.

Angel, necesitaba á todo trance, que Leiva lo pusiera en inmediato contacto con el gefe de la revolucion de Ayutla, porque así convenia á sus miras; y para lograrlo le era necesario que Leiva, que estaba en el secreto de *Casa-Roja*, le diera á mas de un nombre, un santo, una seña que no lo hicieran sospechoso al efectuar su presentacion.

El page no sabia otro modo de buscar al hombre que necesitaba, si no era aquel á que habia ocurrido por presunciones que en algo fundaba; pero la resistencia de Leiva en no franquearse con él, le desanimaba, y momentos tuvo en que creyó que habia errado el golpe.

—Señor Leiva,—le dijo como insistiendo en su pertinaz idea y resuelto á jugar el todo por el todo—esperadme aquí una ó dos horas y os traeré la prueba de que conspiro en bien de la patria y de que no soy un embaucador que trata de sorprenderos.

—Haced lo que mejor os parezca, mi jóven amigo, puesto que no hay modo de haceros entender que todo cuanto me habeis contado, es para mí enigmático.

—Dentro de poco no lo seré.

--Entónces me alegraré de poderos servir en cuanto me sea posible.

—Quedaos con Dios, servidor leal del pueblo.

—El vaya con vos, Señor D. . . .

—Angel, servidor vuestro.

—Perdonad, que con vuestra rara conversacion no me hubiera ocurrido preguntaros vuestro nombre.

—Pensad, para cuando vuelva en lo que os he dicho.

—Pensaré, porque me habeis puesto en curiosidad, y á no ser que me hayais tomado por otro....

—No, he venido expofeso á buscar á Leiva, al amigo de Pedro el zapatero, al padre adoptivo del niño que algun dia vengará la muerte de su padre.

Angel desapareció, como hombre que no podia detenerse mas á causa de que sus atenciones lo llamaban á otra parte en donde temia no llegar á tiempo.

Leiva, con los últimos conceptos vertidos por Angel, quedóse meditabundo, sin saber qué pensar de aquella extraña escena que lo ponía en horribles vacilaciones, no obstante que se habia guardado de proferir palabras que lo comprometiesen.

Poco á poco fué tranquilizándose en cuanto á los temores que pudiera tener de que se le tendiese un lazo, porque si esto fuera, Angel hubiera obrado de otra manera despues de dicho lo que Leiva pudiera haber tomado por una acusacion.

Leiva, con la serenidad de los viejos agentes de los conspiradores, esperó los resultados de aquel encuentro con Ángel, seguro de que si algo le sabia nada le podria probar, y aun cuando así fuera, nada podia temer, pues nunca le faltarian personas influentes en el gobierno que vieran por él, toda vez que hasta allí tenian ramificaciones los revolucionarios, como mas adelante veremos.

III.

Angel, de la pobre casa de Leiva se fué en pos de la realizacion de su pensamiento que debia de probar que algo valia para que se fiara de él, á la del opulento banquero Siviliani.

Como allí era conocido de toda la servidumbre, tuvo por conveniente decirles que se habia separado de la casa de María, porque estaba cansado de sus caprichos que lo tenian convertido en un esclavo, cuando él habia nacido para ser libre y buscar la vida con mas provecho de su individuo. Despues manifestó que queria ver al señor Siviliani, para ver si lo ocupaba en algo.

A esto le contestaron que no estaba en casa, que á eso de las siete de la noche habia ido en su carruaje á casa de la Silva, y que no sabian á que hora volveria.

Esto le bastó á Angel para cortar su conversacion, despedirse é irse en derechura á la casa de su antigua ama.

Llegado que hubo á ella, lo primero con que se encontró fué con el coche de D. Miguel Siviliani, cuya portezuela cerraba el lacayo, como si momentos ántes el dueño de él hubiera salido de su interior.

El cochero refrenaba los soberbios caballos, haciéndolos retroceder hasta ponerlos en buena posicion

Angel tendió la mano al lacayo y al cochero del gran señor, que se encontraba en efecto de visita en casa de María.

Desde luego trabó con ellos animada conversacion, que acabó por hacerse misteriosa, á tal grado, que los que hu-

bieran pasado junto á ellos, no habrian podido oirles una sola sílaba, á causa de la baja entonacion que dieron á su voz.

Miéntas los fámulos se entretienen charlando con Angel de asuntos que por ahora no nos interesa saber, pasemos al mismo sitio en donde dejamos á María con el padre Anselmo.

CAPITULO VIII.

El lector viene en conocimiento de que tienen ménos riesgo las operaciones de banco sin mezcla de amóros que con ellos, y de la manera como Angel estaba en vísperas de ser un grande hombre en esta tierra de proyectos revolucionarios y de motines, y con mas que sabrá despues si no pierde la paciencia con nuestra larga y verídica historia, cuyo bosquejo está próximo á terminar.

I.

En el corto intervalo en que hemos dejado de ver, á María, habia hecho la melancolía grandes estragos sobre su pobre espíritu. Al lado del reverendo sacerdote, se asemejaba á esas bellas imágenes que la poética imaginacion del pintor traslada al lienzo, pintándonos el supremo dolor de los dolores de la madre de Dios, despues de la crucifixion de su augusto y adorado hijo.

Bella y poética á la par con su dolor, María revelaba en su semblante que la perfidia de Gabriel le podria cos-

tar la vida, si los consuelos de la religion no acudian en su auxilio.

El padre Anselmo lo comprendia así, porque era profundo conocedor del corazon humano.

Juana, se hallaba junto á su señora, ó mejor dicho junto á su madre, porque ella, no siendo ingrata como Angel, siempre la habia reconocido como á tal y sus penas la afligian.

En sus manos tenia un frasquito de espíritus salinos, que de vez en cuando aplicaba á la nariz de María, para que esta aspirara sus esencias y evitara con ello los desmayos que con anterioridad habia experimentado.

El padre Anselmo, por su lado, trataba de fortalecer el corazon de su hija de confesion, con sus consejos evangélicos, que María escuchaba anegada en llanto.

—Olvida, olvida, hija mia,—la decia—la ingratitud de los hombres.

—Padre, faltándome el amor de ese que tan malamente me ha herido, creo que todo me va á faltar. ¡No puedo, no puedo vivir sin él! ¡No estais viendo que me siento morir en estos momentos en que todo me parece un sueño? ¿Qué será, señor, cuando pasen dias y dias, y deje de serlo, y me convenza de la terrible realidad?

—Cuando pasen dias, hija mia, se apoderará de tu alma la calma que no tienes ahora, y que te hace blasfemar. Entonces habrán pasado los tormentos de tu corazon, y la dulce melancolía vendrá á sustituirlas, para dar lugar á la reflexion. ¿Has olvidado que á este mundo no se vino á reir, y sí á llorar? ¿En dónde está, pues, la fortaleza de espíritu con que á él debistes entrar? ¿Pospones tu fé católica, al amor terrenal, que no es otra cosa que vanidad de vanidades?

María ocultó su cabeza en el hombro del anciano sa-

cerdote, como avergonzada y arrepentida de lo que sus labios profirieron en un momento de febril exaltación.

Juana que no tenía quien la consolara, ni quien la hablara así, ó en otros términos, oía al sacerdote como quien oyera á un oráculo, y se sintió consolada, y resignada con su suerte, que en verdad sea dicho era mas de lamentar que la de su señora.

Entónces fué cuando el padre Anselmo, aprovechando la aparente tranquilidad de María, le tomó de las manos el anónimo que la dejara Gabriel, y le sugirió la idea de escribir á Arturo, cuyo objeto sabremos cuando venga.

II

Pocos momentos habian transcurrido de lo que acabamos de relatar, cuando Siviliani se hizo anunciar.

Sin embargo de que se habia dado orden para negar á todos la entrada, á causa de la indisposicion de la dueña de la casa, con Siviliani no se entendia esta orden, porque era el hombre de las confianzas, y esa noche habia pedido una entrevista, cosa que indicaba que algo de importancia deseaba tratar.

Grande fué el asombro al penetrar á la sala y encontrarse con María en estado tan lamentable y con el aparato del padre confesor á su lado y á Juana con el frasco de sales en la mano.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó sobresaltado al ver la palidez de María, sus ojos llorosos y el desorden de su traje.

—¿Cómo no se me ha dicho que os encontrabais enferma?

—La cosa no ha sido para tanto—se apresuró á con-

testar el padre Anselmo.—Una ligera indisposicion que pronto pasará. Como es tan delicada, cualquiera cosa la impresioná al grado en que la veis.

—¿Qué ha motivado tal indisposicion?

—Disgustos con los criados. Angel se ha rebelado esta tarde y ha habido necesidad de despedirlo.

—¡Hola, hola!

—Como comprendereis, esto la ha impresionado fuertemente, toda vez que el ingrato muchacho se habia criado en la casa: y grave debe de ser la falta que ha cometido, cuando María se ha visto obligada á hacer lo que ha hecho.

El padre Anselmo no se habia atrevido á decir otra cosa, porque no sabia el grado total de cofianza que María dispensaria á su banquero, y porque aun cuando lo supiera, no le parecia prudente aquel momento para retocar la herida que tanto punzaba á María.

—Es de lamentarse tan importuno incidente, que tanto ha afectado á nuestra sensible amiga, y de buena gana hubiera deseado que en mi poder hubiera estado evitarlo, ó saber á tiempo la insubordinacion del page.

—Gracias, Siviliani,—dijo al fin María—os agradezco el interés que os tomáis por mí, y siento que la entrevista que me habeis pedido para esta noche, no haya sido con mi buen humor de siempre. Sin embargo, amigo mio, bien sabeis que para vos siempre estoy bien dispuesta.

—Gracias, María. No es tan urgente mi negocio que no lo podamos dejar para otro dia. En el estado que os encuentro, no seria prudente por mi parte, tratar de negocios, cuando para ello sobra tiempo.

—Como gustéis, Siviliani—contestó María con ese abandono propio de las mujeres melancólicas y que les está tan bien á las que son hermosas como la Silva.

—No quiero ser por mas tiempo impertuno:—continuó Siviliani—los pesares piden la soledad, y quizá mi presencia os sirva de molestia.

—De ninguna manera.

—Volveré otro dia, y entretanto os deseo un pronto restablecimiento.

—Gracias, amigo mio.

Siviliani tendió la mano á María en señal de despedida, saludó al padre Anselmo respetuosamente y se alejó de la sala pensando que aquel primer tropiezo en una de sus tres combinaciones proyectadas, no podia ser de buen augurio.

—Volveremos otro dia—se dijo bajando las escaleras, preocupado como buen italiano con lo que él llamaba su primer tropiezo.—Si lo del page no fuera cierto y la realidad fuera otra, entónces la cosa cambiaria de aspecto, y quién sabe si lo que me parece malo se tornaria despues en bueno. ¿Si habrá habido algo entre Gabriel Espinosa y Maria con motivo de . . . ?—y pensando en esto llegó frente á su coche, quedándose sorprendido de que como siempre fuese Angel el que de pié y con sombrero en mano le tuviera lista la portezuela del carruaje para que él entrara.

—¿Cómo es esto?—le dijo sin poderse contener—¡tú aquí! ¿Pues y el disgusto que has causado á tu ama?

La palabra ama sonó mal en los oidos de Angel, y calló porque la situacion en que se encontraba no era para contestar.

Siviliani entróse en su coche, diciéndose para sus adentros:

—¿Qué habrá de verdad en todo esto?

Angel como de costumbre cerró la portezuela del co-

che, y en vez de desaparecer por el zaguan de la casa, como lo hacia siempre que ejercia esta ocupacion, montó al pescante del coche, que al trote largo de sus caballos desapareció en direccion de la calle de las Verdes.

III.

Siviliani, preocupado aún con lo que le dijera el padre Anselmo, y con su encuentro con Angel, á quien no esperaba ver despues de lo que le dijeran, no notó que su cochero lo llevaba por rumbo opuesto al de su casa, hasta que haciendo alto el coche, vino á colocarse dos casas ántes de la de Leiva.

Esta parada lo sacó de su preocupacion, pensando que habia llegado sin advertirlo á su casa.

Pero como el lacayo no se apresurara á abrirle la portezuela, y á la vez estrañara la oscuridad de la callé, y aun la calle misma, descorrió los cristales que estaban echados, y preguntó con tono mohino á qué lugar lo habian traído.

El lacayo que se encontraba frente á la portezuela, sin duda porque así convenia, y miéntras Angel penetraba á la casa de Leiva, se encargó de contestarle.

—Perdonad, señor,—le dijo—el cochero ha creído que no tomariais á mal que ocurriese de paso á este lugar, por un purgante que piensa dar esta noche al caballo albo, que parece encontrarse un poco indispuerto á causa de haber salido sin mantilla.

—Pedazo de animal,—le contestó Siviliani—¿y por qué al montar no me pidió mi parecer ese tunante? ¿qué, se

cree con derecho de llevar el coche á donde mejor le parezca encontrándome yo dentro?

—No lo sé, señor, pero si quereis le diré que desande lo andado, sin esperar al page de Doña María, que él es el encargado de recoger la medicina.

—¡De Angel! ¡Cómo es eso? Ese pícaro ha venido con nosotros?

—Sí, señor; ha sido despedido de la casa de Doña María, y nos suplicó que lo llevásemos en el pescante, porque tenia intencion de hablaros, para que lo admitiérais en vuestro servicio ó intercedierais por él para que lo volvieran á admitir en casa de su ama.

Siviliani, furioso por la libertad que se habia tomado su cochero, que entre paréntesis sea dicho llevaba algunos años de estar á su servicio, hubo al fin de aplacarse, para reservar para despues el castigo que se merecia por la inusitada libertad que se habia tomado, y por otro lado para aprovecharse de la presencia del page de quien esperaba saber lo que hasta allí le parecia enigmático.

—¿Digo al cochero que nos volvamos?

—No, que acabe de consumir la libertad que se ha tomado, toda vez que ya no tiene remedio la cosa: al ménos que no sea perjudicado el pobre caballo, por quien tanto se ha cuidado posponiéndome á él.

Miéntas que Siviliani con su fingida tolerancia esperaba la vuelta del portador de la medicina, y miéntas su lacayo sin notarlo él, ocultaba una pistola que habia sacado, tal vez por si su amo no se conformaba con sus razones, y pacífico y respetuoso esperaba junto á la portezuela la vuelta del oficioso page, veamos qué decia éste á Leiva al aparecer en su casa por segunda vez.

IV.

—Aquí me teneis, Leiva, con la prueba de que no soy un traidor, y de que deseo servir á la patria de la manera que os he dicho.

—¿Persistís aún?

—Dejaos de tal insistencia, y vamos á lo que importa, que no hay momentos que perder. En la puerta de vuestra casa hay un espléndido carruaje, vigilado por dos de mis adeptos, que cuidan medio millon de pesos que dentro de él tengo guardados para ayuda del triunfo de nuestra causa. La cosa no es de despreciarse, y solo me bastará para saberlo utilizar, que me digais en dos palabras á qué lugar puedo dirigirme con él para recibir órdenes.

Leiva no queria dar crédito á lo que oia, y le pareció que el jóven se burlaba de él, y tal vez con dañada intencion. Sin embargo, algo se dejó convencer cuando Angel le dijo en qué consistia el medio millon que iba á emplear en provecho de la revolucion. Comprendió el viejo conspirador acordándose de la ley antigua, que cualquiera medio era bueno siempre que los fines lo justificaran.

Leiva no vaciló ya, y le dijo al oido dos palabras con lo que Angel quedó satisfecho.

—Gracias, Leiva, y adios—le dijo.—Pronto tendreis noticias de mí: algo os valdrá el haberme ahorrado tiempo y trabajo para el fin que me propongo.

Angel, sin aguardar una sola palabra mas de Leiva, desapareció de su lado para unirse á sus compañeros del coche.

Poco tiempo tardó en instalarse convenientemente en el pescante del coche y en decir al cochero algunas palabras en voz baja, las que oídas por éste, tendió un soberbio latigazo á los fogosos caballos, que partieron velozmente tomando el camino del Paseo de Bucareli.

El lacayo tan luego como vió aparecer á Angel, se retiró de la portezuela del coche en que habia estado como de centinela y fué á ocupar el lugar que le correspondia.

En toda esta rápida evolucion, Siviliani no tuvo tiempo de saber el resultado de la mision de Angel; pero sí llamóle desde luego la atencion, que su carruaje caminara con tal velocidad y en rumbo opuesto al que debiera llevar.

Entónces tiró con fuerza del cordon que servia para llamar al cochero, y vió con sorpresa que el cordon no estaba adherido á su brazo.

Ocurrió, para llamar la atencion, á dos ó tres golpes que pegó en los vidrios delanteros y traseros, sin que cochero ni lacayo se dieran por entendidos.

Probó á descorrer los vidrios de la portezuela que estaban cerrados por fuera, á la vez que con frenéticos gritos decia á su cochero que parara.

La rapidez de la marcha del carruaje ó la sordera fingida de sus conductores, hizo que el banquero no fuera escuchado tampoco en esta vez. Entónces de un fuerte puñetazo hizo saltar uno de los vidrios de las portezuelas, á cuyo ruido estrepitoso el carruaje hizo alto en medio del camino, algo distante ya de la ciudad.

350

A pocos instantes de esto, apareció Angel en la portezuela del coche que abrió, haciéndose paso en su interior con pistola en mano, y colocándose frente al banquero que se quedó atónito con semejante sorpresa.

Después, el carruaje prosiguió su marcha con la misma velocidad con que la había comenzado.

CAPITULO IX.

En donde el autor prueba que la iglesia y convento de los Agustinos, no solo servia para la vida monástica, sino que en él se aprendia el oficio de impresor, el arte de conspirar y el de la elocuencia, á la vez que los maestros de policía hacian sus ensayos prácticos en el propio convento; y cómo se vió que detras de la cruz suele estar el diablo.

I.

El 7 de Junio de 1533, los religiosos de la órden de San Agustin llegaron á México y se erigieron en provincia en 1543 bajo la advocacion del Santísimo Nombre de Jesus.

Cárlos V, de grande memoria para España, cedió 162,000 pesos para la fabricacion del primer templo de esta órden, cuya primera piedra fué puesta en 1541 por el virey D. Antonio de Mendoza.

El 11 de Diciembre de 1576 el majestuoso templo del gran San Agustin fué desgraciadamente destruido á cau-

sa de un incendio; pero la piedad católica, con esa insistencia no desmentida en tantos siglos de prueba contra el ateísmo, levantó sus muros de nuevo mas firmes é imponentes; y el 22 de Mayo de 1677 á las cuatro de la tarde con gran pompa y majestad se comenzó la reparacion de tan suntuoso monumento, que quedó definitivamente consagrado al culto el 14 de Diciembre de 1692, hasta que en Mayo de 1861 la barreta de los hombres de la reforma destruyó sus altares é hizo desaparecer los artísticas tesoros monumentales que la piedad cristiana acumuló durante 300 años.

El templo de los padres Agustinos, en la época á que nos referimos en el principio de nuestra novela, era uno de los mejores y mas grandiosos que tenia México: su situacion era de Norte á Sur. Su puerta principal estaba situada á este viento y su soberbio altar mayor y puerta menor á aquel: la otra mitad del imponente edificio cuya estructura podia compararse á la de una fortaleza, miraba hácia el Poniente. Su reforzada torre, era, despues de las de la Catedral, la mejor y mas elevada de cuantas se conocian.

El resto de la iglesia tenia un altar por la parte del Oriente y otro por la del Poniente, ademas de las ocho capillas que se repartian cuatro por cada banda, las cuales estaban decorados sus altares con primoroso gusto y al estilo moderno, es decir, sin aquellas aglomeraciones de maderas doradas que han sido sustituidas por el gusto del moderno arte.

El coro, ademas de un magnífico órgano, tenia una rica sillería de nogal, primosamente tallada, y cuyas molduras representaban 254 pasajes del Antiguo Testamento. Su valor era estimado en 240,000 pesos.

Las valiosas alhajas de las imágenes, las bellísimas es-

culturas, los ricos ornamentos, cálices, vasos sagrados, pinturas del célebre mexicano José Alcifar y del español Cristóbal Villalpando y la selecta biblioteca del convento, formaban juntamente con 53 fincas que, poseía, un capital de mas de un millon de pesos.

Junto á la iglesia principal que someramente hemos bosquejado, se hallaba otra cuyo título de "Tercer Orden" da á conocer la proporcion de su tamaño comparada con la iglesia principal. Se hallaba situada al Sur, su frente de entrada al Norte, y al primer viento un altar mayor. Era cuadrada, de tres naves de buena arquitectura; tenia tres altares por la banda de Oriente y tres por la del Poniente.

El todo de la parte de la iglesia que hemos descrito estaba cortado por un cementerio ó atrio defendido por una barda que daba vista al Norte y al Poniente, formando un ángulo obtuso, en cuyo remate se levantaba una gigantesca cruz de priedra, pintada de verde.

La parte destinada á los claustros, era tres ó cuatro veces mayor que la que ocupaba la iglesia, cuya entrada se verificaba por la parte Norte del edificio.

II.

El toque de animas daba en casi todos los campanarios de la ciudad de México, que parecia entregarse al descanso á que convida la noche.

A la hora que dejamos dicha, se veian penetrar por la puerta que conduce á los claustros del convento, á una y mas personas que no podia saberse si iban á resar, ó á otra cosa, sin que esto llamara la atencion de los pocos transeuntes que á la sazón pasaban.

Una vez que habían traspasado los límites de la portería del convento, unas se dirigían á los cláustros, otras á la sala de ejercicios, y otras á la nave principal de la iglesia, alumbrado á la sazón por una escasa luz que apenas dejaba ver los objetos que se dibujaban á manera de sombras gigantescas que se confundían con las no ménos colosales de los santos y santas, que formaban un conjunto de espectros silenciosos que parecían saludarse mutuamente á causa tal vez de encontrarse allí reunidos.

En la parte alta del coro, y dando la espalda á una ventana ojival con vidrios y alambrado, se elevaba una cruz rústica sostenida por una peña, detras de la cual parecia tambien salir de cuando en cuando otra sombra que inedcisa ó amedrentada parecia saludar á las demas.

Una vez puestas así las cosas, vamos por partes para que nuestros lectores puedan estar en todas, y no pierdan nada de las tres escenas que vamos á darle á conocer.

En la celda N. . . . se conspiraba contra el Papa.

En la sala baja de ejercicios, contra los revolucionarios que amenazaban de cerca el régimen gubernativo establecido que bamboleaba, sin que poder humano lo pudiera ya enderezar.

En la iglesia principal, se trataba de altas cuestiones canónicas en pro de la Iglesia, que se veía amenazada de muerte por unos y otros, y aun por los mismos de su propio seno.

No parecia sino que por esas raras casualidades solo vistas en novelas, para mayor comodidad del autor ó para pintar situaciones en un solo lugar, se habia elegido aquel sitio como punto de reunion para juntas secretas, sin que en la noche de que nos ocupamos supiesen sus moradores que existían unos tan inmediatos de los otros.

Esto seria debido tal vez, sin que nos atrevamos á

asegurarle, á la inmensa estension del edificio, que asemejándose á una pequeña poblacion, no era fácil establecer una vigilancia escrupulosa, atendida á la clase de sus moradores, de cuya conducta solo podian responder ellos.

Sea de esto lo que fuere, es el caso que casual ó intencionalmente se encontraban reunidas de la manera que hemos dicho las personas que van á figurar en el presente capítulo.

III.

En la celda N. . . . se encontraban dos reverendos padres de hábitos negros, cubiertas sus tonsuradas cabezas con capuchones del mismo color que les daba la apariencia de séres del otro mundo ó de cadáveres amortajados, y vistos á la escasa luz de una vela, puesta á la sazón en una palmatoria de cobre, colocada en una mesa con carpeta de balleta de color verde dudoso.

Uno de ellos se ocupaba, junto á una prensa de imprimir, en arreglar una pequeña planta de tipos, miéntras que el otro paraba de una caja de imprenta, armado de un componedor, la letra que contenia, que estaba próxima á agotarse en la inversion del original que frente á sí tenia.

Junto á ellos se hallaba, y como si le sirviera de maestro, un hombre que al parecer era ducho en el oficio, y que los dirigia á entera satisfaccion.

En la mesa y sobre el tapete verde se encontraba un tercer personaje, ocupado en escribir originales que de

vez en cuando pasaba en pequeñas partes al rechoncho padre que hacia las veces de cajista compositor.

Ninguno de los cuatro personajes chistaba palabra, lo que indicaba que aquello se hacia con cierto sigilo, que sin ser absoluto, porque nada tenia de particular que un fraile tuviera en su celda un arte con que distraerse en sus ratos de recreo, no por eso convenia en los momentos de que hablamos, que ninguno se enterase de lo que en tales instantes motivase la distraccion.

Como entre los hermanos, se pecase con frecuencia de curiosidad, nuestros artistas juzgaron conveniente tener cerrada la puerta de la celda que habian convertido en taller de imprenta recreativo.

Si hablaban, lo hacian en voz baja; pero no lo bastante para que nosotros no podamos oirla y enterarnos de lo que trataban entre sí.

—Hermano Lucas,—le decia el de la prensa al de la caja — parece que el oficio no te entra, no obstante el buen maestro que tenemos.

—De la misma manera, hermano Marcos, que la prensa no puede contigo, sin embargo que tú quieres poder con ella.

El que habia sido aludido con el nombre de maestro, se sonrió maliciosamente porque los dos reverendos se habian dicho la verdad.

El de la mesa, sin cuidarse de los demas, seguia escribiendo con marcada prontitud, y llenando uno tras otro los pedacitos de papel en que trasladaba las ideas que brotaban de su imaginacion, preocupada con lo que hacia.

El de la caja que veia aquello, y que deseaba acabar pronto, ya porque estuviese cansado, ó ya porque conve-

nia dar fin á tarea que no era conveniente demorar mucho tiempo, le preguntó:

—¿Falta mucho?

—Poca cosa—le contestó el escritor.

—Es que es esta noche debe quedar terminado.

—Trabaje su paternidad, y le aseguro que mañana habremos lanzado nuestro segundo y último reprobandum á las Bulas de Nuestro Santísimo Padre, que no sabe cómo andamos por acá.

—No digo lo contrario—repitió fray Lúcas—pero es que esta ocupacion no debe prolongarse, porque si se llega á traslucir, no es difícil que estos señores vayan á dar á Santiago Tlaltelolco y nosotros al Colegio de Zapotlan.*

El redactor, cajista, prensista y director ó maestro del arte, se ocupaba nada ménos que en refutar, en un libelo infamatorio, la mision que un alto dignatario de la Iglesia Mexicana traia de Roma, con el fin de reformar las órdenes regulares, en cuyo número se encontraban los Agustinos en primer término, los Mercedarios en segundo, los Franciscanos en tercero y los Dominicanos en cuarto; esto como debe suponerse levantó una grita espantosa en los muy humildes hijos del Señor, y aunque ello queria decir que iban á ser llamados á cuentas, ellos hicieron perdedizos los libros, y se rebelaron contra el Papa, al desconocer al enviado de Su Santidad Pio IX.

Si entónces, oyendo la voz de la razon, se hubieran sometido á la voluntad del enviado de Roma, la revolucion no hubiera tomado doble pretesto, como lo tomó despues, con motivo del escándalo que dieron unos cuan-

* Prision entónces de los padres, situada fuera de México y al Poniente de la Villa de Guadalupe.

tos diablos predicadores que no supieron lo que hicieron, y de lo cual están hoy muy arrepentidos y bien escarmentados.

Fray Lúcas, decia muy bien, aquella rebelion podia costarles muy cara si hubieran sido cogidos infraganti delicto, porque el escándalo era grande, tanto para los perturbadores del orden que querian encontrar en el clero causas bastantes para desprestigiarlo, como para los que á costa de mil sacrificios querian conservarlo para evitar los pretestos que se tomaran mas adelante.

El escritor tiró la pluma sobre el tapete verde y dijo:

—Hémos concluido.

—Loado sea Dios—contestó fray Lúcas.

—Pues á terminar la obra de mano —objetó fray Marcos.

—Mañana—dijo el que se habia encargado de redactar el libelo—ponemos al alto clero en aprietos, y al enviado de Roma en dudas y sobresaltos, que rebajarán un tanto la preponderancia con que se nos ha presentado. Ya, ya les probaremos á los favoritos de la silla papal, que no es tan fácil destruir ó reformar órdenes que cuentan trescientos años de instituidas. ¿No es verdad, reverendos padres?

—Ciertamente—dijo fray Lúcas.—¿Y qué cuenta daríamos á nuestro preclaro y gran padre San Agustin, si consintiésemos dejar atropellar su sábia é inimitable institucion? ¿Reformar lo que él hizo! pues vaya que es empresa, que ni los mismos enemigos de la Iglesia acometerian. Con razon llueven sobre nosotros tantos males.

—Dios perdone á los que guiados por un exajerado celo religioso, dan motivo á que el escándalo se haga público—dijo fray Marcos robusteciendo la observacion del hermano Lúcas, que estaba locuaz y sentencioso.

IV.

Miéntras terminan su tarea los rebeldes hijos del gefe visible de la Iglesia, pasemos nosotros á la sala situada debajo de los claustros, destinada unas veces á ejercicios devotos y otras á la celebracion de juntas religiosas propias de la regla de la comunidad.

Por un misterio que no nos es dado revelar y cuyo misterio pertenecia en la noche á que nos venimos refiriendo, al sacristan del convento, no servia dicha sala para ninguno de sus destinos abituales, puesto que en ella vamos á encontrar á D. José Pebedil, á D. Juan Batalla, á Mr. Derveloix, á Gabriel Espinosa, Laurencio y otros que seria prolijo enumerar, y que agrupados alrededor de una mesa se veian mezclados en animada conversacion con uno que otro fraile del convento de no despreciable categoría, que parecian rendirles los homenajes que se usan con visitas con quienes se pasa el rato en agradable conversacion. Por esto, aquella reunion de frailes y caballeros no podia hacerse sospechosa, y tanto mas, cuanto que á ninguno estaba prohibida la entrada al convento, siempre y cuando no pasaran las diez de la noche, hora en que el padre llavero comenzaba á cerrar las puertas, segun la órden del padre guardian.

Como debe suponerse, el pretesto que se habia elegido para el caso de un evento desgraciado, en cuanto al objeto con que allí se reunian personas que no dejaban de tener su valimiento en ciertos círculos políticos, era el convite que ciertos padres hacian de famosas tazas de chocolate que en pocos conventos ó en ningunos se tomaba tan rico y estomacal como en aquel.

En efecto, sobre la mesa y sin otro abrigo que sus limpias tablas, se veía una docena de tazas que habian contenido la tan mentada golosina, ponderada de generacion en generacion hasta nuestros dias, y que habia sido consumida en paz y en gracia de Dios por otros tantos golosos que aún se saboreaban del apetitoso líquido que habian acompañado con los no ménos afamados bizcochos agustinianos que se hacian en el propio convento.

En el centro de la mesa se ostentaba una soberbia candileja cuyas tres opacas luces se retrataban en el agua que contenia una hermosa jarra de peltre, que á no ser por su sonido no era fácil por su color saber de qué materia se componia.

Para una jarra habia doce vasos de igual materia, que servian para contener el agua que habia de aplacar la sed que provoca la golosina.

Aquellos hombres reunidos allí, y al rededor de la mesa, ocupados al parecer en recuperar sus fuerzas, se asemejaban en tal lugar al famoso cuadro del apostolado de Leonardo de Vinci.

Despues de hablarse, entre sopa y sopa de chocolate, de la variada vida del patron del convento y de su sin igual erudicion en todas materias, fué insensiblemente rolando la conversacion al punto capital que allí los reunia.

Y para ello, fué el primero en comenzar Mr. Derveloix, quien como queriendo y no la cosa, ponderó las simpatías que sus hermanos los franceses tenian á México, desde que veian su desgraciada situacion política, por la cual tanto interes tomaba su gobierno, quien siempre habia dado pruebas de ser el brazo fuerte de los débiles y aflagidos.

La alusion de Mr. Daveloix, se recibió entre los circunstantes, á manera de esas purgas que nos saben á agri-dulce, y lo mismo que les habian sabido todos los períodos revolucionarios por que habian tenido que pasar y aceptar, desde que se juzgaron capaces de gobernarse por sí mismos.

Mas tarde, esos mismos que buscaron remedios á tantos males como les aquejaban, hasta el grado de encontrarse deshauciados, fueron llamados *traidores*.

—Vamos, vamos señor Daveloix, que si la Francia se muestra buena amiga, es porque nosotros nunca hemos dejado de serlo con ella. España, Francia y México, vendrán á ser con el tiempo tres hermanas inseparables.

Todo esto fué dicho por uno de los reverendos padres allí presentes, quien despues de haber acabado de hablar, se echó al colete un soberbio vaso de agua, casi de un golpe y sin tomar respiro; despues continuó:—Pero vamos á lo que importa—dijo enjugándose los labios con un pañuelo de algodón—despues de la cuestion del enviado de Roma, del proyecto en embrion de la fundacion de un banco en Inglaterra con los bienes del clero mexicano, ¿qué mas tenemos de nuevo para que aquí hayamos sido invitados á tomar este frugal alimento?

—A ello vamos, señores—dijo D. José Pebedil—y al efecto, permitidme ántes hacer una ó dos preguntas reservadas á nuestro buen amigo Mr. Daveloix.

—Hacedle cuantas querais—dijo el mismo prelado.

V.

En efecto, D. José Pebedil y Mr. Daveloix se retiraron á un lado, y allí hablaron en voz baja, lo que solo ellos podian saber.

Entretanto D. Juan Batalla, Gabriel y Laurencio formaron corrillo aparte con otros cuantos de los que allí se encontraban, á la vez que cuatro ó seis individuos de diversas gerarquías los imitaban, ansiosos todos de saber en qué vendria á parar aquella reunion á que habian sido convocados.

Entre los congregados se hacia notable por lo elevado de su estatura un fraile franciscano.

Con el capuchon echado hasta las cejas y á la escasa luz del recinto, no era fácil distinguir sus facciones; pero sí notar en él cierta inquietud, que formaba singular contraste con la calma y abandono á que se entregaban los demas.

El gigante siervo de Dios se paseaba de arriba abajo de la sala, á manera de esos hombres preocupados con una idea, que cuanto mas se agita en su cerebro, mas precipitan sus paseos, hasta que haciendo alto resuelven al fin lo que tanto los tenia preocupados.

No faltó quien como nosotros lo observara y se dijera:

—El hermano en San Francisco, algo bueno nos prepara; por lo ménos alguna alocucion propia del caso en que nos encontramos: ya vereis, ya vereis.

Pero es el caso que el hermano en S. Francisco, despues de una corta parada, tomó la puerta de la sala y desapareció, y no paró de andar hasta llegar á la puerta de la celda que ya conocemos, en donde permaneció breves momentos como si estuviese de *padre escucha*, y de allí tomó camino á la iglesia grande, en donde penetró y confundió la sombra de su gigantesco cuerpo con las demas sombras que por el templo vagaban, hasta ¡cosa rara! desaparecer su individuo detras de la peaña que servia de base á la cruz, que alcanzaba á la ventana ojiva

que se encontraba en la pared del fondo del vetusto coro.

El tiempo que hemos ocupado en relatar este hecho, fué el que tardó D. José Pebedil en hablar con Mr. Derveloix; el suficiente para el permiso que se le habia concedido por la asamblea heterogénea.

D. José Pebedil habló al fin.

VI.

—Hemos terminado, señores, y gracias por vuestra deferencia.

Los concurrentes hicieron una lijera inclinacion de cabeza, en señal de cortesía, y esperaron á que D. José acabara por darles cuenta de lo que para allí habian sido convocados.

En efecto, Pebedil satisfizo la natural curiosidad de sus citados.

—El reuniros aquí—dijo—sopretesto de la invitacion que los reverendos padres nos han hecho—y paseó su vista por todos ellos como pidiéndoles su aprobacion—tiene por objeto, ponerlos al tanto de la actual situacion y de los trabajos hasta aquí emprendidos. Ha llegado el momento de poner manos á la obra y de hacer en política lo que se llama una contra revolucion, que sin alejarnos de nuestras principales miras nos mantenga en una posicion duradera, hasta entretanto es llegada la hora de dar el golpe que vosotros conoceis y que está pendiente de resolver la Europa.

Los que escuchaban á D. José se miraron unos á otros.

Mr. Derveloix, estirándose lo mas que pudo, se arregló con fatuidad el cuello de la camisa, como dando á

entender que á él estaba encomendado dar cuenta de lo último que D. José manifestaba.

D. José continuó.

—Ahora bien: nuestros trabajos se han concretado á descubrir la gran conspiracion que contra nuestras viejas instituciones se maquina para el porvenir: á seguir los pasos de esos revolucionarios, de los mil modos que la buena política aconseja: á no perderlos de vista, de la misma manera que ellos no nos pierden á nosotros. Miéntas, hemos estendido nuestras reuniones secretas por toda Europa, y en combinacion con los de allá, trabajamos aquí conforme lo aconsejen las diversas situaciones en que nos encontremos. Estando nuestra crítica situacion próxima á resolverse, es preciso hacer lo que tambien se llama en política un cambio de frente, toda vez que el gefe del Estado no encuentra el modo de prolongarla. Logrado esto, haremos producir la reaccion de la nueva situacion que aunque parezca alejarse, por ahora no será tan del todo que nos prive de ganar tiempo y preparar el terreno en cuyos reales pretendemos constituirnos para siempre. La revolucion que avanza impulsará á la que está por venir, y ésta abrirá las puertas, á consecuencia de sus peripecias, á la grandiosa que no se ve, pero que se siente aproximarse.

—¿Y si fracasamos en ese final resultado?—se atrevió á decir el reverendo padre que hasta entónces parecia ser el mas batallador.

—Entónces á nuestros enemigos les tocará en suerte, despues de pasar por donde nosotros pasemos, si es que erramos el camino,^o consumir lo que nosotros no pudimos llevar á cabo en beneficio de la paz estable de nuestra patria: una alianza que ponga término á nuestros escandalosos alborotos.

—Es que la América del Norte, no se asemeja en nada á nuestra aliada la Europa.

—No toquemos ese punto, que aún está por ver—continuó D. José Pebedil—y vamos á lo que importa.

El reverendo padre se sonrió maliciosamente y prestó nueva atención con los demás, á lo que Pebedil, que parecía ser jefe de un directorio revolucionario reaccionario, dijera.

—La situación, señores, no puede ser más comprometida que lo que es, no obstante los afanes del presidente por mejorarla. Los rebeldes avanzan; el robo y la rapiña les dan prosélitos á millares, y aun los nuestros nos vuelven las espaldas por ir en seguimiento del que más les ofrece.

El efímero triunfo que parecía haberse obtenido sobre el enemigo de la sociedad ha sido pasajero. Los del Sur han vuelto á tomar las armas con más ardor, sin arredrarles el terrible escarmiento que se les hizo sufrir en el Coquillo, en Acapulco y en el Peregrino. El jefe rebelde del Sur es falso que haya muerto, ni el héroe octogenario de Ayutla; ambos viven, y juntamente con el de Acapulco amenazan con más brío batirnos hasta nuestros propios atrincheramientos. Los que juzgan muertos se dirigen á la costa Chica y los vivos amenazan á los nuestros de Iguala. Los pueblos de la montaña de Tlapa, se nos rebelan y hacen armas contra nosotros. En el Estado de Michoacán y departamento de México, los pronunciados ganan terreno como los del Sur. En las Cuevas ha sido batido uno de nuestros mejores generales y muerto otro. Sultepec y Zacualpam son amenazados. Guanajuato corre gran riesgo, y se teme que algo formal se intente en Michoacán por la aglomeración de rebeldes que allí se dirigen. El gobierno, señores, no puede humanamente hacer frente á la situación; los hom-

bres no dan abasto á cubrir la inmensa línea rebelada; las medidas de terror no bastan; los siete millones con que el gobierno contaba por el tratado de la venta de la Mesilla, se han agotado.

—Y bien,—dijo D. Juan Batalla cansado de oír tantos descalabros:—¿Qué se piensa hacer?

—Dar un cambio de frente—contestó D. José Pebedil, para ver si con él es aún tiempo de falsear la revolucion, mezclándonos en ella, y preparar la reaccion.

—Para todo eso se necesita tiempo, y segun pintais las cosas, no alcanza ya para nada.

—Para todo¿alcanza, general, si se quiere.

—Veamos cómo.

—Mandadme á Zacapoaxtla un general y dos coronales.

—Se hará.

—Que allí esperen órdenes hasta la consumacion de los siglos, si preciso fuere; pero que esperen.

—Esperarán.

—A Puebla os encargareis vos de ir, señor Gabriel de Espinosa, lo mismo que vos, señor Laurencio, á San Luis: ambos con el mismo motivo que los de Zacapoaxtla, con el de esperar.

—Iremos y esperaremos—contestaron los dos amigos.

—Vos general,—continuó Pebedil dirijiéndose maliciosamente á D. Juan Batalla—en union de vuestros compañeros de armas, batidos ahora y próximos á ser derrotados por nuestros contrarios, es preciso que penseis en lo que haceis. La causa de los revolucionarios parece no ser tan mala que os prive de estudiarla, y aun de adoptarla por vuestra, con ciertas condiciones, se entiende que no os maniaten despues: se presentan tantos casos en la

vida, que nunca está por demas preverlos lo mejor que se pueda. Creo que me entendéis, ¿no es verdad, señor general?

—Como si fuerais mi propio pensamiento.

—No dejéis de ponerlos en contacto con ese viejo león de la serranía del Estado de Michoacan.

—No dejaré de hacerlo.

—Sin olvidar, que varios pueden jugaros alguna pasada de veras, miéntras que vos vais á jugarla de mentirilla.

—Perded cuidado.

—Siendo así, mi querido general, bien puede confiarse que perdiendo habremos ganado.

Aunque algo se traslucia el pensamiento que se proponia desarrollar Pebedil, no todos confiaban en que fuera el que á primera vista parecia; pero es el caso que todos los allí reunidos se habian propuesto obedecer, sin inquirir mas de lo que se les diere á traslucir en parte ó por completo; no obstante que en esta vez estaban convencidos de que D. José solo les habia descornado una parte muy pequeña del velo misterioso que ocultaba una intriga política de doble efecto.

D. José continuó hablando con la misma calma é indiferencia que lo hiciera desde el principio, con aquella mezcla de jovialidad que ocultaba sus verdaderas intenciones.

—Yo—dijo—como debeis suponer, me quedo aquí: me es preciso ver cómo aconsejo á mi buen amigo el de Acapulco, á quien están empujando los de Ayutla hasta haberlo hecho gritar viva la libertad, la igualdad, la fraternidad, y qué sé yo cuántas otras cosas.

Me presumo que vendrá á hacer un papel muy importante en el nuevo período revolucionario que está por

venir; y un buen amigo en un alto puesto nunca está por demas.—Variando despues de tono continuó:—¡Ah! lo principal olvidaba. ¿No os ha dicho Mr. Daveloix cómo caminan en Europa los negocios de ese otro bando que pretende establecer en México una monarquía, que muchos atribuyen, perdónelos Dios, al actual gefe que hoy por dicha nuestra nos ríje?

—No—contestó D. Juan Batalla.

—Pues es el caso que progresan admirablemente. ¡Habrásé condenados mas astutos y mas activos!

—Contadnos, contadnos,—dijo con alegría el reverendo agustino que ya conocemos.—Para mí ahí está la verdadera solucion de nuestros planteados problemas.

—Hablad vos, Mr. Daveloix, que sois íntimo amigo de nuestros conocidos de Europa.

Mr. Daveloix habló:

—Mis compatriotas y amigos, el Baron y Mariscal, "*Caballeros de la Cruz Verde*," me escriben que Mont-Retondo se encuentra en Madrid obsequiado y querido por S. M. católica la reina de España, y al lado de la condesa del Buen Retiro, que lo ha presentado á los salones principales de la aristocracia española.

Nuestro buen Obispo de *** que á la presente se encuentra en Roma, con muy buenas noticias que comunicaros, trabaja porque se nos envié un delegado, con el fin que á su tiempo sabremos.

Los prelados allí presentes se miraron unos á otros con risitas satisfactorias.

Mr. Daveloix prosiguió:

—El señor de Altamira se halla en Inglaterra preocupado con su proyecto de Banco, que conoceis, y otros negocios de no menor importancia. Gana prosélitos en la Cámara de los Comunes.—Figueroa en Nueva-York, no

está muy bien que digamos; esos condenados yankees son intratables; pero cuenta con simpatizadores, y estos se han encargado de favorecerlo como mas tarde sabreis. Escobar, que me encarga salude á los que se acuerden de él, se encuentra en Paris trabajando por su cuenta y por la de sus amigos que se encuentran dispersos en toda Europa. Nuestro jóven médico y amigo Emilio, se ha instalado en Viena, en el castillo de Laeken. Sus amores con Margarita progresan, y ellos le han hecho obtener en la casa de los Hapsburgos una distincion que raya en exageracion.

Todos los que tales cosas oyeron, y que comprendian el doble significado de aquellas noticias, se rebullian entre sí demostrando un contento fácil de esplicar.

Sus negocios todos caminaban á las mil maravillas, y aun aquello que parecia alarmarlos de alguna manera, lo veian color de rosa, como hemos tenido lugar de juzgarlo, desde el momento en que á nuestra vista se nos presentaron representándonos el cenáculo de Leonardo de Vinci, en la sala que vamos á dejar por unos momentos, para trasladarnos á la nave principal de la Iglesia Mayor del convento de los frailes Agustinos.

VII.

En los momentos en que vamos á penetrar á la Iglesia, las sombras de que hicimos mencion poco ha, se encontraban quietas y tranquilas, como pudieran estarlo las efigies de los santos y los cuerpos de los vivos que las producian.

Las lamparillas que escasamente alumbraban el tem-

plo, chisporroteaban de vez en cuando, y esto solía algunas veces hacer vacilar á aquellas sombras, que sin esta causa permanecerían inmóviles, como dejamos dicho.

Los individuos estaban reunidos en la nave principal de la Iglesia, arrellanados en cómodos sillones puestos al efecto, y como si aquel aparato indicara que estaba próximo á celebrarse algun capítulo de la orden ó alguna plática de elocuencia doctrinal.

Más bien parecía lo segundo, porque los reunidos allí no todos tenían el hábito de un mismo color ni de igual forma.

Es el caso, que aquellos seres allí reunidos y en compañía con las efigies de los santos, parecían, á la luz escasa de las lamparillas, otros tantos santos, cuyas vestimentas tálares no dejaban reconocerlos y salir de dudas á primera vista, de á quiénes podrían representar.

El ruido del aleteo de una ave, visitante nocturna del templo, fué lo primero que interrumpió el solemne silencio de la morada del Señor, y despues, el que produjo el movimiento casi uniforme de los que hasta allí habían permanecido inmóviles, y entregados tal vez á la oración mental.

Los doce moradores de aquel sagrado lugar, dirijieron sus cabezas hácia el sitio de donde procediera el ruido, y vieron que sobre la barandilla del coro posaba una lechuza, cuyos ojos iluminados por los débiles rayos de las luces de las lamparillas rebullían inquietos entre sus órbitas, á manera de dos carbunclos, y como si quisieran espresar con sus inquietos movimientos que algo grave la pasaba.

El ave de la barandilla del coro emprendió de nuevo su ruidoso vuelo y fué á parar sobre el altar mayor.

Los doce religiosos siguieron con la vista el trayecto que recorrió la amiga de las sombras de la noche, y una vez satisfechos de que ella había producido el ruido que los distrajera de sus oraciones ó meditaciones, volvieron á inclinar las cabezas, permaneciendo en la misma actitud en que desde un principio los viéramos al penetrar con ellos hasta la nave principal en donde se hallaban en el orden que dejamos dicho.

El que se hallaba colocado á la cabeza de ellos, se puso de pié, y echando á andar se dirigió al pulpito inmediato que se encontraba frente por frente de los doce asientos.

Una vez que hubo subido la escalerita que lo hizo entrar al pulpito, dió su frente á los once hermanos que desde este momento se dispusieron á oírlo con respetuoso recojimiento.

La lechuza, no tranquila aún, y al parecer recelosa, dirigió sus redondos ojos hácia el coro, castañeteando su aguzado pico de una manera particular, que producía sonidos breves y sonoros á la vez que estridentes.

—Hermanos míos:—dijo el religioso del pulpito con voz suave y queda.—Noches pasadas tratamos sobre la unidad de la Iglesia en estos momentos en que parece conjurarse todo contra ella: esta, tengo que hablaros sobre puntos tan importantes como aquel, porque es preciso que nos preparemos á luchar con santa fé contra las calamidades que de día en día llueven sobre nosotros, y se multiplican y nos amenazan.

La revolucion reaparece mas solapada y traidora, y como siempre, nos hará sus primeras víctimas para el logro de sus perversas miras. Obligados estamos, pues, por poder de aquel que puede darlo, á sostener su doctrina, y á conservar incólumes á costa de nuestras propias vi-

das, los santos derechos que solapadamente se nos quieren arrebatar para despues derribar por tierra el templo que sirvió de base á las sociedades establecidas.

En el coro volvi6se á dibujar de nuevo la sombra del fraile franciscano, que cautelosamente se movia detras de la cruz, y de un lado para otro de ella, como si no encontrara posicion que le acomodara.

La lechuza, mas concedora sin duda de las sombras mil que habitualmente se veian en el templo, emprendió por tercera vez su vuelo, y fué á parar á uno de los altares bajos, desde donde perdi6 de vista la perspectiva del coro que tanto la amedrentaba.

Aquel sér volátil y de mal agüero, segun el vulgo que desconoce su instinto y propension, se encontraba alarmado, porque la causa que producía aquel efecto, no era ni la que estaba acostumbrado á ver, ya fuese en noches como la que nos ocupa ó ya cuando fuesen otras en que ella era inmoble, como lo era el mismo efecto, que por lo regular ni aumentaban ni disminuian á sus ojos.

El religioso orador y sus oyentes, de nada de todo lo espüesto se pudieron apercibir, ya porque estuvieron colocados en mala posicion, ó ya tambien porque estuvieran familiarizados con la intranquilidad de la visitante ladrona del aceite de las lamparillas.

El orador continu6 como ántes:

—Para poner remedio á los males que tan de cerca nos amenazan, bueno es ántes ponerlos al tanto de lo que las asociaciones secretas, cuyo asiento principal se encuentra en Italia, se proponen adoptar como plan para descatolizar á la humanidad, y hacer triunfar por este medio su diab6lica revolucion que hasta nosotros ya se ha-

ce sentir. Bien sabeis, hermanos míos, que la Asociación de *Casa-Roja*, no fué una conseja del vulgo, como entónces se dijo, sino que existió, y existe desparramada por toda la República, proponiéndose realizar, á imitación de sus hermanos los masones de Europa, con quienes están en relaciones, las doctrinas de aquellos que nos van á llenar de días de luto y de amargura. De nuestro deber es combatirlos de la misma manera que ellos lo hagan, sin tregua ni descanso.

Estadme atentos pues, para que sepais las doctrinas que han adoptado esos hijos desconocidos por la Iglesia, y las que nosotros debemos adoptar, aunque para ello fuere preciso levantar el templo que sus sacrílegas manos derriben por los suelos.

Hablan ellos, fijaos en sus propias palabras,

“* Para combatir á los príncipes y los santurrones; todos los medios son buenos: todo está permitido para anonadarlos: la violencia, la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal; el objeto santifica los medios.” (14)

—Bien sabeis, hermanos míos, que esto no puede intimidarnos, á nosotros, soldados fieles de Jesucristo.

“ Nosotros formamos una asociación de hermanos en todos los puntos de la tierra, tenemos deseos é intereses comunes; nosotros vamos á libertar á la humanidad, y queremos romper toda clase de yugo. Para nosotros mis-

* Lo marcado con comillas lo he tomado del notable é inimitable opúsculo de Monseñor Segur intitulado la “Revolucion”, quien á su vez lo sacó para su citado opúsculo, de los documentos inéditos recojidos por la policía romana á los revolucionarios italianos conocidos bajo la denominacion de “Ciudadanos de la Venta Suprema.” Los números citatorios van en relacion con los que dejamos pendientes en las páginas anteriores y cuyas llamadas de citas se encontrarán al final de la novela.

mos, veteranos de las asociaciones secretas, es un enigma la asociacion. (15)"

—Cuán contraria doctrina es aquella que busca la oscuridad de las tinieblas, á la que va en pos de la claridad de los rayos del sol. Oidlos, oidlos, continuar blasfemando.

“ El éxito de nuestra empresa depende del mas profundo misterio, y en las *Ventas* debemos encontrar al iniciado como el cristiano de la *Imitacion*, siempre pronto á permanecer desconocido y á no ser contado por nada. (16)"

“ Para dar á nuestro plan toda la estension que conviene, debemos obrar en silencio, á la sordina, ganar terreno poco á poco y nunca perder. (17)"

“ El trabajo que vamos á emprender no es obra de un dia, ni de un mes, ni de un año. Puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas muere el soldado y la lucha sigue hasta triunfar. (18)"

—Sí, de la misma manera que Satanás ha triunfado sentándose sobre un trono de fuego, que en vez de cánticos de glorias, le hacen prorrumpir en alaridos de rabia y de dolor,

“ A esta victoria solo se llega de combate en combate. Emplead todos los medios para hacer impopular la gente de sotana; haced en el centro del catolicismo lo que nosotros todos, individualmente ó en cuerpo, hacemos en los flancos de tal ejército. Agitad con motivo ó sin motivo; pero agitad. Esta palabra encierra todos los elementos de éxito. La conspiracion mejor tramada será aquella que mas se remueva, y que comprometa mas gente. Tened mártires, tened víctimas; siempre encontraremos gente que sepa dar á esto los colores necesarios. (19)"

—Pero han olvidado hermanos míos, que la Iglesia prevalecerá por más que hagan y digan, sobre sus cabezas, hasta la consumación de los siglos.

“ No conspiremos más que contra Roma. Para esto, aprovechemos todas las circunstancias, sirvámonos de todas las eventualidades. Desconfiemos principalmente de las exageraciones de celo. Un odio frío, bien calculado, bien profundo, vale más que todos los juegos de artificio, que todas las declamaciones de la tribuna. (20)”

“ En el espacio de algunos años hemos adelantado considerablemente los negocios. Por todas partes, en el Norte y en el Mediodía, reina la desorganización social. Todo se ha puesto al nivel bajo el cual queremos rebajar al género humano. Nos ha sido muy fácil el pervertir. En Suiza como en América, en Rusia como en Italia, nuestros sicarios solo aguardan una señal para destrozar el molde antiguo. La Suiza quiere dar esta señal; pero los suizos radicales no tienen fuerza suficiente para conducir las sociedades secretas al asalto de la Europa. Preciso es que Francia ponga su sello á esta orgía universal. Estad bien persuadidos que París no faltará á su misión. (21)

“ Por toda Europa he encontrado los espíritus muy inclinados á la exaltación. Todo el mundo confiesa que al mundo antiguo cruje, y que los reyes ya acabaron. He recojido abundante cosecha; ya no dudo de la caída de los tronos, después que he estudiado el trabajo de nuestras sociedades en Francia, Suiza, Alemania, y hasta Rusia. El asalto que se dará á los príncipes de la tierra dentro de algunos años, los sepultará á todos bajo las ruinas de sus ejércitos impotentes ó de sus monarquías caducas. Pero no es esta la victoria para cuyo éxito hemos hecho tantos sacrificios. Lo que ambicio-

namos no es una revolucion en uno ú otro punto; esto se obtiene siempre que se quiere. Para matar con toda seguridad el mundo viejo, hemos creído preciso *ahogar el gérmen católico cristiano.* (22)”

“El sueño de las sociedades secretas se realizará, por la mas sencilla de las razones: porque está fundado *sobre las pasiones del hombre.* No nos desanimemos, pues, por un revés, por una derrota; preparemos nuestras almas en el silencio de las *Ventas*; levantemos nuestras baterías; halaguemos todas las pasiones, *las mas perversas como las mas generosas,* y todo nos lleva á creer que nuestro plan tendrá un éxito mucho mas feliz que lo que podamos esperar con nuestros cálculos mas exagerados. (23)”

Un sordo murmullo se levantó de entre los once oyentes, que manifestaron muy á lo claro la reprobacion de todo cuanto acabaran de escuchar.

—Ahí teneis, pues, hermanos míos, el horroroso plan de esos conspiradores secretos que tienden á destruir los tronos y el papado, para minar las sociedades bajo cuya base universal están constituidas. Pasemos, para que acabeis de escandalizaros, á los medios con que creen asegurar el triunfo de su temeraria empresa.

Miéntras que el orador tomaba aliento y sus oyentes cambiaban de posicion en sus asientos, la Lechuza, que habia permanecido en el lugar en que la dejamos, castañeteó su aguzado pico, á la par que volteó ó dos tres veces hacia distintos lados su parda y redonda cabeza, pausadamente, y á manera del espía que en su acecho se encuentra sorprendido por diversos puntos, y que estudia el modo de buscar salida á su delicada posicion. Su primer ímpetu fué abrir sus largas alas, quedándose así por un momento, é irresoluta de si debia ó no emprender el vuelo que habia intentado, y que no se atrevia á efectuar

porque de detras de las diversas cortinas de paño verde que cubrian las puertas de entrada y salida, vió aparecer y desaparecer otras tantas cabezas cubiertas de capuchones que tambien eran estraños á su vista como lo fuera el de la figura que se dibujara en el coro. Mas como los que la alarmaran de nuevo no volvieran á aparecer á sus ojos, plegó sus alas, y despues de un ligero estremecimiento quedóse tranquila como estaba desde que pasó del altar mayor al menor que quedaba inmediato al coro.

Las lamparillas chisporroteaban de vez en cuando, y el toque de silencio dado por los cornetas de los cuarteles inmediatos, se reproducia por el eco de las bóvedas del templo.

Esos sonidos advertian á los moradores del sagrado recinto, que eran dadas las diez de la noche.

El prelado continuó:

—Esos medios temerarios de que se van á valer para destruir la obra del Señor, ante la cual se estrellarán como imperceptibles átomos á la caída del monte que se derrumba, son estos; tenedlos presentes, para poder combatirlos.

“Estamos demasiado en progreso para contentarnos con el asesinato”—dicen ellos, los revolucionarios del mundo entero congregados en juntas esparcidas por toda la faz de la tierra, bajo diversas denominaciones y al tratar de los *medios de corrupcion* de que han de valerse para descatolizar y sacar triunfante su revolucion.—“¿De qué sirve un hombre asesinado?”—continúan diciendo—“No individualicemos el crimen, con el fin de *darle proporciones de patriotismo y de odio contra la Iglesia*; debemos generalizarlo. El catolicismo no teme un puñal bien afilado, ni las monarquías tampoco; pero estas dos bases del orden social pueden derrumbarse por la corrupcion;

así, no nos cansemos jamas de corromper. Está decidido en nuestros consejos que no ha de haber mas cristianos. Popularicemos el vicio en las masas. *Estas deben respirarlo por todos los cinco sentidos: que lo b_ban, que se har-ten de él. Formad corazones viciosos, y no tendreis mas católicos. (24)*"

"Conservemos los cuerpos, pero matemos el espíritu. Lo que importa es destruir la moral, y para esto preciso es desecar el corazon. Creo de mi deber proponer este medio por principio de humanidad política. (25)"

"Infiltrad el veneno en los corazones escogidos; infiltradlo á dosis pequeñas y como por casualidad, y os admirareis vosotros mismos de vuestro buen éxito. Lo esencial es *aislar al hombre de su familia*, hacerle perder los usos y costumbres que en ella hay. Por la inclinacion de su carácter está bastante dispuesto á huir de los cuidados de su casa, y correr tras placeres fáciles y prohibidos. Le gustan las largas conversaciones del café; la ociosidad de los teatros. *Arrastradlo*, arrastradlo allí sin que se aperciba, dadle alguna importancia, sea lo que fuere; enseñadle discretamente á fastidiarse de sus trabajos cotidianos. Con estas mañas, despues de haberlo separado de su mujer y de sus hijos, despues de haberle enseñado cuán penosos son los deberes, hareis nacer en él el deseo de otra existencia. El hombre ha nacido rebelde. *Atizad este deseo de rebellion hasta el incendio; pero que el incendio no estalle.* Esto será una buena preparacion para la grande obra que debeis principiar. (26)"

"Para esta grande obra, nos dice el abogado lógico de la causa revolucionaria, se necesita una conciencia ancha, que no se arredre cuando llegue la ocasion, ni de una alianza adúltera, ni de la fé pública violada, ni de las leyes de la humanidad pisoteadas. (27)"

“Lo que hemos emprendido es *la corrupcion en grande escala; la corrupcion del pueblo por medio del clero, y la del clero por medio de nosotros. La corrupcion que nos permitirá un dia llevar á la Iglesia al sepulcro. Nos dicen que para echar abajo al catolicismo seria preciso ántes suprimir á la mujer. Sea así; pero no pudiendo suprimirla, corrompámosla por la Iglesia. Corruptio optimi pessima. El fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros. El mejor puñal para herir á la Iglesia es la corrupcion. ¡Adelante, pues, hasta el fin!* (28)”

“A la juventud debemos dirigirnos; debemos seducirla, debemos alistarla sin que lo perciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre vuestros designios; no os ocupéis de la vejez ni de la edad madura; id á la juventud, y si es posible, á la infancia. Nunca tengais para ella una palabra impía ó licenciosa: guardaos bien de esto, por el interés mismo de la causa. Conservad todas las apariencias del hombre grave y moral. Una vez hecha vuestra reputacion en los colegios, gimnacios, universidades y seminarios; cuando hayais tenido la confianza de profesores y estudiantes, acercaos principalmente á aquellos que se afilien en la milicia clerical. Ecsitad, exaltad estas naturalezas tan llenas de ardor y de orgullo patriótico. Ofrecedles al principio, pero siempre en secreto, libros inofensivos, y así llevais poco á poco á vuestro discípulo *al grado de madurez que quereis obtener*. Cuando ese trabajo de todos los dias haya esparcido nuestras ideas como la luz por todas partes, entónces podreis apreciar la sabiduría de esta direccion. Formaos una reputacion de buen católico y de patriota puro; esta reputacion facilitará la propagacion de nuestras doctrinas entre el clero y en el fondo de los conventos. En algunos años, este clero j6ven llegará á ocupar todos los puestos por la

fuerza de los acontecimientos. El gobernará, administrará, juzgará, formará el consejo del soberano, y será llamado á elegir el pontífice. Como la mayor parte de sus contemporáneos, estará necesariamente mas ó ménos imbuido en los principios que vamos á poner en circulacion. Para alcanzar este fin, despleguemos al viento todas nuestras velas. (29)”

“Debemos hacer la *educacion* inmoral de la Iglesia, y llegar por pequeños medios, bien graduados, aunque bastante mal definidos, al triunfo de la idea revolucionaria por un Papa. (30)”

“Un Papa de estas condiciones necesitamos; y, si esto es posible, marchariamos *al asalto de la Iglesia* mas seguros que con los folletos de todas nuestras asociaciones y el oro de todos los revolucionarios educados ya por nosotros mismos. (31)”

“¿Quereis revolucionar al mundo entero, en favor de nuestra causa? Buscad el Papa cuyo retrato acabamos de dar. Marche el clero siempre bajo nuestra bandera, creyendo marchar bajo la de las llaves apostólicas. ¿Quereis hacer desaparecer hasta el último vestigio de tiranos y opresores? Tended vuestras redes; tendedlas en el *fondo de las sacristías, seminarios y conventos*; y si no os precipitais, os prometemos una pesca milagrosa; pescareis una revolucion revestida de tiara y capa, que marchará con cruz y bandera; una revolucion que solo necesitará ser agujoneada muy poco para hacer arder las cuatro partes del mundo. (32)”

—Para terminar, hermanos míos—continuó diciendo el prelado del púlpito—de poner os al tanto de todo aquello de que la revolucion va á echar mano para salirse con la suya, miéntras pasamos el tiempo de la prueba, á que por permission de Dios va á someterse á nuestra querida pa-

tria, en donde el demonio tentador ya ha penetrado para para que se recuerden y cumplan siempre las profecías, escuchad, que aun hablan los trastornadores del mundo, á quienes conocemos con el nombre de revolucionarios. “Cuando habreis imbuido en algunas almas la aversion á la familia y á la religion (y lo uno sigue siempre de muy cerca á lo otro) por medio del desprestigio y de la calumnia apoyadas en vuestras solapadas doctrinas, dejad caer algunas palabras que hagan nacer el deseo de ser afiliado á la logia masónica mas cercana. Esta vanidad del ciudadano y del menestral en afiliarse á la francmasonería, tiene algo de comun, y es tan universal, que hace quedar á uno admirado de la estupidez humana. El verse miembro de una logia, el sentirse llamado á guardar un secreto (que nunca se le confia) léjos de su mujer é hijos, es una delicia y una ambicion para ciertos hombres. Las logias son un lugar de depósito, una especie de *órvera*, un centro que es preciso atravesar antes de llegar á nosotros. La falsa filantropía de estas logias es pastoral y gastronómica; pero esta misma tiene un fin, é que es preciso impulsar sin descanso. Es muy fácil hacerse dueño de la voluntad, de la inteligencia y aun de la libertad del hombre, á quien se le enseña, vaso en mano, á ser valiente, y el manejo de las armas. Se dispone de él, se le revuelve, se le estudia; se adivina sus inclinaciones y sus tendencias; cuando llega á la madurez que necesitamos, se le dirige á las sociedades secretas, de lo que *la franc-masonería solo es la antesala, y aun bastante mal alumbrada. Sobre las logias contamos para engrosar nuestras filas. Ellas forman sin saberlo nuestro noviciado preparatorio. Hablan sin cesar sobre los peligros del fanatismo, sobre la dicha de la igualdad social, y sobre los grandes principios de la libertad religiosa.*

Lanzan entre las orgías, tremendos anatemas contra la intolerancia y la persecucion. Es mas de lo que necesitamos para formarnos adeptos. Un hombre lleno de estas bellas ideas, no está léjos de nosotros; ya solo falta indicarle un puesto en nuestro regimiento. En esto estriba la ley del progreso social; *no os canséis en buscarlo en otra parte*. Pero no os quiteis nunca la máscara; dad vueltas por el rededor del rebaño católico; y como buenos lobos, coged al paso el primer cordero que se os presente de las condiciones que convengan. (33)”

“El plebeyo tiene cosas buenas, pero el príncipe tiene aun mas; el clérigo se le hermana; pues despertad la codicia de los unos y de los otros, hacedlos subir al poder, y ellos nos servirán dado el caso para que fueren menester. Levantad en fin *altar* contra *altar*, enseñanza contra enseñanza, y encontrareis la verdadera libertad y derechos naturales del hombre.” (34)

—Ya sabeis, hermanos míos, el peligro de que estamos amenazados; pongámonos en oración para buscar los medios de combatirlo, y hacer mas soportable la prueba por que nos va á hacer pasar el Dios de los perseverantes.

Y bajando el orador del púlpito, se puso á la cabeza de los once oyentes consternados, y elevó con ellos sobre las gradas del altar mayor, las preces que debian de servir para impetrar del Dios de los perseverantes la luz necesaria para combatir tantos males como les amenazaban.

Al movimiento que hicieron, y en marcha ya hácia el altar, los cortinajes de las puertas que quedaban á sus espaldas se alzaron y dejaron ver á la Lechuza las cabezas y cuerpos de otros tantos frailes franciscanos, que en union del que dejamos detras de la cruz del coro y aho-

ra aparecía debajo de él, acabaron por alarmlarla, y hacerla emprender el vuelo por cuarta vez hácia el altar mayor.

No creyéndose segura ni aun allí esta vez, salió por una de las ventanillas de la bóveda, y desapareció en uno de los ángulos de la oscura torre, en donde tenia su habitacion durante el dia.

Cualquiera que hubiera pasado en estos momentos por la calle, no habria dejado de oír el graznar sofocativo que salia de la torre que se asemejaba á una estrangulacion, y que sea dicho en verdad, le hubiera hecho poner la señal de la cruz y acelerar el paso.

Los reverendos padres, no por esto interrumpieron su oracion: ya hemos dicho que estaban acostumbrados á la intranquilidad del ave.

Los aparecidos volvieron á desaparecer, tal vez porque no creyeron prudente distraer á sus hermanos en sus ejercicios devotos.

Estos volvieron á sus asientos despues de concluir sus rezos y de hacer una religiosa reverencia ante el altar. El que hasta entónces hiciera cabeza de ellos, prosiguió de esta manera:

—Por todo lo espuesto vendreis en conocimiento, de cuánto tenemos que trabajar, para conjurar el mal que nos amenaza en lo religioso y en lo político. Soldados de Cristo, nos llegó la vez de tomar las armas que él nos señalara para combatir la herejía origen de la revolucion y de la desorganizacion de la sociedad. Poned sobre aviso á los honrados padres de que ella se compone, y hacedles presente lo que me habeis oído. Oponed al altar de Satanas el altar de Cristo su constante azote, sin que os arredre peligro alguno, que el mundo miéntras sea mundo nunca ha de dejar de tener sus verdugos y

sus mártires. Tened, pues, fijos vuestros ojos en la revolución que nos amenaza, desconfiad de ella, aun cuando trate de halagaros, aun cuando os diga, yo soy la suma perfeccion.

Una revolución, hermanos míos, no es cuestión puramente política, sino también religiosa, y ya conocéis los medios de que se va á valer la primera para triunfar de la segunda, y establecer la República de la torre de Babel, y las doctrinas del primer revolucionario, ¡Satanas!

Inútil me parece deciros que las consecuencias de los avances de la revolución, serán los mismos que en Francia.

—Bajo el pretexto de libertad, igualdad, fraternidad, derechos del hombre, abolicion de fueros, libertad de conciencias, reformas y otras mil cosas, va á comenzar la guerra; dispongámonos para ella, y ante el pendon de destruccion, levantemos el de construccion: "Combatir la revolución tal cual se presenta, es un acto de fé, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así, se obra además como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defiende la patria y la familia, y la religion de nuestros mayores. Si los partidos políticos de buena fé, y que conservar su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros los cristianos, debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho mas elevados, pues defendemos aquello que amamos mas que nuestra vida."* No olvidéis, hermanos míos, que en el altar está la salvacion de la patria, que una vez derrumbado él, solo existirá el caos, la consternacion, y el principio del reinado del *Anticristo*. No nos entreguemos al reposo, velemos, velemos

* Monseñor Segur.

noche y día. He acabado por esta noche, hermanos míos: que Dios nos ilumine en lo venidero para fijar los medios de poner en planta las doctrinas de lo bueno contra lo malo.

Y diciendo esto bajó el reverendo prelado del púlpito y fué á reunir con los demas que lo esperaban ya de pié.

—Hermano—dijo uno de los once— habeis estado esta noche iluminado, y nos habeis acercado al triunfo que apetecemos, tanto mas seguro, cuanto que conocemos por vos el plan del enemigo. La elocuente plática de esta noche en nada se ha parecido á la de otras.

VIII

Los doce reverendos, á paso lento y pausado, desfilaron por la puerta que conducia á la sacristía, y á medida que se acercaban á la general de salida del convento, notaron que en el tránsito el número de ellos se fué aumentando extraordinariamente, á causa de haberseles unido otros frailes en número mayor. Debido á la cuasi oscuridad de los corredores y patios por que tuvieron que pasar, no notaron que el hábito de los religiosos no era igual al de los que en otras noches solian hacerles compañía hasta dejarlos en la puerta; pero una vez que hubieron llegado á esta, en donde ya habia luz bastante, y mayor número de gente, se quedaron sorprendidos al ver que eran frailes franciscanos sus acompañantes, y franciscanos tambien los que en el peristilo parecian detener á los demas que allí se encontraran con ellos.

—Dios guarde á sus paternidades—dijo un fraile franciscano que por su corpulenta talla sobresalia de los

demás.—Muchas han de ser vuestras ocupaciones cuando tan á deshoras de la noche aún velais. ¿Puédese saber si venis de maitines ó de rezar algún rosario?

Los reunidos allí al acaso, excepto los frailes franciscanos, se miraron unos á otros manifestando en sus semblantes cuánta era su sorpresa al verse así detenidos.

D. José Pebedil, que se hallaba entre los detenidos, avanzó un paso, y reconociendo en el gigante franciscano al jefe de la policía, se acercó á él, indicándole con disimulo la cruz de esmeraldas que ocultaba bajo de la solapa de su frac.

El advertido, reconociendo este distintivo, dejó paso franco al "*Caballero de la Cruz Verde*" igualmente que á los que le seguían, á quienes les bastó llevarse la mano á la solapa derecha del frac, levita ó paltó con que iban cubiertos.

Inútil nos parece decir, que eran estos, todos los convidados á tomar el famoso chocolate y bizcochos agustinosos.

El señalado como jefe de la policía hízoles una profunda cortesía, y les dijo:

—Pasad, señores, y no hay que olvidar que están prohibidas semejantes reuniones á tales horas, y en un convento como este, en que á esta hora solo el reposo debe de imperar.

Faltaban por salir algunos padres que por sus hábitos no parecían pertenecer á la orden de San Agustín, y entre ellos se encontraba el orador de la iglesia mayor á la cabeza de cinco de sus oyentes.

Avanzó, pues, el que hacia punta, y habló en estos términos al fingido hijo de San Francisco.

—Hijo mio, no estorbeis la salida á estos reverendos

hermanos míos, que vienen de adorar la *Cruz Verde de los Caballeros* del milagro.

Y el prelado recalcó las nueve sílabas, con lo que fué bastante para que también pasaran de puertas para afuera.

—Que sea para honra y gloria de Dios, pater noster, pero no olvide su paternidad, que suele á veces estar detrás de la cruz el diablo.

Y como los primeros, pasaron los segundos.

Pocos habían quedado por salir, y eran estos nuestro escritor de marras, el maestro impresor y el campanero de la torre, vigilados por un rechoncho fraile franciscano, que tenía entre sus manos una pobre lechuza estrangulada.

Iban á salir los dos primeros, cuando la voz de un reverendo centinela de la puerta les dió el alto.

—Esperad, hermanos, que nosotros nos vamos con la procesion—dijo el fantasma franciscano que ya intimidaba cuando hablaba.

Los detenidos no comprendieron al principio las frases del que les detenía el paso; pero un torrente de luz mayor de la en que estaban los hizo volver la cabeza atrás, y ver que en efecto avanzaba una pequeña procesion, alumbrada por seis frailes franciscanos que venían de acompañantes de ella.

Grande fué la sorpresa de los detenidos, al mirar que la procesion la constituían fray Lúcas y fray Marcos y otros mozos del convento, que traían sobre sus hombros cajas de tipos de imprenta, una pequeña prensa antigua de imprimir y otros útiles de la misma especie: y para que nada faltasá e este aparato, que nada tenía de religioso mas que los dos reverendos cuyos nombres hemos mencionado, llevaba uno de ellos la regla que servía de

adminículo á la prensa, y que se asemejaba á una cruz sin el remate del tronco; y el otro unos impresos en que parecia fijar sus ojos con compungido semblante, á manera de cuando se le veia leer en la iglesia el gran libro de los salmos penitenciales.

El vaticinio de fray Lúcas se habia cumplido: cogidos infraganti delito, era de suponerse que en procesion marchasen los primeros á Santiago Tlaltelolco, y los segundos al colegio de Zapotlan.

Alegado que hubo la procesion á la puerta del convento, mandóse apagar las luces y á presencia del encubierto jefe de policía, desfilaron todos los que no tuvieron una cruz verde que los librasen de él.

CAPITULO X.

Misericordia.

I.

El título de este capítulo es el nombre de un sér infortunado que vamos á dar á conocer á nuestros lectores, como por via de un nuevo paréntesis que nos vemos en la precision de abrir.

Vió la luz de sus primeros dias en una de esas casas en donde la prostitucion y el escándalo, representado en una sociedad de mujeres sin pudor y sin vergüenza, sirven de alimento á las pasiones asquerosas é inmorales de hombres que buscan placeres y orgías, y de mujeres que se venden á vil precio, ó van á vender á la incanta que por su desgracia cae bajo la influencia dominadora de tan provocadoras tentadoras.

Ninguno de esos séres despreciables lo reconoció por hijo suyo, no obstante que Misericordia lanzó sus primeros gemidos y virtió sus primeras lágrimas en aquella casa.

y en uno de sus inmundos gabinetes en donde fué encontrado.

Su aparicion sirvió de escándalo á aquellas mujeres y hombres degradados; ¡horrible ironía! y el niño pasó de mano en mano, de ellas y de ellos, y en vez de un beso ó de una caricia, la risotadas, las pullas y los epigramas sustituyeron á la conmiseracion que de él debieron tener.

El niño no pudo ménos que llorar, y llorar lastimosamente, ante aquella algazara infernal de locas prostitutas; sin alma y sin corazon.

En fin, una viejecita de repugnante figura, lo tomó en sus brazos y lo adoptó por hijo, salvándolo así de que fuera puesto, como tenian pensado hacerlo en la fatal noche en que naciera, en medio de la calle ó en el atrio de una iglesia; espuesto á que sirviera de pasto á los canes y á las aves de rapiña.

El niño fué llevado á bautizar por la vieja, quien le puso por nombre Misericordia, no sabemos si porque la que le habia tenido su protectora lo habia salvado de lo que habian resuelto hacer con él, ó porque Dios la tuviera en lo adelante de su protegido y de ella tambien: de él porque habia nacido para padecer, y de ella porque habia pecado mucho y quisiera encontrar en su buena obra el perdon de sus muchas culpas.

No creemos esto último, porque la vieja encubridora divulgó por todas partes que el niño era hijo de una señorita principal, y de un caballero de altas polendas, que entre sus mantillas habian puesto un papelito que decia: "queremos que se le ponga por nombre Misericordia, para que Dios la tenga de él y de sus padres, por ser hijo de la fatalidad," (todo esto con muy mala ortografía).

¿Con qué fin? . . . fácilmente se comprenderá. Podía llegar un día en que una de esas madres que abandonan á sus hijos por circunstancias adversas, se acordara al tocarle Dios el corazón, que debía de buscar al fruto de su desgracia ó de su culpabilidad, y entónces con maña ó sin ella, la astuta vieja podría colocar su falsa mercancía, haciéndola pasar por hijo de quienes tal vez no lo era.

Esto, ni es nuevo y sí frecuente en casos tales: por eso cuesta tantas lágrimas á la mujer casada que se convierte en adúltera, á la niña ciega é inesperta que se deja llevar de la seducción de un hombre, ó á la avisada que se lanza por la calle de enmedio.

Tras una falta, preciso es cometer otra para ver de cubrir la primera; y despues que las ilusiones han pasado y que solo quedan los remordimientos ó la expiación con todas sus amarguras, viene, si no somos fuertes para resistirlas, la desesperación que nos precipita al lodazal del mundo en donde todos nos pisotean.

Sea de la vieja encubridora lo que fuere, cuidó del niño, y aún hizo mas; le inculcó los primeros rudimentos de la religion cristiana, por uno de aquellos misterios de la conciencia que inclina á los malvados á obrar el bien.

El niño creció, y á los cuatro años en que jamas se le pudo oír pronunciar una palabra, fué declarado mudo, porque ni aun el recurso de lamentarse tuviera.

Nadie se metió á investigar de qué provenia su mudismo: ni para los oficios á que estaba destinado bueno estaba con lo que era.

Los años fueron sucediéndose los unos á los otros, y Misericordia á los siete tuvo tiempo de saber en la casa de su nacimiento cosas que repugnaban á su carácter tímido y acobardado, y que debió de ignorar.

Allí vió lo que son los hombres y las mujeres cuando se entregan á sus livianos placeres, y tuvo miedo de ellos, porque hubo momentos en que en vez de séres racionales, viera bestias. Hombres y mujeres aparecian y desaparecian á sus ojos, y siempre en medio de la orgía, de la crápula, de todo género de desórdenes, confundidas las categorías y enlazadas con irrisorio escándalo, en medio de la perpetua bacanal.

Misericordia tuvo miedo en una noche tormentosa en que se derramó sangre, despues de haberse derramado licores y manjares por los suelos, y en que vió confundidos á hombres y mujeres beodos, enredados en los propios jirones de sus ricos trages y en horrible confusion de llantos y risotadas mezcladas con gritos é imprecaciones que al fin le obligaron á huir de la casa que por instinto natural le causaba horror, á la par que miedo .

II.

De allí fuése á refugiar á un cuartel, en donde el cocinero del regimiento lo acogió para que le sirviera de galopin. Dos años le sirvió, y durante ellos sintió sobre sus espaldas cincuenta veces la vara de su caritativo protector.

Pero allí, como en la casa de su nacimiento, adquirió conocimientos y esperiencia que no tenia, y supo hasta qué grado se degradaban los malos militares. vendiéndose al que mejor los pagaba en plata contante, ó en ascensos que algunas veces los hacian llegar á gefes supremos. El honor, la dignidad, el saber y la disciplina militar, no los conoció en ellos el pobre mudo, y asustado de los con-

tinuos motines que cambiaban con frecuencia escandalosa los gobiernos, que ya no tenían nada bueno que esperar, porque habían sacado la tripa de mal año, y era preciso, después de una comedia, dejar el lugar á otros que pretendían hacer lo mismo que ellos, se fugó del cuartel en medio de balazos y actas de pronunciamientos, no obstante que su protector lo había amenazado con que sería considerado como desertor el día que lo hiciera.

III.

Del cuartel, marchóse á servir de mozo de citas á una oficina en donde un señor juez administraba justicia.

Aquí se creyó feliz, porque las letras le llamaron extraordinariamente la atención y despertaban su natural curiosidad.

Sabia que por medio de tales caracteres los hombres se hacían entender á veces sin desplegar los labios, y dirijido por sus compañeros buscó el modo de que lo iniciaran en aquella ciencia que para el pobre mudo era un misterio.

Dos años estuvo también entre las letras, y solo pudo aprender las veinticuatro de que se compone el abecedario, y combinarlas de modo que él mismo pudiera leer este nombre que lo hizo reír y llorar cuando lo vió por sí mismo combinado:

misericordia

Así es que el pobre jóven que era tenido por un idiota, porque en tan corta edad no podía revelar de qué era capaz su alma y su inteligencia, fué al templo, y re-

cortando su propio nombre en una hoja de papel, lo puso sobre un altar, y con ello elevó su primera oracion de viva voz, segun se lo figuraba, al Señor Criador del Universo, á quien pidió con aquella demostracion que tuviera de él *misericordia* en la procelosa vida á que habia sido destinado, él, que se creia digno de mejor suerte, él, que no habia tenido la dicha de los demas hombres, de saber á quién debia su sér.

Habia hecho un ensayo de lo que seria capaz su inteligencia y su alma, y se creyó con lo espuesto, que ya sabia leer y escribir, y que aun podia adorar á Dios, puesto que le habia presentado la primera ofrenda de su alma y de su inteligencia.

Misericordia, lo mismo en la casa de jóvenes prostitutas, para él inolvidable, porque allí sintió las primeras impresiones, y en el cuartel de que acabara de salir, en la casa del juez sorprendió, como en la primera y en el segundo, secretos que, á causa de su mutismo y simplicidad aparente, le hicieron conocer mas y mas á los hombres que no lo juzgaron capaz de delatar, y sí incapaz de comprender la importancia de tales secretos.

Allí vió verter muchas lágrimas, y escuchó muchas risotadas que se burlaban de las primeras, y en contacto con litigantes, abogados, jueces, escribanos y ministriles, pudo saber que unos y otros se vendian al mejor postor, y que no obstante los millares de millares de leyes en pro y en contra de pleitistas y defensores, que comerciaban á su abrigo, no habia entre todas mas que dos verdaderas, que aprendió de memoria, si bien no las vió escritas:

Poder del oro;

Poder de la influencia.

Misericordia no permaneció un dia mas, en donde sin

quererlo ni poderlo evitar habia sido testigo del despojo de los bienes de fortuna de un honrado padre de familia, y de las lágrimas de una anciana que al arrancarla el único patrimonio de sus hijas, que dejaba en la miseria y espuestas á la prostitucion, exhalaba el último suspiro para no presenciar la injusticia de la justicia de los hombres.

Misericordia no estaba aún en edad de poder comprender que todo lo que viera y le faltaba que ver, era efecto de cuarenta años de revoluciones por que su patria habia pasado desde ántes de que él apareciera al mundo, y por los que tendria que pasar á medida que él se fuera haciendo hombre.

IV.

El instinto del pobre jóven no era para lo que habia tenido porque pasar: era una de esas plantas que en medio del fango crecen erguidas y lozanas, sin perder sus hermosos colores, y que por raras y bellas son trasplantadas á un jardin en donde al fin lucen todas sus ignoradas cualidades que las hace figurar en primero, segundo, ó tercer término del reino vegetal.

Misericordia llamó en una noche tempestuosa á la puerta del convento de los franciscanos descalzos, é indicó que tenia frio y hambre.

El guardian del convento mandó que se le albergase, que se le diese de comer y que se le abrigase, que la regla así lo prescribia.

El pobre muchacho tenia calentura en esa noche.

Quién sabe cuántos dias estaria vagando por esos

mundos de Dios, despues de su separacion de la casa del juez.

Los religiosos le preguntaron por su nombre.

El, mareado y apénas pudiendose tener en pié por la calentura, trazó con su dedo índice su nombre sobre el empolvado y colosal cuadro de la crucifixion que á la entrada del convento habia.

—¿Sabes escribir?—le dijo el guardian admirado de su destreza.

Misericordia contestó con una indicacion de cabeza que no.

—Pues entónces, ¿cómo es que sabes poner tu nombre?

El mudo marcó con los hombros un movimiento de indiferencia que equivalia á decir, quién sabe.

—¿Y leer?

—Tampoco—replicó el jóven repitiendo su primera indicacion.

—¿Vaya una cosa particular! ¿Viven tus padres?

Misericordia llevó con aire compungido sus dos manos á los ojos, é inclinó la cabeza tristemente.

—¿Quién ha velado por tí, entónces, desgraciada criatura?

El jóven mudo levantó los ojos al cielo, á la vez que irguió la cabeza. En su semblante se revelaba la satisfaccion y el júbilo que rebosaba en su alma.

Los religiosos se miraron, unos á otros, y Misericordia fué nombrado mandadero del convento, despues de que hubo pasado su ligera indisposicion.

A la sombra de sus nuevos amos pudo penetrar desde la ruin habitacion del jornalero, hasta la aristócrata del millonario.

En contacto á la vez con los conventos de monjas, al-

go tambien supo de ellas, y no pudo ménos que elogiar aquella reclusion eterna entre las cuatro paredes de un cluastro, en que solo vivian en Dios y para Dios.

En ambos claustros, en donde creyó encontrar la austeridad de costumbres y otras tantas cosas como le habian dicho, encontró su poco de mas y su poco de ménos, debido, en verdad sea dicho, á la relajacion de unos cuantos sacerdotes, y á la intranquilidad de unas cuantas novicias, que por evitarse un escándalo la Iglesia, no habian sido arrojados de ellos, causándola por un grave error, doble mal, que si desde luego no solo hubieran sido arrojados, sino que á la vez degradados á la manera que lo fueran los mercaderes del templo del Señor.

Esto, para el pobre mudo, fué doble motivo de escándalo, porque si es cierto que cosas peores habia visto, habia sido en lugares que estaban llamados á que tales cosas sucedieran.

Sin embargo, pensó, y pensó muy bien, que nada era lo que viera allí en comparacion de lo que ha habia visto en la gran mayoría social, que por tales ó cuales motivos habia tenido ocasion de estudiar y de conocer.

En un apostolado nunca podia faltar un Judas, y él habia visto mucho mas de uno en las otras clases sociales que habia tenido que recorrer.

Buen cristiano como era, se dijo:—Podrá haber algunos malos ministros y esposas del Señor; pero no por eso el ministerio podrá llamarse malo. Mi deber es respetarlo sea como fuere: no debo ver al hombre con sus miserias, sino al ungido del Señor, hasta que la Iglesia no me mande que lo desconozca, porque sobre su mismo altar lo desnude de su sagrada investidura.

Misericordia no habia nacido para vivir bajo el abrigo

del claustro, no obstante que buscaba la tranquilidad que no encontró desde que tuviera que bregar con el mundo.

Así es, que lo abandonó también; y después de recorrer y servir al mundo en sus diversas escalas sociales, desde la más ínfima á la más elevada, se encontró con que era ya un joven de diez y ocho años, sin oficio ni beneficio y con ganas de tener lo uno para obtener lo otro.

Una sola cosa había podido lograr á fuerza de mil angustias y de afanes; y que olvidábamos decir; saber leer y escribir con perfección, y esto debido á la constancia de los franciscanos, que siempre dieron pruebas de celo por la educación de la juventud desvalida.

Aguijoneado por el deseo de saber, recordó que en el convento de los Franciscanos le habían contado una vieja tradición acaecida en el año de 1530, pocos meses después de la maravillosa aparición de la Virgen de Guadalupe.

Que no obstante que había visto tapiada la celda en que fuera enterrado el protagonista de lo que él juzgara un cuento, por habérselo oído contar á los novicios del convento en una noche lluviosa y fría, sobre el embaldosado de la cocina y alrededor de una gran fogata que hicieran para calentarse, dudó que en sus días todavía pudiera darse crédito al cuento de las "*Memorias del Pájaro Verde*," y aun se pronunciara el nombre de la persona, que se había hecho dueña de ellas, y esto, después de haber trascurrido la friolera de trescientos veinticinco años que habían sido ocultadas desde la muerte de su gran autor.

Para Misericordia el cuento tenía más que de verdadero, algo de misterioso, y para él, amigo de novedades á causa de su vida aventurera, recapacitó que le podría convenir ir en busca del poseedor de tan fabulosa herencia.

Se le dijo que el poseedor de las tales *Memorias* se llamaba Pablo; que era un hombre de edad madura, y sábio entre los sábios, si los habia; que acababa de llegar de los desiertos de Nuevo-México en compañía de una divinidad indiana de la raza pura del Norte, y que ambos vivian en una de las principales calles de la ciudad, y si mal no recordaban era la de la Palma.

Misericordia, que ambicionaba saber á cualquiera costa, no tuvo mucho que pensar en la eleccion que debía de hacer de su nueva posicion, y fuése en derecha en busca del loco, del nigromante, del charlatan, del embustero, que con todos estos y otros apodos era conocido en esta vez que por Misericordia lo volvemos á en contrar en nuestro camino.

CAPITULO XI.

Misericordia en la casa de Pablo el adivino.

1.

En la vida del viejo Pablo se habia efectuado un notable cambio desde que lo dejamos en los desiertos de Nuevo-México, de vuelta á su pobre hogar abandonado, y entregado á la misteriosa proteccion de su belleza indiana, despues de su salida del templo de *Huehuellápan*.

Y decimos notable cambio, porque nos lo vamos á encontrar, despues de lo que de él sabemos, en una de las principales casas de la calle de la Palma, rodeado de una magnificencia que mucho dió que decir á los que le conocieron pobre, andrajoso y monomaniático.

La gente sencilla y aun la que no lo era, no podia menos que confundirse de un cambio de fortuna tan inesperado, y despues de mucho cavilar y de recurrir á sus recuerdos de lo que del viejo sabian, vinieron al fin á atribuir el tal cambio á algun pacto que en vida habia

celebrado con el demonio; esto era en cuanto á los primeros, que en cuanto á los segundos, lo atribuyeron á efecto de su refinado charlatanismo, que decían lo poseía en grande escala y no de una manera vulgar.

Unos y otros no estaban bien seguros de sus asertos, y entre bromas y no bromas el viejo les infundía respeto, porque tenía bastante arte para hacerse respetar, á la vez que temer.

¿De qué manera se había adquirido este crédito? Adivinando el porvenir, pronosticando lo futuro, leyendo en la conciencia de sus semejantes, condenándolos ó absolviéndolos de la fatalidad que sobre ellos pesara, y convirtiéndolos en crédulos de incrédulos que eran, y esto en vista de la magia que ante ellos efectuaba, haciendo por medio de sus secretos que sus sentencias se cumplieran, y que lo que parecía imposible de realizar, se realizara de una manera real y positiva.

Así es, que los que iban á verlo con el objeto de divertirse, salían de la casa del nigromante como unos lo llamaban, ó del loco como otros le decían, serios y reflexivos, preguntándose si lo que habían visto y tenido por que pasar, sería falso ó verdadero, de lo que se infiere que el nigromante, si lo era, no era de los comunes, ó que el loco, si algo tenía de ello, parecía á veces más cuerdo que ellos.

Entre lo que era ó podría ser, es lo cierto que nuestro heredero de las tradicionales "*Memorias del Pájaro Verde*," adquirió de día en día la reputación que nosotros á nuestra vez vamos á juzgar.

II.

Para ello, preciso es que sigamos á Misericordia hasta la casa de Pablo hácia donde se encaminaba, formándose sus mil castillos en el aire, como todo jóven que corre en pos de lo nuevo y de lo desconocido.

Sin perder el pobre aventurero mudo mas tiempo que el que necesitara para decidirse por la casa del nigromante, se dirigió á paso largo á la calle de la Palma, á donde le habian dicho vivia el que tantos prodigios hacia por medio de la magia negra, del magnetismo, del sonambulismo, del espiritualismo y otra multitud de ciencias solo conocidas de él, y por medio de las cuales se hacia superior á los demas hombres en saber, poder y riquezas, todo porque le habia cabido la fortuna de poseer las misteriosas "*Memorias del Pájaro Verde*," que las contenia con otros secretos que á ninguno era dado sorprender por mas que habian hecho.

Misericordia hizo alto, despues de que hubo llegado á la calle de la Palma, frente á una gran puerta de madera de cedro, artísticamente tallada y pintada de color abronzado, sin duda para hacer resaltar la verde cabeza de un pájaro que hacia las veces de aldabon.

El jóven tomó la pesada cabeza y dió con ella dos fuertes, seguros y acompasados aldabonazos, que á la vez que resonaron en lo interior de la casa, repitiéndose el eco por toda ella, distrajo la atencion de los vecinos que no estaban acostumbrados á oír á ninguna hora del dia tocar á aquella puerta, que solo de noche se abria, y eso para aquellos que representaban valer algo en la vida.

Un momento habria pasado de los dos aldabonazos da-

dos por el mudo, cuando con gran sorpresa de los que creían que llamaría en vano, la puerta se abrió, dejándole el paso franco, y cerrándose á poco detrás de él, que se quedó sorprendido de la facilidad con que había logrado su objeto.

Se encontraba Misericordia tan preocupado con lo que le pasaba, que á no ser por un arrogante negro de imponente aspecto que le permitió la entrada, hubiera creído que la puerta se había abierto por sí sola.

El atónito joven aguardó á que se le preguntara qué era lo que quería, pero en vez de esto, el negro levantó su formidable mano, y con ella le indicó que marchara hácia adelante, y esto con un ademán que no admitía réplica.

Misericordia inclinó la cabeza en señal de obediencia, y atravesó el sombrío y frío patio, desde donde pudo observar lo majestuoso é imponente del edificio, cuyas paredes, techos, corredores y columnas estaban pintados de color oscuro, que juntamente con lo cerrado de sus puertas, ventanas y balcones, lo hacían aparecer como si ninguno lo habitara, tanto más cuanto que ningún ruido interrumpía el silencio que se notaba en él, ni aparecía más ser viviente que aquel que lo guiaba, y que le parecía el guardian del palacio misterioso que por fin iba á conocer, él, pobre mudo abandonado de la suerte desde que su madre pensara en mala hora en arrojarlo á la vida que tan amarga le fuera.

Apénas Misericordia puso el pié en el primer escalón de la escalera, que por presentársele al frente creyó que no debía de vacilar en subir, cuando resonó un golpe metálico que le hizo sentir una emoción extraña, á manera de si pasara por todo su cuerpo una corriente eléctri-

ca, que le causara una extraordinaria revolucién en todo el sistema nervioso.

Creyó entónces, que su entendimiento se aguzaba, que su vista se ponía mas brillante, que se sentía mas ágil, y hasta que se oía á sí mismo preguntarse:

—¿Qué es esto que por mí pasa?

—Adelante—dijo el negro como si adivinara su pensamiento, á la vez que Misericordia avanzó otro escalon mas, en el cual se repitió el golpe metálico que le hizo sentir el mismo efecto.

Entónces no supo lo que sintió, y á no estar el negro inmediato á él, indudablemente hubiera caído de espaldas, con riesgo de haberse hecho mil pedazos la cabeza.

Misericordia ya no supo de sí.

El negro cargó con él cual si fuera una pluma, y subió las escaleras hasta llegar á su último peldaño.

La ciencia del sabio Pablo comenzaba á ponerse en accion desde el momento en que Misericordia habia puesto los piés en el recinto misterioso de su morada.

Llegado que hubo el negro con su ligera carga al lugar que dejamos dicho, fué recibido por un horrendo enano jorobado, del mismo color que aquel á quien saliera á recibir, por no decir mas negro, pues el color del enano en paralelo con el del ébano, poca seria la diferencia que entre sí guardarán.

—Pronto has dado con él, Monte sin luz.

—Es que no he ido en su busca, sino que él por sí solo ha venido, mi señor Cuasimodo.

—¿Pues cómo así?—replicó el enano chispeándole los blancos y redondos ojos, á manera de dos luceros.

—Por la voluntad del Gran Espíritu, y del poder de la atraccion, que ha influido sobre esta débil criatura.

—El Poderoso Señor Nuestro, te espera.

—Avisále de nuestra llegada.

El enano puso su desproporcionada mano sobre una de las cabezas de dos grandes pájaros de bronce que á uno y otro lado de la puerta del corredor habia, y acto continuo se dejó oír el golpe metálico de una campana mucho mas sonora y vibrante que la que causara á Misericordia aquel efecto tan singular, con la diferencia de que dicho golpe fué repitiéndose gradualmente hasta perderse en los confines de aquella casa en que todo era raro.

No bien se hubo dejado oír la última vibración de la última de las campanas, heridas por el poder de la primera, cuando á lo largo del corredor se abrió una mampara y aparecieron dos jóvenes indios seminoles.

Visto esto por Cuasimodo y Monte sin luz, avanzaron hácia ellos: el primero seguido del segundo, y éste sin abandonar su carga hasta el final lugar de su destino.

Los cinco personajes de esta escena penetraron por la puerta mampara que dejamos dicho, y despues de pasar por una sala que servia de sala de espera, llegaron á un gabinete en donde despues de colocar al desmayado en un blando sillón tapizado de negro, se alejaron de él á una insinuación que hiciera el que en dicho gabinete se hallara.

III.

Misericordia se encontraba al fin, no solo en la casa de Pablo, sino en el propio gabinete de distinción del sábio, y atendido de una manera como tal vez no lo hubiera esperado.

El gabinete en que se encontraba el joven mudo nada

tenia de particular que pudiera ser digno de mencionarse, á no ser una puerta cerrada que por su rara construcción y gran costo, podia suponerse que algo de importancia se ocultaba detras de ella. Estaba formada de piedra finísima de alabastro cincelada é incrustada de brillantes hojas de acero, que unido á unos remates de latón abrigantado que formaban caprichosas figuras, en combinacion con el acero hicieran del todo una pieza rēja y primorosamente acabada.

A la sazón se encontraba el gabinete á ménos de media luz, y esto proporcionaba á nuestro jóven aventurero cierto bien estar, que poco á poco fué calmando la emocion que al principio experimentara.

Misericordia pudo al cabo de pasados algunos momentos, volver por completo del letargo producido por el resorte que su pié tocara, y por la penetrante vibracion del sonido de la campana.

Debido tal vez á algun ingenioso mecanismo, el resorte comprimido por el pié del jóven, estaba en contacto con la campana por medio de la electricidad, que era el principal agente para producir el sonido, tan luego como el aparato magnético era tocado como dejamos dicho: de aquí es que, cuando Misericordia pusiera el pié sobre él, sintiera aquella emocion que tanto afectara su sistema nervioso, y aun esto debemos suponer que fuera, porque así lo tendria dispuesto el hechicero de aquella morada.

Cesado el efecto del fluido que por un momento entorpeció las potencias del jóven, pudo ver que frente á sí, tenia á Pablo, y á una jóven cuyos encantos sobre humanos, no nos es posible describir ahora que solo tratamos de poner en contacto á nuestro aventurero mudo, con el hombre de la ciencia.

No obstante el respeto, y aun el temor que le infun-

diera el que creía un nigromante ó un hechicero, porque lo que fuere no estaba bien definido por el vulgo sencillo y supersticioso, sus ojos no pudieron desviarse de aquella jóven, que parecia atraerlo hácia sí con el poder de su fascinadora mirada y que sin poderse eludir de ella lo tenia fascinado, haciéndole sentir emociones que el pobre jóven no se podia explicar á sí mismo, porque era la primera vez en su vida que tal sintiera.

Misericordia gozaba en aquellos momentos en vez de padecer, y la casa del viejo Pablo empezaba á ser para él benéfica.

Así hubiera permanecido un siglo, si la voz de Pablo no le hubiese sacado de la especie de éstasis en que se encontraba.

—Misericordia, ¿te encuentras bien en la casa que deseabas conocer?—le preguntó el sábio viejo interponiéndose entre Celeste, que así se llamaba la jóven, y el mudo, para cortar la corriente magnética que entre los dos jóvenes se habia establecido.

—Sí, contestó Misericordia, con una señal afirmativa de cabeza, á la sonora voz de Pablo, y admirando su presencia majestuosa; se vió libre de la fascinacion que embargaba todas sus potencias.

—¿Buscas el saber?

El mudo repitió el mismo signo de cabeza que ántes.

Pablo puso en sus manos un grueso lápiz de color negro, parecido en su forma y proporcion á un esfumino. Despues lo acercó á un gran cuadro, cuyo lienzo negro, liso y lustroso, indicaba que estaba hecho expreso para escribir sobre él: así lo comprendió Misericordia; pero lo que no estaba al alcance de su inteligencia era, cómo podria verificarse aquello, cuando la composicion que habian puesto en sus manos era de color negro y no

blanco como debía de ser para obtener el resultado á que estaba destinado el negro pizarron.

Misericordia tomó entre sus manos el lápiz y se acercó al pizarron, para obsequiar el pensamiento de su interrogador, que se proponía, como comprenderán nuestros lectores, obtener las respuestas del jóven por medio de la escritura ejecutada sobre aquel aparato que se le ponía ante la vista, para que fuese mas esplicativo en sus contestaciones.

—¿Sabes escribir, Misericordia?—continuó Pablo.

—Sí, contestó el jóven trazando sobre el pizarron su contestacion. Pero no bien la hubo hecho, cuando retrocedió espantado de su propia obra que se iluminó de una luz pura, diáfana y brillante, que solo duró el tiempo necesario para que pudiera ser leído.

—¿Qué eso, mi jóven amigo? buscas la ciencia y te espantas ante sus mas mínimos resultados?

Misericordia, serenándose en cuanto pudo, trazó con mano firme la contestacion negativa, que como la afirmativa se iluminó de la misma manera.

Entónces levantó sus serenos ojos ante la jóven que lo fascinara, y vió que el puro semblante de Celeste se encontraba coloreado de un bellissimo y apacible carmin, que nuestro jóven atribuyó al contraste que formara el deslumbramiento de sus trazos con el sonrosado color de su hechicera mujer, que tenia para él á la vez que un poder irresistible, mil dones que jamas habia encontrado en cuanta mujer humana habia conocido en los diez y ocho años que contaba de existencia.

Pero lo que no podia comprender Misericordia, era el capricho de aquellos ojos divinos que se obstinaban en permanecer fijos sobre él.

¿Qué influencia podria el ejercer, pobre y miserable

aventurero de todos menospreciado, sobre aquella criatura que representaba á la diosa de la hermosura, con todas sus gracias y todos sus atractivos?

Pablo continuó haciendo preguntas al jóven y éste contestólas sin cuidarse ya del efecto del lápiz ó el del pizarron. El viejo le habia indicado que aquello era el resultado del saber y de la ciencia, y confiaba que algun dia podria iniciarse en ella.

—¿Qué has venido á buscar aquí?

—Lo que no he podido encontrar en otras partes, saber lo que otros saben para ganar mi subsistencia honradamente, y huir de las maldades del mundo que desde niño me han perseguido por mi mala estrella.

—¿Y crees encontrar aquí lo que deseas?

—Sí, porque me han dicho que lo sabeis todo por medio de vuestra larga experiencia, y del libro verde que os ha hecho ser poderoso entre los poderosos.

—¿Y no dudas tú de esa fama, con que mis contemporáneos han querido honrarme en vida?

—No; porque he comprendido que los hombres pueden hacerse superiores á los demas, cuando el estudio y los años están de su parte.

—Esa contestacion, hijo mio, no la hubiera dado tal vez un sabio de los que hoy dia se titulan tales. Bien he hecho, al saber que tú andabas perdido por el mundo, en atraerte hácia mí para aprovechar tu saber natural y experiencia práctica, en beneficio de la humanidad que no sabe aprovechar sus tesoros escondidos y confundidos entre esa inmensidad de séres que la constituyen. A mi lado aprenderás lo que te se ocultó en la casa de tu nacimiento, despues en el cuartel, luego en la casa del juez y últimamente en el convento de los franciscanos, que fué para tí la tabla de salvacion, puesto que allí supiste

que aquí podrias encontrar lo que ambicionabas. Desde las tabernas donde has pasado largas noches sirviendo á la humanidad embrutecida por un miserable pedazo de pan, hasta el lugar mas encumbrado á que tu buena ó mala suerte te haya arrastrado, te servirán ahora para hacerte superior á los demas hombres, que porque te vieron andrajoso te despreciaron, sin querer comprender que ellos fueron causa de tu degradacion aparente. Tú los verás ante tí respetuosos y acobardados, cuando colocado por mi en cierta altura puedes decirles: miétras yo con mí miserable abandono me degradaba sin culpa alguna, porque no dependia de mí, vosotros sin estas causas y en el apojeio de vuestra existencia, os arrastrabais en tal ó cual parte, os degradabais de tal ó cual manera: no podeis desmentirme, porque yo os he visto, porque yo os conozco á todos vosotros, y porque es lo único que en la práctica de la vida he podido aventajaros, el conoceros: yo seré vuestro acusador y vuestra conciencia, y mi maestro vuestro juez, que os absolverá ú os condenará en vida por la mision que ha habido del que todo lo puede.

Misericordia, en un momento en que Pablo le habia hablado sin interrupcion, quedóse sorprendido de lo que le dijera tocante á su vida, y mucho mas, porque lo habia oido discurrir respecto á ella, como si él mismo lo hiciera en sus horas de amargura, cuando aún no pensaba en el nuevo porvenir que le esperaba en casa del que conociera por el nigromante.

—En mi casa, Misericordia,—continuó Pablo—obtendrás mucho mas de lo que te puedas figurar, si te sujetas á mi voluntad sin replicar: obtendrás, te vas á reír de mi ofrecimiento, hasta el uso de la palabra: sí; tu defecto orgánico tiene remedio; no así, si por una fatalidad

tuya hubieras nacido á la vez que mudo, sordo, porque entónces tu mal no tendria nunca remedio.

Misericordia escribió violentamente en el pizarron con cierta escitacion nerviosa, provocada por el placer que experimentaba, estas palabras:

“ Señor: os deberé la vida, y en recompensa me constituiré vuestro esclavo.”

Celeste, que leyó lo que el jóven escribió, y que pudo contemplar la animacion dolorosa de su semblante, sintió anublársele los ojos por no sabemos qué secreto ó emociion que experimentara; y luego, como acompañando su súplica á la del jóven, echó sus blancos y torneados brazos al rededor del cuello de Pablo, quien sintió á la vez el casto beso de su queridísima, protectora del templo de *Huehuetlapállan*.

Pablo se sonrió, porque comprendió lo que aquello queria decir; porque tambien habia leído en el gran libro del alma de la jóven, y habia por fortuna suya descubierto sus secretos, que desde tiempo hacia venian relacionándose con la vida aventurera de Misericordia, á quien vió un dia en un paseo público impetrando la caridad de los que de él se compadecieron.

—Bien, bien, mi jóven divinidad—continuó Pablo—allá veremos lo que hacemos por el neófito de los adcradores de las “*Memorias del Pájaro Verde*”.—Dirigiéndose á Misericordia despues prosiguió:—Jóven, á esta hermosura le debes la dicha de encontrarte aquí: ya te haré yo saber esta historia, larga de contar.

Misericordia no sabia lo que se le decia: para él habia un misterio en todo cuanto habia pasado por él, desde el momento en que su buena fortuna lo hiciera pensar en dirigirse á aquella bendita morada.

Hasta allí todo le sonreia, sin saberse él mismo dar

cuenta de por qué; pero su alma y su corazón le decían: á gritos: espera y sabrás la dicha que te aguarda; tú, que tanto has padecido.

.....
Abandonemos por un momento los tres personajes del gabinete de distincion del viejo Pablo, pues necesitan encontrarse solos para lo que despues sabremos, y plantémonos en mitad de la calle de la Palma á eso de las ocho de la noche, hora en que las campanas de las vecinas iglesias hacian resonar el melancólico toque de ánimas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

<i>Mas de dos palabras ántes de comenzar.....</i>	III
<i>Dedicatoria del autor á su mujer.....</i>	VII
Primera parte.—LA REPUBLICA y EL TRONO..	1
PRIMERA PARTE DEL PRÓLGO.—EN AMERICA.,	3
CAPITULO I.— <i>Los ciudadanos de Casa-Roja.....</i>	3
SEGUNDA PARTE DEL PRÓLO.—EN EUROPA....	61
CAPITULO II.— <i>Los Caballeros de la Cruz Verde.....</i>	61
TERCERA PARTE DEL PRÓLOGO.—MÉXICO.....	81
CAPITULO III.— <i>En donde el lector conoce al PARARO</i> <i>VEREE y algo de sus FANTÁSTICAS</i>	
MEMORIAS.....	81
LA REPUBLICA.....	131
CAPITULO I.— <i>El baile de María Silva.....</i>	133
CAPITULO II.— <i>Consecuencias de una calaverada, ..</i>	187
CAPITULO III.— <i>Dos futuros héroes de la revolucion.</i>	261
CAPITULO IV.— <i>Gabriel Espinosa en casa del banque-</i> <i>ro Sibiliani.....</i>	269
CAPITULO V.— <i>Gabiel Espinosa en casa de María</i> <i>Silva.....</i>	305
CAPITULO VI.— <i>Gabriel Espinosa en casa de Sofia</i> <i>Mário.....</i>	317

CAPITULO VII.— <i>Angel en visperas de ser un grande hombre</i>	327
CAPITULO VIII.— <i>El lector viene en conocimiento de que tienen ménos riesgo las operaciones de banco sin mezcla de amoríos que con ellos, y de la manera como Angel estaba en visperas de ser un grande hombre en esta tierra de proyectos revolucionarios y de motines, y con mas que sabrá despues, si no pierde la paciencia con nuestra larga y verídica historia, cuyo bosquejo está próximo á terminar</i>	341
CAPITULO IX.— <i>En donde el autor prueba que la iglesia y convento de los Agustinos, no solo servia para la vida monástica, sino que en él se prendia el oficio de impresor, el arte de conspirar, y el de la elocuencia, á la vez que los maestros de policia hacian sus ensayos prácticos en el propio con convento, y cómo se vió que en la iglesia suele estar detras de la cruz el diablo</i>	351
CAPITULO X.— <i>Misericordiar</i>	389
CAPITULO XI.— <i>Misericordia en la casa de Pablo el adivino</i>	401

A MI QUERIDA ESPOSA
Y
ESCELENTE MADRE DE MIS HIJOS

(LA SRA. D^ª

PILAR SERRANO DE VILLANUEVA.

A tí y á mis hijos he consagrado el imperfecto ensayo de una novela, que con el título de «MEMORIAS FANTÁSTICAS DEL PAJARO VERDE,» comienzo ha publicar.

Superior, como lo es á mis fuerzas, y en medio de la multitud de atenciones que me rodean, no he tenido otra mira al darlo á luz, que llenar el deber de, por cuantos medios me sean posibles, realizar el constante pensamiento de mi vida, la educación de nuestros hijos, interrumpida tantas veces á causa de los repetidos vaivenes de fortuna por que hemos tenido que pasar, con motivo de las revoluciones de este desgraciado país, digno de mejor suerte.

Tú me has visto luchar y obtener en cuanto cabe, todo lo que he querido en beneficio de ellos, sin que para nada me haya arredrado empresa por difícil que ella fuera, ni faltádome la constancia y fuerza de voluntad que tanto necesita el que edifica en terreno movedizo.

Muchos me habrán juzgado de temerario y atrevido: los que de tal manera me juzguen, es porque no conocen de lo que es capaz el amor de una excelente esposa como tú, ni el de unos hijos como los nuestros.

A tí, pues, que conoces en qué consiste el verdadero mérito de mi novela, te la dedico; apréciale en cuanto vale, de la misma manera que nuestros pequeñuelos hijos la apreciarán, cuando puedan conocer de lo que fué capaz por ellos su amante padre.—Tuyo,

MARIANO VILLANUEVA.